

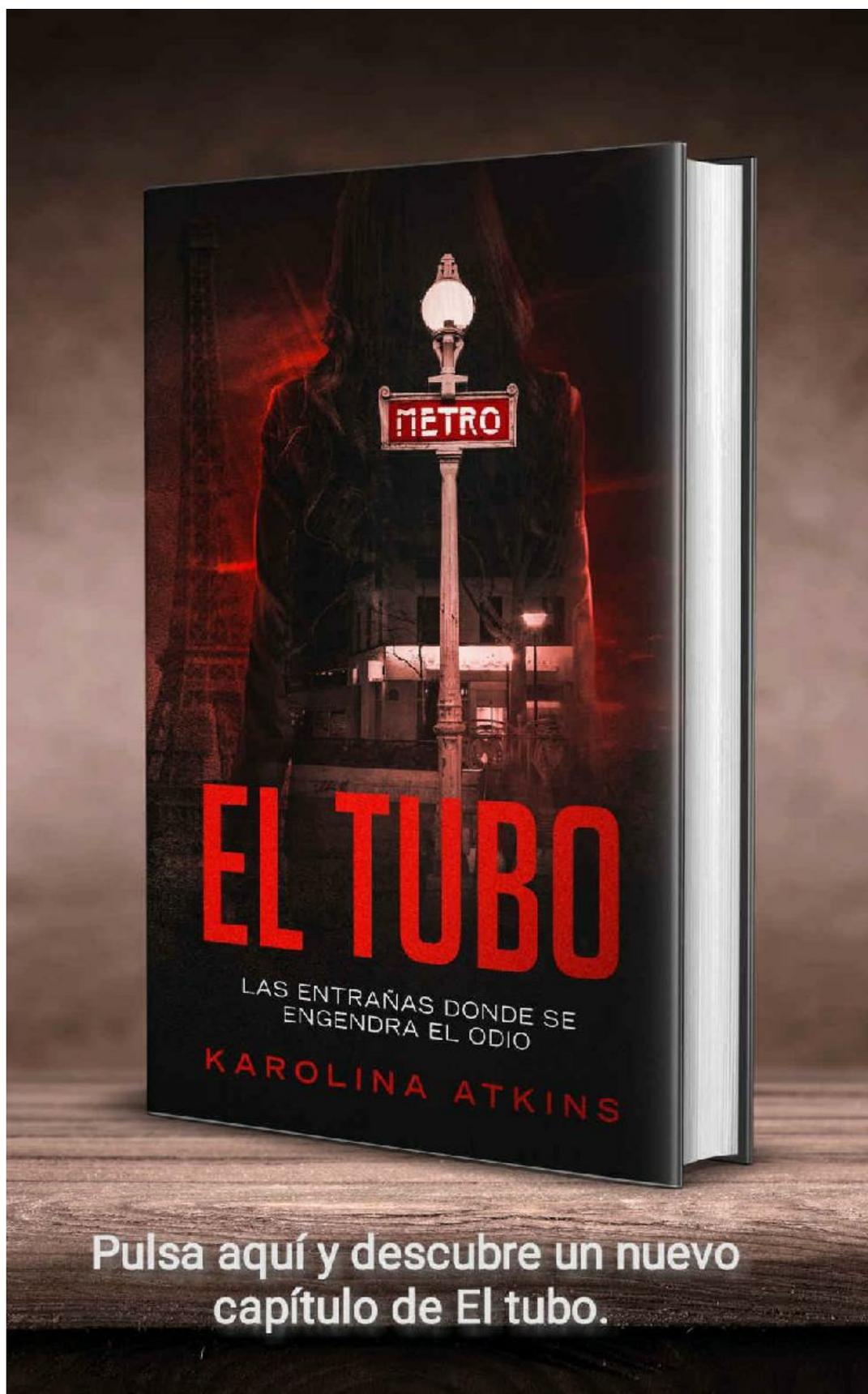


EL TUBO

LAS ENTRAÑAS DONDE SE
ENGENDRA EL ODIO

KAROLINA ATKINS

Copyright © 2018 Karolina Atkins
Todos los derechos reservados



Pulsa aquí y descubre un nuevo capítulo de El tubo.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi familia por su apoyo incondicional y muy especialmente a A.

Gracias a Ruth R. por compartir su sabiduría conmigo y por iluminar mi camino.

Doy gracias, de forma especial, a los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado por proteger nuestras ciudades. Y mi respeto a los profesionales que cada día trabajan en el metro de París.

I

Miércoles, 6 de diciembre de 2017

—La noche en que los matamos, atravesé el polígono y me uní a los camaradas. El frío nos hacía golpear, cada vez más fuerte, las botas contra el suelo. Joder, no conseguía entrar en calor. Fuimos en pelotón hasta el callejón, a la parte de atrás del restaurante. Entonces, Gilbert señaló con la mano hacia los contenedores de basura y nos escondimos detrás a esperar. El cabrón de Gilbert lo tenía todo planeado. Ese tío sabía dónde teníamos que escondernos... Después de un rato, escuchamos un fuerte golpe. Era la puerta del restaurante, estaban cerrando. Se oían los pasos de los putos negros...

—Disculpe, su señoría —el abogado de Matthew intentaba restar importancia a las formas en que se expresa el cabo—, ruego que no tengan en cuenta estas declaraciones de mi representado, ya que lleva cerca de tres años en el caso y todavía se encuentra bajo la influencia psicológica del grupo.

—Señor De Bruyn, haga el favor de controlar sus comentarios.

Era la primera vez que Matthew de Bruyn tenía que enfrentarse a un juez militar por extralimitación en su trabajo. Los agentes infiltrados no suelen contar con el afecto de los magistrados. Si comparaba esta con las veces que tuvo que traspasar la línea antes, le parecía algo insignificante. A menudo se había encargado de asesinos, violadores o traficantes, con sus

correspondientes *daños colaterales*, aunque nunca antes fue juzgado. Sin embargo, en esta ocasión, los asesinatos en el Boulogne levantaron demasiadas heridas en la sociedad: las víctimas inocentes llevaban implícito un claro mensaje. Tocaba dar explicaciones e intentar salir lo mejor parado en el caso. Ahora el problema era seguir manteniendo su identidad oculta. Matthew sabía de la mano negra que formaba parte de su equipo y que podría venderlo al enemigo.

La raya que se acababa de meter antes de entrar en la sala no le dejaba pensar con claridad. Su corazón bombeaba con fuerza y rapidez y le hacía hablar con lengua torpe, y su pierna derecha no paraba de moverse de arriba a abajo, de forma mecánica. A pesar de sus veintiséis años, Matthew nunca había temido a la muerte, pero le aterraba la idea de vivir enganchado: eso no podía soportarlo. No fue difícil caer en la adicción. Él ya andaba jugueteando con las drogas antes de aceptar este trabajo. Su teniente, Alexander Mendes Pereira, lo propuso para esta misión porque sabía que sus ganas de demostrar su valía y su formación militar le asegurarían el éxito en este encargo. Matthew, con su elocuencia y conocimientos, era capaz de adaptarse a cualquier situación que se diera, aun teniendo que poner en riesgo su salud. Ya había pasado demasiado tiempo infiltrado y cada vez se le veía más demacrado y perdido. Mendes a veces dudaba de si su hombre sabía en qué bando se encontraba.

Ahora, en la sala, Matthew parecía ido, absorto en sus pensamientos. Mostraba una sonrisa apretada en sus labios y parecía estar reviviendo el momento que describía. Su abogado, que permanecía sentado a su lado, no paraba de consultar el móvil una y otra vez hasta que, con un fuerte golpe, lo colocó sobre la mesa. Esperaba pacientemente a que su cliente volviera a la declaración. Golpeó de nuevo con el móvil en la mesa, esta vez más fuerte, para atraer la atención de su representado.

El juez militar, sentado enfrente del acusado, lo miraba con impaciencia y lo instaba, de forma severa, a continuar.

—Sí, disculpe, señoría. Vamos a ver..., por dónde iba... ¡Ah, ya! Cuando los dos negros llegaron a nuestra altura, Gilbert nos hizo una señal para que saliéramos. Ese puto cabrón, con perdón, su señoría, tenía ganas de sangre. —Matthew se frotó la nariz repetidamente y volvió a parar, esta vez para beber agua—. Los rodeamos y los tíos se pusieron a temblar —dice con risa nerviosa—, y todos gritamos: «¡Heil Hitler! ¡Heil Hitler! ¡Heil Hitler!».

De un salto, Matthew retiró la silla con ímpetu, pillando desprevenidos a los presentes en la sala. Después se puso de pie y estiró su brazo derecho delante del juez. Todos se vieron sorprendidos con esta reacción. Matthew, que vestía pantalones vaqueros remangados que dejaban ver sus botas, un polo negro y una cazadora *bomber* de color verde, permaneció con el cuerpo rígido y la mirada perdida durante unos segundos. Luego, al bajar el brazo, se dio un toque en la nariz con su pulgar y se volvió a sentar. El silencio inundó la estancia, que no era demasiado grande, hasta que Matthew soltó una carcajada y continuó hablando, rompiendo así con el desconcierto de los presentes. Esta vez, nadie lo interrumpió.

—Gilbert se quedó de pie delante de los negratos y estos comenzaron a recular. Andaban despacio hacia atrás hasta que uno de ellos tropezó con Bastian Alder, que le metió un empujón y lo tiró al suelo. Los putos musulmanes estaban aterrorizados. Sacamos unos táser y les metimos un par de descargas. Olía a pelo quemado. —Matthew rio con regocijo durante un rato. Tomó aire y siguió con la historia—. Justo en ese momento, entró en el callejón la furgoneta que esperábamos y subimos a los camareros dentro del furgón, donde los encapuchamos y amordazamos, y después nos fuimos al *tubo*.

Mendes escuchaba con atención la declaración de uno de sus hombres,

aunque no era capaz de ver a su soldado. A sus cuarenta años, se sentía en deuda con Matthew. Sabía que debía haberlo retirado hacía por lo menos un año, pero la insistencia de su comandante, Paul Cooper, en dejarlo hasta que se celebraran las elecciones nacionales lo hizo desistir de su empeño. Citado en una de las salas de una base militar en París, un juez le tomaba declaración sobre el caso del Boulogne y decidiría si debía llevar a Matthew de Bruyn ante el tribunal militar o si, por el contrario, debería quedar absuelto por su supuesta extralimitación en la noche de los asesinatos.

Con la barbilla elevada hacia atrás y la mirada entrecerrada, Mendes meditaba sobre la posibilidad de cambiar la identidad de su hombre después de finalizar el juicio y darle carta blanca. De esta manera, Matthew podría recuperar una vida aparentemente normal. Las manos de Mendes reposaban sobre la mesa con sus gruesos dedos entrelazados. Sin perder de vista al juez, que se encontraba sentado enfrente de él, hacia la derecha, Mendes acariciaba la culata de la Glock debajo del brazo izquierdo o se pasaba la mano sobre la cabeza afeitada. Mientras, Matthew continuaba hablando.

—Algunos hombres, que nos estaban esperando, quitaron las vallas de obra para que pudiéramos meter la furgoneta hasta el interior de la estación, cerca de los andenes.

—Señor De Bruyn, ¿de qué estación de metro está hablando? —preguntó el juez.

—De la estación de Petram. Comunica con el exterior por la parte trasera. Todavía no está abierta al público y tampoco cuenta con vigilancia por cámaras. Seguimos utilizando la luz de obra. Aunque la estación lleva meses terminada, quieren inaugurarla antes de las elecciones nacionales. Hasta entonces, los White Power la utilizamos como lugar de reuniones. —Matthew se frotaba las manos y se encogía con fuertes temblores.

—Continúe, cabo.

—Había más de cien *skins*. No esperaba ese recibimiento, la verdad es que me sorprendí bastante cuando lo vi. No había ninguna mujer. Las cacerías son cosa de hombres, ellas suelen venir después. Hicimos bajar a los tipos, les quitamos la capucha y Gilbert les advirtió: «Hace un par de semanas vuestros hermanos mataron a diez personas en un atentado yihadista, aquí, en el *tubo*, en nuestra casa. ¿Vosotros sois yihadistas?». Los negros movían la cabeza negando aterrorizados. «Esta noche vais a morir aquí. Con vosotros comienza nuestra respuesta». Todos gritamos, a la mayoría parecía que se le ponía dura solo de pensar en matar a un negrata. —Los presentes en la sala pudieron ver el odio a través de los ojos de Matthew—. En aquel momento, Gilbert se acercó a uno de ellos y le dio un puñetazo en el ojo; se lo reventó y el tío cayó de rodillas sobre el andén de la estación. Después fue a por el otro negro y le pegó un puñetazo en el estómago; también cayó de rodillas. Se quitó el puño americano y lo limpió en la camiseta de uno de los chicos que estaba en el suelo, y fue entonces cuando nos ordenó que los levantáramos.

II

Lunes, 7 de agosto de 2017

—Bricout, aquí tengo a cinco colegas. Vienen de la Interpol. He hablado con Lyon, con el secretario general. Me ha dado instrucciones para su formación. Por si tuviera poco, ahora también quieren que forme a agentes de otros departamentos.

—Sí, a mí también me envió un *e-mail* muy sutil para..., a ver, ¿cómo decía...? Ya me acuerdo: para que nos aseguremos de que reciben la instrucción según los procedimientos.

—Ya..., como si hubiera un procedimiento para formar asesinos... Será hijoputa...

Miro a Bricout, que está en su mesa, enfrente de la mía. No puede parar de reír, y yo tampoco. Después de tantos años mano a mano, no podemos ignorar estas hipocresías. Putos protocolos.

Saco la nueve milímetros de la funda del costado y la dejo encima de la mesa, al lado de la fotografía en la que estoy en el interior de un caza Mirage 2000N, en la base aérea de Cambrai-Épinoy. La foto la sacó mi compañero justo cuando acabábamos de regresar de bombardear las montañas para sacar una caravana de la ONU que se dirigía a Sinjar en Iraq y que transportaba medicación y alimentos. La misión Águilas del Desierto fue todo un éxito. Me

estiro y bostezo para desperezarme, después estiro el cuello, como si eso fuera a servir de algo. Esta mañana regresé de Bogotá y ya son las nueve de la noche y todavía no he parado. El cansancio hace que empiece a perder el control de mis facultades. Me cuesta mantener los ojos abiertos frente al ordenador, pero continúo revisando las inscripciones de los aspirantes. No paran de entrar *e-mails* que, desde luego, no responderé hasta mañana. No logro dar con el archivo de Valerie Allen, mi torpeza me desespera y me lleva un buen rato hasta que lo localizo. ¡Por fin! Aquí estás, Valerie. Sonrío cuando veo su nombre. Tomo un sorbo de café para intentar suavizar el nudo de la garganta. Abro el documento y lo primero que aparece es su foto: se me encoge el estómago. Espero un rato antes de decírselo a Bricout:

—Mira, aquí está la chica que empieza con nosotros el nuevo curso. Esa que te dije que tiene unos ojazos verdes impresionantes. Sabes que no acepto personal civil, y menos si no vienen recomendados, pero no pude rechazar su solicitud.

Bricout, sin prisa, se acerca hasta mi mesa.

—¡Joder!, pues sí que es guapa la morenaza, pero no creo que aguante todo el curso. Le doy un par de semanas.

—Pues yo espero que sí, porque la quiero para mí estos dos meses. Acepté su solicitud hace tiempo. Estará aquí dentro de tres días, ya veremos cuánto aguante tiene.

Me sorprende una fuerte carcajada de Bricout que resuena por la oficina. Yo también me río. Cómo me conoce el cabrón.

—Me voy a marchar. Esta semana ha sido bastante dura. Hemos tenido una amenaza terrorista durante la recepción oficial en la embajada de Chile y nos han tenido de guardia cuarenta y ocho horas, ya sabes cómo funciona esto. Nos vemos mañana.

Bricout se levanta y se sube el pantalón. No puede disimular sus raíces

rústicas: su piel siempre rojiza, la nariz ancha al igual que la cara y el pelo negro pegado a la frente. Muevo la cabeza para despedirme porque no me salen las palabras y me mira con los párpados más caídos que de costumbre. También el agotamiento hace mella en él. Me quedo solo en el despacho y entro en una especie de ensueño mientras miro la foto de Val. La imagino sobre mí, haciendo el amor y besándonos como locos. De pronto, me sorprendo cuando siento que la adrenalina acelera mis pulsaciones. Esto me hace regresar de mi ensimismamiento. No puedo evitar sonreír al pensar en que se ha convertido en mi objetivo. Vas a ser mía, Valerie Allen.

Abro los ojos: todavía está oscuro. Me lleva un rato poder distinguir el espacio. Paso la mano por encima de la cama acariciando las sábanas y sintiendo la firmeza del colchón. Suspiro con alivio al verme en la seguridad de esta habitación. El calor que desprende el suelo radiante acentúa el olor a nuevo. Aunque el hotel solo lleva abierto unos meses, me siento como en casa. Normalmente, los profesores vivimos en el centro durante los cursos. Antes estaba reservada la última planta de la residencia para los docentes, en el resto de plantas se alojaban los alumnos. Muchas veces subía a la azotea cuando el insomnio o las migrañas no me dejaban descansar. Desde allí, pasaba las horas mirando el macizo montañoso que rodea el recinto. Otras veces sacaba la escopeta con la mira telescópica y le ponía el silenciador. Así fue como me enteré del romance que se traía Bricout con Sheila, la administrativa de la oficina. Siempre he sabido que la noche oculta muchas vidas que el día no puede mostrar. Una de esas vidas será de Val y mía. Por suerte, ahora cada uno de los profesores tenemos nuestra habitación en el hotel

del EMEX, una habitación que nadie más tendrá en nuestra ausencia. Eso me gusta, porque podré instalarme aquí y escaparme a lo largo del año, aunque no haya cursos.

Salgo de la cama, desnudo. Voy al baño a darme una ducha rápida mientras recorro la estancia pisando sobre la suave moqueta de color gris, sorteando el montón de ropa que me quité anoche. Dejo el móvil sobre el escritorio negro que hay a los pies de la cama, junto al ventanal, y aprovecho para mirar fuera: me oculto detrás de las cortinas gris oscuro, casi negro, que tienen un sutil estampado plateado. Tienen un tacto muy suave. Reconozco que, con los años, cada vez valoro más este tipo de lujos y los añoro cuando tengo que viajar fuera. Las farolas iluminan la soledad del camino que sale del hotel hacia el aparcamiento. La vista me alcanza para distinguir muchos puntos de luz rodeados de una negra oscuridad que veo cómo, en cuestión de minutos, va desapareciendo según se acerca el amanecer. Dentro de un rato, Val estará instalada aquí, en el EMEX. Me excita la idea de tenerla como alumna y poder formarla.

Me paro frente al espejo del lavabo y, cuando me miro, me quedo absorto en la imagen que me viene a la cabeza. Es un cadáver, en el suelo, junto a un charco de sangre que está tocando mis zapatos. Alguien me disparó, me giré y lo acribillé, no tendría más de quince años. Los Carasucias, el grupo radical colombiano, acogieron a Bastian Alder, líder del grupo nazi alemán de los ÄLBRÜ o Hermanos Mayores. Es algo inusual y poco creíble dar protección a un grupo enemigo, pero no es la primera vez que hacen excepciones cuando se trata de los líderes de estos grupos. Marc y yo lo teníamos acorralado, le seguimos la pista hasta Colombia. Tres semanas detrás de él y lo perdimos justo cuando corríamos tras Frankie Joe, que nos tenía que llevar hasta Bastian. Entramos en un callejón que daba a una galería de alimentación. El cabrón entró muy rápido y nosotros fuimos detrás, a pesar de no deber hacerlo.

Serían las once de la noche y la zona estaba totalmente oscura. Puse la linterna sobre el cañón de la nueve milímetros y escuche cómo alguien detrás de mí, en cuestión de segundos, montaba un arma. Me giré y disparé, sin más. Por suerte, no me equivoqué. Siento que me falta el aire y respiro profundamente: faltó poco para caer en Bogotá, muy poco.

Siento cómo la piel se me eriza y empiezo a sudar. De nuevo, vuelvo a coger aire. Sé que cada vez tengo menos paciencia, lo noto en todo lo que hago. Mi mujer también me lo recuerda a menudo. Cojo la maquinilla eléctrica e intento concentrarme mientras me retoco la perilla. Me pongo crema en la cara y en la cabeza, que llevo rapada al cero.

Tras vestirme, me coloco la funda del arma. Saco del cajón de la mesilla la Glock y reviso el cargador. Me la enfundo bajo el brazo y me pongo la chaqueta de traje negra.

Me reúno con los profesores en mi despacho, que está en el módulo administrativo, justo encima de recepción. A muchos de ellos no los veía desde el último curso, hace ya seis meses. Otros no vendrán más, la profesión se los llevó por delante. Nos abrazamos y hablamos durante un buen rato, pero ninguno de nosotros lo hacemos de las misiones, más bien charlamos de las familias. Nos reímos con las últimas juergas de Bricout cuando mi móvil comienza a sonar. Lo saco del bolsillo interior de la chaqueta y veo que es del puesto de acceso.

—Mendes.

—Acceso Norte, señor. Acaba de acceder al recinto la señorita Allen.

—Bien, gracias.

Noto cómo mis palpitations se van acelerando y decido abandonar la mesa de reuniones para acercarme a la ventana. Retiro las cortinas blancas de lamas verticales y me quedo esperando a que entre un Passat azul en el aparcamiento. Desde esta posición, veo la fila de alumnos que se ha formado

en espera a que abran las puertas de las oficinas para realizar su registro. Ahora veo a Valerie, que aparca y se baja del coche. Sigo con la mirada todos sus movimientos. No puedo dejar de sonreír cuando Marc me interrumpe...

—Mendes, esta tarde saldré a correr contigo y con los chicos. Podemos hacer los siete kilómetros que hay hasta la laguna.

Marc se acerca a la ventana para ver qué es lo que me mantiene ahí.

—Me parece bien, pero llegaste ayer de Bogotá... ¡A ver si voy a tener que recogerte cuando bajemos! —Todos nos reímos, pero yo no aparto los ojos de ella. Parece algo despistada.

—Ahí está Lynn Gilen —me dice con un susurro.

—Lo sé. Luego nos reuniremos con él. La semana que viene entrará en el *tubo*. Ha venido el agente que salió el mes pasado para darle alguna información sobre la situación y para avisarlo de las líneas en las que deberá moverse.

Lynn está hablando por teléfono, apartado del resto. Al rato, sale Val con la caja de libros y el uniforme que le ha debido dar Sheila, la administrativa.

—¿Quién es esa? —me pregunta Marc.

—Valerie Allen, viene del metro de París. Probablemente trabaje cerca de Lynn.

—Ya veo que la tienes fichada. ¿Por qué está aquí? No aceptamos civiles.

—Ella es una excepción.

—¿Y ya has hablado con ella?

—No. Acaba de llegar. Espero verla a solas esta noche. —Los dos reímos y volvemos con el resto.

Al mediodía vamos al pabellón deportivo para iniciar el acto de bienvenida. Hay cien alumnos que hablan y se saludan. Como norma general, ninguno debe decir el departamento al que pertenece: todos creen que son agentes y a los pocos civiles que hay también se les prohíbe hablar de su

situación personal. Los profesores y yo subimos al improvisado estrado. La busco hasta que por fin la veo, en primera fila, sentada en los asientos de la derecha, junto a la pared. Respiro profundamente. Hacía tiempo que no me sentía así.

—Buenos días a todos y gracias por venir. Por favor, tomad asiento —comienzo mi discurso, y Val me mira con atención—. Mi nombre es —le clavo la mirada— Alexander Mendes Pereira —veo que retira rápidamente sus ojos de mí y me gusta—. Pero todos me podéis llamar Mendes. Seré vuestro instructor en defensa especial y táctica, manejo de armas blancas y de combate. —Camino por el estrado hasta Bricout—: Os presento al capitán Bricout, es el director del centro y profesor en teoría y prácticas antiterroristas. —Continúo presentando a Marc y al resto de profesores mientras sigo cruzando miradas con Val—. Por último, os recuerdo que quiero ver mañana a todos los hombres de este curso con la cabeza rapada al cero. Todos nosotros tendremos la misma estética y seremos uno. La unidad nos dará la victoria. Os veré a todos dentro de un rato, a las dieciséis cero cero, en la puerta del pabellón. Venid preparados, saldremos a correr.

Nos introducimos en el bosque y comienzo la carrera al trote, dirigiendo al grupo; Marc va el último. Me quedo rezagado un rato y dejo pasar a Val, que está intentando sortear las rocas, pinchos y espinas. La miro, nadie conoce el ferviente deseo que me provoca. Observo cómo se mueve al correr e intento controlar mis impulsos. Esta noche los dejaré aparecer sin reparos. Otro alumno que va a su lado no deja de hablar con ella. Parece un pesado, así que hago un esprint hasta alcanzarlos. De un empujón, me sitúo entre los dos, miro

a Val y le guiño un ojo. Continúo la marcha de nuevo a la cabeza del pelotón cuando siento a Marc a mi lado.

—Joder, tío. Sí que está buena la zorra. Pásamela, como con Loli en Perú. No estuvo nada mal.

Me limito a sonreír, es algo que no puedo dejar de hacer. Siento que ya estoy saboreando el triunfo y ni siquiera hemos cruzado dos palabras seguidas.

—A esta ni te acerques.

—Hijoputa. Tenía que haber venido yo primero de Bogotá. Bueno, si no puedes con ella, por lo menos espero que te acuerdes de tu amigo.

—¡Vamos! ¡Vamos! —intento animar al grupo mientras me alejo de Marc. Él es un guaperas rubio, de ojos azules, y, como buen americano, está bien hormonado. En más de una ocasión me ha levantado alguna que otra mujer, pero tenemos un código de respeto para los casos especiales—. Moveos, no tenemos todo el día. La noche se nos echará encima.

—¡Vamos, nenazas! —les dice Marc—. Nos han traído la basura de las agencias, ¿eh, Mendes?

—Sí, ya lo huelo. Me extraña que todavía no les hayan pegado un tiro en la cabeza. ¡Venga! Dejad las lágrimas para más tarde.

Marc y yo nos lo pasamos como niños mientras nos reímos de los agentes.

Son cerca de las diez y estoy esperando dentro del coche, aparcado en el interior de la estructura de hormigón de lo que en un futuro próximo será la nueva galería de tiro. Todos lo conocemos como la Boca del Lobo. Fuera está oscuro. En este lado del recinto. no hay ninguna farola que ilumine, pero la noche está clara y con la luz de la luna es suficiente para poder controlar el

camino. Hace bastante frío y en el coche comienza a igualarse la temperatura con el exterior. Froto mis manos y exhalo sobre ellas, pudiendo ver el vaho. Solo esperaré hasta las diez; si no viene, me marcharé.

Veo una silueta que se acerca al muro por el camino; anda rápido. No la distingo bien, pero intuyo que es ella. Por fin puedo verla con más claridad, empieza a acelerarse mi corazón. Arranco y me acerco. Bajo la ventanilla del copiloto y le digo que suba. Se sienta a mi lado. Su olor despierta todavía más mis intenciones predatoras. «Controla, controla». Cada vez me cuesta más. Está callada, mirándome, parece desconfiada.

—Veo que leíste la nota que te dejé en la taquilla, necesitaba verte a solas. Gracias por venir —le digo.

—Sí, la he leído. Un compañero me comentó que hay que realizar algunas pruebas nocturnas. Pensamos que tal vez nos encapucharan o nos metieran en algún coche. No sé. Supongo que hoy me ha tocado a mí.

Intento disimular lo divertido que me parece su comentario tocándome la perilla, frunciendo el ceño y retirando la mirada. Aguardo un rato y continúo intentando explicarme sin parecer un profesor perverso:

—Eso es cierto. Pero esta noche no vamos a hacer ninguna prueba del curso. Acabamos de empezar y vamos a dejar que os adaptéis un poco. ¿Le has enseñado la nota a tu compañero o a otra persona?

—No, no he hablado de esto con nadie. Solo me lo comentó cuando estábamos en los comedores. Cuando fui a recoger el material y el uniforme, me hicieron firmar un contrato confidencial. Se supone que ninguno de nosotros podemos hablar de nada de las pruebas o de lo que pase en el EMEX con nadie.

—Exacto, eso es. Lo que vas a hacer hoy y todo lo que yo te cuente no debe saberlo nadie. Nunca. ¿Es eso posible, Valerie?

—Sí, por supuesto, Mendes. Puedes contar con mi discreción para

cualquier asunto. Firmé el contrato...

—Bien, gracias. Ya lo daba por hecho, pero necesitaba aclarar este punto. Valerie, verás..., vamos a pasar aquí metidos ocho semanas. Es mucho tiempo y me gustaría que, en estos días, tú y yo tuviéramos algo más que una relación profesor-alumna. Me gustas muchísimo. Desde el momento en que vi tu foto en la ficha no he podido dejar de pensar en ti. —Siento cómo me acelero, las palpitaciones golpean en la sien y mis manos comienzan a moverse intentando explicarse mejor de lo que yo presiento que lo hago—. Deseo tenerte encima de mí, tocar tu piel...

Val retira su mirada y frunce el ceño. Yo le cojo la cara y la obligo a mirarme.

—Escúchame, por favor, Val. Necesito que sepas que me tienes loco. El curso dura ocho semanas y quiero que estés conmigo. Nadie lo sabrá. Seremos discretos. Intuyo que tú también sientes algo. Noto que te pones nerviosa cuando estoy cerca de ti.

—Mendes, yo...

—Quiero que me llames Álex. Cuando estemos los dos a solas, llámame Álex. —Tiro de su cabeza hacia mí y busco su boca, pero se retira.

—Espera.

Lo intento de nuevo y vuelve a retirarse.

—No, espera. Yo no siento lo que tú crees. Acabo de llegar y he venido para formarme, solo para eso. Tú eres mi instructor y no quiero...

—No, no, no. No digas nada. Escucha, reconozco que estoy yendo demasiado rápido para ti. Entiendo que no me conoces y espero que llegues a confiar en mí. Como te he dicho, son ocho semanas las que vamos a estar aquí encerrados. Necesito saber si vas a estar en esto conmigo. Te aseguro que lo pasaremos bien. Piénsatelo unos días y me dices algo. Si no quieres que esto vaya a más, lo entenderé y no volveré a molestarte, ¿vale? No quiero que te

asustes ni que hagas nada que no quieras. Solo debes buscarme si lo quieres realmente. Bueno, intenta descansar, mañana os espera un día bastante duro.

Valerie se baja del coche, que queda impregnado con su perfume. Estoy algo decepcionado y vuelvo al hotel pensando que ahora no tengo tan claro que vaya a querer participar en mi proposición. Parece más reservada y desconfiada de lo que pensé. Ya veremos qué es lo que quieres darme, Val.

Cuando llego a la habitación, veo que Cassandra, está esperándome, desnuda sobre la cama.

—¿Qué haces aquí?

—¡Joder!, no parece que te alegres mucho de verme.

—No te esperaba. Sabes que no me gusta que vengas a verme cuando estoy trabajando.

—He venido a ver a mi marido y además mañana vamos a estar en la reunión con el nuevo agente que vamos a infiltrar en el metro de París.

—¿Quiénes vais a estar en la reunión?

—Solo Paul y yo. Después saldremos de viaje.

—No sé por qué tenéis que estar en la reunión. Vosotros os tenéis que limitar a darme lo que os pida. Así hemos funcionado siempre.

—Lo sé, querido, pero las cosas están cambiando y, ya sabes..., todos tenemos que adaptarnos.

—Ya. Entiendo. ¿A dónde vais de viaje?

—No puedo hablar, pero será bueno para un próximo ascenso. Hueles a perfume de mujer.

—¿Y el niño?

—Puedes visitarlo cuando quieras. Ya sabes dónde encontrarlo. Mis padres estarán en casa hasta que yo vuelva.

—Creí que no ibas a volver a salir.

—Lo sé. Esto es diferente, no puedo rechazarlo.

Voy quitándome la ropa según me acerco a la cama, pero no es en ella en la que estoy pensando.

Voy a buscar a Lynn a su cuarto y lo llevo hasta la habitación de Marc. Abro con la llave maestra y entramos.

—¡Joder, tío, son las seis de la mañana! —gruñe Marc, y lo entiendo. Debe estar roto, pero necesitaba avisarles—. ¿Qué pasa?

—Han venido Paul y Cassandra, quieren estar presente en la reunión contigo, Lynn.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea. Lo único que sabemos los que estamos aquí es que hay una persona de dentro del departamento que está poniendo en riesgo esta misión. Hemos tenido que sacar a un hombre que teníamos infiltrado en el *tubo* porque ese mal nacido lo delató. Lynn, te saqué de mi grupo para cederte al CNI español intentando unir los esfuerzos de los Gobiernos por mantener controlados a los *skins*. O eso fue lo que me dijeron. Nadie supo jamás tu verdadera identidad, ni siquiera nuestro jefe, Paul. Ese trabajo que has hecho en España te ha abierto las puertas para entrar en los White Power, vienes recomendado por los Pura Raza de Sevilla. Todo esto nos ha llevado dos años. Debemos ocultar y proteger tu identidad, y no me fío ni de Paul ni de Cassandra.

—¿Para qué coño han venido? ¿Qué pretenden?

Miro los músculos de Marc cuando sale de la cama. Su forma física es realmente envidiable.

—No podemos ocultar la identidad de Lynn. Cassandra intentó

sonsacármela anoche. Este es el primer contacto que van a tener con él. Lo único que se me ocurre es que, aunque Paul sea nuestro responsable, debemos darnos las novedades en cuanto nos lleguen, vengan de quien vengan. Así nadie nos manipulará.

—No lo entiendo. A las nueve sabrán quién es el nuevo infiltrado —me dice Lynn mientras se prepara una raya.

—Lo sé. Cassandra quería conocer esa información por adelantado. No sé... —les digo—. Después de la reunión se llevarán a Lynn a París. Estarás solo, tío. Memoriza mi número. Es de tarjeta, no está identificado, ni pinchado por la central. Cuéntame todo lo que pase.

—Estaremos pendientes de cuáles son sus movimientos. Lynn, tío, cuenta conmigo también. Estaré a tu lado.

Cuando Marc le da un abrazo, me hace pensar que estas dos personas que tengo delante darían su vida por mí sin pensarlo.

Entro en clase de defensa personal. Ya han pasado dos días desde que le propuse esta aventura y todavía no me ha dicho nada. Está apoyada en la pared mientras habla y se ríe con algunos de los alumnos. Hay uno en concreto que me parece un empalagoso, que no para de acariciarle el brazo. Con él seré especialmente técnico. Val lleva un chándal azul marino con camiseta de manga corta blanca que marca perfectamente su cuerpo. Paso la mano por mi cabeza. Mi trabajo me ha llevado a la obsesión por el control de las situaciones, y esta en concreto hace que me ponga algo tenso. Me tranquilizo y después me dirijo al resto de alumnos intentando ignorarla.

—Hoy vamos a ver algunas técnicas de cuerpo a cuerpo. Cómo podemos

deshacernos de nuestro enemigo cuando se nos echa encima. Valerie, ¡acércate! Quiero que me ataques como si quisieras matarme. Seguro que no te resulta difícil imaginarlo. —Los alumnos se ríen y Val camina hacia mí despacio, pero con decisión—. ¡Vamos, Val! Con más energía. —Sé que la estoy molestando, pero busco alguna reacción por su parte. No puede ignorar lo que le dije—. Vamos, ¡atácame!

Se me echa encima con los brazos por delante y, cuando se los voy a sujetar para tirarla al suelo, me esquivo y se pone detrás de mí. Me giro y esta vez meto la pierna entre las suyas y la pongo debajo de mí.

—Así es como te quiero tener —le susurro al oído. Ella no dice nada—. Bien, ahora colocaos por parejas. Repetid mis movimientos.

A las nueve, todos los profesores bajamos a cenar a los comedores con los alumnos. Recibo un mensaje de Lynn: «Estoy dentro del *tubo*. Todo en orden». El viaje a París parece haber ido bien. Me acerco a Val, que está pasando la bandeja mientras elige los platos del bufet.

—Hoy me has sorprendido. ¿Qué arte marcial has practicado?

—Gracias. Soy cinturón negro de karate, he practicado muay thai, kung-fu y algo de krav magá. Llevo desde los siete años practicando distintas artes marciales. Mi padre es abogado y, al parecer, ha tenido suficientes casos como para querer que su hija esté preparada para la vida.

—Pues lo ha hecho realmente bien. Espero no haberte hecho daño cuando te tiré.

—No, estoy bien. Desde luego que mis conocimientos no fueron suficientes, ya que acabé debajo de ti.

Seguimos caminando por la fila escogiendo entre los distintos platos de comida.

—Prefiero que esa circunstancia se dé por tu propia voluntad.

Hoy me toca clase de tiro y la verdad es que no me apetece nada. Hace una hora me llegó un mensaje de Brenda, la mujer de mi amigo Sam: me dice que ha fallecido en Afganistán. Sam y yo hemos servido muchos años juntos, mano a mano, pero yo elegí ir por el camino de Inteligencia y Sam decidió quedarse en el campo de batalla. «Cuando llegue el momento, no llores mi muerte, Álex, aquí es donde soy feliz». Así es como vivimos, sin saber cuándo nos iremos, y todos decimos lo mismo, que moriremos por nuestro país y que lo haremos haciendo lo que amamos, pero la verdad es que se van grandes personas que dejan un gran vacío. Y así es como me siento hoy, con un gran vacío. Abro la puerta y entro en la galería.

—Buenos días, vamos a montar y desmontar la nueve milímetros. Ya sé que la mayoría de vosotros lo tenéis controlado, pero quiero verlo para formar dos grupos. Después, todos pasaremos a tiro de precisión.

Me acerco al puesto de Val para ver su destreza con el arma.

—Val, intenta mantener el brazo estirado cuando la armes. Así —le pido que repita el movimiento mientras le sujeto el brazo—. Así, perfecto. Espera, dime si es posible que nos veamos hoy, en el mismo sitio.

—Estaré allí a las diez y media.

El estómago se me encoge cuando escucho sus palabras, y no sé por qué, pero agradezco esto a Sam.

Llego con el Land Rover al lúgubre esqueleto de cemento, todavía no he frenado cuando veo a Val salir de detrás de una columna. Abre la puerta del copiloto y se sube.

—Sácame de aquí. Rápido.

Hago lo que me pide. Doy la vuelta y me dirijo hacia la garita de salida.

—Agacha la cabeza, vamos a pasar por el control de acceso —le digo mientras que con una mano llevo el volante y con la otra le sujeto la cabeza para asegurarme de que no se levante. Noto la excitación contra mi pantalón. Los vigilantes levantan la barrera en cuanto me reconocen y piso el acelerador.

Subo por la carretera hacia lo alto de la montaña. Tardamos cincuenta minutos en llegar a un claro en el interior del bosque, cerca de una pequeña laguna. El bosque oculta un pequeño refugio que alguna vez hemos utilizado en invierno en cursos de supervivencia. Ya no queda nieve en la montaña, algún que otro nevero en la parte más alta. El prado está verde, aunque ahora no lo podemos distinguir, y los árboles se agitan con fuerza por el viento. La luz de la luna muestra el oleaje que se ha levantado en la laguna. Paro el coche y la miro. Está callada, mirando hacia el exterior. Me acerco a ella.

—Espera... Mira, yo no soy así, y me refiero a que las cosas no son tan rápidas conmigo.

—Bueno, las cosas conmigo tampoco son así, son mucho más rápidas — intento quitar tensión, y Val me sonrío—. Estoy esperando porque me gustas mucho, Val.

—En estos días, y después de saber lo que querías, no sé cómo has despertado en mí el interés por ti.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Me vuelvo a acercar y la beso. Noto sus carnosos labios, que destacan de su cara. Siento cómo tiembla y la abrazo.

—Vamos dentro, estaremos mejor —le digo mientras sonrío—. Aquí hace mucho frío.

Abro la puerta y bajamos del coche. Voy hacia ella, que camina hacia mí, y nos abrazamos mientras nos besamos con vehemencia. El aire alborota su pelo y se cuele por mi cuello. Bajo mis manos y le acaricio los pechos por encima de su abrigo.

Caminamos hasta la cabaña. Introduzco la llave en la cerradura y abro la puerta. Agarro a Val del brazo y la meto en la oscuridad de la casa. Mi excitación va en aumento. Comienzo a sudar. Me busca para besarme con sus frías y suaves manos. Doy al interruptor de la luz. Me quito el forro polar y lo tiro al suelo. Ella me ayuda a quitarle la chaqueta. Le retiro la camiseta y la arrimo contra la pared. Su piel se eriza y jadea en mi oído. La subo a horcajadas sobre mí y la llevo a la habitación. Nos quitamos las botas. Dejo la Glock encima de la mesilla. Le bajo el pantalón mientras clavo mis dedos en sus muslos. La desnudo y la tumbo sobre la cama y saco un condón del bolsillo del pantalón, que me voy bajando.

Después de un par de horas, salimos de la cabaña y subimos al coche para regresar al EMEX.

—Val, ¿por qué has querido realizar este curso?

—Llevo cinco años trabajando en el *tubo*, pero lo único que quiero es salir de allí. Estoy preparando una oposición para el Ministerio de Defensa y, en cuanto apruebe, saldré de esa mierda.

—¿Y qué esperas de tu nuevo trabajo, para el que tanto te estás esforzando?

—Lo único que quiero es trabajar para proteger a los ciudadanos de París. Siento que la seguridad nos está fallando.

Cuando le escucho decir eso, siento una gran rabia y frustración que, evidentemente, oculto. Habla desde la ignorancia y no la culpo por ello, es una civil que no sabe hasta qué punto nos manejan los gobiernos.

—¿Tú eres funcionario? ¿Trabajas para el ministerio?

—Sí.

—El curso del EMEX da puntos para la oposición.

—Lo sé, seguro que apruebas.

—Mendes, tengo que avisarte de algo. No creo que pueda quedar a menudo. Mi compañera de cuarto protesta por todo. Hoy me preguntó por esta salida. Es una chica muy extraña. Ayer, cuando volvimos de correr, todas fuimos al vestuario a ducharnos y a cambiarnos para ir a cenar, pero, cuando salí, ella todavía no había entrado. Estaba en el pasillo, hablando por el móvil, pero me dio la sensación de que no hablaba con nadie. Es como si estuviera esperando para quedarse sola.

—¿Cómo se llama?

—Kristina Ebel.

—Ah, sí. Habló conmigo antes de entrar en el curso. Ella no es civil, pero no puedo decirte a qué institución pertenece. Me contó que está esperando a que la llamen para realizarse una operación de cambio de sexo.

—Vaya..., ya me parecía...

—Intentaremos solucionar el tema de las salidas para que no se moleste tu compañera.

Al llegar al centro, meto el coche entre los escombros y nos despedimos.

—No te olvides, Val: te quiero solo para mí. Eres mía —le digo en el oído después de besarla.

III

Viernes, 22 de septiembre de 2017

La puerta del cuarto está abierta, desde luego que la discreción no es lo suyo, se escucha desde fuera cómo machaca con una tarjeta el polvo. Puf, ¡menudo necio! Cada vez lo soporto menos. Cuando entro, ya está esnifando.

—¡Ey, vamos, comparte con tu compañero! —le digo.

—¡Ey, Lynn! Hoy sí, pero mañana invitas tú. Toma, esta es para ti.

Jon saca un papel del monedero de cuero desgastado que hay encima de la mesa y vuelca la droga. De nuevo la machaca y después la alarga en una raya que, por cierto, no es muy fina. Sé que lo aguantaré, pero también sé dónde quiere llevarme el cabrón.

—Dame.

Extiendo mi mano y Jon me entrega el rulo que tiene en la mano hecho con un billete de diez. Esnifo profundamente y siento cómo entra en mi sensible tabique, después siento cómo sube rápidamente a mi cerebro y corre por mi sangre. Me siento un rato a disfrutar de este momento; cierro los ojos y empiezo a sentir el aumento de adrenalina. Mis piernas comienzan a moverse de forma mecánica y me levanto de un salto, sintiendo una gran necesidad de moverme.

—Nos abrimos —digo mirando a Jon para saber que me está escuchando

—. ¡Joder, tío! Ve a limpiarte, y limpia eso también.

Le señalo la mesa y el suelo, donde está goteando la sangre de su nariz. Piso las gotas que hay en el piso y las intento borrar con mi bota.

—Date prisa, joder, Jon. Va a entrar el grupo de la mañana, estaban fuera esperando.

—¡Ey, Lynn! ¿Qué tal, tío?

Duck, Bill y Charles acaban de entrar. Duck se lleva el pulgar a la nariz y rápidamente me giro y me limpio.

—¿Qué tal, tíos? ¿Cómo ha estado la mañana?

—Digamos que tranquila. Un par de grafiteros y un vendedor. Poca cosa. ¿Estás solo? —Duck echa una rápida mirada en el vestuario.

—No, Jon está en el baño, ahora sale.

—Dile que limpie la mesa, esto es de todos. Como ahora no está su putita... Por cierto, ¿cuándo termina el curso ese que se ha ido a hacer?

—Tranquilo, Duck, tío. Quiero irme a casa ya. Vamos a cambiarnos y nos largamos —interrumpe Bill.

—¿Qué temas, Bill?, porque hoy has estado como un puto gallina con los grafiteros y ahora te quieres ir corriendo a casita. Vamos...

—Ey, ey. Joder, Duck. Cállate de una puta vez, parece que estés con ganas de más. Deja tranquilo a Bill, tiene razón. Yo tampoco me voy a quedar. Tú sabrás lo que haces cuando llegue Jon —dice Charles.

—No, en serio, Lynn —Duck parece no cansarse—, ¿cuándo regresa Val? Estoy más seguro con ella que con Jon.

Duck se ríe a carcajadas y el resto sonreímos.

—Ni puta idea, tío. Yo no conozco a esa tía.

—Cuando la veas, no podrás olvidarla. Ten cuidado, no se ponga celoso Jon.

Duck no para.

—¿Vais a venir mañana al refuerzo del partido? —trato de cambiar de tema mientras se cambian el uniforme.

—Sí, venimos todos. Por cierto, ¿quiénes juegan? —contesta Bill.

—El PSG contra el Montpellier. Joder, Bill, no te enteras. Ya te puedes preparar, porque te aviso que mañana lo daré todo en el Parque de los Príncipes, contigo o sin ti.

Joder, a ver si se van antes de que llegue Jon. Parece que Duck esté extendiéndose, y, conociendo las ganas que tienen los dos de engancharse, cualquier motivo, por insignificante que sea, será suficiente para que haya pelea. No es que sienta preocupación por ninguno de los ellos, simplemente es que he quedado con Pere para ir a Petram porque quiere presentarme a Gilbert, el cabecilla de los White Power en la ciudad. Me ha costado mucho ganarme a Pere para llegar hasta aquí y ahora no quiero que Jon me lo fastidie. Voy a ir despidiéndome, a ver si salen ya del cuarto.

—Bueno, chicos, mañana venid preparados para...

—Vaya, vaya. Mira quién está aquí. ¿Me estabas esperando, Duck?

Muevo la cabeza incrédulo. Jon mueve el cuello de un lado a otro mientras Duck se levanta de la silla y se va acercando hacia él.

—¡Vamos!, Lynn lo ha dicho. Mañana tenemos que venir todos preparados: la lucha es con otros. —Bill interviene poniéndose frente a Duck para cortarle el paso. Este golpea con un fuerte giro de codo la puerta de la taquilla de Charles, que todavía está abierta, y la deja encajada. Charles mueve la cabeza, parece resignado ante los arrebatos de este tío tan pasado. Me da la sensación de que tanto Bill como él están cansados de Duck, al igual que yo de Jon.

Duck sale del vestuario y Jon lo mira desafiante sin perder su apretada sonrisa ladeada, pero no dice nada. Conociéndolo, eso me indica que él tampoco quiere perder el tiempo ahora.

—Venga, tenemos una cita —me dice Jon cuando nos quedamos solos.

—Ah, ¿sí? ¿Y con quién? —le pregunto indiferente.

—No te hagas el tonto conmigo, Lynn. Vamos a ver a Pere.

—¿Te ha citado Pere?

—Sí, a ti y a mí.

—Bien, pues vámonos de una puta vez. —No creo que Pere haya citado a Jon, no es una persona en la que confiar. Estoy convencido de que es un farol.

La insolencia de Jon me desespera. Cargar con él en este momento que tanto me ha costado conseguir es un gran inconveniente. Salimos de Châtelet y llegamos a Pasteur, donde Pere nos espera en el vestíbulo, hablando con el vigilante de la estación. Nunca antes había estado aquí. Al vernos, hace un gesto con la mano para que nos acerquemos hasta él.

—Puntuales, como me gusta. Jon, tú te quedas aquí con mi amigo, Lynn y yo volveremos en un rato.

—De eso nada, yo voy con vosotros.

—¿Qué es lo que no has entendido? Tú esperas aquí y punto.

—¿Cuándo confiarás en mí, Pere?

Las voces de Jon resuenan en la estación. No hay mucha gente, aunque las pocas personas que están saliendo miran con curiosidad. Pere parece ignorarlo mientras se da la vuelta, y yo me quedo aliviado de soltar este lastre, bastante lo aguanto todos los días. Ninguno de los dos hablamos hasta que bajamos las escaleras mecánicas. Estoy nervioso, soy consciente de ello, pero lo controlo. Ya son muchos años de práctica. Me río en mi interior al pensar en el paso tan grande que estoy a punto de dar.

—Gilbert nos espera en el cuarto de Petram, está con algunos camaradas. Les he hablado muy bien de ti y les he contado tu implicación en los *skins* de España: lo que me contaste. Gilbert llamó a Roberto 41, del grupo Pura Raza, y confirmó tu historia. Eso ha hecho que aumente el interés de los White Power en general por ti. Yo solo te voy a abrir esta puerta, pero está en tus

manos estar a la altura.

—No lo dudes, camarada.

Pere esboza una pequeña sonrisa a la vez que frunce el ceño.

—Vamos a por todas, Lynn: todos unidos. Cuantos más, mejor, pero siempre gente de confianza.

Asiento con la cabeza con el único deseo de estar dentro del grupo. Haré todo lo que me pidan para ganarme su confianza. Llegamos al andén que hay oculto tras la pared de paneles metálicos que linda con la estación de Mairie d'Issy. Miro a Pere, es tan alto como yo, pero más corpulento. No lleva la cabeza rapada, sino que tiene un corte de pelo de estilo militar. Pero, eso sí, siempre va impoluto. Sus botas siempre están relucientes, y sus dientes, tan blancos y brillantes como la porcelana. Es inusual, por lo menos para mí, ver un hombre como él entre tanta escoria. No digo que él sea mejor, jamás me atrevería a decir algo así del que es el corazón de este monstruo que late en el *tubo*. Pero lo que hace que lo admire, aunque solo sea un poco, es precisamente que lo único que lo mueve son sus propios valores. Todo lo que hace es por convicción, por una ley superior a la que adora y que es el patriotismo, entendido a su modo, desde luego, pero, para mí, admirable.

Esperamos unos cinco minutos al tren que nos lleva hasta Petram. Es la primera vez que vengo aquí, todo está en obras y hay un fuerte olor a humedad. Salimos del vagón y el maquinista, un tal Pope, le dice a Pere que solo puede esperar diez minutos. Si no estamos de vuelta, pasará a recogernos en media hora. Pere parece no escucharlo y se adentra en la oscuridad. La iluminación es pobre. Los focos tan solo alumbran algunas señales de las obras que todavía no han finalizado. En el andén no hay nadie, yo esperaba ver a algún camarada que nos llevara hasta Gilbert. No se ve nada y Pere enciende una linterna, que ilumina la nube de partículas de polvo que flotan en el ambiente. Yo miro más allá, pero lo único que puedo percibir son las escaleras

mecánicas paradas, montones de cristales apoyados sobre la pared y una especie de estanque sin terminar en el medio del andén. Está claro que es una excentricidad de algún político. Esta gente no sabe en qué gastar el dinero de los contribuyentes. Sigo a Pere hasta la puerta, que abre con cautela. Al verlo, me preparo y agudizo mis sentidos por si hay alguna sorpresita con la que no contamos. Saca el arma y apoya la linterna sobre el cañón, alumbrando a cada rincón de la habitación.

—No hay nadie —dictamina. Parece sorprendido e incrédulo. Con el ceño fruncido, me ordena que nos vayamos. No lo conozco mucho, pero, por las pocas ocasiones en que lo he visto enfadado, puedo decir que Pere ni perdona ni mira hacia atrás.

Volvemos al andén. Mi decepción y mi enfado crecen por momentos. Aprieto los labios y estiro el cuello. Voy a provocar a este cabrón, que ya parece estar bastante irritado. No me va a costar mucho.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Tenemos que encontrarnos en otro lugar? ¿Te han enviado algún mensaje?

—No. No sé qué ha ocurrido.

—Escucha, Pere. Esto no es de calidad, y yo, si no es con Gilbert, será sin él, pero yo sé dónde quiero estar y no voy a dejar que nadie se piense que soy una marioneta.

—Lo sé, Lynn. Luego hablaré con él, me debe una explicación. Y, si no nos gusta la respuesta, haremos lo que tú propongas. Así no se trata a los camaradas.

IV

Viernes, 22 de septiembre de 2017

Camino a paso ligero por la vía. Normalmente, la luz de la luna habría bastado para iluminar el sendero de piedras, pero hoy las nubes la ocultan y tengo que prestar más atención para no caerme. No puedo sacar la linterna para no delatar mi posición, y tampoco puedo prestar la atención suficiente a mi alrededor. No quiero llegar tarde, me comentó que hoy iríamos de misión: «Será tu primera toma de contacto en mi mundo y quiero ver cómo te desenvuelves». Levanto la cabeza un momento y veo el coche. Cuando me acerco, Mendes abre la puerta y subo.

—Buenas noches, Val. Estás preciosa, me gusta que te arregles para mí. Esta noche te necesito a mi lado. Iremos a Turín. Tengo que llevar a cabo un trabajo muy delicado y necesito tu ayuda.

Respiro profundamente mientras me acaricia un mechón de pelo que cae sobre mi cara, después me oculto en el asiento del copiloto cuando salimos del EMEX. Cogemos el camino que sube hacia la montaña. Pasadas un par de horas, empiezo a divisar una pequeña luz que va creciendo a medida que nos acercamos. Es un recinto con otro puesto de acceso.

—No hables. Dame tu DNI —me pide justo antes de parar.

Un soldado se cuadra al verlo y revisa nuestras credenciales. Levanta la

barrera y pasamos al recinto. Está oscuro, pero pronto comienzo a reconocer una pista de aterrizaje delimitada con luces en el suelo. Al final, a la izquierda de la carretera, hay una especie de nave con una pequeña torre adosada.

Mendes para el coche en el aparcamiento de la nave y me ordena que baje. Camina hacia un hombre, al que saluda con un fuerte abrazo. Después de un rato, se acercan a mí y les escucho hablar.

—Regresaré a las cuatro cero cero —contesta Mendes—. Val, ven conmigo.

Lo siento acelerado, nervioso y reservado.

—¿Has montado alguna vez en helicóptero? —pregunta.

—No.

—Pues ahora ya no vas a poder decir eso nunca más. Vamos a ir a Turín en un AS350 Ecureuil. Es ese de ahí.

—¡Vaya! Pero ¿tú sabes pilotar?

—Sí —responde. Su seriedad me desconcierta—. ¡Vamos, sube!

Su forma de hablar es a través de órdenes. Lo conozco poco, pero sé que hoy será una noche dura.

—Nunca he estado en Turín.

—Eso va a cambiar hoy. Tu vida ha cambiado desde que me conoces, y todavía va a cambiar más. Te voy a dar muchas oportunidades de vivir cosas que nunca podrías hacer sin mí. Solo espero que, en algunas ocasiones, no me odies.

—Lo intentaré.

Siento un fuerte tirón del arnés que me está ajustando.

—Estate tranquila, al final de la noche te compensaré.

Nos ponemos los cascos. Mendes arranca el helicóptero y un ruido estrepitoso retumba en mi cuerpo. Siento un hormigueo, especialmente en el estómago, cuando nos elevamos.

—¿Por qué vamos por la noche a Turín en un helicóptero? ¿Qué tenemos que hacer allí? ¿Esta será una de esas noches en las que esperas que no te odie?

—Estamos siguiendo a un terrorista yihadista: Sharif Abdel Alim. Nos han dado un soplo de su localización. Ya veremos con lo que nos encontramos. No puedo decirte más, solo que cuento contigo, ¿sí?

—Sí, por supuesto.

—Confía en mí, Val. Necesito que hagas esto, y más ahora que te estoy dando mucha información de mis actividades.

Aterrizamos en un helipuerto de una zona boscosa y subimos a un Fiat antiguo. Llegamos a la ciudad y estacionamos en un aparcamiento subterráneo del centro. Me cuesta apreciar la belleza de las calles y edificios porque la noche es cerrada y una pequeña neblina camufla prácticamente todo. Cuando salimos del garaje, atravesamos un pasaje empedrado hasta llegar a una gran plaza. Ahora sí que me he quedado sin palabras.

—Esa es la Catedral de San Juan bautista. Detrás está la Capilla de la Sábana Santa, y ahí es adonde vamos.

Sin mediar palabra, caminamos hasta una entrada lateral de la catedral. Mendes empuja la puerta y esta se abre. Me extraña ver que no está cerrada a estas horas. Al entrar, un frío estremecedor eriza mi piel. En la nave no hay nadie, pero los bancos, los arcos y el altar me dan la sensación de que no estamos solos. Lo único que se escucha es el eco de nuestras pisadas. Llegamos al presbiterio y sale un monje de detrás de una puerta. Lleva una gran túnica marrón con la que cubre su cabeza. Nos pide que lo sigamos hasta la Capilla de la Sábana Santa, después entramos en una habitación que parece un despacho. Cierra la puerta y se abraza con alegría a Mendes. Se golpean en la espalda y sonríen. Mi asombro no cesa cuando el monje se quita la capucha y el hombre que aparece es una copia de Mendes. Llevan el mismo corte de

pelo y sus barbas son exactas; además, son igual de altos, su complexión es la misma.

—Espera —le dice Mendes mientras me acerca hasta su amigo—. Te presento a Valerie. Ya te hablé de ella. Este es mi hermano, Antón.

No sabía que tenía un hermano, y mucho menos que fuera un monje.

—Val, espera aquí y luego sigue las instrucciones de Antón. Yo me tengo que marchar. Te veré más tarde.

Me guiña un ojo y los dos desaparecen por una puerta. Me quedo sola en la gélida habitación cuyas paredes deben medir unos cuatro metros de alto. Me acerco a la desgastada mesa que tiene un tintero incrustado en la misma madera y una pluma de ave. Me pregunto la cantidad de escritos que se habrán hecho sobre este escritorio. Enfrente hay una gran estantería que llega hasta el alto techo, y una gran escalera se apoya sobre ella. Está repleta de lo que parecen libros antiguos y algunos botes de botica. Miro por la ventana que da a un patio, entonces escucho abrirse la puerta cuando entra Antón.

—Nos vamos —me dice cortante.

Lleva puesta la ropa de Mendes y una mochila al hombro. Prefiero no preguntar: no me parece demasiado simpático. Se coloca unas gafas de ver de pasta negra y salimos. Sacamos el coche del aparcamiento y me lleva hasta un hotel que hay cerca de la estación de tren. No nos registramos y subimos directamente a la habitación:

—Buenas noches, señores.

El botones nos saluda mientras le entrega la llave a Antón. Este se limita a mover la cabeza y yo sonrío con amabilidad. Subimos a la primera planta por las escaleras enmoquetadas de un verde oscuro cubierta de manchas en cada trozo de tela. Antón saca la llave y abre. Imagino que ya habría reservado esta habitación para Mendes.

—Ponte cómoda —me dice mientras suelta la mochila en el suelo.

Deja las gafas sobre la mesilla, coge el mando de la tele y la enciende. Después se tumba sobre la cama y coloca los brazos debajo de su cabeza. Yo me tumbo a su lado dejando distancia suficiente como para que no nos rochemos. Al rato, le escucho roncar. No me lo puedo creer. Esta debe de ser una de esas situaciones en las que debo odiar a Mendes. Son cerca de las dos de la madrugada cuando llaman a la puerta. Me acerco rápido y, cuando voy a abrir:

—¡Para!, no abras —me pide Antón. Empuña la pistola y, con cautela, se acerca a la puerta y dice—: Hoy no tengo sueño...

—Entonces bailamos —contestan desde fuera.

Antón abre la puerta y entra Mendes. Lleva puesto un chándal negro, con la capucha de la sudadera cubriendo la cabeza. No lleva gafas, pero tiene los ojos azules.

—¿Y bien? —pregunta Antón.

—Digamos que, al final, alcanzamos el cénit. Puedes abrirte —contesta a su hermano, y luego se dirige a mí—: Val, en una hora salimos.

Antón coge la mochila y se mete en el baño. Después de un rato, sale afeitado y con la cabeza rapada al cero. Lleva puesto el mismo chándal que traía Mendes y sus ojos también son azules. Ahora no se parecen en nada ninguno de los dos. Antón se marcha. Miro a Mendes con ganas de una explicación y veo salpicaduras de sangre en su cuello y en las manos. También en las playeras negras se pueden intuir algunas manchas. Al verlo, un escalofrío entra en mí como un cuchillo. Se desnuda y, con gran habilidad, se quita las lentillas. Me coge de la mano y me lleva al baño. Prefiero no preguntar. Es algo que me pidió que no hiciera.

—Desnúdate —me pide mientras abre el grifo.

V

Sábado, 23 de septiembre de 2017

Los hinchas se amontonan en el vestíbulo coreando vítores al unísono. Algunos comienzan a saltar los tornos para salir de la estación. Todavía quedan un par de horas para que comience el partido.

Hace un rato salí a fumar y vi a la policía montada, los antidisturbios y apoyo militar. Eso me ha desconcertado bastante. Nadie nos ha avisado de que tengamos que estar en estado de máxima alerta, de que nos preparemos para algo fuera de lo normal en un partido como este. Pero lo que hay ahí me parece que está por encima de un día de fútbol.

Estoy asignado en el grupo de Charles, con Bill y Duck. Por suerte, Jon hoy no ha podido venir, se enganchó una buena cogorza anoche y, según me ha dicho, no podía ni moverse de la cama. No creo que pudiera aguantar a Duck y a Jon juntos.

El *walkie* suena: es Pere que nos pide, con máxima urgencia, que se revisen todas las mochilas de todas las personas que están saliendo por los tornos.

—Estamos en máxima alerta.

Así nos lo suelta. Me pregunto cuánto hace que lo saben y por qué nadie nos lo dijo antes.

—Hemos recibido un mensaje de que van a intentar meter una mochila

bomba en el estadio. Nos tenemos que asegurar de que no salga del *tubo*. Si es que no está ya dentro del estadio.

Pere corta y nos preparamos para la operación cuando en megafonía comienzan las alarmas para desalojar el metro. Antes de que podamos organizarnos para comenzar la evacuación, la alarma comienza a sonar, los tornos quedan abiertos y una marea humana comienza a correr hacia la salida. Ayudamos en el vestíbulo como podemos a deshacer en el pasillo el tapón producido por la caída de varias personas.

Dirigimos a la gente hacia las distintas salidas para que no se colapse la misma. Tan solo una alerta por los altavoces ha metido el pánico en sus cuerpos, y sus caras lo reflejan. De pronto, una fuerte explosión hace que el suelo se mueva. Solo escucho un agudo pitido en mis oídos y el ruido ensordecido de gritos de ayuda. No puedo moverme y espero un rato hasta que consigo ponerme de rodillas. Escupo un trozo de piedra y miro a mi alrededor. Hay mucha gente en el suelo, otras personas se mueven de un lado para otro sin encontrar la salida, a pesar de encontrarse a tan solo cinco metros. Nos la han colado. No me lo puedo creer, lo sabían y no nos han avisado. El apoyo militar que hay en la calle... Ellos lo sabían y no nos han...

—Oye, tío. ¿Me oyes? —Uno de los militares me está moviendo el brazo —. ¿Estás bien?

—Si lo sabíais, ¿por qué coño no nos habéis avisado? —le grito desesperado, con ganas de romperle la cara—. Lo podíamos haber localizado antes.

—Estás sangrando.

—¿Qué?

—Tu brazo está herido. Toma, ponte mi chaqueta y tápate eso. —Me señala el tatuaje que llevo en el tríceps de mi brazo derecho—. Sal fuera para que te atiendan. Y otra cosa... —intento prestarle atención, pero mi dolor de cabeza

y mi sordera no me dejan centrarme demasiado en lo que me dice, la cabeza no para de darme vueltas—, empezad a moveros de una puta vez.

El militar se marcha hacia el interior del *tubo*. No sé si le he escuchado bien. Ha dicho que nos empecemos a mover. Le he entendido eso, que nos empecemos a mover. De repente, el recuerdo del campo de batalla en los Balcanes me viene a la cabeza. La primera vez que estuve en una guerra. Jamás pensé que ese horror lo fuera a volver a vivir en el centro de mi ciudad. Miro al suelo y corro para quitar de encima los escombros que han caído sobre algunas personas. Caigo al suelo y me siento torpe cuando un auxiliar médico me sujeta del brazo y me lleva hasta el exterior. No opongo resistencia, ni digo nada. Me agarro del pasamanos y subo las escaleras, y entonces veo que están montando las tiendas de campaña preparadas para el triaje. Los voluntarios no dan abasto para dirigir a las personas que salimos del *tubo*. A mí me envían a la última tienda, la de los heridos más leves. No entro y continúo caminando cuando mi teléfono suena. Me sorprende que todavía esté en el bolsillo.

—Lynn, te estoy observando. ¿Estás bien? Tienes una brecha en la cabeza.

—Sí, perfectamente. Puedes contar conmigo.

Mis palabras salen directamente del corazón. Ni siquiera me he parado a pensar, pero siento el aire de la venganza y esta llamada es el primer paso. Las palabras del militar se repiten en mi cabeza una y otra vez: «Empezad a moveros».

—Escúchame, se va a acercar a ti una furgoneta negra. Súbete a ella. Nos vemos en un rato.

Paso por debajo de la cinta policial que delimita la zona y salgo hasta la carretera. No me equivoco, sé que Pere trama algo. El vehículo frena en seco, me meto en el furgón, cierro de un golpe y salimos a toda velocidad, clavando las ruedas en el asfalto. Ante este caos, siento la imperiosa necesidad de

ayudar a mi país, pero con la lucha. Mi alma de militar, de guerrero, de protector, ha vuelto a mí a golpe de Goma-2 y se ha apoderado de mi ser. Así es como puedo explicar esta repentina obsesión de hacer justicia que comienza a hacinarse en mi cerebro. La única forma de calmarme será con sangre. Aprieto los dientes con fuerza y la funda del colmillo superior izquierdo acaba bailando con mi lengua. La escupo con rabia.

La furgoneta entra a toda velocidad en Petram. Me bajo con gran esfuerzo y entramos en el andén. Hay varios vigilantes y camaradas que se alegran cuando nos ven. No serán más de veinte hombres. Pere sale de entre ellos y nos hace un gesto con la mano para que nos acerquemos hasta él y se mete en el cuarto. Lo seguimos y entramos. Pere habla con un tipo bajito y barrigón, no está gordo, pero su aspecto deja entrever su deficiente estado físico. Me mira con una sonrisa dejando ver su amarillenta dentadura. No sé por qué me mira así, pero hoy no es un buen día. Con gran esfuerzo y algo cojo, camino hacia ellos, el enano hace algún comentario a Pere que no puedo escuchar, pero seguidamente levanta los hombros de forma tonta y se ríe mientras me señala con el dedo. Me dan ganas de saltarle el sarro de los dientes de un solo golpe. Pere parece ignorarlo y viene hacia mí. Siento que todavía estoy algo aturdido. Miro a mi alrededor, incrédulo del ambiente relajado y divertido que hay en el agujero.

—¿Por qué no has ido a que te atiendan? No me pareció verte tan mal cuando te vi en la calle.

—Sí, bueno. Sería porque había mucha más gente peor que yo.

El enano viene y se queda junto a Pere. Sigue con su estúpida sonrisita.

—Yo también acabo de llegar, en otro coche. Ven, aquí hay un botiquín. Debe de estar por alguna parte... ¡Aquí! Deja que te limpie las...

Dejo de escuchar a Pere y en dos pasos y con el puño levantado tumbo de un golpe al enano. Siento el impacto de mis nudillos contra su cara y cae al

suelo. Alguien me sujeta el torso por detrás y me retira de un giro. Yo dejo los brazos levantados y relajados en señal de que ya he parado.

—¡Suéltame, Pere! Todo está bien.

—¿Seguro? —Pere aparta sus brazos de mi cuerpo—. Tranquilo, Lynn.

Dos tíos están ayudando a levantarse al enano, parece más aturdido de lo que esperaba. Se tambalea y de nuevo Pere se interpone en mi camino cuando intento ir de nuevo hacia él. Lo reconocí nada más verlo y ahora puedo comprobar que no es más que un cobarde. Si no fuera por los hombres que lo rodean...

—¡Lynn, para! ¡Joder, tío! —Pere insiste en que me quede quieto—. Este es Gilbert.

Me hago el sorprendido con una facilidad que me asombra a mí mismo.

—Vaya..., Gilbert. Mis disculpas, tío.

Tiempo mi mano hacia el enano, quien, por supuesto, la rechaza sin pensarlo y se marcha.

—Ven, deja que te limpie las heridas —insiste Pere, que saca un botiquín lleno de polvo, lo abre, coge una gasa y la impregna en alcohol. Con brusquedad, me frota la brecha de la frente.

—¡Para, joder! ¡Dame!, lo haré yo.

Limpio las distintas heridas que alcanzo a ver y el corte del brazo derecho.

—¡Ey, Lynn!

Me vuelvo y veo que Pere me está llamando; lo acompaña el enano con el labio roto. Ahora no parece que la situación le haga tanta gracia, aunque para mí ahora sí que la tiene.

—Te presento a Gilbert. Él es el fundador de los White Power y también sabe de tu interés por estar dentro.

Vuelvo a tenderle mi mano y esta vez me la acepta.

—¿A qué coño ha venido esto? —Alarga su cuello y señala su boca.

—Oye, tío. No sabes cuánto lo siento. Me pilló la explosión de Saint-Cloud y estoy un poco nervioso, y cuando te vi reírte..., bueno... Espero que puedas olvidarlo, camarada.

—Lamento lo de la explosión, pero eso es una auténtica fiesta para nosotros, ya que, precisamente gracias a ese atentado, nos acaban de dar carta blanca para actuar. Pere te quiere dentro, no sé por qué, pero confía en ti. Yo no pienso perderte de vista. No me gustas, Lynn, y vas a tener que esforzarte mucho para cambiar mi opinión.

Joder, qué ganas tengo de pillarte a solas. Tarde o temprano vas a caer, y lo harás en mis manos. El enano escupe a mi lado y continúa hablando.

—Cuando termines de acicalarte —suelta una sutil e irónica una carcajada—, acércate, que tenemos que organizar una pequeña fiestecita. Veremos qué nos puedes aportar.

VI

Sábado, 23 de septiembre de 2017

Sheila, la secretaria, me reclama a través de la megafonía del centro, justo ahora que íbamos al comedor. Miro mi móvil y veo siete llamadas: cinco de Bricout, dos de Paul y, en el otro teléfono, tengo una de Lynn. Corro hasta la secretaria y abro la puerta de un empujón. «Te llama Bricout», me comunica Sheila, me pasa el teléfono y le hago un gesto con la cabeza para que salga.

—Joder, Mendes, te estoy llamando.

—Sí, ya lo he visto. No escuché el teléfono, estábamos corriendo y acabamos de terminar. Dime.

—Acaban de atacar París. Un atentado en el *tubo*, en Saint-Cloud.

—No me jodas. Ayer, justo ayer, estuve en Turín.

—Pues no se han hecho esperar. Tengo que saber si todo fue...

—¡Eh! Ni se te ocurra dudar mi trabajo. Lo encontré en el spa, donde me dijiste, y el trabajo fue rápido y limpio. Sin cámaras ni sospechosos. Antón me dio apoyo.

—Ok. Solo quería asegurarme. Yo llevo aquí tres días, ya sabes que no se ha terminado la máxima alerta...

—¿Qué ha sido?

—Una mochila con Goma-2 y TATP.

—No me jodas. Nunca han utilizado este tipo de explosivo.

—Joder, Mendes... Vamos a uno por mes. Son demasiadas víctimas, demasiados atentados...

—Lo sé, ¡joder! Está claro que hemos fallado a París. Y encima el movimiento supremacista blanco se está levantando. Están saliendo al exterior en pequeños grupos, dispuestos a hacer mucho daño. Ellos no deben realizar nuestro trabajo. Cada día tenemos conocimiento de nuevos grupos que emergen fruto del odio que se está apoderando de la ciudad. Esto se complica cada vez más. Debemos intervenir lo antes posible y nuestros departamentos deben trabajar más unidos que nunca.

—Sí, pero sabes que esto no se va a acabar nunca. Algunos vivirán perdonando, otros lo harán vengando.

—Pues a ver si es posible que consigamos que todos vivamos en paz. .

Cuelgo a Bricout con rabia. Si lo tuviera delante, le habría dado un buen puñetazo. Insinuar que mi trabajo no ha sido protocolario y después esa concesión a la rebeldía que he percibido en sus palabras. No es propio de él. Bueno, espero que no sea más que el estrés de este duro golpe.

VII

Domingo, 24 de septiembre de 2017

Hoy es el último día que voy a pasar aquí. En principio, este día debía ser el próximo miércoles, pero, debido a los atentados de ayer, los agentes deben volver a las agencias y el curso finalizará tres días antes.

Salgo al aparcamiento que hay enfrente del pabellón, donde nos han convocado a todos, alumnos y profesores, y me fijo en Mendes, que está hablando con Bricout y con una mujer morena, por cierto, bastante guapa, que acaba de salir de un Peugeot negro que tiene una insignia oficial. Los dos se abrazan con confianza cuando Mendes la besa. Del mismo coche también sale un niño de unos cinco años, es moreno y se echa sobre Mendes. «Papá», le dice. Soy incapaz de controlar mis nervios, mi apariencia tranquila es solo eso, apariencia. La inesperada visita de esta mujer me ha alterado más de lo que me hubiera imaginado. Mendes me ha asegurado que estaba separado. De pronto, se gira y me ve, y yo me doy la vuelta para entrar en el pabellón.

—Ven aquí, Val. —Me vuelvo a girar y obedezco sin muchas ganas—. Esta es mi mujer, Cassandra.

La verdad es que de cerca es todavía más guapa, morena de piel y con rasgos tailandeses. Empiezo a angustiarme, yo diría que por mi falta de moralidad, al escuchar estas palabras. Le doy la mano para saludarla de la

forma más cortés posible, cruzamos algunas palabras sobre este magnífico curso y me marchó sin cruzar más palabras con nadie.

La entrega de diplomas ha comenzado y Bricout sube al escenario:

—Buenos días. Como todos sabéis, París fue atacada ayer por un lobo, un yihadista que decidió meter una bomba en un túnel sin salida repleto de niños y adultos que iban al partido de fútbol, el cual, por supuesto, se suspendió. Un atentado en Porte de Saint-Cloud. Todos vosotros habéis sido reclamados por las agencias para que os incorporéis inmediatamente. El curso termina hoy para que, entre todos, unidos, podamos también terminar con este mal que no para de crecer. Mendes os va a entregar vuestros diplomas y espero que no olvidéis lo que habéis aprendido aquí, en el EMEX. Muchas gracias a todos por participar en el curso de 2017.

Envidio a todos los que van a luchar para frenar estos ataques. Yo volveré al *tubo* y desde ahí haré lo que esté en mi mano.

Mendes empieza a entregar a todos los alumnos el diploma. Cuando llega mi turno, me acerco y le doy dos besos, y me pide en un susurro que vaya a hablar con él. Supongo que no sé disimular muy bien cuando estoy cabreada.

Intento hacerme un hueco para atravesar el pasillo, pero los alumnos lo han ocupado por completo, no soy capaz de avanzar. Entonces miro mi móvil, hay un mensaje de él: «No me gusta verte así. Te espero en mi oficina en diez minutos».

No creo que pueda subir, ya que su despacho está al otro lado del pasillo. Intento volver al pabellón y salir por el aparcamiento. Entonces, por megafonía, anuncian la llegada de un importante político y nos piden a todos que nos reunamos con él, de nuevo en el pabellón. No puedo creer que siempre tenga todo controlado. Subo al despacho y llamo a la puerta. Nadie contesta, así que abro despacio. Mendes me ve, cuelga el teléfono y viene hacia mí con determinación. Cierra de un golpe, echa la llave y me coge por el

cuello, sujeta mi cabeza y comienza a besarme y a tocarme. No puedo hablar, no puedo separarme de él.

—Espera, espera, por favor. Quiero hablar contigo.

—¿Qué ocurre, amor?

—¿Ha venido tu mujer? ¿Qué hace aquí? Creía que estabas separado...

—¿Qué coño te pasa, Val? ¿Estas caras son por Cassandra? —El tono con el que me habla hace más insoportable la situación—. Lo primero es que yo tengo buena relación con la madre de mi hijo por ser precisamente eso y lo segundo es que mi vida está en sus manos. Si ella quisiera, me hundiría con tan solo un chasquido de dedos. ¿Sabes lo que eso significa?

—No entiendo mucho que alguien tenga la vida de otra persona en sus manos.

—Pues yo tengo, continuamente, la vida de muchas personas en mis manos, Val.

—Y yo entonces estaría en peligro por mi relación contigo si ella así lo decidiera.

—Eso no va a pasar, te lo aseguro. —Su molesto tono de voz se va calmando, pero no es capaz de resolver mis dudas—. Debes prometerme algo, Val, es muy importante lo que te voy a decir y quiero que lo entiendas a la perfección. Tú ya has entrado en mi mundo. Vas a ver muchas cosas; algunas de ellas te las mostraré o contaré yo mismo, pero otras las vas a descubrir tú, y es importante que nada de lo que veas, nada de lo que escuches o descubras, salga de tu boca. Absolutamente nada. Eso sí que podría ponerte en peligro, ¿estás entendiendo todo lo que te estoy diciendo? Necesito saber que comprendes bien, perfectamente, lo que quiero decirte.

—Sí, por supuesto que lo entiendo. Siento mucho todo esto, pero necesito respuestas. Necesito conocerte, y yo también tengo que saber si puedo confiar en ti.

VIII

Lunes, 9 de octubre de 2017

Subo por las escaleras hacia el exterior y empiezo a notar el frío. Mi pelo comienza a enredarse con el fuerte aire que también atraviesa la tela del pantalón y hace que se me pegue en los muslos. Me estremezco y comienzo a temblar. Las luces de las farolas iluminan las calles, pero la noche está oscura; yo diría que más oscura que de costumbre. Me quedo un rato mirando absorta el letrero de la estación de Châtelet. Un escalofrío hace que suba el cuello de la chaqueta. Saco el móvil del bolsillo, desbloqueo la pantalla y espero a que tenga cobertura. Son las once menos diez de la noche. No paro de temblar y sujeto con fuerza el teléfono. Miro el WhatsApp, los mensajes y las llamadas perdidas, pero no hay nada. Espero un poco más hasta que siento la vibración del móvil y escucho una serie de pitidos. Acaban de entrar cuatro llamadas perdidas: son de mi madre, de mi amiga y de mi hermana, y once wasaps del grupo de mi familia. No hay nada más, así que intento atenuar mi decepción llenando de aire puro mis pulmones. Regreso al metro o, como nos gusta llamarlo a los vigilantes, el *tubo*.

Camino hacia el cuarto. Estamos en alerta uno por amenaza terrorista. Desde que regresé del EMEX, no hemos bajado el nivel de la alerta. En los últimos meses, París ha recibido demasiados atentados. Nuestra gente,

nuestros vecinos, hermanos y primos mueren en manos de fanáticos. Doblamos turnos porque no hay personal suficiente y acabamos trabajando hasta treinta y seis horas seguidas. Mis compañeros y yo estamos agotados. Hace dos días, cuando regresaba a casa después de doblar un turno de trabajo, me choqué con el coche que tenía delante de mí, en la A-36. No pasó de ser un susto, pero espero que esta situación no dure mucho, porque odio tener que dormir en improvisados catres en los cuartos del *tubo*. Llego al cubículo y llamo a la puerta. Lynn abre.

—¿Todo bien? —le pregunto, y me mira serio, cabreado, como de costumbre cuando pasa cinco minutos a solas con Jon.

—Sí, Val, no hay novedades. Nos quedan diez minutos más aquí y nos vamos a Rambuteau —me dice.

Entro y noto un olor a rancio que antes no me parecía tan asqueroso. Me siento en una de las tres sillas de la habitación mugrienta. Tomo el móvil del bolsillo y abro las noticias:

«El Gobierno francés sigue las huellas de Trump. Obligado por los distintos candidatos a la presidencia, conservadores y populistas de izquierdas, propone medidas reguladoras de la migración al país. La ultraderecha, con sus críticas al sistema judicial y a la actual ley de inmigración, avanza posiciones en el *ranking* de popularidad. También cuenta con el apoyo de la mayoría de los funcionarios, pertenecientes a las fuerzas de seguridad del Estado. (París, *La Réalité*)».

Mientras leo, escucho un repiqueteo contra la mesa de madera seguido de una profunda inhalación. No quiero mirar. Sé que Jon está esnifando una raya y se me revuelve el estómago. Intuyo que la noche no va a ser tranquila, suele pasar cuando se coloca.

—Val, tía, te he preparado una para ti. Pruébala.

Jon me mira con una sonrisa apretada en sus finos labios. Su cara está llena

de manchas oscuras y su largo y lacio flequillo le cae hacia un lado, sobre los pronunciados pómulos.

—No, gracias. Sabes que no me va ese rollo —fuerzo una sonrisa mientras le respondo. Se pone excesivamente pesado con estas cosas y, si se siente ofendido por cualquier motivo, estará todo el camino buscando la manera de enfrentarse a cualquiera de nosotros. Aunque yo intento ignorarlo, no sería la primera vez que Lynn le rompe la nariz, él mismo me lo ha contado.

—Jon, eres un gilipollas, déjala en paz —le advierte Lynn, mientras yo espero a que se calmen los dos, no me apetece que nadie se pelee hoy.

—No te pongas celoso, tío. Joder, si la va a probar, es mejor que sea algo de calidad. Que su primera vez sea conmigo. —Jon me mira mientras habla y me guiña un ojo, pero sé que está intentando provocar a Lynn—. Venga, nos vamos —dice en un arrebató mientras se yergue como un resorte y se frota las encías con su dedo índice. Deja ver sus dientes, que están amarillos y descolocados. La imagen no es nada atractiva y lo único que siento es una gran pena.

Estamos cogiendo las defensas que habíamos dejado tiradas en el suelo cuando entra una llamada de emergencia por los *walkies*, es de la Sala de Control de Seguridad del Metro: «Roger 01, se está produciendo una pelea entre dos hombres de etnia gitana. Uno de ellos va armado con una espada. Está avisada la ambulancia y la policía. Os seguimos por cámaras».

También escuchamos por la megafonía de la estación el aviso de la emergencia: «¡Seguridad, seguridad! Acudan al andén uno de la línea once, dirección Mairie des Lilas».

—¡Vamos! —ordena Jon.

En cuestión de segundos, una explosión de adrenalina recorre mi cuerpo, el corazón se me dispara. Miro a Jon y veo cómo se transforma. Sus pupilas dilatadas y su media sonrisa ladeada afilan aún más los rasgos de su alargada

cara. Es difícil creer cómo ese cuerpo tan alto y delgado puede tener tanta fuerza. Sus músculos apenas tapan sus huesos, pero es puro nervio. Entonces miro a Lynn, que me hace un gesto con la cabeza para que salga del cuarto.

Corremos hacia el lugar indicado. Los tres bajamos las escaleras mecánicas al trote, pero yo me quedo algo rezagada. Siento las corrientes de aire frías que atraviesan los pasillos y me alivian del sofoco de la carrera.

Llego al andén y veo a Jon y a Lynn acercándose hacia los dos hombres, que ahora están gritando. Uno de ellos va con el torso desnudo y tatuado con frases sueltas y descolocadas y algunos números. Se parecen bastante a los típicos de un exconvicto. Sujeta firmemente una especie de sable dorado y amenaza al hombre más alto, quien lleva una camisa negra desgarrada por la pechera. Parece que ninguno de los dos se ha percatado de nuestra llegada. En cuestión de segundos, con un rápido movimiento, el hombre que sujeta el sable arremete contra su oponente, asestándole un golpe seco en el brazo cuando este intenta cubrirse la cara. La carne de su antebrazo se abre rápidamente y se escucha un tremendo grito de dolor en el andén. La imagen se clava en mi cerebro. Veo cómo la sangre empieza a brotar y forma un charco en el suelo. El hombre más bajo comienza a correr detrás del herido. Jon da una voz para advertir de nuestra presencia y le pide que pare.

—¡Quieto! Suelta el sable. Déjalo en el suelo y dale una patada hacia mí — ordena Jon.

—No te acerques, voy a matar a este cabrón y lo sabe. Si no es hoy, será mañana. —El desconocido mira amenazante al hombre herido.

—Está avisada la policía y la ambulancia, pronto llegarán. No tienes salida. Suelta el puto sable y entrégate —le pide Jon perdiendo las formas.

—Hijoputa, no te metas o serás el siguiente.

Lynn y yo nos ponemos los guantes anticorte. Sacamos las defensas extensibles de acero de un golpe de muñeca e intentamos rodear a los dos

hombres. Escucho el sonido de un tren que se acerca a la estación. Me preocupan los pasajeros que vayan a bajar. Con el tren en movimiento, les voy indicando para que salgan por el final del vagón. Por suerte, a estas horas no hay mucha gente.

Un silbato fuerte y agudo nos avisa de que el convoy se dispone a cerrar sus puertas y es entonces cuando el hombre herido empuja a Lynn y se mete de un salto en el tren. Todo pasa tan deprisa que prácticamente no nos da tiempo a reaccionar. Miro a Jon, que sigue hostigando al agresor, y reconozco la expresión de su cara: está perdiendo la calma, y eso en él tiene una única consecuencia.

—Vamos, tío, ¿por qué no te relajas? Ya te he dicho que la pasma está de camino, no tardará en llegar —le dice Jon sin dejar de sonreír.

—No os acerquéis. Al primero que intente tocarme, le rajo el cuello — responde el agresor mientras mueve la espada de un lado a otro. Se balancea como si siguiera un compás. Abre los ojos y nos mira de uno en uno. Parece loco.

Vuelvo a mirar a Jon y le veo mover el cuello de un lado a otro como si fuera un boxeador. Se quita la chaqueta del uniforme y la tira al suelo. Lleva camisa de manga corta y se le marcan los tendones del antebrazo mientras sujeta la defensa extensible, así que me preparo para lo peor.

«¡Atención! Roger 01, se dirigen tres patrullas hacia el andén. Repito, los agentes se dirigen hacia su posición».

—Ok, recibido —contesto por el *walkie*—. Aguantad, ya están aquí. Han entrado en...

No he terminado la frase cuando Jon se lanza hacia el hombre. De un golpe con la extensible, aparta el sable, pero el agresor no lo ha soltado. Yo intento sujetarle los brazos por detrás mientras Lynn le da una patada en la rodilla y lo hace caer. Salgo lanzada contra la pared y me golpeo la cabeza. Oigo un grito,

no sé de quién, y veo a Lynn ensañándose con el hombre que está tirado en el suelo. Sujeto una mano del gitano y consigo ponerle una de las esposas con gran esfuerzo. La sangre se esparce debajo de los cuerpos. Jon se arrastra por el pavimento y se aparta de la melé. Sigue gritando, era él. Lo veo sujetándose la mano, de la que no para de salir sangre que le es imposible contener. Corro hacia él e intento cerrar el corte presionando fuertemente sobre la herida para detener la hemorragia.

Cuando Lynn termina de engrilletar al delincuente, seis policías aparecen en el andén. En ese momento, entra otro tren en la estación que no escuché venir. Los pasajeros se agolpan a mirar mientras los agentes les indican por dónde deben ir. Intento calmar a Jon:

—Tranquilo, tío. Pronto llegará la ambulancia. Tú aguanta. —Noto que la visión se me comienza a emborronar, las lágrimas caen por mis mejillas y las limpio con el brazo—. Disculpe —le digo nerviosa a un agente—, ¿dónde está la unidad móvil que hemos solicitado? ¿Sabe cuándo...? Ya vienen, Jon, ¡ahí están!

Los sanitarios corren hacia nosotros. Me retiro y un técnico se acerca a Jon, abre su mano, no puedo dejar de mirarla. La herida es limpia y profunda. El hedor a sangre se mezcla con el de cloaca que emana del túnel. Es insoportable y empiezo a marearme.

—Nos lo llevamos al hospital —me dice el médico.

Suben a Jon en una camilla y lo veo palidecer cada vez más hasta que su cabeza se desvanece. Mientras se marchan, ayudo a los agentes a abrirse paso por el andén.

Escucho por el *walkie* que se acerca una segunda unidad móvil para atender al detenido.

—Nos lo llevaremos al hospital y le haremos un test de drogadicción —le dice el médico al agente que se ha hecho cargo de la intervención.

Espero que no le realicen esa prueba a Jon. Noto una caricia en la zona baja de mi espalda; me vuelvo para mirar, es Lynn y le devuelvo un forzada sonrisa.

—¿Estás bien, Val?

—Sí, estoy bien. Voy a llamar al inspector para avisarle de todo esto. — Intento reprimir mis lágrimas mientras busco mi móvil—: Buenas noches, Pere, soy Val.

—Dime, preciosa, ¿qué ocurre? ¿Todo bien?

—La verdad es que no. Hemos tenido una intervención bastante fuerte en Châtelet. Han cortado a Jon en la mano y se lo han llevado al hospital. Lynn y yo tenemos que ir a comisaría a declarar. ¿Puedes avisar a Charlie 05 para que cubran la estación lo que queda de noche?

—Claro, Val, no te preocupes. ¿Seguro que estáis bien?

—Sí, nosotros estamos bien. No te preocupes. Pere, ¿te acuerdas de que me debes tres días?, los necesito.

—Sí, claro. Tómatelos libres, Val. No vengas hasta el viernes. Cubriré tu puesto. Intenta descansar y recupérate.

Me quedo callada unos segundos. Me cuesta contenerme. Cojo aire y suspiro:

—Sí, lo intentaré. Muchas gracias por todo, Pere. Hablamos. —Le escucho decir algo pero ya estoy colgando.

Son las dos de la madrugada cuando salimos de declarar en comisaría. No pensé que nos llevara tanto tiempo, la verdad. La noche sigue más oscura de lo normal. Una densa niebla cubre las calles de París, me da la sensación de

querer llevarse algo más. Lynn, tan atento como siempre, para un taxi y le indica que me lleve a casa. Antes de despedirnos, me sujeta del brazo:

—Escucha un momento, Val. No me gusta cómo están las cosas, me refiero a Jon. Cada día está más metido en esa mierda y cualquier día nos lleva por delante. El muy gilipollas no ha podido esperar a que llegase la pasma y se ha lanzado sin más sobre el puto gitano. Pero ¿quiénes han hecho la detención? Tú y yo. ¿Quiénes se la han jugado mientras él estaba sentado en un rincón? Tú y yo. Voy a pedir cambio de grupo y voy a pedir que tú vengas conmigo. Piénsatelo. Mañana lo hablamos.

Hasta ese momento no me había parado a pensar en lo expuestos que estamos al lado de Jon. Ahora mismo estoy confusa con todo lo ocurrido. Preocupada por Jon y también cabreada con él. Me siento en el coche y comienzo a notar un intenso hormigueo por todo el cuerpo. El cansancio empieza a aparecer. Noto cómo el corazón me late fuerte y rápido. Necesito detener mi mente, dejar de pensar durante un rato. Una lágrima cae por mi cara. Tomo aire y miro por la ventana.

No hago más que darle vueltas a lo sucedido. Me da la sensación de que todo está fuera de control. Trabajar al lado de Jon se ha convertido en un peligro. Lynn lo tiene bastante claro, me lo acaba de decir.

Observo cómo el coche se abre paso entre la niebla. Me cuesta apreciar las calles. De vez en cuando, aparece alguien que camina, pero no sabría decir por dónde lo hace, si por la acera o por la calzada. Tal vez vayan a su casa o tal vez vayan al trabajo. Después de un rato, veo el neón del club Diamant, ahora sé que estoy a pocas manzanas de casa.

Parece que no llegue nunca, pero finalmente entro en mi apartamento. Está recogido y huele a limpio. Escucho el pitido del contestador. Me quitó el abrigo y los zapatos y pulso el botón de *play*: «Tengo muchas ganas de tenerte, busca un hueco para mí. Dime algo. Necesito verte».

Un agudo sonido da por concluido el mensaje. Sonrío, no sé cómo me quedan ganas. Necesito un baño. Abro el grifo del agua caliente y dejo que corra hasta que se llena la bañera. Cojo el tarro de sales relajantes y abro la tapa, que se me cae al suelo y escucho el repiqueteo del metal. Me paralizó y me quedo quieta por un momento. Me agacho, la cojo y la pongo encima de la bañera. Tomo un puñado de sal en la mano, es blanca y cristalina. La esparzo sobre el agua dibujando amplios círculos con el brazo.

Comienzo a desnudarme. Por fin puedo desprenderme del uniforme de tela tosca y gruesa que todavía huele a sangre, me viene la imagen de las salpicaduras de sangre que tenía Mendes en Turín. Al inclinarme para bajarme el pantalón, noto un fuerte dolor en la espalda. Saco un brazo y luego otro hasta que, con cierta torpeza, consigo quitarme la camisa.

Metó mi cuerpo dolorido en la bañera, cierro los ojos e intento no pensar. De pronto, la imagen de una rata cruzando en la oscuridad del túnel me viene a la mente.

IX

Martes, 10 de octubre de 2017

Aún cansada, me retuerzo y me estiro en la cama mientras las blancas sábanas se enredan entre mis piernas. Algunos rayos de sol se han colado por las rendijas de las persianas para incordiarne con su luz, así que echo el brazo sobre mi cara a modo de escudo y me cobijo en la almohada. Intento relajarme un rato más, aunque me resulta bastante difícil, ya que tengo el cuerpo dolorido. Pero lo que más me molesta es un dolor agudo y punzante en el lado derecho de la cabeza; nunca suele dolerme. Noto que de nuevo estoy apretando los dientes cuando recuerdo la mano ensangrentada de Jon. Me preocupa su herida, no tenía buen aspecto. Espero que no le haya cortado ningún tendón. Lo llamaré más tarde. Cierro los ojos, me doy media vuelta y me quedo remoloneando un rato más.

Cuando miro el reloj, veo que ya son las diez de la mañana, así que salgo de la cama, retiro las cortinas de las dos ventanas estrechas y alargadas de la habitación y subo la persiana. Me quedo observando la calle, con las jardineras repletas de flores, los bancos de hierro forjado y las farolas que soportan las bonitas papeleras que por fin el Ayuntamiento ha decidido renovar. La fuerte luz invade toda la habitación y, cuando voy a salir, veo que la almohada que está manchada de sangre. Me toco asustada en la cabeza y noto

un bulto que me duele bastante al pasar la mano. Parece que tenga un corte con restos de sangre reseco. Recuerdo el golpe que me llevé anoche, no pensé que fuera a más. Me lavo la herida y me voy a preparar el desayuno, un repentino y voraz apetito aparece sin más.

Como cada mañana, lo primero que hago es encender la cafetera y después el portátil, que está sobre la mesa de la cocina. Me gusta desayunar mientras me pongo al día con el *e-mail* y las redes sociales. Es una costumbre que adquirí en el EMEX, cuando conocí a Mendes. Continuamente me preguntaba si había visto las noticias o si había leído el periódico. Mi respuesta era siempre la misma, y la suya también. Al parecer, es muy importante estar al día de los movimientos políticos y sociales, también en el ámbito internacional. Así que leeré la prensa *online* y echaré un vistazo a los titulares del día. El olor a café me abstrae de la pantalla y, con cierta ansia, me retiro a llenar la taza. Doy un trago largo y vuelvo a sentarme. Hago doble clic en un titular que me llama la atención: «Aparece el cuerpo decapitado de un hombre en el parque Bois de Boulogne». Entonces, sin darme cuenta y sin poder evitarlo, el recipiente cae de mis manos y estalla en el suelo, junto a mis pies. El horror me invade y me quedo paralizada frente a la pantalla; mi cuerpo comienza a temblar y mi cerebro se bloquea por completo. No soy capaz de pensar ni de moverme. Reconozco que el pánico se ha apoderado de mí hasta que pasa un rato y vuelvo a consultar el artículo más detenidamente:

«Martes, 10 de octubre de 2017. Un grupo de jóvenes que pasaba la noche del martes en el parque Bois de Boulogne se encontró con la cabeza decapitada de un hombre. La policía, después de inspeccionar la zona, encontró el cuerpo a pocos metros de la extremidad superior. La víctima ha sido identificada como Jon Gerrikabeitia, vigilante de seguridad del metro de París».

—¡Oh, Dios mío! Lynn, tú no...

Busco con desesperación el móvil, corro hasta la habitación.

—¡Joder! ¿Dónde está?

Escucho sonar el teléfono y sigo la estridente melodía hasta la cocina; lo veo junto al microondas. Deslizo el dedo sobre la pantalla para contestar, pero las palabras apenas me salen. No es Lynn el que llama, sino Mendes:

—Val... Val, ¿estás ahí?

—Sí —digo con un hilo de voz.

—¿Ya te has enterado?

—Sí, lo acabo de ver. No me ha dado tiempo a leer toda la noticia. Yo... no puedo creerlo, yo...

—Quiero que te tranquilices y que no hables con nadie. Te veré hoy —me interrumpe Mendes.

—Bien..., dime dónde tengo que ir —intento ahogar un sollozo mientras respondo en tono bajo.

—Te envío un mensaje. Ahora no puedo hablar. Estate tranquila, Val.

La llamada se corta y noto que mis piernas no me aguantan. Me desplomo en el suelo y me echo a llorar. Mi angustia hace que me falte el aire. Pasados unos minutos, vuelvo a escuchar el móvil. Me limpio las lágrimas y miro la pantalla: ahora sí es Lynn y contesto rápidamente a pesar de la advertencia de Mendes:

—Lynn, ¿lo has visto? ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Tú estás bien?

—Val, tranquila. Sí, lo he visto. No tengo ni idea de lo que ha pasado. Anoche estábamos los tres juntos, prácticamente salimos a la vez del *tubo*. No lo entiendo, tía, si estaba en el hospital...

—¿Dónde estás, Lynn?

—En mi casa.

—Voy a acercarme a Châtelet, quiero saber lo que está ocurriendo.

—No lo hagas, Val. Mantente alejada de esto. Ya sabes que Jon estaba

metido en muchas mierdas con sus drogas y sus líos. Iré yo y te digo cómo están las cosas. Quédate en casa, hazme caso, por favor. —Permanezco quieta y sin decir nada—. Vamos, Val. Escúchame, no aparezcas por Châtelet. Ya hablamos.

Me levanto del suelo y empiezo a sentir una sensación extraña, algo turbio que no sabría explicar. Una especie de nube negra queriendo envolverse. Camino hasta la cocina a tomar un poco de agua. Inconscientemente, bajo la pantalla del ordenador y salto por encima de los pedazos de porcelana de la taza de café cuando vuelve a sonar el teléfono. Ahora es Pere, pero no quiero hablar con él, a veces las paredes oyen. La sensación de inseguridad vuelve a invadirme. Voy al salón confusa, pensando en si debo ir o no al *tubo*. Mientras, enciendo la televisión en busca de los informativos. La noticia está siendo difundida en todos los canales. Subo el volumen y me quedo inmóvil.

«Tenemos la última hora del caso de Boulogne. El comisario de policía ha convocado una rueda de prensa en la comisaría del cantón de Boulogne-Billancourt. Conectamos en directo:

»—Buenos días. Esta mañana, durante la batida en el bosque en busca de pruebas sobre el caso de Jon Gerrikabeitia, la policía se ha visto sorprendida al encontrar los cuerpos decapitados de cuatro personas más en dos puntos diferentes de bosque. Las cabezas se encontraban puestas encima del pecho de las víctimas. Se trata de cuatro hombres de origen africano y sirio. A todos ellos les falta el incisivo central derecho. Dos fueron hallados en la Gran Cascada y los otros dos a las orillas del Lac Supérieur. Todavía no han sido identificados los cadáveres. Los cuerpos presentan signos de haber sufrido una fuerte agresión anterior a las decapitaciones. La policía científica está estudiando las causas y la hora de la muerte.

»Les recordamos a nuestros espectadores que estamos en directo con la última hora del caso Boulogne. Van a pasar al turno de preguntas de los

periodistas que están en la sala. Volvemos a conectar con la sala de prensa de la comisaría:

»—Buenos días, comisario. Susi Black, del *Green Press*. ¿Cree usted que los cinco cuerpos encontrados hoy en el Boulogne tienen relación? ¿Las muertes son obra de grupos radicales? ¿Están relacionados con las pintadas de «Vengeance W» que se han encontrado en el andén de Châtelet?

»—Buenos días, señorita Black. Por el momento, se sospecha de una posible relación, al menos en cuatro de los cinco casos. Todavía no podemos adjudicar la autoría de los asesinatos a ningún grupo fanático. Tampoco podemos relacionar las pintadas a estos hechos. Les iremos informando sobre los avances de la investigación».

Apago el televisor y pienso que anoche, cuando nos fuimos, no había ninguna pintada en la estación. Siento una fuerte necesidad de ver en persona esas pintadas, así que voy a mi habitación y rápidamente me visto con unos vaqueros y un jersey blanco. Me calzo las playeras y cojo el bolso. Cuando me dispongo a salir por la puerta, escucho de nuevo el móvil. Lo miro: es Mendes.

—Hola —respondo con cierto temor de que ya se haya enterado de mi conversación con Lynn.

—¿Cómo lo llevas?

—Mal —respondo con voz algo ronca y afónica.

—Bueno, tú tranquilízate. Te voy a enviar por mensaje un número de localizador de un vuelo que sale hoy a las dieciséis cero cero a Montecarlo.

—No puedo viajar, tengo que ir al entierro de Jon mañana.

—Val, los cadáveres por asesinato tienen que estar, como mínimo, tres días en el forense. Estarás de vuelta a tiempo para el funeral. Intuyo que este caso nos llevará un tiempo. No quiero que estés en el metro ni hoy ni mañana, la respuesta de lo que ha pasado no se va a hacer esperar. Regresarás el jueves

por la mañana. Ahora no puedo hablar. Sigue las instrucciones que te voy a ir enviando por mensaje.

—Vale, pero ¿cuándo voy a verte?

—Pronto, amor. Envíame un mensaje cuando estés en el aeropuerto.

Estos cambios de planes de Mendes me dejan de lo más decepcionada. Precisamente ahora, cuando más deseo estar en el *tubo* para intentar averiguar lo ocurrido. Vuelvo a la habitación a coger lo imprescindible para pasar fuera un par de días. Mis manos todavía tiemblan cuando meto las cosas en la mochila. Salgo de casa y vuelvo a sentir un dolor agudo y punzante en el lado derecho de la cabeza.

Me bajo una estación antes de llegar a Châtelet; no dejan de avisar por megafonía que la estación permanecerá cerrada en el día de hoy y que los trenes no efectuarán parada. Me abro paso entre la multitud que baja del tren y subo por las escaleras hasta el vestíbulo. Saco el móvil y marco el número de Pere:

—Joder, tía. ¿Dónde te metes? Te he llamado...

—Lo siento, Pere, no he podido contestar —digo con cierta congoja que hace que me cueste tragar.

—Te llamé para saber de ti, me tenías preocupado. Menos mal que hablé con Lynn y me dijo que estabas bien. Se va a pasar por aquí ahora.

—¿Estás en Châtelet?

—Ya sabes que esta es mi casa. Nunca falto de aquí, y menos hoy.

—Quiero verte para hablar contigo. Ahora.

—Esto está que apesta de polis. Es mejor que no vengas.

—Necesito hablar contigo. No me explico nada de lo que ha ocurrido...

—Yo tampoco lo entiendo, Val. Sabes que nunca me muevo de aquí y alguien me la ha jugado... Mataron a un compañero, entraron en mi casa y pintaron en mi andén. Créeme, tengo muchas ganas de pillar a ese cabrón.

—Pere, estoy en la estación de Les Halles. Puedo llegar atravesando el túnel por la salida peatonal de emergencia. Tú puedes abrirme la puerta del acceso en Châtelet. Nadie me verá entrar.

—Si eso es lo que quieres, te espero en veinte minutos en el túnel, en la zona de emergencias. Pregunta por Samuel, es un compañero que está en esa estación. Voy a avisarle para que te abra el acceso del túnel.

Vuelvo a bajar hasta que veo a un grupo de vigilantes y les pregunto por Samuel. Me dicen que está en el andén dirección a Porte de Clignancourt. Continúo bajando por las escaleras. Me agarro al pasamanos para no caer por el continuo zarandeo de la gente que sube hacia el exterior a coger los autobuses del servicio especial que han puesto hoy. Realmente, parecemos ratas de laboratorio, siempre yendo hacia donde nos indican por el camino que nos marcan. A veces me gustaría ser una rata más sumisa, una rata a la que premien por no salirse nunca del laberinto: una buena rata. Aunque en realidad siento un febril deseo que hace que me hierva la sangre y que no pueda dejar pasar ciertas cosas que ocurren a mi alrededor. Me cuesta mucho controlarme con Mendes porque él nunca me da explicaciones a sus órdenes y yo simplemente las cumplo, confiando en su verdad aunque yo dude de ella continuamente. Por fin llego hasta el pasillo que indica el andén y veo que está cortado con unas vallas custodiadas por dos vigilantes. Me acerco a ellos.

—Disculpad...

—¿Eres Val? —me interrumpe uno de los chicos.

—Sí... Estoy...

—Soy Roy, ha venido Samuel para decirme que te acerque hasta el acceso del túnel. Ven conmigo.

Roy separa las vallas para abrirme paso y lo sigo hasta el andén con dirección a Châtelet. Después bajamos por las escaleras hasta el túnel, donde un fuerte hedor, que no parece molestar a Roy, se introduce en mi cabeza y

rápidamente cubro mi cara con el pañuelo que llevo envolviendo mi cuello. Por el amor de Dios, no comprendo cómo puede soportarlo sin hacer un solo comentario. Roy me mira y sonrío al verme. Caminamos hacia el interior unos metros hasta que se para enfrente de una puerta coronada con un cartel apenas visible por la suciedad que acumula y en el que se puede descifrar la palabra «EXIT». Abre la puerta, enciende los interruptores y me indica el camino.

—Todo recto, preciosa, hasta que veas a tu amigo.

Cierra de un portazo y me quedo sola recorriendo el largo pasillo y dejando atrás todas las puertas de salida que voy encontrando. Camino con cierta ligereza. El profundo silencio se rompe continuamente con el ruido atronador de los trenes que atraviesan el túnel y que hacen temblar el suelo y las paredes. Esto provoca una bajada de tensión en la corriente y se produce un repentino apagón. Me quedo quieta durante un momento mientras escucho un repugnante sonido chirriante: son ratas. Lo sé con seguridad, las he oído millones de veces. Respiro para controlar los nervios y busco el móvil para encender la linterna. Joder, ¿dónde lo he metido? Otro tren vuelve a pasar y la luz aparece para iluminarme lo que ya sabía, son tres ratas hechas una bola justo enfrente de mi pie. Hecho a correr, paso una curva y veo la salida veintitrés. Esta es la recta final. De nuevo, la luz se va, pero no dejo de correr guiándome con mi mano, que arrastro por la pared. A lo lejos, veo un pequeño destello de una linterna que me va deslumbrando a medida que me acerco. Solo espero que sea Pere. No puedo distinguirlo con claridad. Tomo aire por la boca y siento que mi garganta se reseca. Me acerco más y puedo distinguir la figura de un vigilante. La luz vuelve, pero no sé por qué corro a más velocidad hasta que llego a él. Es Pere. Me paro en seco y me doblo apoyándome sobre mis rodillas para recuperar el aliento.

—Gracias, gracias —le digo mientras me mira con una mueca en los labios de medio lado a modo de sonrisa. Es la única expresión que le he visto a Pere

cuando las cosas están bien, o cuando se alegra por algo.

—No las merece... Dime de alguna cosa que me hayas pedido y que no te la haya dado. Vamos, pasa. Subiremos al andén e iremos hasta los cuartos. Antes, ponte mi abrigo del uniforme. Hay mucha poli y no quiero más interrogatorios; bastantes he tenido hoy.

Subimos por la escalera de hierro que va del túnel al andén y veo a varios agentes al otro lado de las vías, justo donde se encuentran las pintadas. Algunos parece que están anotando algo en sus libretas mientras otros toman fotos. Sus cuerpos tapan las pintadas y no alcanzo a ver la frase escrita.

—Llevan así toda la mañana. A ver si se van de aquí de una puta vez, no los soporto.

—En las noticias decían que había pintadas de «Vengeance W», ¿has visto algo más?

—Ven, vamos al cuarto.

Al entrar en la habitación, un escalofrío recorre mi cuerpo y respiro profundamente para intentar soportar la sensación de vacío que me sobrecoge al recordar la cantidad de veces que hemos estado aquí con Jon. Pere se sienta en una silla, lo sigo y dejo mi mochila sobre la mesa.

—Anoche, cuando os marchasteis a comisaría, me quedé hablando con los agentes. Se marcharon poco después que vosotros y yo me fui a la estación de Cité a ver a Samuel, el vigilante que habrás conocido hace un rato.

—En realidad, me acompañó Roy...

—Bien, pues fui a ver a Samuel y estuvimos tomando unas cervezas en el cuarto. La verdad es que estuvimos allí unas cuantas horas y nos cogimos un buen colocón. Después, cuando regresé, me encontré con este cuadro.

—¿Y las cámaras? Se verá lo que...

—No hay grabaciones, Val. No hay nada de esa noche.

—Pero a nosotros nos estuvieron siguiendo desde Sala cuando tuvimos la

intervención con el gitano. ¿Cómo es posible que no...?

—Es la última grabación registrada. Al parecer, hay que rearmar las cámaras cuando se hace un seguimiento para que vuelvan a su posición inicial. Las cámaras se quedaron grabando al techo.

—No me lo puedo creer..., qué mala suerte. Se ha juntado todo, precisamente el día que más se necesita. Qué mala suerte.

El estrepitoso sonido del móvil de Pere nos interrumpe de golpe.

—Es Lynn. Viene por el túnel. En diez minutos bajaré para abrirle —me informa.

—Bien. Tengo ganas de verlo. Pere, ¿has visto si hay alguna frase más escrita? ¿Otra cosa que no hayan dicho en las noticias?

—Val, a nosotros no nos han dado muchas explicaciones. Nos han interrogado durante toda la mañana. Ahora siguen haciendo sus interrogatorios a varios empleados del metro: conductores y personal de limpieza. Esto no parece que vaya a terminar pronto. Tengo que quedarme aquí hasta que me digan, pero la verdad es que no deseo estar en otro lugar. Quiero enterarme bien de las investigaciones, a ver si cojo los cabrones que me la han jugado. No te puedes imaginar la rabia que siento.

—Ya, supongo. Tú y yo nunca hemos hablado de lo que pasa aquí, siempre me mantengo al margen porque, en realidad, tampoco es que me interese, pero quiero preguntarte algo. Sé que hay un grupo de vigilantes que pertenece a los White Power: ¿tú eres uno de ellos?

—No. Los conozco, pero ellos y yo no tenemos la misma filosofía. Para mí, ser *skinhead* no es vivir en la violencia. Yo no llevo nunca la cabeza rapada, ni mis botas tienen la puntera de acero. Para mí, ser *skinhead* es una forma de vida. Es defender mis derechos como obrero, y no me refiero al sindicato. Defiendo a mi país, defiendo mi trabajo, defiendo a mi gente y no permito que nadie tome decisiones que dañen mis creencias, y mucho menos si utilizan la

fuerza para eso. Te voy a contar una historia de la que nunca he hablado con nadie...

Asiento con la cabeza pero no digo nada, no quiero interrumpirlo. Pere nunca ha hablado conmigo de forma íntima y ahora parece querer decirme algo.

—Cuando yo tenía nueve años, siempre iba con mi hermano y sus amigos, que tenían de trece a quince años. Siempre estaban liando alguna y a mí me parecía de lo más emocionante: salir corriendo, escondernos y pensar que éramos los ganadores, los más grandes, intocables. No importaba lo que se les ocurriera: tirar piedras a los coches desde lo alto del puente cuando pasaban por la autovía, robar en los supermercados, robar en las bibliotecas, pegar a algún niño porque no les gustaban sus zapatillas... Aunque no te lo creas, y por extraño que te parezca, nunca nos pasó nada. Teníamos una especie de juramento, que hoy va a ser la primera vez que lo rompa, y era que, pasara lo que pasara, siempre teníamos que decir que nosotros no sabíamos nada y nunca hablar con nadie de fuera del grupo de las cosas que hacíamos. Si alguno de nosotros se iba de la lengua, le harían la vida imposible.

»Hasta que un día a Nico, un nigeriano de quince años que medía un metro ochenta, se le ocurrió que teníamos que ir en metro hasta los suburbios y volver. No era una gran hazaña, pero lo hicimos. Bajamos al *tubo* y fuimos hasta Gare du Nord y pasamos por el largo pasillo para hacer el trasbordo. Mientras caminábamos, gritábamos, nos reíamos, pintábamos las paredes... Sí, no me mires así —me dice cuando abro los ojos al escucharle—, yo antes hacía esas cosas.

»Bueno, como te decía, nos cruzamos con una chica, tendría unos veinte años, y Nico se puso delante de ella para no dejarla caminar. Le sacaba dos cabezas. Le hablaba de sus bonitos ojos azules, de su pelo rubio, le decía lo guapa que era... El caso es que la chica era gorda y fea y nosotros no

parábamos de reír, hasta que comenzó a ponerse nerviosa y empezó a gritar para que la dejara irse. Nico movió la cabeza negando sus palabras y ella gritó más alto, a lo que él reaccionó empujándola contra la pared y tapándole la boca con su mano, que cubría más de la mitad de la cara. Nunca lo olvidaré, le susurró algo al oído y, cuando se separó de ella, le metió un puñetazo con todas sus fuerzas. Val, yo tenía nueve años, nunca antes había visto algo parecido. Cayó al suelo con los ojos en blanco y empezó a convulsionar. Después, la sangre salió como el agua de un grifo por la boca y la nariz...

»Salimos corriendo, no había nadie en el pasillo, ni en la estación. Cogimos el tren de regreso. Me miré los pantalones y los tenía meados, pero ninguno de nosotros hizo ningún comentario. Nadie habló durante el trayecto. Antes de llegar a casa, mi hermano me recordó el juramento y yo asentí. Por la tarde daban la noticia de que había aparecido una chica muerta en un pasillo del metro.

Pere se queda callado y yo siento cómo se me eriza la piel. Apenas me atrevo a abrir la boca...

—¿Qué fue de Nico?, ¿alguno lo denunció?

—No. El hijo de puta sigue viviendo tan feliz. Pero te juro que yo no he olvidado la cara de aquella chica ni un solo día de mi vida. Cuando crecí, supe de qué lado quería estar, y también supe que nunca más volvería a dejar que pasara algo así. Bueno, voy a bajar a buscar a Lynn —dice mientras se mira el reloj. Yo tomo aire profundamente para intentar relajar mis músculos—. Ahora venimos.

Me levanto y voy tras él. Cuando sale de la habitación, me quedo apoyada en el quicio de la puerta y lo veo bajar al interior del túnel. Miro al andén de enfrente, donde los agentes siguen hablando entre ellos y sacando aparatos de medición y marcación. Parecen que estén tomando la medida de las pintadas. Entre tanta gente, sigo sin poder ver la pared, hasta que, por unos segundos, la

muralla humana se aparta y puedo leer el mensaje «Vengeance W» escrito con grandes letras. Mis ojos se abren con la repentina sorpresa, hay manchas de lo que parece sangre y, además, es como si la persona que lo escribió hubiera querido continuar la frase con una línea vertical interrumpida, lo que parece el principio de otra palabra. Sigo sumida en la escena, absorta en mis pensamientos, cuando siento un fuerte empujón que me mete en la habitación. Es Lynn, que se ha echado sobre mí, y veo a Pere detrás de él, cerrando la puerta.

—Joder, Val —me saluda con un par de besos en la mejilla—. ¿Qué haces aquí?

Le sonrío mientras le devuelvo el abrazo y los besos en la cara. Se queda durante un rato pegado a mí y siento su olor a limpio, aunque noto que está sudando y sofocado. Siento cómo acaricia la parte baja de mi espalda. Siempre hace lo mismo cuando quiere tranquilizarme.

—¿Has venido corriendo? —le pregunto mientras mi cara se impregna de su olor.

—Te entró el pánico en el pasillo y echaste a correr, ¿verdad? Menudo bujarrón estás hecho —interrumpe Pere al tiempo que camina hacia el fondo de la habitación.

—Sí, he venido corriendo, pero antes he pegado dos tiros a unas ratas que había en el camino —me responde meloso ignorando la intromisión de Pere—. Tenía muchas ganas de verte, pero no tenías que estar aquí.

Lynn me susurra al oído. Lleva unos pantalones vaqueros de pinzas, color beis, un polo negro de manga larga y una cazadora tipo *bomber*. Suspiro y me aferro con más fuerza a su cuerpo.

—Tranquila, tía. Vamos a sentarnos.

—¿Por qué llevas un arma encima? Te traerá problemas.

—Bueno, yo creo que más bien me ayudará a salir de ellos..., si es que se

presentan, claro.

—No quiero que te metas en líos, Lynn.

Después de un rato, nos acercamos a Pere y nos sentamos a su lado. Lynn saca dos cervezas frías de su mochila. Le ofrece una a Pere, que acepta encantado.

—Qué bueno, tío. Qué detallista eres, cabrón —le dice Pere mientras abre la lata con cierta ansiedad.

—No he traído nada para ti, Val. No sabía que venías. Te daría mi birra, pero sé que no bebes. Bueno, cuéntame algo, tío. Necesito saber cosas... —le pregunta a Pere.

—Todos necesitamos saber cosas, todos queremos más de lo que nos están dando. Es Jon, es mi estación y, sobre todo, es la necesidad que ha nacido en mí de hacer justicia. Siento el odio en mi interior...

—Ya, y yo, pero tú sabes más, Pere. Sabes más de lo que nos has dicho. Es Val —me señala con la mano abierta— y soy yo... —se lleva la misma mano al corazón—. ¿Cuál es el problema, tío?

—No me toques los huevos, ¡joder! No había cámaras. Se lo he dicho a Val antes. Después de vuestro seguimiento en la intervención de anoche, no las rearmaron, se han quedado en *off*.

—¿Y Dimitri? ¿Qué te ha dicho? Habrás hablado con él, estaba allí... —le pregunto a Pere.

—Dimitri estuvo toda la noche en el cuarto, abrazado a la botella y...

—No entiendo cómo se lo permites, Pere. Estás todo el día con el rollo de que esta es mi estación, que si es mi casa, y dejas en el turno fijo de noche a un alcohólico —le digo llena de indignación.

—Tú lo has dicho, Val. Es mi estación. Por la noche, cerramos las puertas y no hay nada de trabajo. El hombre no molesta y, si quiere beberse una botella o dos, a mí no me importa. Dejad en paz al pobre Dimitri, que es el que menos

culpa tiene.

—¿El que menos culpa tiene? ¿Lo dices en serio, Pere? —le digo elevando cada vez más el tono de voz—. Mírame a la cara y dime que es el que menos culpa tiene cuando, de haber estado sobrio, podría haber avisado a Sala para que encendieran las cámaras y que llamaran a la policía. Podría haber visto colarse al asesino o asesinos de Jon, si es que esto tiene relación con su muerte. En definitiva, podría haber evitado esta masacre. Ese hombre es un borracho y no puede trabajar aquí, porque nunca pasa nada hasta que pasa, y, cuando ocurre, las consecuencias son muy graves.

Me levanto de la silla. Me pongo a caminar por la habitación, intentando calmarme.

—Val tiene razón, Pere. ¿Qué es lo que te ha dicho Dimitri? —le pregunta Lynn.

—No he podido hablar con él. Lo han llevado a comisaría y están esperando a que se le pase la borrachera para poder interrogarlo. A ver si recuerda algo. Ni siquiera se enteró de la pintada. Wyatt dio el aviso a la policía cuando vino a hacerle el relevo. Entró a las cinco y media, bajó a buscarlo a este cuarto porque no estaba en los vestuarios y vio el andén de enfrente... Tampoco sabemos que las pintadas tengan relación con lo ocurrido. De todas las maneras, Val, nuestro querido Jon estaba demasiado metido en sus rollos. Lo más seguro es que sea un ajuste de cuentas o algo parecido.

—Pues yo no lo creo, porque le ha ocurrido lo mismo que al resto de cuerpos que han encontrado. Para mí, el asesino o asesinos son los mismos. Aunque, por supuesto, no lo sabemos, pero, si tuviéramos las grabaciones, algo más sabríamos. —Tomo aire con un gran suspiro—. Bueno, no puedo quedarme más tiempo, tengo que irme. Avisadme, cualquiera de los dos, si tenéis alguna noticia nueva. A ver si es posible que nos enteremos nosotros antes que la prensa —les digo a los dos mientras cojo mi mochila, aunque solo

miro a Pere.

—Se ha declarado el secreto de sumario, así que no creo que en la prensa den mucha más información de la que ya han dicho —me dice Pere—. Yo no puedo moverme de aquí. Soy el inspector del turno de noche de toda la línea, no van a parar de hacerme preguntas. Como si yo supiera algo. Si pudiera coger a ese cabrón... A ver si terminan de una puta vez y se marchan para poder hacer yo mi trabajo personal. Tarde o temprano, daré con él o con ellos.

—Si necesitas ayuda, llámame —le dice Lynn.

—No te equivoques, tío. No pretendo de ningún modo hacer justicia a Jon, pero mi estación no la va a profanar nadie.

Salgo de Châtelet con más dudas de las que traía. La luz del día me molesta de forma especial y me pongo las gafas de sol para ocultar mis ojos hinchados. Paro un taxi para ir al aeropuerto. No hay nada, solo los restos de lo que me ha parecido sangre y esa pintada. No puedo dejar de preguntarme quién la hizo y qué es lo que quería decir, de quién será la sangre, si es que es eso. Todo parece indicar que es un claro mensaje de los White Power, pero ¿con qué fin? ¿Qué tiene que ver Jon con todo esto si ni siquiera pertenecía a ese grupo? Joder, Jon, ayúdame, tío. ¿Hiciste tú esa pintada? ¿Qué es lo que querías decir? Ayúdame... Hablar con Jon sabiendo que no está me derrumba todavía más y me hace pensar que estoy loca. No puedo asimilar su pérdida. Ayer lo estaba cogiendo de la mano para intentar cortar la hemorragia y hoy..., no..., ya no está.

X

Martes, 10 de octubre de 2017

Esta es la primera vez que Mendes me envía sola a realizar una misión, bueno, más bien un apoyo, como siempre dice. Todavía no conozco el motivo del viaje, pero estoy segura de que no me perderá de vista, o eso espero. Lo poco que he colaborado con él ha sido cuando estábamos en el EMEX. Recuerdo el viaje a Turín, cuando lo vi entrar en la habitación, las manchas de sangre que tenía su ropa y luego, cuando se duchó, cómo el agua resbalaba por su piel y teñía la bañera de sangre. Cuando empezó a salir clara, me pidió que me desnudara, cogió mi mano y me acercó hasta él. Un pequeño grito se me escapó cuando sentí la fría agua caer sobre mí. Realmente no hice nada en ese viaje, en lo único que pensaba era en qué hacía yo allí. Cuando estábamos en el helicóptero, de regreso al centro de formación, lo miré y reuní el valor para preguntarle por qué me había llevado con él: «Necesito ver cómo reaccionas ante las circunstancias, Val. Quiero poder confiar en ti y eso solo podrá ser posible viéndote en el campo de acción». Me dejó sin palabras. La otra misión que me pidió el día que terminó el curso fue que controlara a Lynn, mi nuevo compañero de trabajo. En esa ocasión, no pregunté, ni siquiera lo conocía todavía.

Al subir al avión, busco asiento junto a la ventanilla y me acomodo.

Todavía siento el cuerpo dolorido de la pelea de anoche. Veo cómo entran el resto de pasajeros, entre ellos, una mujer morena de pelo corto. Sus movimientos son rudos y poco femeninos, y el gesto de la cara es muy serio. Tiene los ojos algo entrecerrados, me recuerda por momentos a algunos de los gestos de Mendes. Un hombre de pelo blanco y camisa de palmeras se sienta justo detrás de mí y escucho cómo le dice al pasajero de la derecha que acaba de llegar de Miami. Giro la cabeza y miro por la ventana hacia las pistas de aterrizaje. De pronto, siento una extraña sensación que me hace estremecer y encojo mi cuerpo en el asiento, intentando hacerme lo más invisible posible. Cada vez siento más y más la continua vigilancia de Mendes. No solo por los mensajes que le envío a través del móvil para informarle de todos mis movimientos, sino también por la presencia de sus títeres, entre los que me incluyo. A estas horas, ya deberá saber que esta mañana pasé por Châtelet.

Pasadas cerca de dos horas, llegamos al destino. Tomo un taxi y me dirijo a Malizia, la estatua de Francisco Grimaldi, siguiendo las instrucciones que he recibido en el móvil.

Me bajo y me quedo mirando cómo el vehículo se marcha. Hace frío y bastante aire. Hay varias farolas apagadas y no se ve con claridad. A los pocos segundos, aparece un coche que se dirige hacia mí. El conductor abre la puerta del copiloto y me pide que suba. Le echo un rápido vistazo y me siento a su lado. A través de la chaqueta, puedo intuir el arma que lleva debajo del brazo.

—Voy a llevarte al hotel —dice sin saludos ni presentaciones. Habla igual que Mendes, con órdenes directas. Yo asiento con un movimiento de cabeza—. Coge la bolsa de papel que hay detrás de mi asiento. Dentro hay varios sobres con las instrucciones de lo que tienes que hacer. Más tarde se pondrán en contacto contigo.

Parece un hombre tranquilo que aparenta unos sesenta años, pero estoy

segura de que es más joven. Su cara alargada y amarillenta hace destacar el azul grisáceo de sus ojos. Miro hacia atrás, al suelo del coche, donde está la bolsa tirada, y veo que el asiento trasero está lleno de cajetillas de tabaco, algunas de ellas están abiertas. Me limito a coger la bolsa y la dejo a mis pies, al lado de la mochila.

Ninguno de los dos hablamos más hasta que me dice que parará a unos pocos metros del hotel para evitar las cámaras de seguridad. Me despido cordialmente y me bajo.

Abro la puerta de la habitación y lo primero que siento es frío y un olor a rancio que me hace contener la respiración por un momento. Nunca pensé que Mónaco pudiera ofrecer este tipo de alojamiento, la imagen publicitaria de la ciudad es completamente diferente. La puerta se me viene encima y la sujeto con el pie hasta que entro y la cierro de un golpe. Veo un escritorio cercano a la ventana, donde suelto los bultos. El mobiliario en sí tiene un aspecto un tanto anticuado, marcado por la línea ochentera. Colores marrones claros con líneas oscuras imitando la superficie del mármol. El cabecero de la cama es redondeado, con una línea de metal dorado que marca su silueta. Las mesillas están empotradas en la misma madera del cabecero, que sobresale por los laterales. Por lo general, los muebles parecen estar bien conservados, salvo por algunos desconchones en la laca que los cubre. Me recuerda al primer mueble mural del salón de casa que compró papá por aquella época y que yo conocí años después, hasta que cumplí los dieciséis. Sonríe ante esta imagen melancólica cuando me doy cuenta de que no he avisado a nadie de este viaje, ni a mis padres ni a mi hermana Mel... Ninguna persona sabe que he salido. Soy tan fiel a Mendes que nadie conoce mi nueva ocupación. En unos días celebraremos la confirmación de Mel y podré disfrutar de todos ellos.

Miro la gran cama cubierta de un cálido edredón de plumas y en ella encuentro una gran aliada en la que refugiarme esta noche. Me estremezco solo

de pensarlo. Todavía es temprano y, antes de que el cansancio se apodere de mí, decido husmear en el contenido de la bolsa de cartón. Cierro las pesadas cortinas que evitan que entre la luz fluorescente de la calle y me aseguro de que no haya ningún hueco que deje ver el exterior. Me siento en la silla del escritorio y vuelco la bolsa de papel encima de la mesa. Caen varios sobres de papel de estraza tamaño cuartilla junto con una nota y una chocolatina de Toblerone. Todos están cerrados y numerados del uno al cuatro. Los extiendo y los coloco en orden. Cojo el sobre que tiene el número uno en el anverso y lo abro. Dentro hay un fajo de billetes, una fotografía con una dirección en el reverso y una nota: «A las 11:00, entregar el dinero a la persona de la fotografía en la dirección que se indica».

Cuento el dinero, hay diez mil euros. Enciendo el portátil, busco en el GPS la primera dirección y trazo la ruta desde el hotel. Abro el sobre con el número dos, dentro hay la misma cantidad de dinero y leo la nota que indica exactamente lo mismo que el número uno, pero esta vez el dinero se debe entregar a las doce en punto, así que trazo otra ruta desde el primer punto de encuentro hasta el segundo, y así sucesivamente hasta que llego al sobre número cuatro. Cuando lo abro, no hay ninguna fotografía y la cantidad es de dos mil euros. Leo la nota que dice: «Esto es para ti. Cómprate algo bonito para mí».

¡Joder! ¡Dos mil euros! Me doy cuenta de que estoy sonriendo. Siempre consigue alejarme de la realidad que me rodea. Dejo cerradas todas las rutas para realizar las entregas y busco edificios públicos y zonas comunes cercanas a las direcciones donde tengo que acudir mañana. Llamo a recepción para que me suban algo de picar y, mientras espero, guardo todos los sobres en la caja fuerte. Me doy una ducha rápida y vuelvo al ordenador: necesito saber si hay nuevos datos sobre el caso Boulogne. Leo lo que ya sabía, que las víctimas son cuatro hombres: dos son africanos y otros dos son sirios. A todos ellos les

falta un diente, el incisivo central derecho, y están decapitados, igual que Jon. Pero no dicen nada de que a él le falte un diente. Cojo el Toblerone y lo abro. La chocolatina está empezada y tiro del papel plata que la envuelve. Saco tres trozos y miro en el interior. Joder, dentro hay un rulo de billetes. Los saco y cuento dos mil euros. Vaya, los sobres no dicen nada de esto. Vuelvo a colocar el dinero y el chocolate, esperaré a que Mendes me diga lo que quiere que haga con ello.

Sigo leyendo las noticias *online* que hablan de los distintos disturbios que ya han comenzado en algunos barrios de las zonas más pobres de la ciudad de París. Pronto se extenderán a otras ciudades, como ocurrió en 2005. Las fotografías muestran los primeros movimientos antirracistas y a los alborotadores, que empiezan a hacer ruido con manifestaciones nada pacíficas y con la quema de coches. Me meto en el enlace que lleva a un reportaje de los *skins* en Europa. Comienzo a leer y parece ser que tienen como ritual quedarse con algún objeto que las víctimas lleven encima o alguna parte del cuerpo, como dientes, una falange, un trozo de oreja... Las fotografías son espeluznantes. Cada vez estoy más convencida de la relación de los asesinatos con los *skinheads*. En el *tubo* hay un grupo que pertenece a los White Power. Jon me habló de ellos en varias ocasiones, pero nunca me llegó a decir quiénes eran. Creo, estoy completamente segura, que él no pertenecía a este grupo. No puedo seguir leyendo; pienso que, por hoy, ya he tenido suficiente. Apago el ordenador y me tumbo en la cama, donde comienzo a sentir las palpitations en las sienes. Cierro los ojos y un hormiguelo recorre mi cuerpo. Hago un gran esfuerzo por moverme y sujetar el móvil por encima de mi pecho, marco el número de mi madre para saludarla y decirle que estoy bien. Suenan tres tonos cuando escucho su voz, me estremezco, aunque lo disimulo con gran habilidad. Me hace un pequeño interrogatorio acerca de lo ocurrido en Châtelet y en el Boulogne y me sorprende cuando veo la soltura con la que

la disuado hasta que nos despedimos.

Siento agua debajo de mi cuerpo y paso la mano por el colchón, noto un líquido denso y suave, algo viscoso que moja mi piel, pero no puedo verlo. El pánico hace que me incorpore y abra los ojos. Todo está oscuro y el hedor es insoportable. Tan solo algo de luz que entra por la ventana se refleja en un hilo pringoso que sigue a mi mano cuando la separo del muslo. Esta vez, el nauseabundo olor me provoca una arcada. Me levanto de la cama y enciendo la luz. El interruptor se hace visible de golpe y también la huella de sangre que mi mano acaba de plasmar. Me quedo paralizada y me giro con temor para ver la cama entera cubierta de sangre. Corro hacia el servicio. La llave de la bañera está abierta y el agua se ha desbordado. Me agarro con fuerza en el lavabo para no caerme con el resbalón que acabo de dar. Piso con cuidado sobre el agua y me acerco para cerrar el grifo cuando veo la cabeza de Jon mirándome en el fondo de la tina y riéndose con una de sus escandalosas carcajadas.

Me despierto sofocada. Un pequeño rayo del sol entra por la abertura de las cortinas. Enciendo la luz y miro a mi alrededor. Estoy sudando y retiro con rabia el edredón. Me siento en el borde de la cama y aparto el pelo de mi cara pegajosa. Sigo temblando cuando me acerco a la ventana para cerrar las cortinas.

Por fin es de día. Cojo la chaqueta caqui y salgo del hotel con los treinta mil euros en la mochila. Tengo tiempo de sobra, así que llegaré antes de lo previsto a la primera entrega. Una fría ráfaga de aire se me mete en el cuello por el hueco de la chaqueta, de modo que subo la cremallera dorada un poco más. La brisa hace que me espabile de mi letargo. Miro al cielo azul, despejado, bañado por el sol. La luminosidad hace que me escuezan los ojos, todavía sensibles, y me los cubro con las gafas. Después busco la fotografía número uno en el móvil para recordar al primer agente. Comienzo a bajar por las calles hacia el puerto de Hércules. Las continuas pendientes me hacen ir más deprisa y el camino se me hace bastante corto hasta llegar al mirador que hay justo en lo alto del puerto; está lleno de turistas. Observo con disimulo intentando, sin éxito, desenmascarar a algún agente mientras busco una moneda para echar en uno de los telescopios. Sujeto el cañón con las dos manos y lo dirijo hacia el mar. Desde luego que la vista desde aquí es grandiosa. Los veleros que están atracados en el puerto no tienen comparación a nada que haya visto antes. Me doy cuenta con asombro de que el espectacular paisaje de la pequeña ciudad se me ha quedado impreso en la retina. Ahora sí, ahora reconozco la ciudad de los anuncios. La suntuosidad y riqueza que hay ante mis ojos es fiel al concepto que tenía de este principado. La luz y el color que veo me recuerda a uno de los óleos de Howard Behrens, es todo tan cálido... Hay tanto que mirar que no sé dónde parar. Llevo el cañón con un continuo movimiento, haciendo un recorrido por toda la costa siguiendo la línea curva, ensimismada con tanta belleza, hasta que siento cómo alguien me coge de la cintura y me separa con fuerza del telescopio. Mientras me giro, el hombre me da un abrazo y me mantiene la cabeza pegada a su hombro, con cierto cariño. Como si me conociera, acaricia mi pelo. Un fuerte y agradable olor a colonia se impregna en mí, pero el encanto se rompe de forma súbita con el cabreo que me cojo conmigo misma por no haber sido más cauta. No puedo verlo, así que

espero sin decir nada. Me susurra al oído:

—Tranquila, llevo un rato mirándote y eres más bonita de lo que esperaba. Mendes me ha dicho que tienes algo para mí, pero, si quieres darme algo más, yo estaré encantado —baja despacio la mano por mi pelo jugueteando con la coleta, lo que me irrita más.

—Deja que te vea —le digo también en un susurro mientras contengo mi rabia.

El hombre se ríe y se echa hacia atrás después de besarme en la mejilla, dejándome oler la crema de su cara, pero sin soltarme los brazos, que los sujeta con cierta firmeza. Lleva gafas de sol de pantalla grande que le cubren bastante la cara, en las patillas hay unas iniciales: «D&G». Debe de rondar los cuarenta y tantos largos. Lleva unos vaqueros desgastados con algunos agujeros, un jersey de cuello redondo blanco, un abrigo largo y negro que lleva bordado sobre el bolsillo el nombre de Armany y una bufanda en tonos grises y burdeos con flecos.

—Quítate las gafas —le pido educadamente sin dejar de sonreír. Intento imitar sus gestos para no desentonar en la escena. Me viene a la cabeza Mendes cuando me sorprende al dar una orden tan directa a una persona que no conozco. Cuando lo hace, puedo ver sus ojos azules.

—No son tan bonitos como los tuyos. Espero no haberte decepcionado —ríe.

—Tengo el sobre en la mochila, está metido en un folleto que cogí en el aeropuerto.

—Ven —me rodea con su brazo por encima del hombro—, vayamos a mi coche, lo he aparcado aquí cerca. Luego, si quieres que te deje en algún sitio, me lo dices...

Caminamos hasta el aparcamiento y nos paramos delante de un espectacular deportivo blanco. Me abre la puerta del copiloto y me sujeta el brazo para que

suba, lo que me hace sentir incómoda e insegura. El interior es de cuero rojo y veo en los reposacabezas la marca bordada en dorado del emblema de Maserati. Dejo mi mochila encima de las piernas mientras dudo de si tendría que estar aquí dentro, pero ya no hay remedio, así que no voy a mostrarle mi inquietud. Cierra de un portazo la puerta y arranca. No digo nada y, al hacer el amago de abrir la mochila, pone su mano sobre la mía y me pide que espere un poco. Yo obedezco y sigo callada.

—¿No vas a decir nada? —Me mira mientras conduce y no me gusta nada su aire seductor. Parece todavía más prepotente.

—¿Qué coche es? —digo seria.

—Un Quattroporte. —Sigue mostrando su sonrisa seductora.

—Parece que aquí no se portan nada mal con vosotros.

—Tú también podrías conducir uno como este. Vente a mi equipo. Pídemelo y te solicitaré. No te preocupes por lo que te pueda decir Mendes. No hace falta que me lo digas ahora...

—No, gracias, ahora mismo tengo algunos asuntos pendientes. —Nada más terminar de decir esto se me viene a la cabeza Jon. No sé cómo he podido desconectar tanto, hace rato que no pienso en él.

—Sí, lo siento, Valerie. —Me giro con brusquedad y lo miro con sorpresa —. Sé tu nombre y tú también sabes el mío, y también sé lo que le ha ocurrido a tu compañero del metro..., cómo era...

—Jon —digo apresurada.

—Eso es..., Jon. —Ahora parece canturrear con esa entonación insolente —. Sí, una verdadera pena, pero me alegra saber que tú no hayas corrido su suerte; eres realmente bonita. Bueno, ahora sí puedes dejar el sobre dentro de la guantera. Pararé en el siguiente aparcamiento para que te puedas bajar. Te diré algo, Val, normalmente me alojo en el apartahotel Adagio Mónaco, recuerda lo de Adagio. Solo tienes que llamar y dejar un mensaje en

recepción, eso será suficiente. Yo te localizaré...

—No hará falta, seguro...

Aminora la marcha para entrar en el aparcamiento y pone el freno de mano, pero no para el motor.

—Ven ahora y te lo enseño —me dice mientras se quita las gafas de sol y apoya las muñecas sobre el volante. Ya no sonrío y permanece en silencio.

—No, tengo que marcharme. Gracias por el paseo.

—Tienes miedo... ¿Es por Mendes? —Empiezo a pensar si Mendes no me estará poniendo a prueba a través de él.

—No tengo miedo de nadie. Lo siento, pero no voy a ir contigo a ningún sitio —le digo con bastante rotundidad para que deje de insistir.

Con gran alivio, salgo del coche y voy hacia el camino peatonal. Me doy cuenta de que tengo el puño cerrado con tanta fuerza que he dejado las uñas marcadas en la palma de mi mano. Vamos, Val, céntrate. Respiro y continúo con la ruta número dos, que ahora se me ha descuadrado, así que pongo el GPS para trazarla de nuevo. Mientras toqueteo el móvil, entra una llamada de Mendes que cuelgo sin querer.

—Joder...

Vuelve a entrar la llamada.

—Hola, perdona, te colgué sin querer.

—¿Por qué te has subido al coche, Val? No tienes que subir a ningún coche, ni hablar con nadie. Cíñete a la misión: entrega los sobres y vuelve al hotel. Está claro, no hay confusión que valga. —Yo no respondo y se hace un silencio que Mendes rompe—. Por lo demás, ¿qué tal todo? —Su tono sigue siendo de enfado.

—Bueno..., después de la bronca que me estás echando..., pues no sé qué decirte. No entiendo cómo has tardado tanto tiempo en llamarme. Me envías instrucciones por el móvil y no sé de ti... Qué quieres que te diga... —Mi

cabreo sigue en aumento y no puedo disimularlo.

—Solo te digo que no vuelvas a subir con nadie en ningún coche y que puedes llamarme siempre que quieras.

—Vale, entendido. Pero a ver si tú puedes atenderme, porque luego te llamo y nunca puedes hablar.

—Bueno, tú llámame. Y dime, ¿cómo estás, amor? —me dice más calmado.

—Bien, todo bien —contesto reticente.

—Ok. En cuanto estés en el hotel, dentro de la habitación, me llamas y, si no puedo cogerte, me envías un mensaje. Ahora te dejo, que estoy trabajando y no puedo hablar más. Por cierto, hoy estás muy guapa con esa chaqueta.

Me giro de golpe y veo la cantidad de turistas y coches que pasan cerca de mí. Cualquiera de ellos podría ser un agente. Bueno, seguiré con el plan, no quiero que nada me distraiga ahora.

Miro la fotografía del segundo agente y continúo bajando hasta la avenida Alberto II. Ahora ya no encuentro a tanta gente como antes. Esta vez utilizo el móvil a modo de cámara y empiezo a tomar algunas fotografías del lugar. Respiro profundamente y percibo el olor del mar mezclado con los distintos perfumes que desprenden la diversidad de plantas de los jardines del paseo. Sigo caminando por las calles custodiada por altos bloques de edificios. De vez en cuando, entre ellos puedo ver la montaña y, a veces, también el mar. Un Ferrari que pasa a gran velocidad por la carretera me ensordece durante unos segundos, y no sé por qué, pero, de pronto, cierta cantidad de adrenalina recorre mi cuerpo: no puedo evitar sonreír.

A mi izquierda me encuentro con un cartel que indica «Monaco Top Cars Collection»; por fin, mi destino. Llego a la puerta del museo y me coloco justamente debajo del cartel que reproduce la corona real y donde la frase «Collection de S. A. S. le Prince de Monaco» rodea el dibujo de un coche antiguo que a mí me parece un Rolls Royce, pero tampoco entiendo mucho.

Miro la hora y vuelvo a echar un vistazo en busca de mi contacto. No lo veo. Como he llegado antes de lo previsto, decido entrar. Una vez más, me quedo impresionada ante la sala que acoge esta inmensa cantidad de coches de todas las épocas expuestos en diferentes niveles. El suelo brilla tanto que parece estar mojado. Camino despacio y me dirijo hacia uno de los vehículos. Me paro enfrente del cartel que tiene la descripción. Antes de leerlo, vuelvo a mirar en la sala; esta vez puedo buscar cómodamente al agente simulando ver los coches y por fin lo encuentro, aunque él no parece haberse dado cuenta de mi presencia. Tendrá unos treinta años y lleva una túnica blanca sobre unos vaqueros. Habla divertido con un grupo de hombres árabes que visten como él, a excepción de tres de ellos, que llevan *ghutra*. No me está mirando, así que me muevo hacia otro de los vehículos, un Ferrari de Fórmula 1, mientras me acerco más a su posición. Mis ojos no se separan del coche, me quedo quieta, concentrada en la percepción que tengo de mi campo visual, desde donde puedo intuir la silueta de mi hombre, que está justo en el nivel superior, por encima de mí.

Ahora sí, ahora siento que me está mirando; me giro y le devuelvo la mirada mientras me dirijo a la zona de los aseos. Espero unos minutos sentada en una de las butacas de la zona común hasta que aparece. Me saluda con una inclinación de su cuerpo a la vez que se lleva la mano al pecho y me dice algo en árabe, a lo que yo le respondo con un saludo en francés, y se sienta a mi lado:

—¿Has estado con Jacob? —se ríe con una suave carcajada—. Hueles a él.

Me levanto a la vez que extendiendo mi brazo y le entrego el sobre. Escucho la puerta de los lavabos cerrarse detrás de mí. No quiero cruzar ninguna palabra con nadie, creo que será más seguro para mí.

Por fin, salgo del museo y me dirijo a la última dirección, que, según el GPS, no está lejos de aquí. Miro la última foto de una mujer mayor, aparenta

unos cincuenta y tantos años, y de pronto siento que mi estómago me empieza a molestar. Me apresuro para terminar lo antes posible y poder comer algo.

Permanezco de pie frente a una *pâtisserie* donde se exponen, a modo de joyas, los más exquisitos dulces, bizcochos, crepes, tortas, roscas y todo tipo de pequeños bocadillos y tartaletas. Miro detrás del escaparate y veo pequeñas mesas redondas decoradas con un gusto de lo más elegante. Todas ellas están ocupadas y hay bastante público haciendo sus pedidos en el mostrador. Esta es la última dirección, una pastelería. La boca se me hace agua y mi hambre crece por momentos. Busco inquieta a mi último contacto a través del cristal, pero no soy capaz de reconocerla en ninguno de los rincones que tengo a la vista. Abro la puerta con intención de comprar algún pastel y poder comprobar la posición del agente. Me acerco al mostrador, me dirijo a una de las dependientas. Es una mujer mayor que va totalmente vestida de negro, hasta el delantal y el pañuelo que envuelve su cabeza son negros, y le pido uno de esos pequeños bocadillos que tienen un aspecto delicioso.

—¿Se lo envuelvo?

Se me queda mirando con una amplia sonrisa que le redondea todavía más la cara y entonces me doy cuenta de que es ella.

—Sí, por favor. Es para llevar —le respondo intentando ocultar mi sorpresa. Debí haberme dado cuenta antes.

Cojo el envoltorio y de nuevo me dirijo a los aseos. Nada más entrar, me encuentro con un lavabo y dos cabinas: una es de caballeros y la otra de señoras. Me cruzo con un hombre que está saliendo. Cierro la puerta y después compruebo que no hay nadie más. La agente entra, esta vez con cara más seria, y lo único que me dice, de forma imperativa, es: «El sobre», así de escueta. La verdad es que agradezco esta brevedad. Se lo entrego y sale con cierta brusquedad. No me demoro más y me marchó.

Son cerca de las dos y me siento cansada para continuar caminando, así que

paro un taxi para volver al hotel. Cuando entro en recepción, recibo un mensaje de Lynn: «Val, estoy en tu casa y no me abres. ¿Dónde te metes? Baja, te invito a comer». Ahora entra una llamada suya. Dudo por un momento si debo cogerlo o no...

—Vamos, tía, ¿es que no tienes hambre? Yo estoy que me subo por las paredes.

—¿Cómo es que..?

—Ayer te vi muy disgustada y quería animarte un poco. Acabo de salir del agujero y... Pero ¿dónde estás? ¿Bajas o qué? Llevo rato llamando a tu timbre.

—He ido a comer con mis padres. Si me hubieras avisado antes... Dime, ¿sabes algo nuevo?

No me gusta nada tener que mentir a Lynn. La verdad es que no paro de mentir a todo el mundo desde que conozco a Mendes. Le miento hasta a él... Bueno, supongo que este trabajo es así y esto solo es el precalentamiento, aprender a mentir para ser un buen agente.

—No, no hay nada nuevo, todo sigue igual. Bueno, menos las revueltas que han estallado. Son bastante fuertes, tía. ¿Te has enterado? Algunos *skins* han atacado el barrio musulmán. Esto pinta muy mal. Bueno, ya lo habrás visto. Tiene pinta de ser el principio de una guerra. Yo me he encontrado con una carretera cortada cuando venía hacia aquí. He tenido que dar un rodeo para llegar hasta tu casa, así que ten cuidado con el coche cuando vuelvas. Las cosas se están poniendo serias no solo aquí, en París, sino a nivel mundial. Hoy Pere nos ha dado un comunicado de la policía para decirnos que hemos entrado en alerta máxima por amenaza de atentado inminente en el metro. Estamos doblando...

Eso ya me lo había dicho Mendes ayer. Siento que estoy huyendo, escondiéndome para salvarme cuando lo que quiero es estar allí, en el *tubo*, con ellos.

—Sí, ya me he enterado por las noticias. No sabes, Lynn, cuánto me gustaría estar ahí para ayudaros. Bueno, no tardaré mucho, ya sabes que me incorporo el viernes, así que nos vemos en Châtelet.

—Coge fuerzas, Val, estés donde estés.

Lynn cuelga y me quedo quieta durante un rato con el móvil pegado a la oreja. Me ha dado la sensación de que me estuviera viendo por una ventana, o tal vez es que mienta tan mal que no soy capaz de engañarlo.

Sigo caminando sin mucho ánimo y entro en el restaurante para comer algo. Cuando subo a la habitación y abro la puerta, veo unos zapatos tirados en el medio del pasillo. Los reconozco y, sin pensármelo, cierro de un golpe y entro corriendo. Tumbado a lo largo de la cama está Mendes, que se levanta con ímpetu dejando el móvil sobre el colchón. Me abraza, me sujeta la cabeza con las manos y me besa con el mismo deseo que yo le muestro. Siento su erección en lo alto de mi vientre. Me desnuda con impaciencia, me tumba sobre la cama, se coloca sobre mí y hacemos el amor. Después se separa, regándome de besos y caricias, y se queda bocarriba con los ojos cerrados. Lo miro un momento, me doy la vuelta, bocabajo, y empiezo a adormilarme.

—¿Has conocido a la misántropa? —dice sereno.

No puedo evitar reír con lo excéntrico de la palabra y la total calma con la que me lo ha soltado.

—Sí, ya lo creo. Con ese apodo, ya puedo imaginarme los distintos perfiles que buscáis. Por cierto, tengo un compañero en el metro que es un asceta. Se llevarían a matar, pero enriqueceríais la plantilla.

Mendes no para de reír. Su risa va en aumento y lo siento agitarse a mi lado, lo que me provoca una fuerte carcajada que me hace levantar la cabeza y doblarme hacia delante.

—¿Quién es esa mujer? ¿Has trabajado con ella? —le digo limpiándome las lágrimas de mi cara.

—Sí —me responde mientras se recupera del ataque de risa.

—Pero ¿mano a mano? —le vuelvo a provocar otra carcajada y me vuelve a contagiar su risa—. No, en serio. Dar órdenes a esa mujer debe de ser algo bastante extraño. No saber si te va a sonreír o si te va a pegar, eso tiene que ser de lo más estresante.

—Sí, mano a mano, ya lo creo. Le lió una buena a un compañero. Menudo ejemplar. Siempre nos metemos con ella y le decimos que tiene que pasar una noche con Keu, que tiene un buen quitapenas. Keu es el hombre que te llevó al hotel anoche.

No podemos parar de reír...

—Voy a darme una ducha. Duerme un poco, luego saldremos a cenar —me dice Mendes mientras se levanta.

—Una cosa, ¿el Toblerone?

—Ese dinero es para una emergencia. Guárdalo en tu casa por si alguna vez necesitas algo.

Cierro los ojos y me vuelvo a relajar. Escucho, a través de la pared, caer el agua y, después de unos minutos, oigo que entra un mensaje en el móvil de Mendes, que está sobre de la mesilla. Miro extrañada la pantalla que se ilumina. El mensaje es, precisamente, de Keu. Parece que ha enviado una imagen que se ve en miniatura y que yo intento reconocer entrecerrando los ojos. No sé por qué, pero abro el mensaje instintivamente y veo la foto del agente que parecía árabe, el que estaba en el museo del automóvil. Está tendido en el suelo y rodeado de un charco de sangre. Los ojos se me abren con el espanto de la imagen. Salgo de los mensajes y bloqueo la pantalla. No entiendo cómo es que no tiene un patrón de seguridad para bloquear el móvil. Ya no escucho caer el agua y me tumbo de nuevo bocabajo, intentado parecer dormida. Mi corazón está disparado, lo siento retumbar en mi garganta. Mendes camina descalzo hasta la mesilla, de donde coge el móvil y lo

consulta un rato. Después se tumba a mi lado, desnudo y frío, y me abraza poniendo su mano sobre mi corazón.

El despertador suena a las ocho de la tarde y Mendes lo apaga. Me busca y yo me subo sobre él. Me penetra con fuerza y volvemos a hacer el amor. Después de un rato, me voy a duchar y nos preparamos para salir. Continuamente me sorprende con cada sitio al que me lleva, pero reconozco que detrás siempre hay algo oscuro, ya sea una misión o una sensación de desconfianza.

—¿A dónde vamos? — le pregunto de la manera más natural posible, aunque en realidad me muero de ganas por saber qué es lo que le ha ocurrido a ese agente. Últimamente, no importa donde esté, aparecen cadáveres allí donde voy.

—A cenar, tengo hambre.

Sus palabras no transmiten dulzura por mucho que se esfuerce, pero él es así. Lo bueno es que no lo siento enfadado, así que voy a pensar que no sabe que he mirado el móvil.

Entramos en el ascensor y me sujeta la barbilla con su mano, pasa su dedo pulgar por mis labios y me besa. El repentino timbre hace que nos separemos y caminamos hasta la salida. Mendes abre la puerta de uno de los taxis que hay esperando y nos subimos.

Llegamos a lo alto de una colina y seguimos hacia el final de la muralla que bordea la carretera. El coche entra en un aparcamiento que hay a la derecha, donde se encuentra el restaurante en el que ha reservado una mesa. Es un lugar encantador en el que el sonido del mar y la brisa me atrapan por completo. El olor al salitre me hace respirar profundamente. Una pequeña puerta de forja precede al patio alargado en el que hay algunas mesas repletas de comensales formando el pasillo hacia la entrada. Mendes va delante de mí y no puedo obviar sus anchos hombros y su gran espalda, aunque reconozco que la foto

que acabo de ver en su móvil me hace pisar más fuerte. Sé que él también la ha visto y, a pesar de todo, permanece impávido, sereno y frío; me atrae mucho esta firmeza. Cómo me gustaría tener esa entereza. Entramos en el local, está totalmente forrado de madera envejecida decorada con exóticas plantas verdes. Tomamos asiento en una de las mesas situadas en la esquina, junto a una ventana de pequeños cristales que da al patio que acabamos de atravesar. Está arreglada con manteles y servilletas de hilo, todo dispuesto con gran gusto y distinción, al igual que las copas y velas. Miramos la carta y pedimos la comida.

—Ostras, ¿has pedido ostras? Esta noche te arrepentirás de tu elección — bromea Mendes.

—Bueno, no las como a menudo. No llevo la vida que tienen aquí tus hombres, parecéis haber salido de una película de 007. Jacob me sugirió que podía venir a trabajar aquí con él. —Mendes me sonrío mientras el camarero llena nuestras copas de vino.

—Cuanto más lejos estés de él, mejor, créeme. Ahora quiero que brindemos por esta misión. Lo has hecho realmente bien y, lo más importante, has sido una buena chica...

—¿Una chica buena? ¿A qué te refieres? Yo siempre soy una chica buena. No te entiendo.

—Bueno, Jacob hizo lo que yo le dije y tú lo esquivaste bastante bien. Aunque no me gustó que te subieras en el coche con él. Al menos, sé que puedo confiar en ti. No puedo arriesgarme a la traición de nadie de mi equipo, y menos a la tuya.

—Yo no te la voy a jugar, me gustas mucho y confío en ti. Tú también debes confiar en mí.

—Tienes que entender que, si me fallas, nunca más podré contar contigo para nada, ¿lo comprendes?

—Sí —le digo algo molesta—. No recuerdo bien el nombre del árabe...

—Mustafa Kali, ¿no lo conoces? Era boxeador profesional. Se nacionalizó con Estados Unidos. Había sido cinco veces campeón mundial del peso pesado. Se hizo musulmán hace... unos diez años. Hoy ha muerto.

—¡Joder, si lo he visto hace tan solo unas horas! No puede ser. ¿Por qué?

Me cuesta una barbaridad fingir mi ignorancia. Espero ser convincente, precisamente ahora que estamos hablando de confianza.

—No quiero hablar aquí.

Después de cenar, nos marchamos al hotel. Estoy deseando saber qué fue lo que le pasó a Mustafa Kali. Cuando llegamos a la habitación, Mendes me pega a la pared y comienza a besarme.

—Espera... —intento hablar, pero no me deja—, no..., espera... —le digo mientras lo aparto—. ¿Qué pasó?

—Joder, Val, ¿ahora?

—Sí.

—Nos la estaba jugando... Todos nosotros tenemos un seguimiento, nos controlamos los unos a los otros. Mustafa Kali estaba financiando a un grupo yihadista, planeaban un atentado en Niza. También estuvo detrás del último atentado que tuvimos en el *tubo*, el que pilló a Lynn.

—Joder, parecía buena persona.

—Val, tienes que espabilar si quieres seguir aquí, porque no sabes nunca a quién tienes a tu lado, te lo aseguro. Por algo te digo que no subas nunca al coche con nadie y que sigas todas las instrucciones que te doy al pie de la letra. Igual que te dije que no volvieras a Châtelet. Sabes que yo me entero de todo y te pedí que te mantuvieras alejada de Lynn, de Pere y de todos, pero no, tú no puedes hacer algo tan sencillo, tienes que complicarte. ¿Qué crees que vas a encontrar? ¿Crees que vas a descubrir al asesino de Jon? No vas a encontrar lo que buscas, pero seguramente encuentres algo que ni te imaginas y

tu vida puede estar en peligro. Así que no vuelvas a ignorar lo que te digo. Deja de jugar a los detectives, yo no voy a estar siempre a tu lado para protegerte.

Me quedo callada durante un momento mientras Mendes no para de moverse por la habitación. Coge la chaqueta y saca un USB que deja sobre la mesilla, junto a la Glock.

—¿Quién mató a Mustafa?

—Qué más da eso... Lo importante es que ese hijo de puta no volverá a matar a ningún niño ni a ningún hombre o mujer que paseen tranquilamente por la calle. También podrías ser tú. ¡Ojalá lo hubiera pillado antes! Vamos, ven a la cama.

XI

Viernes, 13 de octubre de 2017

No pasa ni un solo día en el que no se produzca algún disturbio nuevo. Los atentados yihadistas que se van sucediendo en el mundo entero y, en especial, en nuestra ciudad, empiezan a tener respuesta, sobre todos por los *skins* y otros grupos de ultraderecha. En los últimos días ha habido distintos enfrentamientos en el barrio musulmán, en uno de ellos ha muerto el hermano de Jeff, un vigilante africano de la línea 7. No es de nuestra empresa, pero lo conocemos de vernos, durante años, en el intercambiador donde se encuentran las dos líneas. Nos acercamos a darle el pésame y él mismo nos contó que está sufriendo el odio de sus propios compañeros. Al parecer, su jefe le ha recomendado que se vaya de vacaciones para que esté alejado un tiempo «hasta que se calmen las cosas», según nos contó. Cada vez me da más miedo que lleguemos a una guerra civil, Lynn ya me lo dijo. El odio se palpa entre la gente. El hecho de ver un musulmán en el metro se convierte en una situación de alerta, al igual que cuando vemos a un rapado con botas militares. Ayer mismo, un hombre musulmán vestido con túnica dejó una mochila en una puerta del vagón y se apoyó justo en la puerta de enfrente. Todas las personas que se encontraban en el interior salieron corriendo y se agolparon al final del tren. Cinco vigilantes lo rodearon y lo detuvieron durante horas porque se

negaba a abrir la bolsa, hasta que la policía lo identificó y el hombre decidió mostrar el contenido. Tan solo había algo de comida. Creo que, en general, todo el mundo está perdiendo el sentido común.

Abro la cancela y entro en el *tubo*. Pere nos dio a algunos de nosotros un juego de llaves de varias puertas porque estamos haciendo varios turnos y ya no hay gente disponible que venga a abrirnos. Las escaleras mecánicas están paradas, así que las bajo andando. La estación está completamente iluminada y en unos minutos estará ocupada por la agobiante presencia de los primeros pasajeros de la mañana. Camino despacio hacia el cuarto para cambiarme, mi ánimo está por los suelos. Estoy agotada del viaje a Mónaco y, además, hoy tengo que hacer tres turnos seguidos. Así que prefiero no mirar el reloj, me esperan treinta y seis horas de trabajo y no saldré hasta mañana a las cinco de la tarde. El dinero me va a venir muy bien. Preparar la oposición es bastante caro y en un par de meses quiero empezar a tomar clases. Bueno, hoy aprovecharé las horas que estaré aquí metida para intentar saber algo más de lo ocurrido en Châtelet. A algunos vigilantes, en cuanto cogen algo de confianza, se les suelta la lengua con bastante facilidad.

No veo a nadie cuando paso por el vestíbulo, normalmente siempre hay algún compañero del turno de noche o del personal de limpieza, pero ahora no hay nadie. La estación está helada, veo el vaho que sale de mi nariz cuando respiro y froto fuertemente mis manos para intentar generar algo de energía en mis venas. Encogida de hombros y con las manos bajo las axilas, abro la puerta intentando controlar los espasmos. Giro hacia la izquierda para llegar hasta la taquilla y entonces me encuentro con la espalda desnuda de un hombre que está sentado en el banco que hay en el medio del habitáculo. Un tatuaje de un brazalete nazi rodea su brazo derecho y lleva tatuada la frase «Lealtad y Pureza» a la altura de los omóplatos con grandes letras góticas en forma de arco. Veo más dibujos en los brazos, aunque no los distingo bien. Tiene la

cabeza agachada y no lo reconozco, solo espero que no me haya escuchado entrar. Intento salir lo más despacio posible caminando hacia atrás cuando se gira de golpe, sorprendido por mi intento de contener la respiración. Es Lynn. Una sensación espeluznante invade mi cuerpo y noto un escalofrío. No puedo dejar de mirar su cara de odio al verse sorprendido.

—Perdona, no sabía que estabas aquí —me disculpo.

Después de mi asombro, siento asco y lo miro con desprecio. Retiro la mirada y me marchó resoplando y sin parar de mover la cabeza de un lado al otro, incrédula de lo que acabo de ver. Espero en el vestíbulo e intento disimular mi pasmo y decepción. Ahora entiendo por qué siempre lleva camiseta de manga larga debajo de la camisa. Era algo que no podía comprender, porque, incluso en verano, siempre lleva manga larga. Claro, ahora lo entiendo. Todo en esta vida tiene un motivo, un porqué. Mi padre siempre me lo ha dicho y ahora lo veo. Me hubiese gustado más que no fuera esta la razón por la que nunca muestra su piel.

Pasado un rato, sale Lynn. Me mira con el ceño fruncido, se acerca despacio hacia mí y, cuando me va a decir algo, aparece el compañero nuevo que va a reemplazar a Jon en nuestro grupo. Se llama Jean, es moreno, con poco pelo y tiene un tic en el cuello que, de vez en cuando, le hace mover la cabeza hacia un lado. Ya lo conocemos porque en alguna ocasión nos ha sustituido a alguno de nosotros. Lo saludo de forma rápida, casi descortés, con un seco movimiento de cabeza, lo dejo con el brazo extendido en el aire y me meto en el vestuario. Sé que no se me da nada bien disimular mis cabreos.

—Hace mucho que no venía a esta ruta —nos dice Jean mientras bajamos

hacia el andén.

Parece que él es el único que se va a esforzar para que este paseo sea lo más ameno posible. Ninguno de los dos somos capaces de disimular nuestro enfado mutuo y la tensión entre Lynn y yo es demasiado palpable. Jean no para de sonreír e intenta darnos conversación para romper la gélida situación. Me da hasta pena que tenga que sufrir este momento, pero las palabras no son capaces de salir de mi garganta. Nos subimos en el convoy que entra en la estación.

—Sí, a Val le encanta esta ruta. En ella se siente como en su casa. Entra y sale de los sitios como si todo le perteneciera. Es tremenda, tío. —Me habla con la boca apretada y la mirada de soslayo. Prefiero ignorarlo, aunque sus palabras hacen que mi cabreo no cese—. Y a mí eso me encanta, ¿sabes, tío? —Lynn no deja de mirarme y continúa con su tono impertinente—, porque cada vez tenemos menos secretos... Joder, ahora que lo pienso, tengo menos secretos con Val que con mi mujer.

Los dos se ríen y yo ya no puedo contenerme. Las pocas personas que hay en el vagón nos miran. La gente siempre nos mira cuando entramos en los sitios, pero ahora lo hacen prestando atención a las escandalosas risas de Lynn.

—Bueno, Jean, a veces es mejor vivir en la ignorancia y no saber tanto. Cuanto más conoces a las personas, más decepcionado te sientes. Es increíble hasta dónde puede llegar el lado oscuro de algunos individuos. Por cierto, Lynn, tú no estás casado, no hay mujer que te aguante.

—¡Ja! Todavía no he encontrado a ninguna que sea capaz de no querer controlarme. ¿Sabes, tío?, a veces piensas que tus compañeros son respetuosos, sobre todo cuando hay un único cuarto para hombres y mujeres, pero de pronto entiendes que eso no puede ser posible, no, porque ellas, con el tiempo, se piensan que tú eres su marido, que pueden entrar sin llamar porque

así se les antoja. Creen que todo les pertenece.

—Respetuosos —repito incrédula—. Ha dicho *respetuosos*. No sé si reír o llorar. Lo que hay que oír.

Jean parece mirarnos desconcertado. Se le ve incómodo y, sin más, se marcha hasta la siguiente puerta de salida, donde una mujer le pregunta algo. Jean se acerca al plano que hay pegado en la pared del vagón y lo señala con el dedo.

—Bueno, ya sabemos que algunos trabajos no están a la altura de las mujeres. Eso está más que demostrado. —Lynn me mira desafiándome. Estoy segura de que, si hubiera sido un hombre, ya me habría roto la cara.

—El que no estás a la altura de haberte ganado mi confianza eres tú. No me das miedo, y tus dibujos tampoco. Lo que me das es pena.

—Hablares después, Val. Nuestro compañero no se merece este recibimiento. Controla tus emociones e intenta ser, aunque solo sea por esta vez, amable con él.

—Que controle... Por el amor de Dios, Lynn. Si te oyeras... Por lo menos a mí se me ve venir, pero jamás pensé que fueras tan cobarde. —Trago saliva e intento calmar mis pulsaciones, aunque nada funciona—. Bueno, en una cosa tienes razón, Jean no tiene la culpa de haber aparecido en este momento, y todavía nos quedan muchas horas de trabajo.

Lynn y yo no volvemos a hablar en toda la jornada y me quedo pensando en la primera vez que lo vi, de eso hará unos veinte días. Estaba hablando con Pere, precisamente en el vestíbulo de Châtelet. Yo acababa de regresar del EMEX. Pere me hizo un gran favor al conseguir que la empresa conservara mi puesto después de las ocho semanas de formación. «No te preocupes de nada, te quiero en mi equipo cuando vuelvas», fueron sus palabras. Y eso hice. Regresé y ahí estaba Lynn, el nuevo vigilante, el hombre al que tenía que controlar por orden de Mendes, supongo que era a esto a lo que se refería.

Imagino que quiere que le informe de estas cosas.

—Val, preciosa. Ven aquí —me llamó Pere para presentarme a Lynn.

Me acerqué a ellos con una amplia sonrisa y miré a Lynn de los pies a la cabeza. Suelo hacer esto con algunas personas. Calculé metro ochenta, estaba delgado, aunque aparentaba una estructura física fuerte. Llevaba el pelo igual que ahora, rapado al uno, y en su cinturón de seguridad no faltaba detalle: gas, porra extensible de acero, kubotán y un táser. Eso sí que me llamó la atención, el táser, pero no le di más importancia, sé cómo son las cosas aquí. Sus botas también con la puntera de acero. Me devolvió la sonrisa con una mirada profunda y seductora, reconozco que me puso algo nerviosa. Me fijé en la cicatriz de la cara que pasa por su pómulo derecho y que se para justo debajo del ojo. Le marcaba aún más su mentón cuadrado. Aunque lo que más me llamó la atención fue su nariz, tan recta. Me dio la sensación de que estuviera operada.

—Este es Lynn, el nuevo compañero que va a estar contigo y con Jon.

—Luego te doy mi teléfono, Val. Por si necesitas algo —rió, y acarició la zona lumbar de mi espalda mientras yo trataba de estar lo más fría posible. En ese momento me pareció que tenía una sonrisa estúpida, y ahora me reitero en ese pensamiento.

—¡Ey! ¿Dónde está mi chica? —Los gritos de Jon llegaban desde las escaleras mecánicas. Como siempre, se veía que estaba puesto. Eso es algo que no cambiaría nunca—. Lynn, cabrón. Aléjate de ella.

Jon se echo sobre mí y, con un fuerte abrazo, me levantó del suelo. Recuerdo cómo sus costillas se clavaron en mi cuerpo y, por supuesto, también aprovechó para lamer mi cuello y besar mi cara. En ese preciso momento me sentí como en casa. Nada de lo que viví me pareció fingido. Todos mostraban su alegría por mi regreso.

Después de cuatro largas horas de ruta, recibimos una orden por el *walkie*:

es Pere, nos pide que nos acerquemos a Châtelet, es urgente. Yo me pongo en lo peor y pienso en otro atentado yihadista. Reconozco que estoy algo psicótica y pierdo el contacto con la realidad. Cuando llegamos, vemos que hay un grupo de policías que nos están esperando, algunos de ellos van vestidos de civiles. Les pregunto si ha habido algún atentado y no me contestan, lo que hace que me preocupe todavía más. Nos piden a Lynn y a mí que pasemos al vestuario. Primero entro yo y veo que todas las taquillas están abiertas y con los candados reventados. Lynn pasa detrás de mí.

—¿De quién es esta taquilla? —El policía señala la de Lynn. La miro y veo que está llena de porras extensibles, puños americanos, táseres, navajas y demás material de venta prohibida. Yo no contesto, pero Lynn asume rápidamente la propiedad del material. No se le ve nada preocupado, al contrario, parece que sonrío.

—Deja que se vaya. Ella no tiene nada que ver —le pide Lynn al agente que le acaba de preguntar.

—¡Cállate! —le grita—. Limitate a contestar. Esta otra, ¿también es tuya?

—Sí —vuelve a contestar Lynn mirándolo sin pestañear.

La taquilla que hay enfrente de la mía también está igual de cargada, con el mismo tipo de material.

—¿En qué coño pensabas, cabrón?, ¿en formar tu propio ejército? —lo increpa otro de los hombres.

Lynn sonrío, y esta vez lo hace abiertamente, con una fuerte carcajada, sin disimular. Los agentes se lanzan hacia él para ponerle los grilletes. Le escucho aguantar la respiración con los golpes que en pocos minutos le han dado sin que él oponga resistencia. Yo intento separarlos y les grito que paren, pero otro agente me sujeta del brazo y me pega contra la pared. Se lo llevan arrestado y, cuando pasan por mi lado, Lynn me guiña un ojo. Joder, tiene el labio roto y está sangrando. Entran otros agentes y llenan algunas bolsas de

deporte con todo el material de las dos taquillas. Yo permanezco de pie junto al marco de la puerta y espero a que se marchen. Después entra Pere.

—Toma, Val. Este es el nuevo candado para tu taquilla. Si ves a algún compañero, diles que se lo pidan al funcionario de la estación.

Sin contestar a Pere, cojo mi móvil y salgo corriendo al exterior para llamar a Mendes:

—Se han llevado a Lynn..., la policía se ha llevado detenido a Lynn — tomo aire para recuperar el aliento.

—Tranquila. Dime, ¿qué ha pasado? —Me habla tranquilo y calmado, como siempre. A mí se me sale el corazón por la boca y Mendes parece que esté en un continuo estado de trance.

—Los policías han abierto todas las taquillas del vestuario, algunos iban de paisano. Lynn tenía ocupadas dos de ellas con navajas, puños americanos, extensibles...

—Vale, no te preocupes. Veré lo que puedo hacer. Tú no hagas nada, ¿vale? Luego hablamos.

Cuando cuelga Mendes, me giro y veo que Pere me está mirando.

—¿Con quién hablabas?

—Con nadie.

—Te he escuchado, Val. ¿A quién has llamado? Era tu amiguito Mendes, ¿sí? —dice con tono despectivo, casi como una burla infantil.

—Joder, Pere, ya te he dicho que me dejes en paz. Acaban de llevarse detenido a Lynn. ¿No hay nada que te preocupe más que saber con quién hablo por el puto móvil? ¿Qué coño te pasa conmigo, tío? ¿A qué viene ese tonito?

—Val —me sujeta con fuerza por el brazo y se acerca a mi oído—, no quiero que traigas hasta nosotros a Mendes. Déjanos con nuestros líos. No es la primera vez que tenemos problemas con la policía. Ya somos mayorcitos y sabemos cómo arreglárnoslas. Deja de meter las narices en nuestras cosas. Te

lo digo ahora que estás a tiempo. Si vas más allá, no podré hacer nada por ti. No hables ni con Mendes ni con nadie de las cosas que pasan aquí, ¿me oyes? —Sus palabras salen con rabia de su garganta.

—No vas a hacer nada por Lynn, y tampoco por Jon. Sabes más de lo que me contaste, Pere. Te conozco muy bien y te importa todo una puta mierda mientras que no te salpique. Lo único que quieres es asegurar los trapicheos que haces en el *tubo*...

—¡Cállate! No te lo voy a pedir más. Si no te alejas, no voy a poder hacer nada por ayudarte.

—Ayudarme. Ya veo cómo ayudas...

Me sorprenden las formas que ha utilizado Pere cuando se ha referido a Mendes, y también que sepa de él, bueno, de mi relación con Mendes. A pesar de lo molesta que estoy con Pere, no puedo dejar de pensar en Lynn y en la pintada de «Vengeance W» que había en Châtelet, y en cómo, de repente, a todos los que formamos el grupo se nos está complicando la vida. Así, sin más.

Nos quedamos solos Jean y yo, y nos cruzamos con dos vigilantes y otro hombre de paisano que lleva una gran bolsa negra de deporte. Los vemos en el andén de enfrente y nos saludan con un movimiento de cabeza. Uno de los vigilantes tiene la cara picada. Un día me lo encontré con Jon y estuvieron hablando un rato. Es de otra línea, no recuerdo cuál. No me gusta su forma de mirar, no sé por qué. Jean levanta la mano y les devuelve el saludo, mientras que yo miro hacia otro lado.

Volvemos al cuarto y, después de cambiarse Jean, entro y paso primero por el servicio que hay dentro, está realmente asqueroso. Cuando voy a salir, escucho a Pere, parece que esté hablando por teléfono.

—Te estoy diciendo que quiero verte. Es necesario... Sí, ya sé que ahora es más complicado y peligroso, pero necesitamos que nos des pautas para

avanzar. La Boulogne no es suficiente.

Después de un rato en silencio, Pere vuelve a hablar.

—Dime... ¿Cuándo? Allí estaré el jueves a la una en punto de la madrugada. No me falles.

Escucho cerrarse la puerta, pero no me atrevo a salir hasta que pasan unos diez minutos. Me cambio rápidamente de ropa y miro antes de salir. Las cámaras están grabando, aparentemente, con normalidad. El funcionario está leyendo un libro y paso por delante esperando que no me vea.

Me voy a casa pensando en la cita que tiene Pere el jueves. Yo estoy en el turno de la mañana, intentaré cambiarlo para poder estar aquí de noche.

XII

Lunes, 16 de octubre de 2017

Un grupo de hombres carga sobre sus hombros el ataúd. Sus caras reflejan un gran dolor y también el esfuerzo que realizan al soportar el peso sobre sus cuerpos. Los veo atravesar el cementerio, que está rodeado de pequeños parterres de flores silvestres. Lo hacen con incómodas pisadas sobre el descuidado césped. Los sigue la mujer de Jon, se la ve deshecha por la desgracia; apoyada sobre otra mujer, limpia sus lágrimas con un pañuelo. Detrás de ellas caminamos el resto de asistentes. Sé que él no quería esto, odiaba estas hipocresías, como solía decir. Allá donde quiera que se encuentre ahora su alma, estará riéndose de todos nosotros, y no sin motivo; hasta a mí me sorprende ver aquí algunos de los compañeros que no lo soportaban.

Miro al cielo, pero es imposible verlo. Una formación de árboles centenarios a ambos lados del camino lo encapota con sus copas, dejando pasar solo algún que otro rayo de sol a través de sus ramas.

Ya han pasado tres días desde que detuvieron a Lynn y sigo sin tener noticias de él. La relación entre Pere y yo está cada día más tensa. Tengo la sensación de que sabe que salí del vestuario más tarde y que le he podido escuchar, pero, si esto fuera verdad, ya me habría dicho algo. Pere siempre ha mostrado un gran afecto hacia mí y no me gusta lo que está pasando. Aun así,

caminamos juntos hasta que llegamos a un muro lleno de nichos. El lugar está ocupado por los distintos medios de comunicación que han venido a cubrir el trágico suceso del Boulogne. Los trípodes de las cámaras se clavan en el barro y los periodistas se agolpan para recoger el mejor plano en sus máquinas. También hay un grupo de personas de alguna asociación de ultraderecha con pancartas pidiendo justicia. Se me eriza el vello cuando los oigo gritar: «¡White power!».

La ceremonia ha comenzado y estoy deseando que termine para salir de aquí lo antes posible. El cura dirige algunas palabras de aliento hacia la viuda y no puedo evitar acordarme del día en el que Jon y yo estábamos solos en el mirador: un gran ventanal que atraviesa las dos vías donde antiguamente se situaban los controladores del metro para observar; en la estación de Liberté. Me miró con sus pupilas dilatadas, como de costumbre, y me habló con esa seguridad y arrogancia. Parecía conocer la respuesta, pero él siempre buscaba la suerte, entonces me propuso que nos escapáramos juntos. Tuve que realizar un gran esfuerzo para contener mi reacción; así, sin más, me lo soltó. Lo dejaría todo para estar conmigo. «No tendrás que preocuparte de nada», me decía. Me daban ganas de reír a carcajadas tanto como lo mucho que me inquietaba no saber cómo se tomaría mi respuesta, así que le contesté que no sentía lo mismo que él, pero que me gustaría que esa conversación no afectara a nuestra relación como compañeros. «Tranquila, preciosa. Yo siempre digo que, si tiene solución, para qué preocuparse; y, si no la tiene, entonces, para qué preocuparse», me dijo. Luego comenzó a reírse de forma escandalosa y eufórica y yo me uní a él. Sus reacciones eran extremas y, por suerte, le dio por reír.

Sus palabras resuenan en mi cabeza una y otra vez mientras miro a su mujer. Físicamente no es nada agraciada, está lejos, demasiado lejos del tipo de mujer que le gustaba a Jon, pero su porte..., su imagen..., desprende ese tipo

de distinción de las familias adineradas. Es alta y está algo metida en kilos. Su piel es pálida y tiene los ojos marrones y algo saltones. Lleva el pelo recogido en un moño bajo y se cubre con un abrigo de piel de visón marrón oscuro que le llega hasta los tobillos. Me gustaría hablar con ella y hacerle algunas preguntas. Tal vez pueda darme algo, aunque ella no lo sepa. Cualquier dato podría llevarme a alguna pista. Estoy segura de que esta pobre mujer no conocía las aficiones de Jon como yo. Intentaré llamarla cuando pasen unos días.

Por fin, el cura da por finalizada la ceremonia. Ahora solo se escucha el sonido del elevador que alza el ataúd, con un vaivén, hasta el nicho donde descansarán los restos de Jon. Trago saliva mientras aprieto la mandíbula y mis ojos se llenan de lágrimas. Sé que a él no le gustaría que lo dejaran ahí. Hubiera preferido la incineración, lo sé perfectamente porque siempre bromeaba con que no había ninguna parte de su cuerpo que pudiera servir para donarla. Sonrío al recordar esto. Desde luego que vivió al límite. Los operarios asientan la caja y la meten dentro del frío y oscuro agujero, después lo cubren con una tapa que atornillan. Despedimos a Jon con un aplauso y nos marchamos, mientras, se siguen escuchando las voces de los ultras pidiendo justicia. Siento un nudo en la garganta e intento tragar para que pase, pero no hay forma. La viuda se acerca hacia nosotros.

—Perdonad, ¿sois los compañeros de mi marido? —Su voz sale entre cortada y afónica.

—Sí —le contesto—. Lamentamos mucho lo ocurrido.

—Sí, lo sé. Jon era un hombre magnífico. Soy Maya, y ¿tú eres Lynn? —le dice a Pere.

—No, señora. Soy Pere, y ella es Val.

—¡Ah, Val! Sí, Jon me habló en alguna ocasión de ti. —Me da un caluroso abrazo durante unos segundos, después se limpia los ojos—. Un placer

saludarte. Tenía muchas ganas de conocer a Lynn. Si lo veis, ¿podéis pedirle que me llame? Necesito hablar con él. Os dejo mi tarjeta para que se la hagáis llegar.

Rápidamente alargó mi mano y cojo la cartulina, adelantándome a Pere. Después la meto en mi bolso y la guardo con recelo.

—Por supuesto —dice Pere.

Maya se marcha con algunas personas que la están esperando y nosotros continuamos caminando a buen paso. Los dos permanecemos abstraídos, sin dirigirnos la palabra. El vaho de nuestra respiración me hace tener la sensación de que el ambiente parezca todavía más frío. Cuando llego al aparcamiento, me meto en el coche y arranco. Antes de salir, escucho el pitido de un mensaje que entra en el móvil. Es de Mendes: «Te veo el próximo sábado en El Torreón a las 20:00. Ponte guapa, cenaremos con gente importante. Tengo muchas ganas de ti. Te daré lo que te gusta».

Sonrío y meto la marcha atrás. Cuando miro por el retrovisor, veo que Pere tiene su mirada puesta en mí. Un escalofrío recorre mi cuerpo y salgo apresurada.

XIII

Jueves, 19 de octubre de 2017

Llevo dos días enteros repasando el plan a seguir. Sé que estoy bien entrenada para esto aunque nunca antes me haya puesto a prueba en algo así. Ayer cogí uno de los cargadores de los *walkies* y me lo llevé a casa. Lo abrí y le instalé un sistema de rastreo por GPS. No es más grande que una pila de botón, lo que significa que no será tan potente y habrá momentos en los que tal vez pierda la cobertura. Lo compré en la tienda El Confidente. Es la primera vez que compro cacharros de este tipo, en el EMEX nos enseñaron a instalarlos y también los distintos tipos de localizadores que hay. Este es el único que he podido conseguir en el mercado. Lo mejor es que no importa si el *walkie* está apagado o no porque no deja de transmitir hasta que se agote la batería; según pone en la caja, la duración es de cuarenta y ocho horas. Por suerte, Duck pudo cambiarme el turno y trabajar con Bill y Charles es un verdadero placer, los tres nos entendemos a la perfección.

La tarde ha estado bastante tranquila y, cuando terminamos de hacer los relevos para la cena, nos han dado las doce.

—Dime, Val, ¿cómo es que le has cambiado el turno a Duck? —me pregunta Bill.

—Tengo planes para esta noche. Si no os importa, tengo que salir unos

treinta minutos, todavía no sé a qué hora...

—¿Y eso? —Bill me vuelve a preguntar con una sonrisa pícaro.

—*Eso*, es exactamente lo que estás pensando, Bill.

Los tres nos reímos un rato. Sé que con ellos no habrá problemas para salir de aquí, yo les he hecho ese favor no solo a ellos, sino a muchos otros vigilantes. Es algo bastante frecuente, ya que los turnos que estamos haciendo no nos dejan tiempo ni de ir al banco ni de ver a las novias o novios. Incluso lo hicimos con Jon: un día no se presentó a trabajar, pero Lynn dio la entrada de los tres y estuvimos paseando todo el día su *walkie*.

—Bueno, Val, pero luego debes darnos pelos y señales de tu cita —dice Charles.

—Prefiero no hacerlo, Charles, y os lo pido por favor, no se lo contéis a nadie, especialmente a Pere. Lleva unos días bastante tenso conmigo.

—Cuenta con ello. Sí que está raro, yo también se lo he notado. Creo que la muerte de Jon le ha afectado más de lo que dice.

Escucho a Charles, pero, desde luego, no pienso como él. Pere entra en el cuarto. Va puesto, aunque lo disimula realmente bien.

—¿Todo bien, chicos?

—Sí, ¿y tú qué tal? —lo saluda Bill.

—Bien, voy a marcharme y ya no voy a pasar por aquí. Si necesitáis algo, me llamáis por teléfono, nada de *walkie*.

—Toma, Pere —cojo una de las baterías que hay en los cargadores y se la entrego—, llévate esta de repuesto, está repleta de carga.

—Ya llevo una, pero la voy a cambiar, porque la cogí esta mañana y no sé cómo estará de carga. Toma.

Pere me da la otra batería y se marcha. Doy un largo trago a la Coca-Cola.

—Bueno, chicos. Lo que os dije. Tengo que irme ya, ahora que no está Pere.

—Ok, Val. Deja aquí tu *walkie* y te lo movemos, si hay algún rastreo, se verá que estás con nosotros —dice Charles.

—Vale, nos vemos aquí en unos cuarenta y cinco minutos.

Me meto en el baño, salgo con unos *leggings* y una camiseta negra que llevaba debajo del uniforme y meto este dentro de mi taquilla. Me pongo una sudadera negra de capucha. Miro antes de salir y ya no veo a Pere, entonces enciendo el programa de localización que venía con el GPS y que instalé en el móvil sin ningún problema. Veo el mapa y creo que está en el andén con dirección a Villejuif Louis Aragon. Me subo la capucha y bajo por las escaleras hasta que me quedo en la boca del túnel que sale al andén. Pere siempre va en la cabecera; me asomo despacio y lo veo esperando. El tren aparece y Pere sube con el conductor, yo espero a que esté dentro y me lanzo hacia el vagón y entro. Voy pasando de un vagón a otro hasta que llego al último. Reviso el mapa en cada momento y constato que sigue la ruta del tren. El GPS muestra movimiento en Place Monge, me asomo y lo veo caminando por el andén hacia la salida. Suena el silbato y salgo de un salto. Lo sigo por el pasillo ocultándome en las esquinas, cuando giro, me choco con alguien y me llevo un buen susto, por suerte, es un chico que va corriendo. Hay más gente de la que esperaba, y eso es bueno para ocultarme. Ya no veo a Pere, lo he perdido, así que vuelvo a revisar el mapa, que lo sitúa en el exterior de la estación. Subo corriendo y me quedo detrás de la pared justo antes de salir. Saco la cabeza y lo veo en la posición que me ha marcado el mapa. Está apoyado sobre la puerta de un coche negro, desde aquí no veo la matrícula, pero sé que es un Peugeot 508 con los cristales tintados.

Regreso a Châtelet antes de que vuelva Pere. Pienso en ese coche, lo vi antes, estoy segura. Sí, eso es. Es el mismo que llevó Cassandra, la mujer de Mendes, al EMEX, justo el último día de curso, cuando vino con su hijo. Pero no puede ser ella. Qué querría una mujer así de Pere, es imposible que exista

una relación.

XIV

Sábado, 21 de octubre de 2017

Llevo toda la mañana revisando las pocas pruebas que tengo y repasando mentalmente todos mis recuerdos de los días previos al asesinato de Jon. Esta misma mañana decidí ponerlas todas en el corcho que tengo colgado en la pared de mi cuarto, así que quité las fotos en las que salgo con mi hermana Mel, otra con mis padres y la última con mi ex. Clavo con las chinchetas, en un orden que me cuesta encontrar, todos los papeles que he cortado y en los que he escrito cada una de las piezas que pienso que están relacionadas con Jon: Lynn, Pere, la tarjeta que me dio Maya, White Power, Châtelet, Petram, Vengeance W, Jon, los cuatro cadáveres decapitados... Lo tengo todo ordenado por fechas, aunque, por más que miro, no veo la conexión. Creo que voy a volverme loca. No quiero hablar de nada de esto con Mendes porque me dirá que me olvide, o tal vez me envíe a otra misión para mantenerme alejada y yo no quiero estar fuera. Coloco la última pista, Peugeot 508, y al lado Cassandra. Decido desconectar un rato. Hoy he quedado con Mendes y no quiero llegar tarde, así que me doy una ducha rápida y me preparo para salir.

Indico la dirección de El Torreón al taxista cuando este me pregunta. Mis ganas de verlo hacen que me acuerde de la primera vez que lo vi desnudo. Estábamos en la cabaña en Les Houches. Me soltó sobre la cama y, mientras

me quitaba la ropa, yo veía cómo se desnudaba él; lo último que se quitó fue el pantalón, después se dejó caer sobre mí. Los dos temblábamos, hacía un frío horrible en ese lugar, aunque lo recuerdo con mucho cariño. La luz era pobre y al principio no percibí bien sus cicatrices, pero, según iba acariciando su cuerpo, podía notarlas bajo mis dedos. Su pasión y desenfreno no han cambiado desde que lo conozco. Cada uno de nuestros encuentros son realmente fervientes. Cuando terminamos de hacer el amor, Mendes se sentó sobre la cama para empezar a vestirse y fue entonces cuando vi su espalda llena de marcas. También tenía una cicatriz en el costado. Acaricié esta última y, sin muchas ganas, me susurró que fue una navaja. Preferí no preguntarle por el resto.

Cuando llegué a la habitación, mi compañera, Kristina Ebel, se puso hecha una fiera. A pesar de mis intentos por no hacer ruido, terminé por despertarla. Al día siguiente, en la hora de Derecho Penal, Bricout me sacó de clase y me acompañó hasta la secretaría.

—¿Hay algún problema? —le pregunté.

—Ninguno, Val.

Supuse que tal vez se tratara de otra prueba del curso, pero no fue así. Sheila, de administración, me hizo entrega de una llave de habitación del hotel donde se alojaban los profesores y algunos alumnos VIP. Al parecer, mi registro estaba erróneo. Se disculpó conmigo y yo no dije nada. Aunque no entendí muy bien de qué me estaba hablando, preferí seguir la conversación y aclararlo después con Mendes.

Esa misma tarde me trasladé a mi nueva habitación. Cuando entré, vi una caja sobre el escritorio con una nota que decía: «Ahora ya nadie se molestará contigo, a no ser que lo castigues con estos regalos».

Abrí la caja y dentro había una porra extensible, un kubotán, un par de guantes de boxeo, un móvil de última generación y algunas cosas más. Todo

esto por cortesía de mi instructor. No lo podía creer. Siempre fue muy generoso y considerado conmigo, y todavía hoy sigue siéndolo. Sonrío en el mismo instante en que se detiene el vehículo y el taxista me dice que ya hemos llegado.

XV

Sábado, 21 de octubre de 2017

Marc y yo estamos prácticamente reclusos en un piso franco de la ciudad. Apenas hemos salido en estas tres últimas semanas. Esperamos órdenes de nuestros superiores para movernos, pero la verdad es que el pequeño espacio del piso cada vez se hace más insoportable. Por suerte, esta misión ha terminado para nosotros y en una hora saldremos hacia El Torreón. En una hora podré respirar aire fresco. Tenemos que cubrir la cena con varios cargos de seguridad internacionales. Precisamente esta semana, con todas las revueltas que estamos teniendo, se celebra la Cumbre por la Paz en París. Nos han pedido reforzar el servicio porque estamos en nivel tres de alerta, lo que significa que en cualquier momento tendremos que salir del país. Lo más seguro es que mañana tengamos que ir a Berlín, aunque todavía tenemos que esperar la confirmación. Al menos, esta vez nos sentaremos a la mesa: seguridad pasiva.

La taza de café que sujeto con fuerza está caliente y me hace pensar en Val. Ya ha pasado más de una semana desde la última vez que nos encontramos, en Mónaco, en una rápida escapada que pude hacer. Me siento en el viejo sofá de tela marrón que hay en la sala y cierro los ojos para relajarme un poco antes de salir. La deseo y sonrío al pensar en la noche que nos espera. Sé que ella

tiene tantas ganas como yo.

Voy al baño, me ducho y me rapo la cabeza. Veo cómo caen los mechones de pelo al suelo. Después me afeito y veo cómo caen los pelos de mi espesa barba sobre el lavabo. Cojo la caja de lentillas azules desechables y la tiro dentro del cubo de la basura. Guardo los pantalones y el chaleco de fotógrafo en la maleta y Marc y yo recogemos todas nuestras pertenencias. Dejamos el piso vacío, mañana vendrán a limpiarlo. Nos vestimos con traje y pajarita, enfundamos las *pipas* y salimos hacia el restaurante. Paramos un taxi y le pedimos que nos lleve al barrio de Montmartre.

—¿A quién vas a traer a la cena? —le pregunto a Marc.

—A una amiga, es bailarina de cabaret.

—¿Cómo se llama? Lo digo por si me la he follado. —Los dos nos reímos.

—Seguramente, pero no te preocupes, que sabe estar calladita.

Nos bajamos enfrente de El Torreón. El restaurante se encuentra en el sótano de un edificio del siglo XVII de estilo conservador y clasista. Tiene siete plantas de altura y está coronado por un torreón. Un lugar oculto a los ojos de cualquier civil. Uno puede fijarse en el estilo arquitectónico o en los llamativos colores dorados y amarillos que decoran el vestíbulo, pero nunca en lo que este edificio oculta en su interior. En la entrada nos recibe un hombre africano vestido con un traje de principios del siglo XVIII. Su chaqueta es larga hasta las rodillas y le salen algunos pliegues a la altura de la cintura. El chaleco está bordado y sobre su parte alta cae el lazo de su camisa de chorreras. Los pantalones lo cubren hasta la rodilla y el resto lo tapa con medias blancas. Pero lo que más me llama la atención de este tío, y no me acostumbro por mucho que lo vea, es la gran peluca blanca y sus labios pintados de rojo carmesí. Entramos y lo saludamos. Marc me presenta a su acompañante, que ya espera en los asientos del vestíbulo. Con una simple mirada, Marc ya sabe que puede relajarse, nunca antes la había visto. Nos

reímos sin decir nada. En ese momento, recibo un mensaje de Val diciéndome que acaba de llegar. Salgo rápidamente y la veo bajándose del taxi. Está realmente espectacular. Respiro profundamente. Lleva el abrigo abierto y deja ver el vestido negro palabra de honor, que parece de raso. Cuando levanta la cara y me ve, se lanza sobre mí y me besa. Meto mis brazos por dentro del abrigo y acaricio sus pechos. Mis manos bajan siguiendo las curvas de su cuerpo. Después le sujeto la cabeza y sigo besándola con deseo.

—Qué ganas tenía de esto, Val. No sabes cuánto te he echado de menos. Me tienes loco. Se me está yendo la cabeza de pensar en ti. En el hotel, en el avión, cuando estoy solo, te veo a ti. Oh, nena, ¿qué me estás haciendo? —le susurro al oído.

—Yo también tenía ganas de verte, a menudo te siento muy lejos. A veces te llamo y tú...

—No, no, no. Para, para. Hoy te voy a compensar, cielo. Sé que te va a gustar lo que te voy a dar.

Los dos nos reímos, sabemos que, en nuestros encuentros, predomina con vehemencia el sexo. Caminamos hacia el interior del imponente edificio.

—No te preocupes, esta noche me tienes solo para ti —me dice con picardía.

Parece divertirse cuando me habla, pero la ligereza de su respuesta me hace pensar que, tal vez, quiera hacer esta relación menos comprometida, y eso me cabrea en un momento. La paro en seco justo cuando llegamos a la puerta, enfrente del hombre de la peluca blanca. La miro y le hablo con voz seria y profunda porque espero que entienda de una vez por todas que mis sentimientos son de verdad y que no pienso dejarla marchar.

—No, Val. Tú eres mía, no es solo esta noche. Eres solo para mí, siempre. —Intento que le quede clara mi postura. No soportaría verla con otro hombre.

—Joder, Mendes...

—Álex —la corrijo molesto por tener que recordárselo en todo momento. Continuamos hasta el vestíbulo del edificio.

—¡Madre de Dios! Qué lugar tan espectacular...

—Val —la interrumpo aun sabiendo que la voy a molestar con mi comentario—, en la cena voy a presentarte a algunas personas bastante importantes. Intenta seguirme y no hables de política, ni des tu opinión de nada. Tú sonríe y come.

—Está claro quién manda, puedes estar tranquilo. —La miro de soslayo y con el ceño fruncido.

—Hoy vienes guerrera.

—No.

—Bueno, que sepas que más tarde me voy a desquitar contigo, pero ahora, cuando lleguemos al comedor, te voy a presentar a alguien especial.

—¿Quién es?

—Es una de las personas más influyentes de Francia. Es Joan Justin, todos lo llamamos J. J., y es uno de los grandes de Defensa. Este hombre tiene más poder que el presidente.

—¿Y es tu amigo?

Su asombro me provoca una carcajada.

—Sí que lo es. Si alguna vez tienes algún problema, de cualquier tipo, dímelo, yo te ayudaré siempre.

—Sí, bueno, mientras el problema no sea contigo... —Me mira con los ojos entrecerrados y después me sonríe de forma pícaro—. Si estos son tus amigos, será mejor no tenerte como enemigo.

—Eso desde luego, pero, como sigas mirándome así, no creo que lleguemos a la cena.

Su cara cambia de golpe. La cojo de la mano y continuamos caminando sobre la fina alfombra de hilo.

—Val, de todo lo que veas hoy, no puedes contar nada. Vamos a entrar en una zona privada, poca gente la conoce.

—No te preocupes por eso, Álex. —Se calla un momento mientras acaricia mi mano con su pulgar—. Me muero de ganas por conocer El Torreón. Las vistas de la ciudad desde allí arriba tienen que ser increíbles.

—Sí, lo son —le digo guiñándole un ojo. Me estremece la inocencia y la ignorancia de sus palabras.

Me dirijo sin titubeos hacia los ascensores principales. Voy dos pasos por delante de Val, sin soltarla. Ir adelantado es un hábito adquirido de mi trabajo como otros tantos que ya forman parte de mí.

Entramos en el ascensor y saludamos al botones, que lleva un traje negro. Yo sé que es un escolta militar. Las noches como esta tenemos cubiertos todos los posibles accesos.

—La Rosa Negra —le ordeno. Es muy joven, debe de llevar poco tiempo como escolta, pero seguro que está bien entrenado, porque es uno de los hombres de Bricout. Él se encarga hoy de la seguridad.

—Sí, señor —me responde mientras se cuadra y se estira la chaqueta. Todos los que esta noche vamos a cenar en el restaurante del sótano debemos dar la misma contraseña.

Las puertas se abren y salimos al vestíbulo de paredes color burdeos. Varios apliques de color blanco adornan las paredes. De las lámparas del techo cuelgan cristales en forma de lágrima. Veo cómo Val mueve la cabeza de un lado a otro observando la rutilante habitación. Parece impresionada, y no es para menos.

El suelo, de moqueta beis, amortigua nuestras pisadas mientras caminamos hacia la puerta de vidrio negro que se encuentra en el lado derecho del vestíbulo. Esta tiene una cerradura digitalizada que abre otro escolta militar. Antes de entrar, dejamos el abrigo de Val en el guardarropa.

Al abrirse las puertas, algunas de las personalidades y sus acompañantes, que ya están sentados, se vuelven para ver quién entra. Pronto reconozco a muchos de ellos. Val y yo pasamos al comedor, donde el dorado es el color predominante, y los voy saludando. A pesar de las grandes lámparas de araña que cuelgan del techo, la luz del salón es cálida y moderada, creando un ambiente más reservado. Este tipo de luz no me parece demasiado segura, pero lo que hoy quieren que predomine es la discreción. Algunos de los tapices con bordados sobre guerras y batallas que decoran las paredes están algo deshilachados. Me fascinan este tipo de dibujos que muestran la crudeza de las guerras. En ellos se ve la sangre derramada y a los guerreros pasando con sus caballos por encima del enemigo. Ellos son los verdaderos héroes que en otras batallas salvaron a sus pueblos. Ahora nos toca a nosotros estar a la altura.

Me paro con Baudin y le doy la mano, pero no le presento a Val. A él no.

Las mesas son redondas y todas están elegantemente vestidas y con un vistoso adorno floral en el centro acompañado por velas. Aunque me resulta demasiado pomposo, nunca dejaré de sorprenderme este lugar. Veo que Val no para de observar fascinada la estancia, aunque me asombra su discreción. Muchas veces busco sus fallos, pero no los veo, y miro los míos, de los que estoy lleno, y me pregunto cuándo los descubrirá o cuánto tiempo los aguantará.

Seguimos caminando hasta nuestra mesa, en la que se encuentran André Cavey, coronel del Ejército de Tierra, que está acompañado por una mujer asiática y otra africana; el coronel del Ejército del Aire Daniel Fabre, al que acompaña una mujer rusa; Gonzalo Ramírez, director general de CNI español; J. J., el director de la Interpol; y mi amigo Marc. Todos ellos van acompañados de mujeres que no pasan de los veinticinco años.

—Val, te presento a J. J., es el director de la Interpol y también uno de mis

mejores amigos. Por eso puedo decirte que no te fíes de él. —Reímos a carcajadas de manera exagerada.

—Encantado, preciosa. —J. J. se levanta y le da dos besos—. Valerie es un nombre precioso, al igual que tú. No dejes que este tipo —dice dirigiendo un movimiento de cabeza hacia mí— te utilice, puedes conseguir más.

Val se sienta al lado de J. J. y yo lo hago entre ella y Gonzalo, del CNI.

—Para, cabrón, esta ya está pillada. —Este tío es de lo más cargante cuando hay una mujer por medio.

—Bueno, eso tiene arreglo. Yo, por si quiere pensárselo, le voy a dar mi teléfono personal. —J. J. saca un bolígrafo y una tarjeta del bolsillo interior de la chaqueta y escribe algo, después le entrega la tarjeta a Val, que la recibe con una sonrisa.

—Muchas gracias, J. J., es muy amable —responde Val.

—Puedo serlo mucho más. —Veo cómo se acerca a Val, conozco a este cabrón y no va a parar de babear.

—No toques a mi chica. Menudo cabrón estás hecho.

J. J. retira la mano despacio de la pierna de Val mientras todos ríen. Yo también lo hago, aunque no me hace ninguna gracia. Más bien estoy deseando soltarle un puñetazo. Marc me mira y se ríe a carcajadas sabiendo lo que estoy pensando.

—Mendes, me ha contado J. J. que has estado en Somalia. ¿Qué tal con los piratas? Veo que están dando mucha guerra —me pregunta André a modo de interrogatorio, lo que me saca de quicio, aunque no tendrá lo que busca.

—Pues ahí hemos estado durante un mes entero. Sí que han dado guerra, pero nosotros ya hemos hecho nuestro trabajo. Ahora le toca al ministro terminar de cerrar los acuerdos para que estos hijos de puta no molesten más a nuestra gente —le envío este mensaje a André, que sé que no tardará mucho en soltárselo al ministro.

—Sí, tienes razón. Por cierto, ahí están el ministro de Interior y el de Defensa, en la mesa que está cerca del tapiz.

—Sí, ya lo veo. El cabrón se ha dejado a la mujer en casa —dice J. J. Todos nos reímos, ya que ninguno de nosotros va acompañado de su mujer.

—Tienes que viajar mañana, ¿verdad? —me pregunta J. J. Joder, no quería que lo supiera Val, no quiero que me fastidie la noche con estas cosas. Este tío es de lo más impertinente.

—Bueno, me lo tienen que confirmar. No es seguro. Ya se verá.

Se acerca Rosell, la cigarrera africana. Sé su nombre porque hace tiempo que se lo preguntó J. J. Aunque no quiso decirnos su edad, entre risas los dos calculamos que tendría unos cincuenta y tantos. El uniforme que siempre lleva es un vestido negro con delantal bordado en blanco al igual que el cuello redondo de la camisa. Lleva el pelo recogido en un moño y una cofia en la cabeza. Nos interrumpe la charla cuando se acerca para ofrecernos algunos puros y cigarrillos que lleva en la bandeja que cuelga de una cinta de cuero de su cuello. A mí me viene perfecto para poder cambiar de tema. Varios de los hombres que hay en nuestra mesa compran algunos y después continuamos la conversación. Hablamos de política y más tarde de religión, y de lo mucho que estas instituciones afectan a nuestra política. Miro a Val, que parece adaptarse bastante bien a pesar de lo aburrido que debe resultar esto para ella. Lo reconozco, esta gente solo sabe divertirse haciendo una cosa: joder, en todos los sentidos de la palabra. Me gusta poder confiar en ella, cada vez estoy mostrando más de mí, exponiéndome porque necesito que crea en mí y porque la quiero a mi lado, pero sé que no será una tarea fácil de realizar. Las mujeres siempre acaban odiándome.

Cuando finaliza la velada, nos dirigimos hacia el vestíbulo. André llama al ascensor.

—Nosotros subiremos más tarde —les digo mientras aparto a Val para que

me siga—. Ven, quiero enseñarte esto.

Nos acercamos a otra de las dos puertas que hay en el vestíbulo, paso una tarjeta y abro.

—Esta es la galería de tiro. —Le muestro con orgullo los puestos de tiro a través de un gran ventanal. Pienso en la cantidad de veces que he venido aquí con Bricout a tirar, de juerga, a planear estrategias de actuación de alguna misión—. A veces, cuando estoy por la zona, vengo aquí a relajarme. Otro día te traeré a tirar, así pruebas una del cuarenta y cinco. ¿Has tirado alguna vez con este calibre?

—No, solo con el treinta y ocho especial y con la nueve milímetros.

Entramos en la zona de registro, donde hay un militar que está sentado delante del ordenador. La sala es pequeña y está bien iluminada con una fuerte luz blanca. Detrás del militar hay una puerta blindada que da acceso a la galería. En los puestos están colocados los blancos, que son siluetas de hombres y dianas a diferentes distancias.

—Vaya, esto es impresionante. Jamás habría pensado que un lugar como este se encontrara en el medio de la ciudad —dice Val.

Miro la galería y noto cómo se me eriza el vello de mi cuerpo. El olor a pólvora me excita, así que me doy la vuelta y la beso.

—Cómo me gustaría follarte aquí mismo —le susurro al oído, y le muerdo la oreja—. Ven, quiero que veas otra cosa.

Salimos y nos dirigimos a otra sala que hay al final de la galería, también custodiada por otro militar. Esta vez le entrego una llave al hombre y la introduce en el ordenador para asignarme una tarjeta. Esperamos unos minutos, paso el plástico por el lector y entramos en una pequeña sala en la que estamos solos.

—Tengo una caja fuerte con dinero y algunas cosas más. Si alguna vez me ocurre algo, quiero que te encargues tú de esto.

La sala solo dispone de una mesa y una silla. Sobre la mesa hay una caja fuerte que abro con una llave que tengo en el bolsillo del pantalón. Dentro hay cuarenta mil euros, una nueve milímetros y tres pasaportes. Aprovecho para coger uno de los pasaportes y dejar otro de los que llevo encima. Mañana necesitaré pasar a Alemania como ciudadano belga. No cojo nada más y cierro la caja. Ella observa todo lo que hago pero no hace preguntas, y eso me gusta.

—Te daré acceso para que puedas entrar aquí y en la galería, pero no te voy a dar acceso para el torreón. Ahí solo irás conmigo.

—¿Qué ocurre con el torreón?

—Ahora lo verás. Val, quiero proponerte algo. Me gustaría que entraras como militar. Si lo haces, podré darte más responsabilidades y podrás trabajar a mi lado, de esta forma podré protegerte mejor. —Veo que se sorprende por mi propuesta y permanece callada, así que continúo hablando—: En un par de meses se abrirán las inscripciones para realizar las pruebas. Te avisaré cuando salgan. Ser militar te dará puntos para tu oposición. Piénsalo, es una buena opción si lo que quieres es entrar en el Departamento de Seguridad.

—Vaya, no sé. Nunca me lo había planteado. El trabajo de militar es demasiado duro. No creo que pueda terminar de preparar la oposición si tengo que viajar fuera.

—No vas a salir de París. Te tendré en oficinas y solo harás las misiones para las que yo te pida, pero para eso necesito que entres en el cuerpo.

Cuando me dice que lo pensará, me vuelvo a excitar solo de imaginar tenerla bajo mi mando. La vuelvo a besar y subimos al *donjon*, al torreón.

Al salir del ascensor, cojo a Val de la mano y cruzamos el recibidor, donde las paredes están decoradas con un papel de fondo rojo estampado de flores de un rojo brillante. También hay un sofá verde oscuro situado en la pared del fondo, en el que jamás me sentaré.

Aparece Lili para recibirnos. Es una mujerona morena que lleva un vestido

que muestra más de lo que esconde y que me saluda con una complicidad que los dos conocemos muy bien no precisamente porque hayamos compartido cama, sino más bien por mis idas y venidas.

—Hola, cariño. Buenas noches, guapetón. —Su varonil voz la delata.

—Hola, guapa, ¿cómo estás? —le digo guiñándole un ojo.

—Qué vienes, ¿a pasarla bien? —Su risa escandalosa resuena con fuerza en el recibidor, menudo pájaro.

Lili retira unas pesadas cortinas de terciopelo rojo mientras miro a Val, que observa con bastante atención el largo pasillo que oculta el cortinaje. Le susurro en el oído:

—Esa tiene más miembro entre las piernas que yo.

—No puede ser, no lo habría adivinado.

Comenzamos a reírnos e intento que Val se relaje un poco, la siento algo tensa, y no la culpo por ello. No creo que antes haya estado en un lugar como este, reservado para determinados gustos y determinadas mentes, como la mía. Continuamos caminando por el oscuro pasillo pintado de color negro al igual que las puertas, tan solo unos reflectores lucen lo suficiente como para dejar adivinar el camino. Huele a cera de las velas que hay en las antorchas que cuelgan de la pared. No iluminan mucho, pero este olor hace que empiece a entrar en un estado de excitación del que ya no habrá vuelta atrás. De cada una de las puertas de entrada de las distintas habitaciones cuelga un cuadro iluminado en el que se puede leer una cita bíblica diferente.

Lili para en una habitación en cuya puerta puede leerse: «No juzguéis para que no seáis juzgados. Porque, con el juicio con que juzguéis, seréis juzgados, y con la medida con que midáis, seréis medidos. Mateo 7:1-2». Abre la puerta, saca la llave y me la entrega.

—Esta es vuestra habitación. Si os aburrís, podéis llamarme.

Se marcha riéndose a carcajadas y moviendo sus caderas de forma

exagerada.

Pasamos dentro de la habitación. Está todo oscuro y, aunque el ambiente es cálido, se nota algo de humedad. Pongo la mano sobre un led rojo de la pared y la habitación se ilumina de forma sutil, entonces comienza a escucharse una canción de *rock* alternativo. Los gritos del cantante hacen más inquietante el momento. Observo a Val, que está con la mirada clavada en los disfraces que llevan los maniqués.

La enorme cama tiene cuatro soportes de madera en sus esquinas sobre los que se eleva una estructura. De la base de cada soporte salen unos lazos de seda roja, y los soportes se unen en la parte superior por travesaños de madera, formando un rectángulo como el perímetro de la cama. Entre los travesaños, en el centro de la estructura, hay colgada una cadena con dos muñequeras de cuero.

Veo a Val examinando este sórdido lugar y eso me va excitando por momentos. Espero alguna reacción. Ahora mira al fondo de la habitación, donde hay una puerta.

—¿Qué hay detrás de esa puerta? —me dice con cierta inquietud.

—Están los baños.

—Bien —contesta.

Camina hacia una mesa estrecha y alargada que muestra una serie de aparatos y juguetes, así como consoladores, preservativos y lubricantes, todos ellos precintados, a disposición del cliente.

La dejo que continúe mirando mientras preparo un par de combinados. Cojo un par de vasos y saco hielo de la pequeña nevera. Paso al lado de Val, la beso y continúo hasta la mesa, donde sirvo dos *whiskys* y le ofrezco uno.

—Toma, esto te ayudará, —Cojo el mando de la cadena de música y bajo el volumen para oírnos mejor. Bebemos nuestras copas.

—¿Hay un club aquí?

—Es solo para nosotros, agentes y personalidades del Gobierno. Todas las mujeres que hoy estaban cenando con nosotros han firmado un contrato de confidencialidad, todas menos tú. Bricout sabe que estás conmigo y que trabajas para mí, así que...

—Joder, Mendes. Esto no parece un club normal. ¿Sado? ¿Por qué hay maniqués?

—Bueno, digamos que aquí cada uno elige lo que quiere. Si te quieres disfrazar, lo haces, si quieres látigos, los tienes. Yo no te he traído aquí por el sado, solo quiero que estemos tranquilos durante unas horas. Si te apetece algo diferente, lo haremos.

—¿Cuántas veces has venido?

—Algunas —digo con cierto temor no por las represalias, sino por sus actos. Si sale corriendo de la habitación, me costará mucho recuperarla, y quiero que hoy surja entre nosotros una unión todavía más fuerte que la que ya tenemos.

—¿Has estado con Lili?

Suelto una fuerte carcajada que no puedo contener.

—Joder, Val. Tú me conoces bien. Nunca he estado con un hombre, pero, si tienes ese capricho con Lili, ya sabes..., la podemos...

—No, no tengo ningún capricho... Me pareció que te hablaba con mucha confianza. Solo eso.

Dejo mi vaso sobre la mesa y retiro el de ella. La beso, bajo la cremallera de su vestido negro, me ayuda con un movimiento de cuerpo a que su vestido caiga al suelo y admiro durante unos segundos lo que me ofrece. Lleva un conjunto de lencería de encaje negro con medias de cristal que llegan hasta sus fuertes y musculados muslos. Eso me incita a romper las medias con mis manos y utilizarlas para atarla, pero domino mi instinto con esfuerzo. Sus zapatos negros de tacón de aguja plateado realzan aún más su figura. Me quito

la chaqueta y la pajarita. Desabrocho mi camisa y la tiro al suelo. Es algo inquietante tener a los maniqués de pie enfrente de nosotros.

Inhalo profundamente su olor, que penetra en mi cerebro. Controlo la vehemencia mientras le quito el sujetador, la giro y, sin pensarlo, la tumbo sobre la cama y la engrilleteo. Después me acerco al aparador, cojo un antifaz y se lo pongo. Echo lubricante sobre su cuerpo desnudo y acaricio sus pechos, le quito el tanga y la dejo solo con las medias. Vuelvo al gran aparador, saco un consolador y lo enciendo, sabiendo que la música no la dejará escucharlo. Lubrico el aparato y se lo introduzco dentro. Le azoto las nalgas y la tiro del pelo, haciéndole echar la cabeza hacia atrás. Tiro al suelo el arma que llevo en el tobillo, la del veintidós. Le muerdo el cuello, tiro el consolador al suelo, le doy la vuelta y entro fuerte dentro de ella. Sus brazos pasan por encima de mi cabeza.

—Dime que te gusta, ¿sí? —le digo al oído—. Vamos, pídemme más. ¡Vamos!

Quiero oírla suplicarme. Quiero saber lo mucho que le gusta.

—Sí, claro que me gusta. ¡Quiero más, Álex!

Está tan entregada como yo. Cuando terminamos, le quito las esposas y se va al baño. Aprovecho para revisar el móvil. Hay un mensaje de Marc, me dice que está en la habitación del salmo 19:2, que si nos unimos a ellos. No le contesto. Sé que estaría encantado de conocer a Val en la intimidad y no le voy a dar ese placer, aunque reconozco que me hace gracia su proposición. Me alegra ver el mensaje de la confirmación del viaje a Berlín. Nuestro vuelo partirá dentro de cinco horas. Val sale del baño, le digo que beba algo y que me espere en la cama mientras voy a ducharme. No tardo más de cinco minutos y la encuentro tendida sobre la cama bocabajo, relajada.

—Date la vuelta y sube los brazos —le ordeno.

La ato de pies y manos a los lazos de seda que salen de cada esquina de la

cama. De nuevo, le pongo el antifaz. Cojo un pequeño látigo de tiras cortas de cuero mezcladas con suaves plumas. Le azoto suavemente el vientre y la hago elevarse, separando su cuerpo de las sábanas de seda. Voy a buscar el arma que está en el suelo, la desarmo y le enfundo un condón.

Val se queda tumbada en la cama. Duerme profundamente, parece agotada. Antes de marcharme, le susurro al oído, a pesar de que sé que no puede escucharme: «Espero que este recuerdo te dure hasta que regrese, amor». La beso en la mejilla y salgo de la habitación para encontrarme con Marc en el vestíbulo: nos espera una avión rumbo a Berlín.

XVI

Domingo, 22 de octubre de 2017

Intento abrir los ojos, pero el rímel ha pegado mis pestañas. Tan solo algunas pequeñas luces de led azul iluminan varias zonas de la habitación. Trato de distinguir una cuerda que cae del techo sobre el colchón y me doy cuenta de que es la cadena que cuelga del armazón de madera de la cama. Busco a Mendes y lo llamo a gritos, pero no contesta. La música sigue sonando, tal vez esté en el baño y no pueda escucharme. Me levanto y pongo el pie sobre el suelo, noto que piso algo frío y duro. Quito el pie rápidamente y vuelvo a posarlo al lado de lo que me ha parecido el látigo de cuero. Voy al cuarto de baño y no lo encuentro, entonces me dirijo hacia la puerta de salida y, cuando enciendo las luces, veo que ya no están sus cosas, así que me visto y me marcho con bastante decepción. Me hubiera gustado terminar la noche con él a mi lado. En el vestíbulo me encuentro con Lili:

—Hola, encanto. Tienes cara de haberla pasado duro. —Se ríe a carcajadas de forma exagerada.

—Hola, Lili. Sí, pero ahora debo marcharme.

—Ya te he pedido un taxi, está esperando en la puerta.

—Muy amable. Muchas gracias.

—Tu moreno me pidió que lo hiciera, cariño.

Llamo al ascensor e intento desaparecer lo antes posible.

Son cerca de las nueve de la mañana cuando llego a casa, así que me doy una ducha y descanso un rato hasta que el despertador suena. ¡Puff!, ya es la una. Me visto y salgo para ir al trabajo. Cuando entro en el metro, cojo uno de los periódicos gratuitos que están sobre una de las máquinas dispensadoras de comida. Entro en el vagón y me siento a ojearlo. La boca se me abre y los ojos me lloran del cansancio. No veo nada nuevo sobre algún avance en el caso de Jon. Sigo mirando en la sección internacional y la noticia que se muestra ocupa la página entera: es sobre la concentración de *skinheads* que tendrá lugar hoy en Berlín. El corazón se me acelera. Leo la noticia que dice que unos treinta y cinco mil *skinheads* se concentrarán esta tarde en el centro de Berlín y que se ha movilizó al ejército para reforzar la seguridad del acto. Envío un mensaje a Mendes y le pido que me llame, aunque, por supuesto, no espero que me responda.

Busco el teléfono de Pere y lo llamo para darle las llaves maestras de las cancelas, hace un par de días que me pidió que se las entregara. Entro y me voy directa a los vestuarios escuchando el eco de mis pasos en la estación, que está totalmente iluminada. De nuevo siento una fría soledad mientras camino hacia el cuarto. Tengo esa misma sensación desde que murió Jon. Me cruzo con Pere, aunque seguimos sin hablarnos, nos saludamos con cordialidad y le entrego las llaves. Entro en el vestuario y abro la taquilla. Con gran esfuerzo, me pongo el uniforme. Me duele todo el cuerpo de estas últimas horas y los párpados me pesan como plomos. Necesito un buen café para aguantar el día. Cuando voy a sacar las botas, veo que dentro hay un trozo de papel doblado. En ese momento me viene a la cabeza el día en que encontré la nota que me dejó Mendes en el vestuario femenino del EMEX, donde me pedía verme en la Boca del Lobo. La nota ha conseguido animarme un poco. Sonrío y me agacho para recogerla. La despliego aún con la sonrisa en los

labios: «La policía encontró el cuerpo a pocos metros de la extremidad superior de la víctima. El cadáver fue identificado como el de Valerie Allen, vigilante de seguridad del metro de París».

El corazón se me acelera y noto cómo se agolpa el calor en mi cara. La nota está escrita con recortes de letras de periódico. Rápidamente cierro el papel y lo guardo en el interior de la chaqueta. Me vuelvo, dispuesta para salir del cuarto, cuando me encuentro con la mirada de Lynn. Está de pie en el umbral de la puerta, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Grito y salto hacia atrás, llevándome la mano al pecho.

—¡Joder, tío! —Sonrío nerviosa.

—¿Es así como te gusta entrar en los vestuarios? Sigilosa, ¿verdad, Val? — me dice Lynn ahora con una sonrisa que ocupa toda su cara. Parece alegrarse de verme.

—Por Dios, Lynn, ¡qué susto me has dado!

—Ven aquí, tía. —Se acerca hacia mí con paso lento y yo salgo a su encuentro. Lo abrazo con una enorme alegría, pero también con una profunda tristeza.

—¿Qué tal estás? Intenté ir a visitarte, pero ni siquiera me dijeron dónde estabas —trata de calmarme con un susurro. Lo miro y me besa en la boca. Me quedo sorprendida, con los ojos abiertos, mientras él se ríe.

—Tranquila, Val. Solo quería que te relajaras un poco, parece que hayas visto un fantasma. Estás temblando. Ya ves que estoy bien, no quería asustarte, aunque tampoco te viene mal un toque. —Me guiña un ojo. Me llevo la mano al bolsillo de la chaqueta y tomo aire para poder controlar los temblores—. Cómo te pones por un besito de nada. Tampoco ha sido para tanto. No tienes que preocuparte, eres demasiado estrecha de miras. A mí me gustan menos mojigatas.

Me viene un *flash* a la mente de la noche que acabo de pasar en El Torreón

y lo poco mojigata que he estado.

—Deberías relajarte un poco más y disfrutar de lo bueno que te ofrece la vida, es decir, de mí. Seguro que te iba a gustar.

—Te aseguro que es difícil relajarse cuando no sé a quién tengo delante. En realidad, nos conocemos desde hace poco tiempo.

—Uhhh, vaya, vaya. Así que ya me has olvidado. —Se ríe a carcajadas—. Yo no diría que nos conocemos tan poco, hemos estado doblando turnos y nuestro tiempo juntos se ha duplicado.

—Ya, sin embargo, a pesar de todo este tiempo, las dudas que tengo sobre ti crecen por momentos y...

—Vale, vale, vale —hace un gesto de calma con las manos—, aquí no. Después.

—Pues dime dónde. Dime dónde porque no puedo creer lo que estoy viendo en ti. Así de sencillo, no puedo creerlo.

—Cuando salgamos de trabajar, hablaremos.

—Bien, pero que no pase de hoy, porque me estoy volviendo loca. Bueno, en cualquier caso, me alegra saber que estás bien y que vuelves al trabajo.

Salimos del cuarto y Pere y Lynn me acompañan hasta la puerta del metro, donde se quedan esperándome mientras salgo a coger un café. Voy corriendo para no perder el tiempo y, cuando regreso, veo que Lynn le dice algo a Pere. Les escucho hablar de Berlín, pero, cuando llego, se callan.

—Bueno, ya podemos entrar, hace mucho frío aquí fuera —digo en alto para intentar suavizar la situación.

Cuando bajamos, Jean se une a nosotros y salimos de ruta.

—Lynn, tío, ¿cuándo te han soltado? No tenía ni idea de que te incorporaras hoy. Pregunté ayer a Pere por ti y tampoco sabía nada —le dice Jean mientras saca la defensa y juguetea con ella entre sus manos.

—Solo me retuvieron veinticuatro horas, en cuanto se aclaró todo, me

soltaron. No fue para tanto.

—¿Y dónde has estado este tiempo? —vuelve a preguntar Jean. Yo miro por la ventanilla del vagón hacia el exterior y lo único que veo pasar a toda velocidad son los tubos de luz y algún que otro metal que reluce de vez en cuando. Por el cristal, me encuentro con el reflejo de Lynn, que está recostado sobre la barra que hay al lado de los asientos. Lo miro y él me mira a ratos.

—Regresé ayer de un viaje. He aprovechado estos días para arreglar algunos asuntos.

—Perfecto, así te recuperas del susto. Pero ¿a dónde has ido? —Sin saberlo, este chico me está ahorrando el interrogatorio que pretendía hacerle a Lynn.

—Algo lejos de aquí. Dime, Val, ¿te ha cuidado bien Jean en mi ausencia? Dímelo, porque, si no, me tendré que encargar de él... —Con sus palabras ha hecho que se me erice la piel. No es un buen momento para hacer este tipo de bromas.

—Sí, la verdad es que este chico es un buen fichaje —respondo.

Sin darnos cuenta, hemos finalizado nuestro turno y regresamos a los vestuarios a cambiarnos. Lynn se acerca a mi oído y me dice que me espera en el polígono Fondateurs en una hora, después se pone el abrigo y se marcha sin cambiarse el uniforme. Antes de marcharme, reviso el móvil esperando alguna respuesta de Mendes, pero no hay nada. Voy a casa y saco el coche del garaje. Después de conducir durante media hora, llego hasta la primera nave del polígono, donde veo a Lynn dentro de su coche, esperándome con el motor encendido. Cuando me ve, se incorpora al carril en el que estoy y se sitúa por delante de mí para que lo siga. Callejamos un rato hasta que nos salimos del asfalto y nos adentramos en un camino de tierra. Entre baches y charcos, llegamos hasta una arboleda. Nunca antes había estado aquí, pero parece que Lynn conoce bien este lugar. Detiene su coche cerca de una nave derruida y

mueve la mano para que me acerque hasta él. Aparco a su lado, apago el motor y respiro profundamente. Después cojo el móvil y bajo del coche. El terreno está lleno de basuras y preservativos, pero no hay más coches que los nuestros. Abro la puerta y me siento a su lado:

—Joder, hace mucho que no vengo a este sitio. Me trae buenos recuerdos —ríe—. Como me gustaría... —Se calla y acerca su mano a mi pierna.

—Por favor, Lynn.

—Muy bien. Ya estamos solos y estás demasiado sosa, así que dime: ¿qué es lo que te preocupa? —inquire con contundencia.

—Lynn, siento que tú sabes algo de lo que pasó la noche en que murió Jon. Creo que tú sabes quién lo asesinó.

—Espero que no estés sugiriendo que yo maté a Jon.

—No...

—Joder, tía, ni la policía me ha acusado de algo así.

—No, yo no digo que tú lo mataras. Eso no lo he pensado nunca, pero creo que me ocultas información y...

—Val, escúchame bien. Ya te lo ha pedido Mendes, te lo ha pedido Pere y te lo voy a pedir yo: aléjate de una puta vez de este asunto. No estés husmeando ni indagando en este tema o te salpicará la mierda, y créeme que esta vez no podré estar a tu lado para ayudarte.

—Joder, Lynn, hablas como Pere, y te voy a decir lo mismo que le dije a él: ¿a qué te refieres cuando dices que esta vez no vas a poder ayudarme? ¿Cuándo me has ayudado tú en este asunto si acabas de incorporarte?

—Val, Jon era un gilipollas. Nos hemos metido en muchos líos por su culpa y da gracias de que estemos vivos con el comportamiento del puto yonqui. Sí, eso es lo que era, un yonqui, y su mujer estará feliz de no tener que cargar con sus mierdas nunca más.

—¿Has hablado con ella?

—Sí.

—¿Qué quería?

—No quiero que vuelvas a preguntar. Olvídate.

—Lynn, no puedo olvidarme de esto, y tampoco puedo creer que seas *skinhead*. Los tatuajes que llevas en tu cuerpo...

—Val, tía, no me conoces, así que no opines sobre mí. Es lo que me faltaba...

—No te juzgo por llevar esos dibujos en tu piel. Tal vez no te conozca lo suficiente, pero no te veo como un asesino.

Lynn toma aire y espera un rato callado. Parece meditar algo que quiere decirme, pero se toma su tiempo. Espero paciente y sin hablar. Necesito que me dé algo a lo que agarrarme para que pueda seguir mirándolo a la cara sin que me avergüence de él.

—Val, escucha... Soy militar... Trabajo para el Departamento de Seguridad Nacional a las órdenes de Mendes.

—Bien. —Sonrío y me echo sobre él.

—Tranquila, tía. Por favor, no debes contarle nada de lo que te estoy diciendo a nadie. Por favor, Val. Mi vida está en juego.

—Sabía que tú no podías ser. Cuando vi los *tatus*... Bueno, puedes estar tranquilo. Cuenta conmigo para todo.

—Llevo varios años trabajando en España para el CNI, donde he estado infiltrado en el grupo *skin* Pura Raza, de Sevilla. Allí conocí a algunos miembros *skins* de Francia y Alemania.

—¿Has estado en Alemania?

—Sí, estos días he estado allí, preparando el terreno a Mendes y Marc. Ellos han llegado hoy y les he dejado vía libre para que conozcan a varios cabecillas *skins*. Esto es muy muy gordo, tía. No debes entrometerte. En unas semanas, tengo que pasar por un tribunal militar para aclarar el caso de Jon y

del resto de personas que murieron ese mismo día. No estaré por aquí, así que no estés preguntando a Pere ni a nadie sobre este asunto.

—Pero ¿te están acusando de algo?

—No, solo tengo que dar algunas explicaciones.

—Entonces, ¿sabes quién asesinó a Jon?

—No, no lo sé, pero tampoco quieren que lo investiguemos. Así que debemos permanecer al margen. El Gobierno dará algunas explicaciones a la prensa y el caso se cerrará. Yo tampoco lo veo claro. Hay una parte de la noche que no me encaja, algo se me escapa, pero no quieren que lo averigüemos, así que lo dejaremos. Jon tampoco merecía la pena...

Se me encoge el corazón al escucharle hablar así de Jon. Al fin y al cabo, él solo ha trabajado a su lado unos meses, precisamente los peores, en los que más enganchado y torpe estuvo. Yo trabajé con él tres años y al principio no era así. Las drogas lo llevaron a sacar su lado más violento.

—¿Pere sabe quién eres?

—No, nadie conoce mi identidad. Ten cuidado con todo el mundo, pero, sobre todo, cuídate de Pere. Ahora sospecho de cualquiera.

—Sí, yo también. No me siento segura con nadie. Ni con Jean.

—Jean no está en mi lista de sospechosos, pero haces bien. No confíes en nadie.

—Han cambiado algunas cámaras de seguridad de Châtelet, las que fallaron ese día. Y han puesto como responsable del Departamento de Cámaras a Therese Barraud, ¿sabes quién es?

—Sí, es la novia de Pere. Bueno, la tía con la que se divierte últimamente. Está divorciada y es madre de un niño de siete años y una niña de diez que tuvo con el jefe de seguridad de Sala. Ella pertenece al personal de metro y, de vez en cuando, acompaña a Pere a algunas fiestas en los cuartos. Yo he estado en varias, y Jon también. Ahí todo el mundo acaba subiéndose por el

techo, ¿entiendes a lo que me refiero?

—Sí, claro.

—Bueno, pues resulta que, el día de los asesinatos, las cámaras se manipularon para que no grabaran a ciertas horas en determinados lugares, y adivina quién estaba de responsable en la Sala de Control del *tubo*.

—Therese Barraud... Estaba todo preparado — le digo incrédula.

—Exacto. Con las cámaras no hay nada que hacer, pero ahora los sospechosos se han multiplicado y tú también estás en la lista, Val.

—¿Qué? ¿Yo? Pero ¿por qué?

—¿Cuál es tu coartada de esa noche?

—Salí de comisaría y me fui a casa.

—¿Te fuiste sola?

—¡Pero si tú me acompañaste a coger un taxi y viste cómo me marchaba!

—Val, estás en la lista. Deja de husmear. Cógete unos días de vacaciones. Ahora ya sabes por qué Mendes te envió a Mónaco.

Me callo un momento.

—Tranquila, él me lo contó. De todas formas, te diré que mientes fatal. Cuando me dijiste que habías ido a comer con tus padres...

—Lo siento. —Miro por la ventana y sostengo la cabeza sobre la mano del brazo que apoyo contra la puerta.

—Las cosas están bastante serias. —Pasa su mano sobre mi muslo y miro hacia mi pierna—. Si sale a la luz algún dato que no se tenga que conocer, cogerán al primero que pase y le colgarán el muerto. Te lo aseguro. Esta gente no se anda con juegos, Val. No dudarán en quitar de en medio a cualquiera que se interponga en sus planes.

Lynn deja de hablar y el silencio me hace sumirme en una profunda sensación de inseguridad y de miedo sabiendo que el asesino de Jon va a quedar libre. Ya lo han decidido. Unos tíos que se encargan de callar a la

gente han decidido que un miserable mate a mi amigo y quede libre. Un asunto que se les fue de las manos y que no se va a resolver.

—Val... —Lynn interrumpe mis frenéticos pensamientos—. ¿Sabes que te vi en el EMEX?

—¿Cuándo? —le digo mientras paso las manos por mis ojos.

—El día que llegaste. Estabas en la fila de secretaría, esperando a que abrieran. Después saliste con una caja llena de material para el curso.

—¿Dónde estabas tú? —Le sonrío y seco mis manos sobre el vaquero.

—A pocos metros de ti. Hablaba por teléfono con mi mujer.

—¿Estás casado?

—Sí.

—Vaya, eres una caja de sorpresas.

—Me casé con una prostituta.

—Lo que te digo. —Nos sonreímos y luego se pone serio y continúa.

—La conocí en Málaga y nos ayudó en un caso de un cártel colombiano, esta vez estaba relacionado con un nuevo grupo *skin*. Mi jefe nos hizo prometer a varias de las mujeres que tendrían los papeles para arreglar su situación en cuanto todo terminara, pero nada más lejos de la realidad. Todo quedó en el aire. Nadie hizo nada por ellas. A sus compañeras las deportaron a Colombia y yo me casé con Marieta. En un año, nos divorciaremos.

—¿Tienes hijos?

—Sí, pero no con ella. Una niña de ocho años. Yo tenía dieciocho. Su madre se hizo cargo de ella. No la conozco. Sin fotos ni visitas. Solo me encargo de pasar la pensión, ese es el trato.

—Y, cuando me viste en el EMEX, ¿sabías que ibas a trabajar conmigo?

—No, pero me dejaste impresionado con esos ojazos. Recuerdo que pensé que serías la chica de algún pez gordo.

—¿En serio?

—Sí. Conozco perfectamente a los de arriba, y no me he equivocado.

—Cuando me viste, todavía no conocía a Mendes.

—Bueno, seguro que él ya tenía planes para ti.

—Supongo... Todo es muy extraño. A veces me siento una marioneta.

—Lo sé. Todos pasamos por eso. No por la cama de Mendes, a ver si me entiendes... —Sonríe mientras me mira—. Pero que nos utilizan, tenlo claro.

—Bueno, espero que ahora no tengas ninguna excusa para desaparecer.

—No quiero dejarte sola, Val. No me gusta cómo están las cosas y tampoco puedo contarte todo, pero, por favor te lo pido, no sigas con esto.

XVII

Lunes, 6 de noviembre de 2017

Con muy pocas ganas, abro un *e-mail* de Cassandra.

Hola, amor. Al parecer, es imposible coincidir con mi marido en casa y, como tampoco es fácil que contestes a mis llamadas, no me queda más remedio que comunicarme contigo por e-mail.

Solo quería recordarte que este viernes habíamos quedado para cenar con Fiona y Rab. Pasaremos el fin de semana con ellos en su casa de Niza. Mi madre vendrá para hacerse cargo del niño.

PD: he cancelado todas tus salidas para que puedas estar libre. No hay excusas. Si no vienes a casa esta semana, nos veremos el viernes a las 10:00 en el aeropuerto.

Te quiero, amor.

Cojo aire y estiro mis brazos por encima de la cabeza mientras bostezo. Menuda hija de puta que eres, «amor». Me voy a verla a su despacho. Abro la puerta y entro, pero Cassandra no está. Cuando voy a salir, me tropiezo con ella y con Paul, mi jefe.

—Dígame, teniente. ¿En qué puedo ayudarle? —me pregunta Cassandra con enfado.

—Necesito hablar contigo.

—Pues ya ves que ahora no puedo...

—Está bien, Cassi. Luego lo vemos —dice Paul.

Cassi... Paul la llama Cassi. Ella odia que la llamen Cassi, pero a él le ha sonreído complaciente. Menuda zorra.

—Bien, ya estamos solos. Dime, ¿qué quieres?

—No puedo ir a Niza. Diles que me he puesto malo, lo que quie...

—Ya lo creo que vas a ir —Cassandra eleva el tono de voz con severidad. Cómo me jode esta tía—, porque son mis amigos y quedamos con ellos hace meses.

—Bueno, debes saber que a tu amiga me la hice el verano pasado, en el yate.

—No me preocupa ese tema.

—Cassandra, estoy en medio de una investigación. Mis chicos me necesitan. Parece mentira que me pidas esto cuando sabes que pueden perder la vida en...

—¿Y cuándo no estás trabajando? ¿Eh? Dime, ¿cuántas veces salimos, viajamos o nos divertimos? Ya no vamos nunca a El Torreón.

Ni se te ocurra tocarla. Cassandra hace una pausa, espera mi reacción. Cómo me saca de mis casillas cuando intenta provocarme.

—Nuestro matrimonio es una farsa. —Eludo El Torreón e intento estar tranquilo y le hablo con calma, solo por el hecho de no darle lo que busca—. Seguimos juntos por el niño y, sobre todo, por el trabajo. Ya sabes, una buena familia católica. Eso es lo que necesitamos aparentar aquí. Nada más.

—Piensa que eso es lo que vamos a hacer para dar credibilidad. Un viajecito no nos vendrá nada mal, ¿no crees? Tus ojitos verdes podrá esperar.

—No la metas...

Cassandra se ríe con una falsa carcajada.

—Como ya te he dicho, si no vas a pasar por casa, te veré en el aeropuerto, pero te diré que el niño te echa mucho de menos. Cierra la puerta cuando salgas.

Pego un portazo. ¿Así está bien cerrada, zorra? Joder. Llamaré a Marc para dejarlo al mando.

Llego temprano a casa para desayunar con Dilan. Me acerco despacio a su habitación y me meto en la cama con él. Lo abrazo con fuerza y respira profundamente. Beso su cabeza y cierro los ojos hasta que suena el despertador. Dilan da un salto y se sube sobre mí cuando me ve a su lado.

—¡Papá, has venido! No quiero que trabajes tanto. Hace mucho que no te veo.

Me habla con su media lengua y le sujeto su pequeña y regordeta mano.

—Lo sé, cielo. Pero ahora estoy aquí porque voy a acompañarte al colegio, ¿quieres?

—Síííí. —Dilan está eufórico—. Mamá dice que tenéis que trabajar este fin de semana y por eso ha venido la abuela.

—Claro. Tienes que portarte bien...

—Pero, papá, yo quiero irme con vosotros.

—Esta vez no puede ser, pero te prometo que, cuando volvamos, pasaré unos días contigo, ¿trato? —Chocamos nuestras manos.

—Vale.

—Pues venga, arriba. No queremos llegar tarde.

La brisa del mar me despeja la mente, aunque solo durante unos minutos, exactamente hasta que suenan varios pitidos en mi móvil. Miro los mensajes, la mayoría son de Marc y Lynn, que me ponen al día. Parece ser que, por el momento, lo tienen controlado. Leo otro mensaje de Val: «Te echo de menos. Nuestro último encuentro tiene la culpa. No te olvides de mí».

No podría, preciosa. Sonrío con cierta nostalgia a causa de este sentimiento que desde hace años solo había tenido por Dilan. Observo el horizonte resguardado bajo la sombra del porche de la terraza que da a un acantilado. Se escuchan las olas del mar romper contra las rocas y también a Cassandra, que está echada sobre la tumbona al lado de su amiga y que no para de gritar y reír. Las dos sujetan una copa en la mano; si fuera verano, ya estarían tomando el sol desnudas. Rab se acerca a mi mesa y yo no aparto la vista del ordenador. Apesta a alcohol, aunque reconozco que nunca le he visto perder el conocimiento. El aire levanta su escaso pelo.

—Trabajo, supongo —me dice ofreciéndome una copa de vino.

—Supones bien —cojo la copa y la dejo sobre la mesa. Rab intenta, sin ningún éxito, peinar sus cuatro pelos mientras reprimo mis ganas de reír. Está rojo como un cangrejo y lleva unas bermudas de cuadros, camisa de manga larga blanca y sandalias con calcetines; imposible disimular su ascendencia británica. Acaba su copa de un trago y dice:

—Voy a rellenarla, estás demasiado soso.

—Lo sé. No tendría que estar aquí. Tengo algo importante...

—Bueno, pero, ya que estás, relájate, tío. Una cosa, Álex. Las chicas están hablando todo el tiempo de repetir la última noche que estuvisteis aquí, pero esta vez con intercambio. ¿A ti qué te parece? No quiero malos rollos contigo.

—No hay problema, pero el trío te lo montas tú. Yo paso.

—Como quieras. Si te apetece, te unes después.

No es la primera vez que nos lo montamos todos en esta casa, pero nunca

antes habíamos hecho intercambio de parejas con ellos. Me extraña mucho que Cassandra se lo haga con Rab, sé que le repugnaba, pero ahora mismo tampoco puedo decir con exactitud lo que piensa de él ni de nadie. Tomo aire para intentar aguantar lo mejor posible esta mierda de viaje. No puedo dejar de pensar en Val, hacerlo me da fuerza. Hacía muchos años que no me sentía tan pillado por una mujer.

Bajo por las escaleras y veo que todos están esperándome. Tampoco es que me preocupen mucho mis modales, menuda pandilla de arrogantes. Estoy deseando irme de aquí. Entramos en el comedor, donde la mesa está preparada para la cena. La doncella, una mujer de unos cincuenta años, espera con una agradable sonrisa a que todos nos sentemos para servirnos. La miro y me parece la única persona de la casa que de verdad vale la pena. No digo que sea la mejor persona del mundo. A estas alturas, no creo en las buenas personas, pero ahora mismo preferiría cenar con ella antes que con cualquiera de los presentes. El timbre de la puerta suena.

—¿Quién será? Que yo sepa, no esperamos a nadie más.

Fiona le pide a la mujer que vaya a abrir. Su prepotencia me irrita.

—Yo invité a un amigo. Perdona que no te lo haya dicho —se disculpa Cassandra—. Espero que no os moleste. Seguro que nos divertirá.

—Y ¿quién es? —pregunta el borracho de Rab después de un largo trago al *gin-tonic*.

No me fastidies. Mi sonrisa apretada y ladeada delata mi falsedad. Paul entra con una mujer, que parece una prostituta, de unos treinta años.

—¡Qué alegría! Por fin has podido venir —saluda Cassandra.

Si supiera la alegría que me da a mí... Cassandra lo abraza, le da dos besos y después hace las presentaciones.

—¿Qué tal, Álex? ¿No deberías estar trabajando? —Paul intenta, sin ningún acierto, hacerse el gracioso.

—Te aseguro que nada me gustaría más. —Meto las manos en los bolsillos del pantalón de lino blanco y me voy al mueble bar, donde me sirvo una copa de vino. Lo voy a necesitar.

—Bueno, pues, que yo sepa, ya estamos todos. ¿Verdad, querida? —le reprocha Fiona a Cassandra sutilmente. Se ve que Paul no es de su estilo, pero apuesto a que no lo va a dejar desatendido.

Nos sentamos a cenar. Cassandra está sentada a mi derecha y a su lado está Paul. Veo que le acerca la mano a la pierna y la sube por dentro del vestido rojo. Me sorprende ver que no me afecte nada este gesto. Cuando la conocí, pensé que era el amor de mi vida: nos amábamos. Los dos éramos agentes, espías. Nos esforzábamos muchísimo en nuestros trabajos no solo para cumplirlos, sino para ascender, ella por la rama civil y yo por la militar. Dimos nuestras vidas para ayudar a los demás, para ejecutar las misiones. Cuando se quedó embarazada, empezó a cambiar. Pidió el traslado a oficinas y salió del campo de acción. Aquello la mató y yo tampoco ayudé para que eso no pasara. Simplemente, nos adaptamos a los cambios y, con el tiempo, hemos pasado a odiarnos, así, sin más. Realmente se veía venir. La cena se me hace interminable y de lo más aburrida. No veo la ocasión en que se callen y dejen de decir tantas necedades. Por fin los postres. Tomo un café rápido, quiero trabajar esta noche y avanzar en las investigaciones y estrategias. Marc me ha enviado bastante información que quiero revisar. Cuando todos terminan, me despido.

—Creo que ya es hora de retirarme. Me voy a descansar.

—No, cariño. Contamos contigo. La fiesta todavía no ha empezado y te

necesitamos. —Cassandra se acerca a mí y se agarra a mi brazo.

—Deberías hacer caso a tu mujer, Alex —interviene Paul con un tono que no me gusta. Bueno, realmente no hay nada en él que me guste. Prefiero no decir nada y un incómodo silencio me hace ver sus pretensiones. Mis ganas de romperle la nariz se agolpan en mis manos y cierro los puños.

—Mejor pasamos todos a la terraza. Vamos, Alex —me pide Fiona nerviosa mientras me coge del otro brazo—. No te hagas el duro, que tú y yo ya nos conocemos, cariño.

La acompañante de Paul, de la que no recuerdo su nombre, comienza a besarlo. Este se la quita de encima y se va a por Cassandra. La besa y la acaricia. Ella lo sigue. Rab se engancha a la tía de Paul y Fiona se va quitando, según camina hacia mí, el pequeño vestido negro que no deja nada a la imaginación. Veo que Cassandra me mira con dureza para que no le falle. Paul tira de su brazo y, entre estúpidas risitas, la sube sobre él. Fiona intenta besarme, me retiro y le bajo la cabeza.

XVIII

Viernes, 24 de noviembre de 2017

Tenía veinte años cuando lo conocí. Llevaba el mismo bigote que ahora y unos treinta kilos menos. Acababa de alistarme y él era mi sargento, dieciocho años mayor que yo. No me lo puso fácil en el adiestramiento y tampoco con las primeras misiones. De hecho, fue un auténtico cabrón, pero he de reconocer que fue el mejor instructor que me he encontrado en el camino. Me entrenó para no morir y, gracias a él, aquí sigo.

La primera vez que me salvó la vida, yo estaba entrando en un edificio abandonado en el centro de la ciudad de Kósovo. Formábamos parte de los cascos azules de la ONU. Caminé despacio hacia el interior, apuntando con el FAMAS. Se escuchaban golpes y ruidos entre los tabiques. De vez en cuando, se oía algún que otro disparo seco o alguna ráfaga. Entonces un grito ahogado llegó a mí. No debía andar lejos. Miré por el agujero de la pared y vi a un kosovar violando a una mujer. En teoría, ellos estaban para apoyar el desalojo, pero eso era solo la teoría. El tío no me escuchó entrar, estaba demasiado ocupado. «Apártate», le grité en inglés. Se puso en pie y, cuando se iba a subir el pantalón, le apunté y disparé. La mujer salió corriendo y yo miraba el cuerpo cuando escuché un tiro a mi espalda, me giré y vi a mis pies a un hombre con un puñal en la mano y detrás estaba Bricout; todavía salía

humo de su pistola. Cuando terminamos de sacar a todas las personas del edificio, las llevamos al patio. Allí hicimos grupos por familias y soldados enemigos; en otro grupo estaban los niños huérfanos. Bricout se quedó hablando con los conductores de los vehículos para darles las instrucciones. Después los llevamos a todos al campamento de refugiados. Yo llevaba uno de los camiones y él se sentó a mi lado. Entonces le dije que le debía la vida y me contestó que «la vida nunca se le debe a nadie. Es algo que nos pertenece». Me bajé del camión y Bricout me ordenó que lo acompañara. Cuando me volví, pude ver que, del grupo de los niños huérfanos, bajaron la mitad de los que subieron. No hice preguntas.

Bricout y yo nos hemos ido conociendo y respetando a lo largo de estos años. Él no es perfecto, tampoco yo lo soy, pero nunca nos preguntamos sobre nuestras decisiones, aun careciendo de toda moralidad. Eso es algo que no va con nuestra forma de vida, impuesta a nuestro pesar.

Lo miro ahora, cuando camina hacia mí, con el pelo engominado hacia atrás y su forma de vestir, intentando sacar una elegancia que le cuesta aparecer. Veo a un hombre demasiado lejos de involucrarse en la lucha. Aunque sigue siendo el mejor dirigente que hay en grupos antiterroristas, siento que está pasando la mano por encima. Ya no es el mismo. No el que yo conocí. Siento que no está dentro.

—Acompáñame a la cafetería.

Sin decir nada, me levanto de mi mesa y lo sigo. Nos metemos en el ascensor y pulsa el cero.

—Hace tiempo que no hablamos —me dice mientras nos acercamos a la barra.

—Sí, es cierto.

Nos sentamos, yo pido una Coca-Cola y él un vino tinto.

—Quiero decirte que tengo planes y que me gustaría que fueras el primero

en conocerlos.

—Te escucho. —Estoy expectante porque tengo la sensación de que no hay nada bueno en las palabras de Bricout, que se están haciendo esperar mientras saborea el tinto de tetrabrik.

—Eres el único en el que confío porque sé que tú nunca me harás preguntas, y eso es lo que espero.

Asiento con la cabeza y espero a que continúe.

—Voy a marcharme. Me quedan dos años para jubilarme y voy a pedir una excedencia. No me siento con ganas de seguir en esto.

—¿Y por qué no pides un cambio de puesto?

—Ya lo he hecho y me lo han denegado. —Me retira la mirada—. Dicen que soy el mejor en mi puesto. No lo dudo, pero estoy cansado y no quiero seguir. Llevo demasiadas amenazas. Muchas noches sin dormir vigilando el exterior de casa. Estamos solos para cuidarnos y no lo aguanto más.

Se pasa las manos por la cabeza, echándose el pelo hacia atrás.

—Te comprendo. Es el peor departamento, en el que más expuesto estás. De ahí es imposible salir. Y ¿a dónde irás?

—Hemos dicho que sin preguntas, amigo.

—Ya, pero no quiero perder el contacto contigo. Llevo a tu lado veinte años y, aunque estos dos últimos no hemos tenido muy buen entendimiento, no quiero que esto se acabe sin más. Por lo menos, me gustaría poder enviarte una felicitación por Navidad y saber que la recibes.

—No te preocupes de eso: tú no sabes escribir y yo no sé leer. —Los dos nos reímos intentando forzar algo de normalidad en esta reunión—. Estaremos en contacto. Yo te buscaré.

—Bien, respeto tu decisión, pero has de saber que te marchas en el peor momento. Cuando más te necesitamos.

—Sois todos unos grandes profesionales. No me necesitáis para nada. Ven

a mi despacho después, te entregaré los informes de los principales líderes yihadistas, algunos de ellos los tenemos en París. Te diré cómo están las investigaciones y los enlaces que tenemos dentro de la organización.

Doy un trago a la Coca-Cola para intentar pasar este obús.

—Explícate. No te entiendo.

—Quiero que tú seas mi sucesor.

—Te lo agradezco, pero no puedo hacerme cargo de ese departamento. Ya estoy bastante liado con los *skins*.

Sé que no voy a poder luchar contra las órdenes y de lo único que me dan ganas es de romperle la nariz.

—Ya he enviado mi carta de solicitud para que te quedes al mando. Terminarás con los *skins* y luego pasarás a dirigir el Departamento de Antiterrorismo. Créeme, amigo, te estoy haciendo un favor.

La bomba que acaba de soltarme Bricout me ha dejado de lo más tocado. Dejar a mi gente, los únicos en los que confío, y pasar a su división. Empezar de cero con la logística del departamento y, sobre todo, no me atrae en absoluto la idea de tener que ser la cabeza visible de la yihad aquí, en mi ciudad. Más que un favor, esto parece ser una venganza.

—Necesito que vengas conmigo a Madrid. Hemos localizado una organización de treinta personas que están adoctrinando a musulmanes para convertirlos en lobos. Saldremos en un par de horas y regresaremos en tres días. Paul ha aprobado tanto tu traslado a Antiterrorismo como este viaje.

—No me gusta que no hayas contado conmigo para esto —me quejo, pero ya no hay nada que hacer. Cómo me la has jugado. Maldito hijo de puta.

—Lo sé. Probablemente ahora estés deseando romperme la nariz, y no te culpo por ello. Podrías tumbarme de un solo golpe, pero piénsalo fríamente. Acabarás librándote de la zorra de tu mujer. Entre ella y Paul, te tienen cogido por los huevos.

—Sí, bueno. Por decir algo positivo. No creo que hagas esto para mejorar mi bienestar.

—No, desde luego que no. Lo hago porque quiero al mejor al frente, y ese eres tú. Yo te entrené y he de reconocer que me has superado. Quiero que llegue la paz a París. Yo no he podido cumplir con eso, pero tú lo harás.

Muevo la cabeza incrédulo y a la vez comienzo a asumir este cambio. Acabo la Coca-Cola de un trago, lo miro a los ojos y me sonrío.

—Empezarás después de un asunto que tienes pendiente en el *tubo*. Paul no quiso darme más explicaciones, ese tío es duro de pelar. No suelta prenda, y mira que insistí, pero no quiso darme detalles. ¡Vamos, coño! Cambia de cara. Lo harás bien.

Supongo que Paul querrá esperar al juicio de Lynn. Cómo me jode toda esta mierda.

XIX

Miércoles, 6 de diciembre de 2017

El sol no se ha dejado ver en todo el camino hasta base militar Albatros I, y eso que ya son cerca de las nueve. Bajo la ventanilla para ayudar a que desaparezca el incómodo vaho del parabrisas cuando una fuerte corriente entra dejando mi cara algo húmeda. Me limpio con la mano y miro a Marc, que está sentado a mi lado, en el asiento del copiloto. No está muy hablador y yo tampoco tengo muchas ganas de conversación, así que prácticamente no nos hemos dirigido la palabra desde la central hasta aquí. Siento una presión en la cabeza, ya se están dejando sentir las malditas jaquecas. Al llegar, detengo el coche en el acceso y entrego nuestras tarjetas al soldado que levanta la barrera. Continuamos hasta el aparcamiento del edificio, donde vemos a Paul y a mi queridísima mujer, Cassandra. Los dos hablan de forma distendida con algunos compañeros.

—Ya están aquí —le indico a Marc señalándolos con un movimiento de cabeza—. Voy a entrar directamente a buscar a Lynn, a ver si, con un poco de suerte, puedo evitar un rato más las sandeces de este tío.

—Yo te cubro.

Nos bajamos del vehículo y me pongo la chaqueta del traje de gala y la gorra de plato. No son muchas las oportunidades que tenemos para lucir este

uniforme. Marc va a saludar mientras yo subo por las escaleras de la entrada principal. Cuando llego al interior, me encuentro con Lynn, que está sentado en el banco del vestíbulo, parece pensativo. Todavía me sorprende cuando lo veo vestido como un *skinhead*, con el vaquero remangado mostrando las botas de puntera de acero, el polo de Fred Perry y la chaqueta de aviador llena de parches. De pie, junto a él, está su abogado, un oficial que parece un tanto distraído. Lynn levanta la cabeza y sonrío al verme. Le devuelvo el gesto mientras nos acercamos para darnos un fuerte abrazo. Es tan alto como yo, pero ha perdido mucha musculatura desde que comenzó este trabajo. A pesar de todo, lo veo fuerte.

—Tranquilo, tío —le digo mientras nos abrazamos—. Ya sabes que, antes de dejarnos salir de la mierda, les gusta jodernos un poco más.

—Estoy bien. Me preocupa estar retenido aquí demasiado tiempo y que me echen de menos en la cueva. —No para de gesticular y de moverse mientras habla.

Tiendo mi mano al abogado para saludarlo y a continuación le hago un gesto a Lynn con la cabeza para que me acompañe hacia el final del pasillo.

—¿Te has metido algo? —le pregunto.

—No. —Se ríe a carcajadas, y yo lo sigo.

—Hijoputa. Escúchame, esta no es la primera vez que asisto a este tipo de tribunales como imputado, en la misma situación en la que te encuentras tú ahora. —Lynn me mira, pero no parece que le sorprenda mi confesión—. Por desgracia, solo somos marionetas. Ya sabes, nos dicen lo que tenemos que hacer y luego, dependiendo de las ampollas que hayamos levantado, nos convertimos en héroes o en villanos. Creo que nos van a pedir que rematemos esta misión a lo grande. Ya sabes a qué me refiero.

—Sí, otro baño de sangre. ¿Y si no ocurre eso?

—Entonces haremos un Peter Walter.

—¿Un qué...? —Los dos nos reímos.

—Un Peter Walter. Fue uno de mis hombres, lo condenaron a pena de muerte en una prisión de Malasia. Por supuesto, contaban con el beneplácito de nuestro Gobierno. Ya no interesaba, sabía demasiado y estorbaba. Así que reuní a un par de compañeros y fuimos a rescatarlo. Conseguimos cambiarle la identidad y ahora vive feliz en Canadá.

Nos paramos y regresamos por el mismo pasillo hacia el banco donde se encuentra el abogado, que no para de mover los brazos mientras habla por teléfono. Los dos lo miramos, callados.

—¿Lo conoces? —me pregunta Lynn con cierto interés.

—No, nunca le había visto. Parece un novato.

—Sí, es lo mismo que pienso yo. Me han asignado un novato... —Lo siento escéptico.

—Lo que significa que ya tienen el veredicto preparado. Solo son trámites, eso es lo que quieren con tu declaración, cumplir con los putos trámites. El abogado está de florero.

—Sí —mueve la cabeza incrédulo a la vez que eleva las cejas—, menudo bujarrón. —En ese momento, no podemos evitar echarnos a reír durante un rato—. ¿Sigue Paul follándose a Cassandra?

—Sí.

—Joder, no se libra nadie.

—Escucha, no temas dar mi nombre o el de Paul cuando sea necesario. —Lynn asiente con un movimiento de cabeza—. Estaré a tu lado para cualquier cosa que necesites. No lo olvides, siempre nos quedará un Peter Walter. —Le guiño un ojo y nos unimos a Marc, Paul y el resto, que ya están en el hall.

Esperamos cerca de media hora hasta que nos nombran, uno a uno, para entrar en la sala. No es demasiado grande, se parece más a la sala de reuniones de una empresa. El mobiliario está algo anticuado: una gran mesa

rectangular de madera de color cerezo, de unos tres o cuatro metros, con sillas a ambos lados y una moqueta grisácea que muestra algunas manchas. La luz de los halógenos es blanca e intensa. Se pueden ver, a la perfección, las fotografías en blanco y negro de bases militares que hay en las paredes. A pesar de que el cielo está cubierto, entra gran cantidad de luz por la ventana. La secretaria del juez se acerca y tira del cordón para cerrar las cortinas. Las láminas se van desplegando hasta cubrir todo el ventanal. La puerta se abre y entra el juez, que se queda enfrente de Lynn: el juicio va a dar comienzo. Mi jefe, Paul, está sentado al lado de Cassandra, a continuación está Marc y después yo. Representamos al departamento que ha dirigido la misión. Todos hemos dejado la gorra sobre la mesa y esperamos de pie hasta que el juez se sienta.

—Señor Matthew de Bruyn, el teniente Alexander Mendes Pereira, aquí presente, es su superior en el caso White Power, al que le asignó con el alias de Lynn Gilen, ¿es esto cierto? —El juez realiza las preguntas de forma concreta, pero no parece instigador.

—Sí, señor.

—Bien, ¿cuánto tiempo lleva infiltrado en el caso?

—Cerca de tres años.

—¿Puede ser más exacto?

—Sí, señor. Dos años, once meses y veinticuatro días. En París tan solo llevo cuatro meses.

—Bien, ¿sigue activo en esta misión?

—Sí, señor.

—¿Y puede decirme cuál es su cometido en la misma?

—Sí, señor. Informo a mi teniente, Mendes, de los movimientos de los White Power... A veces se reúnen con otros grupos *skins* de aquí... o de otros países... Yo le envío informes semanales.

—¿Nunca recibió orden de erradicar esta organización?

—No, señor. Solo soy un maldito *informer*. Solo me pidieron controlar a la organización...

—¿Puede decirme cuál es su relación con los hechos del día 10 de octubre de 2017, en el que aparecieron los cuerpos de cinco personas asesinadas de forma violenta?

—Unas horas antes, la noche del 9 de octubre, poco después de las once, tuvimos una movida en el *tubo* con unos putos gitanos que le cortaron en la mano a nuestro compañero Jon. Lo llevaron al hospital y Val y yo fuimos a declarar a comisaría. Cuando salimos, serían las dos de la madrugada, acompañé a Val a buscar un taxi —al escuchar el nombre de Val, se me eriza la piel, cómo me gustaría tenerla en mi equipo— y después leí un mensaje en el móvil del gilipollas de Gilbert... Me pedía que fuera al polígono y que me uniera al resto. Todavía llevaba el uniforme manchado de sangre... Así que volví a Châtelet para cambiarme y coger mis cosas de la taquilla. —Matthew se calla y toma aire, sigue en silencio, con la mirada perdida, hasta que el juez le pide que continúe—. Salí al vestíbulo y me encontré con Pere.

—¿Podría decirnos quién es Pere? —El juez sigue su interrogatorio con tranquilidad.

—Sí, señor. Pere es nuestro inspector y activista de los Alianza Blanca, organización hermanada a los White Power. Siempre está en el turno de noche y nos da cobertura en algunas cacerías abriéndonos las cancelas del *tubo* para meternos y que la pasma pase de largo...

Matthew se ríe a carcajadas una vez más y el juez le pide calma. Cuando va tan puesto, se pone de lo más pesado.

—¿A qué se refiere con cacerías? —interrumpe el juez.

—Los cabrones pelados buscan a algún hincha visitante que esté despistado y le dan una paliza, algo que les haga recordar ese día. Después les quitan la

mochila o la cartera... o la camiseta llena de sangre, no sé..., algún trofeo que puedan llevarse.

—Bien, continúe. ¿Qué fue lo que ocurrió después de que se encontrara con Pere en el vestíbulo?

—Me dijo que nos veríamos más tarde. Después me marché al encuentro de los camaradas, contacté con Mendes para avisarle de lo que se nos venía encima, pero no hubo órdenes de ningún tipo: sin movimientos, tan solo teníamos que esperar. Yo tampoco sabía lo que iba a pasar. El día de los atentados de Saint-Cloud, habían comenzado a preparar la *vengeance*. Al parecer, era algo que llevaban esperando muchos años y ahora tenían apoyo desde arriba. Contaban con la cobertura de peces gordos, gente del Gobierno y empresarios. Esta era una pequeña parte de esa *vengeance*. La cosa irá a más, porque tienen como objetivos algunas ermitas, mi teniente está informado de todo.

Ya ha pasado cerca de una hora desde que comenzamos. Matthew no ha parado de relatar cómo Gilbert dirigió al grupo para secuestrar a los dos musulmanes y llevarlos al andén de la estación de Petram. Sé que revive cada momento con ansiedad, lo veo en cada uno de sus gestos hasta que el juez lo interrumpe:

—Bien, ¿y qué ocurrió después en el andén?

—El hijo de puta de Gilbert animó a los cerdos de los camaradas y les dijo: «Disfrutad del poder». «¡White power, white power!», coreábamos todos al unísono. Se retiró y les dieron una buena paliza a los dos. Fue horrible..., la brutalidad... Parecía que estaban muertos, pero seguían golpeándolos como si fueran un muñeco de trapo. Cada vez se les veía más hinchados. Crujieron sus huesos, saltó hasta un trozo de carne de uno de los negros... Después, Gilbert paró los golpes y se acercó a los negros. Les arrancó un diente a cada uno y todos nos reímos mientras se los guardaba en el

bolsillo del pantalón. Pero la cosa no quedó ahí...

En la sala escuchamos tensos la historia. Apenas nos atrevemos a movernos para no hacer ningún ruido que pueda interrumpir a Matthew, que continúa sonriendo hasta que se queda callado. Parece absorto en sus pensamientos y un silencio escalofriante invade mi cuerpo y hace que me estremezca. El juez le pide a Matthew que continúe, pero parece que no es capaz de escuchar. El abogado solicita unos minutos de receso, así que todos nos levantamos y salimos al pasillo a tomar algo de aire. Yo vuelvo a entrar a ver a Matthew, que todavía no se ha movido de la silla. El abogado está delante de él, intenta que reaccione y veo cómo le zarandea del brazo, pero ni siquiera lo mira. Parece estar en estado de *shock*, lo que me preocupa bastante, y me acerco rápidamente a él:

—Mírame, mírame, tío. —Lo cojo de la cara y lo obligo a mirarme—. Dime, ¿cómo te llamas? —Ahora parece fijar su pupila en mí y su sonrisa desaparece.

—Matthew —me dice con desánimo. Me alivia escucharle y apoyo mi mano sobre su hombro.

—¿Estás bien? Bebe un poco de agua y vamos fuera a estirar las piernas.

Salimos al pasillo y Marc se acerca para ver qué tal está Matthew. Este se limita a decir que bien. Después se sienta en un banco y echa la cabeza hacia atrás. Marc y yo nos apartamos del resto...

—No sé, tío..., está muy enganchado. Me da miedo que no lo recuperemos —le digo a Marc.

—¿Por qué lo dices, Mendes?, ¿crees que se le fue la mano a él?

—No lo sé, tal vez... Tampoco me importa eso, lo único que quiero es sacarlo de ahí. Debimos hacerlo hace tiempo. Seguramente nos den una misión para terminar con todo esto. Te voy a necesitar a mi lado, sobre todo para que cubras a Matthew.

—Eso está hecho, tío.

Cuando vuelvo a mirar a Matthew, veo que apoya los codos sobre las rodillas y echa el cuerpo hacia delante a la vez que refugia su cabeza sobre las manos. Me da la impresión de que está perdido. Me acerco y le doy una fuerte palmada en la espalda, me mira con sorpresa y sonrío.

Tras esperar veinte minutos, todos volvemos a entrar en la sala y Matthew continúa con su declaración.

—Señor De Bruyn, nos estaba contando cómo Gilbert arrancó los dientes a las víctimas y se los guardó en el bolsillo. ¿Qué ocurrió después?

—Después..., después llevaron los cuerpos sobre una mesa y entre varios hombres sacaron una guillotina. Yo no esperaba algo así. Ya los habían matado, pero querían hacer llegar un mensaje concreto. Cuando Gilbert terminó de hablar, me pidió, delante de todo el mundo, que fuera yo quien hiciera los honores. No dudé, estaban fiambre. Colocamos al primer chico bajo la hoja y yo solté la cuerda. La cabeza rodó por la mesa y cayó al suelo. El cuerpo se separó y la sangre salió a chorros. El olor era insoportable. Todos gritaban y aplaudían y yo luchaba por no vomitar. Colocaron el segundo cadáver y, cuando me acerqué a la cuerda para soltar la hoja, el chaval abrió un ojo y soltó un agudo grito. Joder, estaba vivo, pero mi mano, por inercia, ya estaba soltando la cuerda. De nuevo, todos aplaudieron y gritaron. Coreaban mi nombre como si fuera un héroe o algo por el estilo.

Matthew tiene los ojos llenos de lágrimas, coge una botella y toma un largo trago de agua. Todos imitamos este acto y continúa con la declaración.

—Después debían entrar en la estación algunas *skingirls*. Nos esperaba una buena fiesta hasta que apareció el puto Jon. No sé cómo coño se enteró de nuestra reunión, pero ahí estaba. El muy gilipollas empezó a gritar: «¡Dejadme a mí, dejadme que reviente a uno de esos cabrones!». Todos se reían de él y ni siquiera se dio cuenta. Jon seguía hablando a voces, eufórico, mientras se

abría paso entre los camaradas. Llevaba una mano vendada y manchada de sangre y la otra la iba chocando según caminaba. Se acercó un poco más hasta que llegó a ver a las cabezas de las víctimas en el suelo, desfiguradas, desangrándose y separadas del cuerpo. Joder, le cambió la cara al gilipollas, se quedó pálido... Diría que se le quitó el subidón de la coca en un momento.

»Entonces apareció Pere, que nos saludó a todos con un «¡Heil Hitler!» y se acercó a Gilbert, que estaba a mi lado. «A solas», le pidió Pere. «Lynn acaba de cargarse a estos dos negros. Habla». Pere le contó que había pillado a Jon haciendo unas pintadas en el andén de Châtelet: «Ha escrito “Vengeance W”». Después siguió hablando Pere: «Escucha, si se entera el jefe, nos va a joder a todos». Ya sabes lo que tienes que hacer. Gilbert se volvió y pidió que lleváramos a los negros a los lugares marcados en el Boulogne; los nuestros fueron a la Gran Cascada. Los metieron en la furgoneta y se marcharon.

»Yo acababa de cometer un acto de fe para ellos y ahora les tocaba darme su voto de confianza. Me fui con Pere, que sujetaba a Jon por el hombro, y con otros cinco camaradas. Caminamos por el túnel y paramos en un cruce de vías hasta que escuchamos un convoy que se acercaba despacio. Cuando llegó a nuestro lado, paró y abrió la puerta. El conductor, de unos cuarenta y cinco años, también llevaba la cabeza rapada y se puso a hablar con Pere. Ese cabrón conoce todos los rincones del puto *tubo*. Pere me pidió que abriera el portón del contenedor y que subiéramos. Cómo le gusta darme órdenes..., tarde o temprano espero poder pillar a ese hijo de puta...

—Señor De Bruyn, continúe... —el juez habla con rotundidad a Matthew y me saca de mi embelesamiento.

—Pere y Jon subieron a la cabina del conductor y no pude ver más. Nosotros nos subimos en el contenedor de mercancías y cerramos el portón. No tardamos mucho en llegar, pero el camino se hizo bastante insoportable. No había ventanas y no podía ver nada. Solo entraba algo de aire por unas

aberturas que tenía en los laterales del techo, pero no era suficiente. El ambiente estaba de lo más cargado con el repugnante hedor de la sangre que llevábamos impregnada en las botas y en la ropa, además del fuerte olor a sudor y alcohol de los putos cerdos, que hacían el aire irrespirable.

»El convoy volvió a parar en medio del túnel y la corriente dejó de entrar. Los hombres comenzaron a golpear con los puños en la pared de hierro, todos estábamos agobiados hasta que Pere abrió la puerta, y entonces vociferamos con gran alivio. Jon iba tan puesto que Pere lo tuvo que coger del brazo para ayudarlo a bajar, después encendió una linterna y guio a Jon hacia el interior del túnel. Nos dijo que lo esperaríamos ahí, así que dejamos el portón abierto mientras se marchaban.

»Había dos ratas peleando por comerse un animal muerto, yo creo que era otra rata. Hicimos apuestas sobre cuál de las dos se lo llevaría... —Lynn parece divertirse recordando ese momento. Creo que es la primera vez que siento que he fallado a uno de mis hombres—. Entonces Pere me llamó al móvil y me pidió que fuera hacia su posición al final del *tubo*.

»—Necesito tu ayuda, este tío pesa más de lo que imaginaba —me dijo Pere.

»Cuando llegué, Jon estaba en el suelo con la cabeza separada del cuerpo.

»—Aquí tengo unos plásticos para envolverlo y subirlo a mi coche. Está justo detrás de esta puerta —dijo señalándome una salida de emergencia—. Ayúdame, no quiero mancharme más de la cuenta. Yo tengo que seguir trabajando.

»No me lo podía creer, estaba limpiando un lazo de cable de acero que se recogía en una empuñadura mecánica de metal. Me quedé mirando, sin saber lo que hacía, y le pregunté por el aparato.

»—Es de construcción casera, tío, pero no falla. Lo vi en un película y he podido recrearlo. Mira, recoge el cable de forma lenta o rápida. Le puse dos

velocidades.

»Me mostró cómo se abría el lazo de acero y después cómo se recogía. Entonces envolvimos lo mejor que pudimos el cuerpo de Jon y lo sacamos por la salida de emergencia. Pere salió antes y pegó el coche a la puerta, levantó el capó, que, por cierto, lo llevaba cubierto de un plástico grueso, y metimos a Jon. Él se llevó el coche y yo volví al convoy que me estaba esperando para regresar a Petram y nos unimos a la fiesta.

—¿Volvió a ver a Pere? —interrumpe el juez a Matthew.

—No.

—¿Sabe usted quién se encargó de los otros dos cadáveres?

—Sí, los de Alianza Blanca. Ellos se encargaron de las otras dos víctimas, las que fueron encontradas en el Lac Supérieur. Cuando nos vieron aparecer, los camaradas se pusieron a aplaudir. Ya se habían llevado los cadáveres y habían entrado las *skingirls*. Pararon la música y Gilbert, que se encontraba sobre el improvisado escenario que habían montado con algunas mesas, se acercó al micrófono y pidió silencio. Recitó un bonito discurso sobre la unidad y la supremacía de la raza aria..., algo así como: «Camaradas, quiero agradecer vuestra lealtad a la verdad y vuestra valentía manifiesta en los actos que han tenido lugar esta noche. La noche de la *vengeance*, donde los hombres y mujeres puros realizarán su juramento de honra y devoción a la raza aria. Somos parte de un gran ejército, de la historia y del futuro. ¡Heil Hitler!». Gilbert, mientras bramaba toda esa mierda, no paraba de mirar y gesticular como un loco..., recuerdo que era algo tan exagerado que me sorprendí al verlo de esa forma. Parecía que se le fuera a desencajar la mandíbula. Había más de cien personas. Todos respondían con alaridos al unísono. Algunos levantaban el brazo y mostraban orgullosos el puño americano que llevaban entre sus dedos. El ambiente era repulsivo. Había una mesa llena de todo tipo de drogas a la que, de vez en cuando, nos acercábamos para meternos algún

tiro o pillar algunos éxtasis. Cuando Gilbert acabó de hablar, sacó los dientes de las víctimas y los mostró al grupo. Luego se acercó Bastian Alder, el cabecilla del grupo *skin* alemán Ältere Brüder, ÄLBRÜ, que acababa de llegar, y también mostró los dos dientes de las víctimas que aparecieron en el Lac Supérieur. Después de esto, me marché.

XX

Miércoles, 6 de diciembre de 2017

Al parecer, hay muchas personas interesadas en alejarme de Jon. Él ya no está, pero siento que le debo la última. En tres años, también tuvimos buenos momentos. Cojo del corcho de mi habitación la tarjeta que me dio la viuda de Jon, Maya, que está justo al lado de la nota del Peugeot 508 negro. Cristales tintados. El *collage* sigue con las mismas incógnitas, a excepción de Lynn, a quien no pienso quitar por seguridad. Cojo el móvil y llamo al teléfono de Jon. Ver su número en la pantalla hace que me estremezca. No tengo esperanza de que nadie conteste, pero tal vez... Como supuse, el móvil está apagado. Ahora voy a llamar a Maya, a ver si hay suerte.

—Buenos días. Quería hablar con Maya. Soy Valerie, la compañera de Jon en el metro.

—Sí, soy yo. Dime —dice de forma seca.

—Verás, me gustaría poder reunirme contigo, verte en persona. Tengo algunas preguntas que hacerte...

—Ya hablé con Lynn.

—Sí, lo sé. Pero tengo preguntas que nadie puede contestar y tal vez tú podrías ayudarme. Necesito respuestas para aclarar lo que ocurrió.

—Bien, no sé qué voy a poder aportarte yo, pero, si quieres, podemos

vernos mañana. Me pasaré a verte a la estación, sobre las dos de la tarde. A esa hora es cuando sales, ¿verdad? No tengo mucho tiempo, Valerie, así que tendrás que ser breve.

—Sí, está bien. Una cosa más, ¿podías traer el móvil de Jon? Tal vez haya algo...

—El móvil tiene activado un patrón de seguridad y yo no lo sé. Además, está sin batería.

—Bueno, no te preocupes. Lo puedo cargar y conectarlo al ordenador. Tal vez pueda desbloquearlo.

—Bueno, si crees eso, mañana lo llevaré.

Ahora no me ha parecido tan amable como en el funeral. Parecía molesta conmigo... No sé qué pensar, pero al menos podré ver el móvil de Jon. Sé perfectamente cuál es el patrón de seguridad de Jon, se lo he visto introducir varias veces al día mientras trabajábamos.

Me cambio lo más rápido posible. Todavía quedan diez minutos para que den las dos cuando Jean entra al cuarto.

—Val, preguntan por ti.

Salgo y veo a Maya. Miro alrededor y no veo a Pere en el vestíbulo, tan solo está Pit, el taquillero. Lo saludo con la mano y me acerco hasta Maya.

—Buenos días. Muchas gracias por venir, imagino el esfuerzo que esto debe suponer para ti.

—Nunca me a gustado viajar en metro, solía cogerlo cuando quedaba con Jon. La verdad es que, desde que él ya no está, no he vuelto a entrar. Me ha costado mucho llegar hasta aquí.

—Entonces vayamos a la cafetería de fuera a tomar un té, a ver si nos calentamos un poco. Hace un frío espantoso.

Salimos a la calle y caminamos hacia la cafetería de la acera de enfrente. Por suerte, no me he cruzado con Pere, Maya podría sentirse incómoda y probablemente se marcharía sin entregarme nada. Cuando se entere de esto, espero no estar a su lado. Hace días que ya no lo veo como un compañero, no percibo su lado humano. Lo siento como una sombra que alcanza a cada rincón, alguien que quiere restablecer el orden de algo que tal vez Jon supiera. Ahora necesito que Maya coja confianza conmigo para que me dé toda la información que tenga.

Entramos en el local y miro unos segundos en busca de una mesa que tenga una buena posición y nos evite estar expuestas al ventanal que da al exterior. Nos sentamos en una de la izquierda, desde este sitio veo la puerta de entrada. No hay mucha gente y eso me tranquiliza. Maya deja el bolso que cuelga de su brazo sobre sus piernas.

—Lo primero, antes de nada, quiero disculparme contigo por no haber podido atender tus llamadas. Estuve fuera de París y he regresado hace una semana. —Mientras habla, comienza a rebuscar en el bolso hasta que saca un teléfono y me lo entrega—. Aquí tienes el móvil. Esto es lo que querías, ¿no? Ya te digo que no lo he podido encender.

Coger el teléfono de Jon hace que se sobrecoja. Angelo, el camarero, se acerca a nosotras y le pedimos un par de tés.

—¿Esto es todo lo que tienes de Jon?

—Sí, él no tenía ni ordenador, ni cámaras, ni carpetas con documentos..., bueno, que yo sepa. —Siento a Maya algo ida, yo diría que incluso turbada.

—Sí, Jon y la tecnología no se llevaban demasiado bien, pero el móvil lo manejaba realmente bien, sabía una gran cantidad de trucos y configuraciones. Por cierto, ¿al final pudiste hablar con Lynn?

—Sí, vino a verme el día siguiente al entierro. También me preguntó por el teléfono, pero le dije que no lo tenía. No me dio confianza su aspecto. No sé por qué, pero Jon me dijo que, si alguna vez le ocurría algo, con el único que tenía que hablar era con Lynn. Siempre tuve miedo de esas palabras, pero tampoco es que diera mucha credibilidad a lo que decía. ¿Tú sabes por qué me pidió que hiciera eso? Quiero decir, a ti te consideraba una amiga, ¿por qué no tú?

Imagino que a Jon ya le habrían advertido, como lo están haciendo conmigo ahora, de lo importante que es alejarse de ciertos asuntos.

—Bueno, yo estuve dos meses fuera del *tubo* haciendo un curso, así que supongo que hizo amistad con Lynn —miento a Maya mientras la miro a los ojos. Si le dijo eso es porque Jon sabía realmente en qué bando estaba Lynn. Ese sería un buen móvil para matar a Jon y que Lynn pudiera cumplir con la misión para la que Mendes lo ha infiltrado y que, por supuesto, desconozco. Lógicamente, contarían con el apoyo del Ministerio de Defensa para tapan todo esto y pasar página. Todo el mundo miente—. ¿Y qué es lo que quería?

—Bueno, en realidad, él no vino a mí. Fui yo quien pidió verlo.

—¿Y te pudo ayudar? Tal vez yo pueda...

—Val, no quise hablar contigo porque sé lo que Jon sentía por ti.

—Jon y yo nunca tuvimos nada...

—Lo sé. No tienes que justificarte. Si me disculpas... —Maya saca una pastilla de la cartera y se la toma con un trago de té—, es un diazepam. En ese sentido, conocía perfectamente a mi marido. Él se acostaba con cualquier mujer que pasara a su lado, yo nunca me mostré enfadada con él; no quería perderlo —murmura Maya, que parece ignorarme—. Pero lo que de verdad me fastidió —ahora me mira frunciendo el ceño, aunque sigue con voz átona— fue el día en que discutimos y me confesó que estaba enamorado de ti. Jon nunca se había enamorado de nadie. Ni siquiera sabía lo que eso significaba.

Pero tú, tú eras diferente para él. Sentía algo fuerte por ti. Si tú hubieses querido, me habría dejado sin pensarlo.

—Bueno, yo nunca sentí nada por él en ese sentido. Pero sí fue un buen amigo. Todos sabíamos de su problema y lo que eso implicaba para el grupo, pero también se portó bien con nosotros.

—Me alegra oír eso, porque estoy harta de que todo el mundo me diga que mi marido era un puto yonqui. —Sus lágrimas comienzan a caer por su cara—. Yo creo que la gente que piensa eso es porque nunca han llegado a conocerlo.

—Jon solo se mostró a aquellos que él quiso. Siempre decía que los amigos de verdad tenían que ser pocos y de calidad.

—Sí, eso era lo que él decía. Bueno, quédate el móvil. A ver si puedes sacar algo. El pin de la tarjeta es cuatro ceros, luego tiene el patrón de seguridad, que no tengo ni idea de cuál puede ser.

—Maya, ¿qué le dijiste a Lynn?

—Jon me contó que vio a Pere hablar con un jefe del Ministerio de Defensa. En el metro. No recuerdo el nombre, él me lo dijo, pero casi nunca prestaba atención a lo que me decía, y menos cuando iba..., bueno, ya sabes cómo. Me lo contó justo el día antes de su asesinato. Lynn me dijo que se lo diría a la policía para que lo investigaran.

Observo atenta cómo Maya sube al autobús, necesito asegurarme de que se aleja de Châtelet. Después abro la puerta de un taxi que hay en la calzada y me subo. Llevo el móvil de Jon en el bolsillo interior de mi chaqueta. Lo pego con fuerza contra mi pecho. En cuanto vi a Maya en el vestíbulo, la euforia surgió en mí, sentí una extraña sensación, como si Jon en ese momento quisiera

revelarme algo. Reconozco que mi curiosidad está envuelta de temor. Esta vez voy por delante de Lynn, de Pere y de Mendes. Tengo algo que ninguno de ellos ha podido conseguir.

El taxi para y me bajo con ímpetu, pero un incómodo sentimiento me paraliza por un momento cuando me planto frente al edificio. Antes de entrar, lleno de aire mis pulmones. El hombre africano de peluca blanca, labios rojos y un considerable lunar negro en la mejilla me abre la puerta y me saluda.

—Buenas tardes —le digo mientras camino.

Llamo al ascensor y, después de unos minutos, se abren las puertas. Un hombre con traje y corbata negros me saluda y me pregunta a dónde me dirijo.

—A la Rosa Negra, por favor.

—Necesito ver su credencial, señora.

—Precisamente vengo a recogerla. La debe tener el militar de la oficina del sótano.

—Entonces déjeme su DNI y espere aquí.

El escolta se vuelve a meter en el ascensor. Desde fuera no se ve si sube o baja. Espero impaciente que Mendes haya cumplido con lo que me dijo, que me daría acceso a la caja fuerte por si en alguna ocasión me encontraba en peligro. Siempre dice muchas cosas y nunca le cuestiono, pero tampoco resuelve las dudas que le planteo, la excusa de que todo es secreto es perfecta. Esta es la primera vez que necesito su ayuda. Ahora veré si realmente puedo confiar en él.

Después de unos diez minutos, se vuelven a abrir las puertas del ascensor y el escolta me pide que entre. Pulsa directamente el botón que pone *sous-sol* y bajamos. Me lleva hasta la oficina donde hay un militar que custodia las cajas fuertes y se marcha.

—Aquí tiene su DNI, y esta es su tarjeta de acceso. La tiene limitada. La única zona en la que puede entrar sola es en la cámara. Para acceder a la

galería de tiro y al resto del edificio, tendrá que hacerlo acompañada.

Me lleno de alegría al ver que al final cumplió su palabra.

—Bien, quiero entrar ahora a la cámara.

—Perfecto. Déjeme la tarjeta de nuevo. — Teclea un rato en el ordenador y me entrega una llave—. Aquí tiene la llave para entrar.

Paso a la cámara y dejo la mochila sobre la mesa. Busco un enchufe y conecto el portátil. Lo enciendo y espero un rato. Mientras, saco el USB para conectar el móvil de Jon, que tarda en arrancar hasta que el aparato coge algo de carga y lo puedo encender. Ahora me pide el pin de la tarjeta: cuatro ceros. Lo marco, la pantalla se ilumina y después se bloquea. Bien, bien. Las manos me tiemblan cuando voy a meter el patrón de seguridad. Lo introduzco mal y me da error. La pantalla me avisa: «Le quedan tres oportunidades más», solo tres. Vamos, Val..., tranquilízate un poco. Respiro y lo vuelvo a meter. Perfecto, ya lo tengo.

Empiezo por ver lo que hay en la galería de fotos. Hay muchas con la familia. Con su hijo, el que tuvo con su primera mujer, y también hay fotos de Jon con las hijas de Maya, estas ya las había visto. Fotos en el trabajo. Me emociono al verme en algunas de las imágenes con Pere y con él. Nos llevábamos muy bien. Hicimos buen equipo. En la siguiente secuencia de fotos, se ve cómo van entrando mujeres con algunos vigilantes; parecen prostitutas. Se les ve de lo más animados. En otra foto, Jon muestra un par de gramos de coca. Luego, la gente aparece con menos ropa. Irían muy puestos para no enterarse de este reportaje. Las miro una y otra vez.

Veo las que hizo el último fin de semana que trabajamos. Son del sábado. Pone que son de las tres de la madrugada. A esas horas yo ya estaría en casa durmiendo, pero a Jon se le ve en uno de los cuartos. Es una habitación enorme. Debe ser la de la nueva estación. Dicen que es la más grande de toda la red de metro.

La última foto es del día de su asesinato, está algo borrosa. Hay una persona con el brazo estirado intentando cubrirse la cara y detrás hay un coche negro. No esperaba menos de ti, Jon... Juraría que es un Peugeot 508 de color negro. Llegaste lejos, aunque no soy capaz de identificar a esa persona. Desde luego que no es Cassandra.

Vuelvo a mirar esa última foto. Parece un hombre de formas redondeadas y alto. Lleva camisa y pantalón de vestir color beis. No recuerdo a ningún vigilante así, debe de ser el hombre que trabaja para el Ministerio. Están en la calle, en una salida de metro; tampoco la reconozco. Sigo mirando durante un buen rato, pensando en quién podrá ser. Joder..., no consigo que la imagen se haga nítida en mi cabeza.

Sigo revisando los documentos y sus cuentas de *e-mail*, que, por suerte, no requieren tener la contraseña. Reviso la bandeja de salida y abro el último *e-mail* que envió, precisamente a Pere: «Sé quién es tu hombre y sé lo que estáis haciendo».

Abro el archivo adjunto y aparece una foto de varios vigilantes, uno de ellos lleva una bolsa negra de deporte. No entiendo lo que la imagen representa, pero está claro que Pere sabe de lo que Jon habla. Lo mejor será que le envíe a Mendes las fotos y este *e-mail*, a ver qué puede decirme él.

Subo corriendo las escaleras del portal hasta mi apartamento. Cuando llego al rellano del segundo piso, veo que la puerta de entrada a mi casa está abierta. Desde el umbral intento escuchar algún ruido, alguna respiración. Tengo la impresión de tener unos ojos en mi espalda y me vuelvo con ímpetu. Nada, no escucho nada, así que entro despacio. La casa está totalmente

destrozada. La televisión está en mitad del pasillo. Corro hasta el salón, el sofá está rajado y el mueble está roto en mil pedazos. Me llevo las manos a la cabeza sin saber qué hacer. En la cocina, el microondas está tirado en el suelo, y mi habitación está totalmente caótica, con la ropa fuera de los armarios, los cajones volcados y el tablero de corcho ha desaparecido... No puede ser que ya estén buscando el teléfono de Jon, nadie sabe que Maya me lo entregó. Si no es el móvil, ¿qué es lo que buscan? Yo no tengo nada, ningún tipo de información. El único que sabe algo es Mendes, a él le envié la foto. El sudor corre por mi frente. Trémula, cierro la puerta y reviso el resto de la casa. Por suerte, el portátil lo llevo encima.

Ya han pasado un par de horas, en las que no he parado de intentar ordenar algo este desastre, cuando entra un mensaje en mi móvil. Lo miro pensando en que será Mendes, pero veo que es Pere: «Val, necesito que entres hoy en el turno de noche con el grupo MAX. Me ha fallado uno».

No puedo olvidar que él sigue siendo mi jefe. No puedo negarme, debo mostrar toda la normalidad posible. Le respondo: «¿Con quién saldré?», y contesta: «Tim».

Bueno, con Tim me llevo bastante bien. A Pere lo veré tan solo un rato o nada, él es el inspector y suele estar fuera de la ruta. Le vuelvo a contestar: «Ok. Estaré en Châtelet a las 22:00».

Al menos no tendré que pasar la noche aquí. Miro con tristeza la pila de objetos rotos que he acumulado en un rincón del salón. Podrían volver los locos que hicieron esto. Gracias a Dios que no me encontraron aquí.

El monótono traqueteo del tren hoy me parece diferente. El chirrido de las

ruedas contra los raíles hoy es más agudo. Siento cómo penetra por mis oídos hasta estallar en mi cerebro, me cuesta soportarlo. Las bajadas de intensidad de la luz oscurecen todavía más el vagón. Me sujeto con fuerza a la barra después de un brusco vaivén al entrar en una curva. A mi derecha, una mujer lee uno de esos periódicos gratuitos que dan a primera hora en la boca del metro, y a mi izquierda, un hombre con la tez de color marrón consulta el móvil. Enfrente de mí está Pere, que no ha dejado de mirarme desde que salimos de Châtelet, hace ya diez estaciones. Teníamos que haber bajado en Port Royal, pero, cuando se lo recordé, lo negó con la cabeza. No se esforzó en soltar ni un monosílabo.

Cuando llegué a Châtelet y entré en el cuarto, solo estaba él, Pere. Le pregunté por Tim y me contestó con evasivas que no había podido venir. Estaba rezongando, aunque noté cierta amabilidad al hablarme. Me ha extrañado que salga de ruta conmigo, él nunca sale de ruta. Cuando le pregunté, me dijo: «Ya sabes que no puedes contar con nadie». Tal vez esa pequeña amabilidad sea una señal de querer arreglar las cosas.

Acabamos de llegar a Mairie d'Issy. Estamos fuera de ruta. Es la estación que comunica con Petram, donde los chicos hacen sus fiestas. Sus malos hábitos les preceden, al igual que el mal clima que generan.

—¿Por qué hemos parado aquí, Pere?

No me contesta, así que intento ver si localizo a Lope, que es el vigilante fijo del turno de noche. Tendrá unos cuarenta y seis años, pero aparenta sesenta. Es alcohólico, eso es algo que sabemos todos, y suele pasar la noche encerrado en el cuarto, abrazado a su botella. Me recuerda a Dimitri, el borracho que tenemos en Châtelet, también en el turno de noche. El que permitió que alguien hiciera las pintadas en el andén la noche en que Jon murió.

—Llamaré a Lope para decirle que estamos por aquí.

—¡No! —me grita Pere—. Ven conmigo, vamos a entrar en Petram.

—¿Cómo vamos a entrar ahí? No podemos entrar, el acceso está vigilado y nadie debe entrar. Lo que hagáis vosotros en vuestras fiestas no va conmigo.

—Val, vamos a entrar, tú y yo. Hoy no se trata de ninguna fiesta. Simplemente tengo que ver a alguien. Puedes estar tranquila, Val, yo soy tu jefe y vienes conmigo. No tienes de qué preocuparte. Además, mira las cámaras, están giradas, y dentro hay dos amigos que vigilan el acceso.

Echo un vistazo a mi alrededor. Por más que miro, no encuentro ninguna puerta que comunique con el acceso a Petram. Todo el mundo habla de lo grande que es, de su estilo moderno, incomparable con cualquier otra, con perspectivas a ser la mejor estación de metro del mundo. Aun así, nunca he sentido la curiosidad de estar allí. Debe ser porque, sin quererlo, he sabido de las fiestas se forman ahí. Antes de irme al EMEX, Pere me contó una vez que la pensaban inaugurar justo antes de las elecciones, ya no queda nada, un par de meses como mucho.

En ese momento, mi móvil coge cobertura y suenan algunos tonos de entradas de mensajes. Lo desbloqueo para leerlos y veo que el reloj ya marca las dos menos cuarto de la madrugada. No me había percatado de lo rápido que ha pasado el tiempo, casi cuatro horas de ruta desde que empezamos para acabar aquí. Uno de los mensajes es de Mendes. Como siempre, me dice lo mucho que me echa de menos y las ganas que tiene de verme, pero no me ha dicho nada de la foto que le envié. Cuando levanto la cabeza, veo que Pere me está mirando. Me hace un gesto con la cabeza para que me acerque a él. Yo camino mientras leo los mensajes, después me será imposible. Lo sigo hasta que llegamos a la pared de paneles metálicos. Saca una llave y la introduce en una cerradura camuflada en el panel cubierto por una de las instantáneas de la fotógrafa Leila Alaoui. Abre y entramos, después me retira hacia un lado para poder cerrar. Yo permanezco inmóvil y bastante tensa. Unos focos de obra

alumbran el estrecho pavimento sobre el que nos encontramos.

—¿No tenía que venir tu amigo?

No me contesta. Esperamos algunos minutos, no muchos hasta que se acerca un convoy, solo es una cabecera, no lleva más vagones. Se detiene a nuestro lado y el conductor, de unos cuarenta y tantos, abre la puerta y subimos a su lado. Lleva la cabeza rapada y saluda a Pere con confianza. Parece un hombre amable y eso me calma un poco.

—¿Y esta muñeca...? ¿Cómo te llamas, preciosa?

—Soy Valerie, ¿y tú?

—Puedes llamarme Pope. ¿Has estado alguna vez en Petram?

—No.

—Pues escúchame, Valerie, disfruta de este momento, eres una privilegiada al poder entrar en esta estación, es la más bonita del mundo. Fíjate en el final del túnel.

La amabilidad de Pope y ver a Pere tan callado hacen que mi sensación de inseguridad me alerte del fuerte sentimiento que tengo de que algo malo va a pasar. Me quedo mirando cómo se va iluminando el túnel gracias al foco de la locomotora con la esperanza de que todo esto no tenga nada que ver con mi insistencia en el caso de Jon. El tren empieza a aminorar la marcha y veo un cascada de agua que cae tapando la salida del túnel, después se abre como si fuera una cortina cuando la atravesamos. Al pasar al otro lado, aparece la famosa estación de esquí de Les Deux Alpes. Me quedo sin palabras al verla. Una pared de piedra natural imitando a una montaña separa las dos vías. El andén es una recreación de una plaza de un pueblo de montaña. Hay una cafetería y algunas tiendas de recuerdos típicos de París y de moda. Sus fachadas están empotradas sobre la piedra que imita a la montaña. Los tejados de los locales sobresalen de la fachada, las puertas y ventanas son de pequeños cristales cuadrados con el marco en blanco y adornados de macetas

de flores de colores vivos. Pope para la locomotora y nos bajamos. No hay nadie más, solo estamos nosotros, y el convoy comienza la marcha atrás y desaparece por el mismo túnel por el que entró. El aire es húmedo, siento frío y pone la piel de gallina. Huele a polvo y cemento. Justo en la mitad del andén, bueno, de lo que es la plaza, hay una fuente con una especie de pirámide de cristal por la que resbala agua. En el medio de la figura, una esfera de hierro tallada con algunos nombres de ciudades va girando lentamente. Me sobrecoge ver cómo una estación de metro puede recrear a la perfección un pequeño pueblo de los Alpes. La vista se pierde siguiendo las escaleras de cristal que suben hacia el exterior y, cuando miro hacia arriba, veo una gigantesca cúpula.

—Esta cúpula ilumina el parque... —me dice Pere.

Me quedo embelesada ante la majestuosa estación. Me giro y veo entre sombras la figura de árboles y columpios infantiles de los que no me había percatado. A pesar de mi fascinación, no dejo de buscar una salida por si las cosas se tuercen. La vía se convierte en mi mejor opción, ya que no conozco este lugar.

—¿Ves las pantallas que hay justo ahí detrás? Ahora están apagadas, pero son las puertas de los ascensores. De vez en cuando, hacen pruebas de iluminación y la fuente de la plaza cambia de color; verlo todo funcionando me emociona. Esta es mi casa, conozco cada rincón de las líneas que cubrimos y algunas más. De pronto, Pere emite un agudo silbido, una especie de reclamo que hace aparecer a algunos vigilantes. Dos bajan por las escaleras y otro sale de detrás de las tiendas.

—Vamos al cuarto, alguien quiere verte.

—No, yo no voy a ningún sitio.

Pere me sujeta con fuerza el brazo y me arrastra hacia dentro. Uno de los vigilantes se agarra la entrepierna cuando paso por su lado y me tira un beso.

—Vamos, ya te he dicho que alguien quiere verte. Camina, no dudaré en hacerlo —dice mostrándome el arma del treinta y ocho especial.

—¿Quién quiere verme?

Pere no habla. Por un momento se me pasa por la cabeza la imagen de Lynn y de Mendes, pero ellos pueden tenerme a solas en cualquier momento. No haría falta todo esto. En este instante desaparecen de mi cabeza todas las dudas que tenía sobre ellos.

—¿Sabes, Val? —Pere sigue hablando mientras me conduce al cuarto—, desde que estamos en alerta cada vez nos cuesta más avanzar en nuestros proyectos. La poli no para de bajar a husmear. Menos mal que muchos de ellos están con nosotros. Verás... —Pere se sube la manga de la camisa para enseñar el brazo donde lleva tatuada la frase «Odio al traidor». —Esta frase me la tatuó mi padre cuando tenía nueve años. Mi padre, el fundador de los Alianza Blanca, a base de palizas nos hizo ver quiénes son los que mandan. Está claro, manda el que respeta. Por suerte, el cabrón sabía dónde debía pegar para no matarnos ni a mí ni a mi hermano. Después nos tatuó esta frase y nos preparó para que nunca más olvidáramos en qué lado debíamos estar y que solo un verdadero *skinhead* es el único que decide si alguien vive o muere. Mi padre nos abrió los ojos. Yo intenté hacerlo contigo. Intenté avisarte, Val, pero eres demasiado testaruda y ahora no puedo ayudarte.

Pere me habla en una especie de susurro lleno de rabia.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tú estás informando a tu agente de nuestros movimientos... Vinieron a por Lynn, lo teníamos todo atado. Él nos suministraba material hasta que tu querido Mendes metió sus narices. Nos han estado interrogando a todos nosotros por la noche de los asesinatos de Châtelet y nos han preguntado por las fiestas que organizamos aquí dentro. Todo esa información viene de tu mano, zorra...

—Estás equivocado, Pere. Yo no hablo de nada del *tubo* con Mendes.

—Eso no es lo que me han dicho. Vamos.

Pere me empuja con rabia y odio. Nunca lo había visto así y tampoco podía pensar que yo fuera un objetivo para él. Me dirige hacia una puerta que hay en el pasillo y que lleva hacia las escaleras mecánicas, abre y me mete en el interior. Un apestoso olor a cerveza y sudor hace que gire la cabeza hacia mi hombro. Dentro hay tres hombres con las cabezas rapadas. Sonríen al verme y les escucho decir: «Joder, menudo regalito. Sí que está buena la zorra...». Mi cabeza deja de escuchar y comienzo a observar las posibilidades de escapar. En la habitación solo hay mesas improvisadas con lo que parecen los restos del material de la obra: tableros de conglomerado sobre borriquetas. Sobre ellas, un buen montón de bolsas de deporte negras, que parecen pesadas. Al fondo hay otra puerta, está abierta y parece otra habitación. No conozco el lugar, empiezo a bloquearme. No puedo andar y me quedo paralizada hasta que lo veo abrirse camino entre los salvajes que tengo delante. Mis ojos se iluminan y sonrío acogiéndome a la única esperanza de sobrevivir. Es Bricout. Él me recibe con una sonrisa y se acerca hacia mí sin decir nada, pero, cuando lo tengo delante, su sonrisa empieza a desvanecerse, entonces es cuando lo reconozco en la foto borrosa que tenía Jon en el móvil. Me acaricia la cara.

—Sí que eres bonita, Val. Mendes siempre ha sabido elegir muy bien. ¿Sabes que la mujer de Mendes también es preciosa? Es morena, con rasgos tailandeses. ¿La recuerdas? La conociste en el EMEX. Siempre me la he querido follar, pero no he podido. La zorra se ha liado con el jefe, con Paul, y ahora es todavía más intocable. Entre los dos, tienen bien cogido por los huevos a Mendes. Pero tú, tú no eres nadie...

Cierro los ojos y trago saliva. Su acento pueblerino que le escuché por primera vez en el EMEX y que le hacía parecer un hombre humilde y bondadoso ahora me parece vomitivo. Abro los ojos y lo miro con desprecio.

—Te creía más inteligente, Val. Joder, todavía no te has enterado. Eres puro entretenimiento para Mendes. Si lo hubieras rechazado, ahora estaría viéndose con otra de las alumnas. Te piensas que eres especial, pero te diré una cosa, tu hombre está con algunos colegas en una casa de intercambio de parejas, la llamamos el Spa. Me invitaron a ir con ellos, pero he preferido tenerte a ti esta noche... Debes sentirte privilegiada.

Bricout se ríe a carcajadas y el resto lo acompaña.

—A pesar de lo bonita que eres, tengo órdenes de liquidarte.

—¿Órdenes? ¿De quién?

—Es verdad, si las órdenes aquí las doy yo. —Vuelven a reír de forma desmesurada.

—Jon destapó todo lo que os traéis entre manos, ¿verdad?

—Digamos que se acercó bastante, no era tan inteligente como para estar a nuestra altura y mira cómo terminó. Ahora que todos sabemos que te has ido de la lengua con Mendes, hemos decidido que queremos tu cabeza. No paras de molestar. Le has contado demasiado, no me preguntes cómo lo sé. Contigo no podemos trabajar. Mendes confía en mí como si fuera su hermano y me lo ha dicho, por supuesto que todo lo que él me cuenta es secreto profesional, pero tengo que solucionar el problema en el que te has convertido. Hoy vas a morir aquí, en el *tubo*, y después estos salvajes te arrojarán al río, desnuda, como una auténtica puta, que es lo que eres.

Bricout suelta un golpe seco con la mano y me impacta en la cara. Caigo al suelo y siento la sangre en mi boca y mi labio rajado. La adrenalina invade mi ser y mi rabia pide justicia.

—Llevala al vestuario.

Pere me escupe y se marcha mientras dos hombres me levantan del suelo. En ese momento les suelto una patada y un par de puñetazos. Les oigo quejarse y veo cómo le sangra la nariz a uno y el otro cae inconsciente al suelo. No les

pierdo de vista y sigo soltando golpes según se van acercando a mí. Veo sus caras sangrando y sigo..., no puedo parar..., hasta que mi cuerpo de pronto se paraliza y cae fulminado. Siento una fuerte descarga que me atraviesa. Dura poco, pero es una sensación intensa y desagradable. Cuando puedo incorporarme, veo a uno de los vigilantes, con la cara llena de signos de viruela, recoger el cable del taser.

—¡Vamos! ¡Sujetadla! Está bien entrenada la zorra. Todavía acaba con vosotros. Metedla en el vestuario —grita Bricout desde la puerta.

Siento el peso de varios hombres que se abalanzan sobre mí. Caigo bocabajo y me aplastan contra el suelo. Noto un fuerte dolor en mi pecho. Alguien me clava un objeto punzante en las costillas: puedo imaginar que es un kubotán. Empiezo a marearme, me falta el aire. Intento mover los brazos para colocarlos debajo de mí y hacer algo de hueco para mis pulmones, pero es imposible. Un tremendo dolor agudo que viene de mi mano derecha recorre mi cuerpo. No puedo respirar y empiezo a ver pequeños destellos de luz en la oscuridad de mi mente. No puedo moverme, pero escucho.

—Pedazo de animales... Quiero follármela antes de que la matéis. Menudos trastornados —dice Bricout.

El peso que soporto empieza a aligerarse, pero sigo sin poder moverme. Un cosquilleo fugaz entra en mi estómago, abro los ojos y veo el techo más cerca de mí. Con movimientos desacompañados, me trasladan al otro cuarto. Ya puedes asegurarte de que no vuelva a respirar, Bricout. Mi rabia crece a medida que el oxígeno entra en mis pulmones y me permite recuperarme. Me engrilletan por las muñecas y los tobillos a unas argollas que hay en la pared y que, en un *flash*, me hacen recordar El Torreón.

—Valerie, Valerie... Eres una zorra testaruda. Debiste dejarlo estar cuando te advirtieron. Mírate ahora. Mira cómo estás... Yo solo veo un bonito cadáver —me dice Bricout. Después ordena que lo dejen a solas conmigo y cierra la

puerta.

La débil luz amarilla del vestuario viene de un pequeño foco de obra. Mi ojo derecho debe de estar hinchado, porque no veo bien, pero levanto un poco la cabeza y me sorprendo cuando me doy cuenta de que estoy desnuda de cintura para abajo y mi camisa está abierta, con los botones saltados.

—Ese cabrón de Jon no paró hasta que descubrió que yo dirijo mi ejército. El enfermo quería formar parte de él y, por supuesto, que le pagara por mantener el secreto. Chantajearme a mí...

—¿Quería ser un *skinhead*?

—Sí, pero no podía aceptarlo. En cualquier momento nos delataría sin pensarlo. Tenía la lengua muy ligera. Ya lo sabes. No le dimos tiempo para presionarnos.

—¿Mendes sabe lo que haces?

—Por supuesto que no.

Cierro los ojos y trago saliva, que sabe a sangre.

—Ese mensaje que hoy le has enviado con fotos mías, el corcho donde tenías todas las pistas, mi coche..., ¿cuándo lo viste? —Me quedo callada—. No deberías haber llegado tan lejos. Reconozco que se te ha dado bien, pero, si no te paro ahora, destaparás lo que será la salvación de París, que eso es lo que todos queremos.

—Tu ejército caerá tarde o temprano. Mendes ya habrá visto esas fotos. Pronto te relacionarán con toda esta mierda.

Me cuesta hablar y lo hago con un hilo de voz lleno de odio mientras Bricout sonrío, se acerca hasta mi cara y me susurra.

—Tenemos intervenido el móvil de Mendes. Él no tiene nada.

Según va hablando, se va desabrochando el cinturón. Lo miro con más detenimiento. Lleva el pelo engominado hacia atrás, con la raya a un lado. Un fino bigote que nunca antes le había visto. Pantalones de vestir color beis,

camisa azul claro con corbata oscura y zapatos de piel con cordones. Rondará los sesenta años y ahora me parece un auténtico cerdo. Se queda desnudo. Su carne, flácida, descolgada y rojiza, me recuerda a un cerdo de granja. Saca una pistola y me encañona al tiempo que se arrodilla y se acerca a mí. Le intento dar una patada y un puñetazo, pero las cadenas frenan mi odio y grito. Mis lágrimas no paran de caer, mis intentos y súplicas por pararlo han sido inútiles.

—Yo buscaba más intimidad entre nosotros, pero veo que no eres una chica lista.

Se tumba sobre mí y siento cómo apoya su fría piel sobre mi vientre mientras le vuelvo a suplicar que no lo haga. Entra con fuerza y siento un dolor desgarrador. No puedo gritar más y aguanto las acometidas elevando mi torso y soportando su peso hasta que para y separa su sudoroso cuerpo de mí. Tiene el pelo del pecho pegado a la piel. Ahora camina hacia una esquina y orina en la pared. Me da una arcada y me dejo caer hacia atrás.

—Ahora voy yo... —pide uno de los rapados que irrumpe en la habitación.

—No he terminado —contesta Bricout sacando un puro de su chaqueta.

XXI

Miércoles, 6 de diciembre de 2017

Dilan no para de moverse sobre mis rodillas. Está jugando a lucha con dos de sus muñecos favoritos. Me acomodo un poco más sobre el sofá y enciendo la televisión. A ver si así puedo desconectar un poco de la tensión que tengo encima. Bebo un sorbo de Coca-Cola y dejo el vaso sobre la mesa del centro. Tomo el mando a distancia y empiezo a pasar de un canal a otro sin entretenerme mucho, hasta que llego al canal de noticias. En la pantalla aparece la imagen de unos contenedores ardiendo en una de las muchas revueltas que llevamos sufriendo desde el día de los famosos asesinatos. Me siento tentado a cambiar de canal para que el niño no vea la barbarie, pero está tan entretenido que ni se da cuenta. En el muro del bulevar que hay al lado de los contenedores, unos cuantos *skinheads* cubiertos con pasamontañas hacen unas pintadas.

—Mira, papá. Mi superhéroe va a quemar este mando —dice Dilan, cada vez más emocionado con sus muñecos.

—Dilan, cariño..., eso que estás haciendo, ¿te parece que está bien?

Se le cae uno de los muñecos al suelo, gira la cabeza hacia mí y me pide con su mano que se lo acerque.

—Papá —me mira con su ingenua sonrisa—, yo nunca dejaré que nadie, en

el mundo entero, te haga daño. De mayor llevaré una pistola como la tuya para cuidar de mamá y de ti.

Le sonrío con cierto pesar y escucho sonar el móvil asignado a Judas: es Lynn. Acaricio mi cabeza afeitada, cierro los ojos y me estiro hacia atrás. Después beso a Dilan sobre la suave piel de su cara y lo dejo sobre el otro asiento. Cada día pesa más. Me marcho al despacho, cierro la puerta con llave y contesto la llamada:

—Judas, tío. Queremos darte la fecha del curso que tenemos pendiente. Hemos decidido que sea mañana, el 8 diciembre. Tenemos nuestros motivos y, como dijiste que te podíamos avisar de un día para otro...

—Bien, ¿ya has conseguido poner de acuerdo a tus nenas? Me alegro, ya era hora. Me he tenido que afeitar la cabeza unas cuantas veces mientras esperaba tu llamada. Diles que la formación empezará mañana en La Boisse. Os esperaré allí con mis hombres a las doce del mediodía, en la estación de autobuses, y diles que lleven tiendas de campaña. Los que superen el curso, regresarán el domingo a casa. —Me río despiadadamente.

—Vale, tío. Allí estaremos, preparados para la fiesta —me responde Lynn con cierta jocosidad. Sé que no está solo, lleva a la escoria pegada a su espalda.

Son las doce y media y todavía no he conseguido dormirme, además, Cassandra no para de dar vueltas sobre el colchón. No puedo dejar de pensar cuando escucho la vibración del teléfono. Esta vez llaman a mi número personal. La luz de la pantalla me ciega y no consigo ver quién es. De igual modo, contesto mientras me levanto de la cama y salgo de la habitación,

intuyendo el camino:

—Sí... —digo con un bostezo.

—Siento llamarte a esta hora...

—No te preocupes, Lynn, dime.

—¿Has recibido el mensaje que te envié con Marc?

—Sí, me lo entregó esta mañana. Ya he revisado las fichas policiales de todos...

—Hay uno más, se apuntó hoy a última hora. No he podido decírtelo antes. Es el cabecilla que estuvo en Berlín, Bastian Alder. ¿Lo has anotado? Él se encargó de las otras dos víctimas del Boulogne.

—Sí, conozco bastante bien a ese engendro. Marc y yo estuvimos detrás de él en Bogotá.

—Estoy harto de estos hijos de puta. Necesito salir, Mendes. Pienso que sospechan de mí y se está convirtiendo en una obsesión. Me han elegido para que organice una cacería la semana que viene, y tengo que dar una propuesta.

—Tranquilo, mañana terminará todo. No tendrás que hacer nada. Tendré un señuelo preparado por si las cosas se retrasan.

—Sí, eso bastará. Estoy al límite.

—Aguanta, tío. Ya sabes que no me está siendo fácil sacarte de ahí.

—Sí, lo sé, lo sé... —Lynn habla de forma lenta y con resignación—. Bueno, voy a bajar al *tubo*, han llevado a algunas chicas a la estación y Bastian quiere probarlas. Mañana contactamos y vemos este asunto.

«Señor De Bruyn. Este tribunal ha escuchado su declaración de la noche de los asesinatos en el Boulogne. Este ha sido un paso previo para valorar su actuación y considerar la posibilidad de ir al tribunal militar. Después de deliberar sobre su declaración, hemos tomado una decisión. La sentencia pide al Departamento de Defensa del Gobierno que acabe con el grupo White Power que estuvo implicado la noche de los hechos. Deben erradicar esta

organización. El comandante Paul Cooper, director del Departamento de Crimen Organizado, deberá establecer el *modus operandi* de esta misión. Estas acciones deberán ejecutarse en el plazo máximo de una semana. Después de esto, el señor De Bruyn permanecerá fuera de servicio hasta que quede completamente rehabilitado y en condiciones óptimas para volver a ocupar su puesto».

Recuerdo la sentencia del tribunal y cojo aire, voy al despacho y llamo a la central en Lyon para solicitar el informe de Bastian Alder. Mientras espero, escribo a Val. Hoy tiene turno de noche. «¿Cómo lo llevas?». No contesta y espero hasta que reviso el *e-mail* y veo que ya me han enviado el informe, así que lo abro y lo leo.

Bastian Alder... No estabas en el plan y al final también vas a caer, eso es por cuenta mía. Voy a terminar lo que no pude en Bogotá. Qué ganas tengo de poder rodear tu cuello con mi brazo. Te aseguro que no volverás a ninguna prisión.

Tan solo me quedan cinco horas para poder descansar un poco, pero, antes de volver a la cama, envío un mensaje a mis hombres y los convoco a una reunión para preparar la misión que llevaremos a cabo en La Boisse. No espero ni cinco minutos para recibir la confirmación de todos ellos y vuelvo a la cama. Cassandra está despierta, enviando mensajes por el móvil, y Dilan ha ocupado mi sitio. Sin decir nada, me voy a la habitación de invitados.

XXII

Jueves, 7 de diciembre de 2017

El olor a humo y el sabor a sangre me hacen dar una arcada. Permanezco impasible, sin moverme, esperando a que llegue el siguiente. No puedo dejar de mirarlos a la cara. Bricout se ha marchado después de la segunda vez. Ahora veo a los tres *skins* que esperan en la puerta. Entra el siguiente, es el vigilante con la cara picada, el que me pegó la descarga con el taser. Lleva el pene fuera del pantalón. Veo cómo babea y sonrío con ansiedad. Mi repugnancia es máxima, resoplo al acercarse más y giro la cabeza para ocultar mis lágrimas cuando escucho unas voces, gritos que vienen desde fuera de la habitación: «¡Que me dejes pasar, coño!». Miro a la puerta y aparece Lynn.

—Esta es mía. Yo me encargaré de ella.

—Y una puta mierda, tío. Es mi turno y me la voy a follar. Nos han dicho que nos la tiráramos todos y luego...

—Tócala y te mato ahora mismo. ¡Vamos! —Lynn ha sacado una pistola y le apunta a la cabeza. Cuánto deseo ver cómo muere este cabrón, pero el cobarde levanta las manos y da unos pasos hacia atrás.

—Vale, joder... Toda tuya, que la disfrutes, mamón... —Sale de la habitación y Lynn se acerca a la puerta, pero, cuando la va a cerrar, alguien pone el pie.

—Eh, tío, ¿qué coño pasa? —dice el enano que me violó después de Bricout.

—A esta me la voy a tirar yo... Es para mí.

—Lynn, Lynn, amigo. No es que no me fie de ti, pero esta zorrita es tu compañera..., a ver si te vas a enamorar. Sabes que es una traidora, que nos ha vendido. Bricout nos lo contó...

—¿Quién es Bricout?

—Ah, sí. No lo conoces todavía. Te lo presentaré cuando vengamos del curso. Se ha ido hace media hora. Fue el primero en abrir la velada. — Escucho al cerdo reírse y Lynn lo acompaña mientras se apoya en su hombro, como dos colegas. Me dan asco.

—Qué cabrón el Bricout ese... Cómo se lo sabe hacer.

—Bueno... —dice el enano—, estuvo aquí metido un buen rato, con la puerta cerrada.

—Tranquilo, tío, yo le daré lo suyo, no te preocupes. ¡Odio al traidor! — grita Lynn.

—Sí, ¡muerte al traidor! —le responde el otro patán con orgullo. Son todos repulsivos. Me muevo un poco para intentar taparme un poco con la camisa, que cuelga a los lados de mi cuerpo.

—Vamos, Lynn, tíratela de una vez..., coño. O mejor, cédesela a nuestro invitado, Bastian, seguro que le gustan esos ojazos verdes. A mí tampoco me importaría repetir, la cabrona está buena. Solo he podido echarle uno, estos perros no paran de meter prisa.

—Pues hoy no la van a tocar. Dale a Bastian una de nuestras chicas... Por cierto, he hablado con Judas, tenemos que estar en La Boisse mañana a las doce del mediodía. Id preparando el grupo y comprad los billetes de autobús, las tiendas y todo el material, que esté todo organizado para cuando tengamos que salir. Yo me reuniré con vosotros en una hora y trazaremos un plan de

huida por si la cosa se pone fea. Dejaremos un equipo de rescate en la zona para que vengan a buscarnos si fuera necesario.

—Ok... Quiero verlo, Lynn.

—¿Qué es lo que quieres ver, Gilbert?

—Quiero ver cómo te la follas.

—¿Ahora dudas de mí? ¿Tengo que recordarte quién mató a esos putos negros? —Cuando escucho hablar a Lynn, cierro los ojos y siento cómo la piel se me eriza—. Creo que ya he demostrado demasiadas cosas como para que vengas a sembrar la duda sobre mí, ¿no te parece?

—Vamos, tío. Esto es diferente. Ella es tu compañera.

—También lo era Jon, y mira dónde está. —Sabía que Lynn sabía lo que le ocurrió a Jon.

—Pues no me fío de que te la vayas a follar. Tengo que verlo —le dice mientras apoya la mano sobre la pistola que lleva en el cinturón—. Vamos, hazlo y te dejaré en paz. No volveré a dudar de ti. Tienes mi palabra de *skin*. Después del curso, te llevaré a Alemania y te presentaré al nuevo *Kopf* de la organización, serás mi mano derecha.

—Lárgate de aquí, Gilbert. —Veo los huesos de la mandíbula de Lynn marcarse con fuerza en su cara—. Esta puta es una traidora, y todos lo sabemos...

—No me iré hasta que hagas lo que tienes que hacer. Las órdenes son que, después, acabemos con ella y la tiremos al Sena, y no sé si serás capaz de hacerlo.

Lynn se gira con brusquedad a la vez que se va bajando la cremallera, sujeta firmemente el miembro en su mano y se deja caer de rodillas enfrente de mí. Me duele su cara de odio. Me mira con desprecio y siento cómo entra en mí con fuerza, sus manos aprietan mis caderas y mis lágrimas vuelven a caer viendo cómo se esfuma una vez más mi única esperanza. Esto es una pesadilla.

Se echa sobre mí y vuelvo a sentir dolor en las muñecas, que llevan rato sangrando. Tengo su oreja al lado de mi boca. Es el único que ha acercado su cabeza a la mía.

—Eres un hijo de puta —le susurro al oído con los dientes apretados. Entonces siento cómo me acaricia en la espalda y yo me echo a llorar desconsolada.

—Aguanta —me pide en un susurro lleno de odio.

Cuando acaba, mira hacia abajo y veo sus ojos sorprendidos ante la cantidad de golpes que tengo encima y de los que, al parecer, no era consciente. Cierra los ojos y se gira hacia Gilbert.

—Yo me encargo de ella. Mañana estará flotando sobre el Sena.

—Joder, tío..., eres un auténtico hijo de puta...

Gilbert se ríe a carcajadas y lo golpea en la espalda. Cuando se va, Lynn cierra la puerta y me quita los grilletes de las muñecas.

—Perdóname, Val, perdóname. Ven, sujétate. Vamos, tienes que vestirte.

—¿Vas a matarme?

—Escucha, te vas a vestir y te sacaré de aquí, ¿vale?

—Alguien tiene que aparecer flotando sobre el Sena. No quiero que mates a nadie más...

—Ssshhh..., calla, Val. No va a morir nadie.

—Joder, Lynn. ¿Conoces a Bricout? Es amigo de Mendes.

—Sí, ya lo creo.

—Él me violó y el tío que ha discutido contigo también. ¿Cómo vamos a salir de aquí? —Mi desesperación me hace abrazar a Lynn con fuerza—. Tienes que ayudarme. Por favor, Lynn, tienes que hacerlo.

—Ya lo hago. Todo va a ir bien. Ahora escucha, controla tus sentimientos —me ordena—. Tienes que hacerlo, porque te voy a llevar fuera y entonces estarás sola. Necesito que estés lo más serena posible. Toma, estas son las

llaves de mi coche. Saldremos por la estación de Mairie d'Issy. Te subiré a un taxi que te llevará hasta mi coche, que está aparcado cerca del bar Sena Lumière. Sal de la ciudad, lo más lejos posible.

—¿Y tú? Si se enteran de esto, te matarán.

—En unos días, mi misión en el grupo habrá terminado y desapareceré. Val, debes irte lejos, donde nadie pueda encontrarte. No me llames al móvil, y a Mendes tampoco. Siempre tenemos los teléfonos intervenidos. Te enviaré un mensaje con otro teléfono con la dirección de un doctor amigo para que te ayude. No me contestes, ¿vale?

Asiento con la cabeza ante lo que cada vez me parece un mejor plan.

—Todo saldrá bien. Cuando pase una temporada, te buscaré para saber de ti.

—Lynn, Bricout es la mano negra.

—Lo sé. No hables, tienes que recuperarte.

—No, espera. Tienes que saberlo. Mi portátil está en la taquilla. Tiene toda la información del móvil de Jon. Hay fotos que relacionan a Bricout con Pere, Jon y las fiestas, con las prostitutas: muchas son menores, se ve muy claro. Envié algunas a Mendes, Bricout dice que no le han llegado. Dile que el móvil de Jon está en El Torreón.

—Vale, tranquila. Buscaré tu ordenador. Pillaremos a Bricout. Será más tarde, pero caerá. Te prometo, Val, que, con o sin pruebas, pagaré por todo esto. Has hecho un buen trabajo, preciosa.

Escucho a Lynn como si estuviera lejos, aunque siento cómo sus brazos me ayudan a vestirme. Abre la puerta y le oigo pedir un convoy para salir de la estación. Los vigilantes protestan con alaridos cuando ven cómo salimos del cuarto. Lynn me coge del brazo y me guía hacia la salida. Salimos a la plaza y ahora la estación me parece un lugar triste y siniestro. Apenas hay luz, la fuente parece un esqueleto de hierro sin vida. Camino temblando, ocultando mi

cara hinchada y mirando hacia el suelo. Mi uniforme está cubierto de sangre y alguien lanza mi chaqueta a Lynn y le pide que me tape. Agradezco ese cálido abrigo en el que me refugio. Cuando miro la figura de Lynn, es como si viera al mismísimo diablo, con sus dientes apretados y su mirada ida.

—Espera, Lynn.

Me quedo paralizada en el maldito andén, parece que el enano nos lo va a complicar todavía más.

—Dime, Gilbert.

—Adam te acompañará.

—Creía que estaba todo claro...

—Eh, tío. Es solo para ayudarte a tirarla al río, nada más.

—Pues vamos. Cuanto antes terminemos, antes podremos organizar lo nuestro.

Mientras el enano habla con Lynn, la cabecera del convoy entra en la estación. El hombre con la cara picada, que ahora sé que se llama Adam, se acerca a mí y me empuja con el cuerpo para que entre en el vagón. De nuevo es Pope. Lynn lo saluda con confianza y le pide que nos lleve a Mairie d'Issy. Subimos por las escaleras mecánicas y miro hacia las cámaras, todas apuntan hacia el techo. No hay grabaciones. Adam habla con Lynn en voz baja y no entiendo lo que dice.

—Val, ve con Adam a los vestuarios de la estación.

—No.

—Vamos, cariño —me dice Adam mientras sonrío—, cuanto antes acabemos, mejor para ti. Lynn vendrá en un rato. Lynn, eres un tío de puta madre, hermano. Te debo una.

Adam me encañona con la pistola bajo su abrigo y me pide silencio. Caminamos al cuarto. Busco a Lope, pero no hay rastro de él, sí de sus botellas y el olor insoportable a orín y alcohol. Adam me muestra el arma y

me pide que me desnude cuando, de pronto, veo un objeto negro volando sobre su cabeza y cae fulminado. Detrás aparece Lynn, que se guarda su defensa de hierro y me pide que salgamos.

Cuando bajamos, Lynn para un taxi y le da la dirección donde se encuentra su coche. No puedo mirarlo a la cara. El vehículo acelera y me alejo de ese infierno.

XXIII

Viernes, 8 de diciembre de 2017

Hay un escarabajo de caparazón brillante que camina con torpeza sobre el asfalto. Diría que le han dado un golpe y está aturdido. Parece un escarabajo rinoceronte, porque tiene un cuerno curvo sobre la cabeza. Una repentina ráfaga de aire hace que me gire y mire hacia las montañas. Hoy se celebra la Fête des Lumières y el pueblo está realmente precioso. Todas las ventanas y establecimientos muestran distintas decoraciones de iluminación que, por la noche, serán todo un espectáculo. Esto le iba a encantar a Dilan. Los turistas ocupan las calles de La Boisse y en especial la estación de autobuses, a donde no para de llegar gente de todas partes. Mis hombres y yo esperamos justo en la parte de atrás de la estación, algo alejados, fuera del alcance de las cámaras de seguridad que graban a los viajeros. Vemos a un grupo de hombres portando a la Virgen que han sacado a hombros de la iglesia, detrás de ellos van los tamborileros, que golpean con fuerza los bombos y tambores. Los curas van adelantados, sujetando los cirios y abriendo paso. El aire trae el olor a cera y me revuelve el estómago.

Después de media hora, vemos bajar de uno de los autocares a Lynn y sus camaradas. El reloj de la estación marca las doce treinta. Llegan con retraso, así que acortaré la pequeña instrucción que les iba a dar hoy. Salen entre

bromas, riéndose y empujándose los unos a los otros mientras se mofan de la gente que pasa por los andenes. Lynn nos ve, avisa al resto y se acercan a nosotros. A Bastian Alder lo conocimos Marc y yo en Berlín. Aunque estuvimos detrás de él en Bogotá, nunca supo de nosotros y eso nos dio facilidades para entrar en contacto con él. No nos gustamos ninguno de los dos y fue uno de los que se interpuso para que yo no impartiera el curso. Por suerte para nosotros, y sobre todo gracias a Lynn, el *Kopf* aceptó nuestra propuesta. Yo instruiría a varios grupos con una formación militar. Eso fue lo que se decidió en Berlín, que los camaradas estuvieran formados, aunque no iban a esperar y seguirían parando los ataques yihadistas con sus propios medios. El ejército debía crecer con vistas al futuro. Bastian camina arrastrando los pies, se para a mi lado y se despereza mientras me mira.

—Buenos días, Judas.

Parece masticar mi nombre con su acento alemán. Doy un paso hacia atrás para evitar su apestoso aliento y me vuelvo al resto para pedirles que suban a los coches. Bastian espera para ver en qué coche me subo y se monta a mi lado, en el asiento del copiloto. Detrás de mí se sientan Lynn y otros dos camaradas. En mi interior, agradezco este gesto de Lynn, a veces cuatro puños vienen mejor que dos. Nada más arrancar, Bastian intenta conectar un USB de música en la radio del coche, pero se lo hago quitar.

—Te diré una cosa, Bastian... Me importa una auténtica mierda quién eres. Estoy aquí porque me habéis pagado una buena cantidad de dinero por este curso, pero en este coche no se escucha bazofia.

—No me gustas, Judas... No me gusta tu cara. Te miro y me dan ganas de pegarte un puñetazo. —Los chicos se ríen admirando el descaro.

—Tranquilo, Bastian, yo solo te enseñaré a luchar, y no a bailar. Luego veremos qué pegada tienes.

Todos se ríen mofándose de Bastian. Las bromas son pesadas y aburren,

pero no paran. Qué ganas tengo de terminar con todo esto. Hoy será el colofón, además de la despedida de Lynn y la mía. Seguimos conduciendo hacia el interior de la montaña hasta llegar a un claro donde nos salimos del camino y paramos los motores. Al bajar del coche, noto que Lynn me introduce una nota en el pantalón. La cojo y me la meto en el bolsillo interior de los calzoncillos. Dos de mis hombres forman alineados a mi lado y los otros dos van montando nuestra tienda. Los camaradas siguen con sus bromas y los hago callar para que me escuchen:

—Muy bien, ya hemos llegado. En este lugar montaremos el campamento donde pasaremos la noche, después comenzaremos el curso de formación militar. En él veremos distintas técnicas de ataque y defensa, además de algunas estrategias para salvar nuestras vidas en momentos críticos. No importarán los recursos que utilicemos, ni cómo saldrán parados nuestros atacantes, lo único que nos va a preocupar es salvar nuestra vida. Estáis aquí como grupo paramilitar, me habéis pedido técnicas de caza humana, golpes letales, desangramiento lento y rápido, desgarres... Ya veo lo que corre por vuestras venas y os daré lo que me pedís.

Todos se ponen a gritar como si hubieran alcanzado algún tipo de triunfo. Miro al cabecilla del grupo alemán Ältere Brüder, Bastian, y después al cabecilla del grupo francés White Power, Gilbert. Veo su cuerpo redondo y recortado. Los observo despacio, sin dejar de sonreír, y continuo hablando:

—Os presentaré a mis ayudantes: este es Paris, Milán, Alabama y Cuba. Y yo, que ya me conocéis, soy Judas. Ellos realizarán las técnicas con vosotros. Lo primero que haremos es montar las tiendas de campaña y dejar preparado el campamento. Tenéis quince minutos y comenzaremos con la acción.

Me doy la vuelta para ir al coche a sacar mi mochila cuando escucho un tipo de grito o quejido procedente de un viejo radiocasete que han dejado sobre el suelo. La música suena a gran volumen, me vuelvo y los veo moverse

pegando saltos dirigidos por los bruscos movimientos de sus cabezas rapadas. Veo a Lynn, que imita a la perfección a los bastardos y empieza a repartir latas de cerveza de la nevera portátil que han sacado. Mientras, todos me miran, se ríen e intentan empatizar conmigo. Me acerco al radiocasete y le doy una patada que lo hace rebotar sobre la espalda del gorgojo charlatán de Gilbert, que grita y se revuelve. Viene hacia mí con la cabeza por delante, los puños cerrados y sus labios apretados y torcidos. El silencio es inmediato. Todos se paralizan y esperan a ver cómo se resuelve esta repentina batalla. Me preparo para soltarle un puñetazo en cuanto se acerque un poco más, pero alguien interviene:

—Eh, vamos. Tranquilo, tío, ha sido un accidente —dice Bastian—. Hemos faltado al respeto al señor Judas. No era nuestra intención —continúa volviéndose hacia mí—, ¿verdad que no? —le pregunta al gordo de Gilbert—. Le pido disculpas en mi nombre y en el de todos los camaradas. Tendremos más consideración con usted la próxima vez.

Me inflo y saco pecho, creo que supero en una cabeza y media al enano. No tiene nada que hacer, pero me inquieta una revuelta, así que estoy pendiente de los movimientos de los demás.

—No tengo ni para empezar contigo —le digo desafiándolo. Ahora veo temor y odio en sus ojos—. No quiero ni un puto ruido ni una puta cerveza. Se hará, en todo momento, lo que yo ordene —le hablo cerca de su cara. No me importaría ni lo más mínimo que hiciera cualquier tipo de amago, porque sería una buena excusa. Después miro al resto—. Lo único que os he pedido es que montéis la puta tienda y eso es lo que quiero que hagáis, ¡ya! En cuanto estéis listos, formad una fila. ¡Vamos! —les grito.

Me meto en la tienda que han montado mis compañeros. Ha faltado poquísimo para que se liara. Debo relajarme algo más. Creo que me estoy excediendo en mi papel y necesito que todo vaya según lo previsto, sin

sorpresas. Voy a la zona común del porche de la tienda, donde hemos instalado un improvisado despacho, y cierro la cremallera. Me siento en la silla y dejo el portátil sobre la mesa. Lo enciendo y espero a que llegue la señal de wifi, que tarda un poco. Mientras, leo la nota que me ha pasado Lynn: me informa de las armas que llevan y del grupo de diez *skins* que hay en el pueblo como apoyo. Contacto con la central para ir dando novedades y que tengan vigilado a este grupo. Cada camarada lleva una pistola de nueve milímetros *parabellum*, como nos adelantó Lynn, tres cajas de munición y varios machetes. Aprovecho para enviar un wasap a Val y pedirle que me reserve la noche del lunes. Todavía no me ha contestado al mensaje que le envié ayer por la noche, sobre las once. La próxima vez que nos veamos, le tendré que dejar claro que no debe preocuparme de esta forma.

Salgo y veo la patética escena de quince hombres jóvenes que no saben cómo desplegar unas lonas. Me desespera esta escoria. Me vuelvo a meter en la tienda y espero diez minutos más. Cuando vuelvo a salir, mi gente ya ha formado filas. Algunas de las tiendas están ladeadas y ninguna de ellas se ha asegurado al suelo.

—¡Vale! —grito con fuerza—. Ahora nos vamos a agrupar de tres en tres y vamos a aprender algunos ataques con puñales. Para alcanzar a nuestra víctima con este arma, tenéis que tener en cuenta que solo la punta es efectiva. Debéis acceder al cuerpo a través de ella. ¿Entendido?

—Sí —se escucha un alarido de animales.

—¡Sí, señor! —les indico.

—¡Sí, señor! —responden con orgullo.

Mis hombres cogen los puñales de plástico para que puedan practicar mientras yo reviso los ataques. Pido a Marc, ahora Milán, que se retire cuando va a comenzar la técnica con Bastian y me pongo yo en su lugar. Lo reto para que me ataque con el puñal y veo cómo duda, lo hostigo con fruición y goce.

Grita y se lanza hacia mí y, sin pensarlo, le rodeo el cuello con mi brazo y lo aprieto, lo aprieto un poco más. Milán mira hacia otro lado, atento a los demás camaradas del grupo. Bastian no puede respirar, está rojo y siento sus palpitaciones golpeando con fuerza en mi antebrazo. Lo suelto y tarda unos segundos en recuperarse. Me mira con odio.

—Estás loco... ¿Quieres matarme?

Suelta un repugnante vómito de cerveza y después se limpia la boca con el brazo.

—No vuelvas a dudar de tus ataques, porque tu adversario no lo hará y tú perderás —le digo como si me preocupara su integridad física.

Después de varias horas, los hago formar.

—Ok. Lo dejamos por hoy. Podéis ir a preparar la cena, pronto oscurecerá.

—¡Sí, señor! —me dicen con pocas fuerzas.

A pesar de la baja temperatura, los chicos se quitan las camisetas y alardean de tatuajes. Mis hombres se han unido al grupo con alguna cerveza en la mano y cantan al unísono el himno nazi. Se abrazan y chocan sus latas de cerveza. Huele a humedad y las nubes cada vez están más cerca del suelo. Empieza a entrar algo de niebla. Sonrío y me acerco al grupo.

—La verdad es que me has sorprendido —le digo al gordo enano—. Reconozco que tienes huevos para enfrentarte a mí con lo enano que eres.

Todos se ríen de él, haciendo cada vez más bromas sobre su tamaño y sobre sus redondeces. Tres de los camaradas abren varias latas de comida y las van repartiendo entre el grupo. Uno de los chicos se acerca a mí con la mirada perdida. Sin dejar de sonreír, se frota la nariz y me da una lata de atún natural: la cojo y me la como. Es una carne seca que me cuesta tragar, bebo de la lata de Coca-Cola que he traído de mi tienda.

—Eh, eh, mirad, chicos. —El enano me señala con el dedo, sé que tiene ganas de ridiculizarme—. No sé cómo con un nombre como Judas bebes esa

mariconada. —Su carcajada abulta más que su cuerpo. Todos lo siguen riéndose y señalando la lata—. Coca-Cola y seguro que es *light*. —Siguen las risas entre todos, mis hombres también se ríen.

—No quiero que el alcohol haga que pierda mis facultades. Dime, enano, ¿cuántas latas de cerveza te has tomado ya?

—A mí la cerveza me da fuerza, me da poder. Esto... —dice mientras se levanta del suelo donde estamos sentados, alza la lata y nos la enseña. A ver la sandez que se le ocurre...—, esto es el elixir del guerrero, Judas... —Parece que se le vayan a salir los ojos de sus cavidades. Ahora todos sueltan un alarido al unísono idolatrando al canijo.

—Bien, me alegra saberlo. Me alegra saber que la cerveza no te ha hecho perder tu capacidad. No vamos a echar la culpa a tu elixir...

—La culpa de qué...

Suena una risa escandalosa del grupo mientras todos seguimos bebiendo. Mis hombres, entre ellos Lynn, tienen dos latas, una de la que simulan beber y otra en la que escupen la cerveza. Stan, uno de los camaradas que está sentado al lado de Milán, coge la lata en la que este está escupiendo y le da un buen trago.

—Joder, tío, se te ha quedado caliente, coge otra. —Milán y yo nos miramos sin articular palabra.

—No, yo por hoy ya he tenido suficiente. Me voy a dormir —responde Milán mientras se levanta.

El resto de mi grupo y yo lo seguimos y nos marchamos a la tienda. Les aviso que continuaremos temprano, antes de que salga el sol. Todos se ríen, creo que no han entendido bien la hora, lo que no me extraña con la que llevan encima.

Cerramos la cremallera y nos preparamos. Pasa poco más de una hora y les oímos acercarse, escuchamos sus pisadas. Desde mi posición, veo al enano,

tengo cierta fijación con él. Camina torpemente y va entre los primeros, llevando estirado el brazo que sujeta el arma. Parece que intenta querer ser el primero en disparar, como si quisiera recuperar algo de respeto entre sus camaradas. Un súbito silencio, seguido del sonido de las pistolas al armarlas, se apodera de la noche, hasta que el enano comienza a acribillar nuestra tienda y el resto lo sigue.

—Vamos, no paréis, aseguraos de que no salen vivos estos hijos de puta. Nunca me gustaron —anima Lynn al resto.

Se les escucha gritar a la vez que descargan sus armas contra nuestra tienda. Nosotros hace rato que esperamos a que terminen, escondidos entre la maleza. Llevamos gafas de visión nocturna y controlamos todos sus movimientos. Mis hombres aguardan órdenes más cuando, entre el griterío, escucho a Bastian:

—Mira, Judas. Esto es lo que nos has...

Apunto a su cabeza y le meto una bala entre los dos ojos; cae fulminado. Es el único que recibe un disparo certero. El resto todavía no se ha percatado de nuestra ofensiva y, cuando quieren hacerlo, ya están casi todos en el suelo. Mis hombres disparan a discreción y Lynn se encarga del enano: veo cómo le dispara en la entrepierna, lo que me sorprende bastante. Después le dice algo y le dispara en la tripa. Me alegra ver que todavía es de los nuestros, después de tanto tiempo, tenía mis dudas. Se escuchan los quejidos de algunos heridos y los repasamos para asegurarnos de que no queda nadie con vida. Rápidamente, recogemos la tienda y nuestras pertenencias y nos marchamos en los coches. Salimos por la carretera que atraviesa la montaña hasta que llegamos a la general sin tener que cruzar el pueblo. Por fin tengo cobertura y hago algunas llamadas para dar las novedades de la misión y avisar de nuestra llegada en unas tres horas. Les pido que preparen asistencia médica.

Miro a Lynn, que va a mi lado, de copiloto. Saca medio gramo y se hace

una raya que esnifa con un rulo que improvisa, en cuestión de segundos, con un billete algo gastado de diez euros. Es increíble la destreza que tiene. Sus pupilas están dilatadas y su boca seca, no para de pedirme agua. Llevo varias botellas en los asientos de atrás, le digo que las coja, pero no atina. Tantea con torpeza y no es capaz de coger ninguna. Me vuelvo y se la doy. Aunque no quiero hablar con él en este estado, necesito hacerle una pregunta.

—¿Qué te ha pasado con el enano? Te estaba mirando con el visor nocturno, le has disparado en los huevos y luego le has dicho algo. ¿Qué ha pasado?

—Han violado a Val...

—¿De qué coño estás hablando?

—La han llevado a la estación, a Petram, era la chica que tenían preparada para Bastian.

—¿Quién?

—Bricout lo hizo dos veces...

—¡Hijo de puta! —grito mientras golpeo el volante. La ira se va apoderando de mí.

—Él es la mano negra, el que está proveyendo de armas a los grupos *skins* de la ciudad. La pasa a través del *tubo*. El enano también la violó. Bricout dio orden de que la violaran los *skins* y los vigilantes que había en la estación y que luego se encargaran de matarla. Yo también tuve que violarla.

—¿Qué? ¿Cómo eres tan cabrón? —Sin darme cuenta, he dado un volantazo mientras le lanzo un puñetazo fallido a Lynn.

—No quería hacerlo, pero el enano quiso ver cómo lo hacía, tío. No confiaba en mí precisamente por ser mi compañera. Estaba sangrando. La tenían engrilletada y tenía la cara llena de golpes. No sé cómo pudo salir caminando.

—¡Noooo, noooo! ¡Hijos de puta! —Estrello mis puños contra el volante

una y otra vez mientras mi ira y mi odio se centran ahora en una sola alimaña
—. ¿A dónde a ido?

—Le dije que saliera de la ciudad y que se fuera lejos. Debemos regresar a la central. Han encontrado el cadáver de una mujer flotando en el Sena. Bricout piensa que es Val. Esas fueron sus órdenes.

—¿Quién es?

—Tengo una amiga que trabaja en el hospital, en defunciones. Le pedí el cuerpo de una mujer y lo lancé al río. Tardarán en identificarla, debemos retrasar esa identificación. Si Bricout sabe que no es Val, irá a por ella.

—Pero ¿por qué la quiere muerta ese hijo de puta?

—Val tiene pruebas de la relación que existe entre Pere y él. Bricout se ha metido en un mal negocio, pero que, por desgracia, conoce a la perfección.

—No solo lo conoce bien, además tiene acceso a almacenes, hangares... ¡Joder, no me lo puedo creer...! Llevamos años luchando contra las mafias, traficantes..., y ahora él... Llamaré a homicidios, tengo alguien de confianza. Intentaremos que se alargue el proceso de identificación.

—Debemos seguir con lo previsto. Tenemos que ir a la central como si no hubiera pasado nada. Bricout ya debe saber que yo me llevé a Val, pero no conoce mi identidad, por lo menos hasta que llegue ahora a la central. Es cuestión de horas que se entere de mi nombre. Mendes... Llegué tarde, tío, pero pude sacarla. Llevo su portátil dentro de mi mochila. Estaba en su taquilla.

Seco mis lágrimas con el antebrazo y asiento con la cabeza. Mis pensamientos ahora se centran en un único objetivo. Se acaba de fijar en lo más profundo de mi alma y sé que no podré parar.

Cuando llegamos a la central, llamo por teléfono y solicito que abran las barreras para no tener que parar. Entramos a gran velocidad, directamente a la parte de atrás, donde hay una ambulancia esperando. Paramos los dos

monovolúmenes de siete plazas y el todoterreno. Nos bajamos todos de los coches y nos reunimos.

—Enhorabuena, tíos. Habéis hecho un gran trabajo —les digo a mis chicos con una tristeza imposible de disimular.

Nos damos golpes en la espalda, chocamos nuestras manos y nos abrazamos. Lynn está totalmente ausente, así que lo señalo mientras le pido al doctor que venga a atenderlo.

—Pronto te recuperarás —le digo a Lynn a modo de despedida.

Dejo a Lynn con el médico, que lo sienta en la ambulancia, le toma la tensión, le mira las pupilas y cierra las puertas. Se lo llevan al centro de desintoxicación, como estaba previsto. Todos miramos cómo se marcha Lynn. Marc se acerca a mi lado y apoya su mano sobre mi hombro.

—Se recuperará pronto. Otra cosa no, pero ya sabes que bicho malo nunca muere. Después de tres años, esta noche ha estado a la altura. Verlo hoy en acción ha sido impresionante...

—Lo sé. Él es uno de los mejores. No hay duda.

—No has podido hacer nada antes. Todos confiamos en ti, Mendes, nos debemos a ti. Tú nunca nos has fallado.

Intento pasar el trago cuando escucho hablar a Marc, y pienso en Val.

—Por cierto, voy a llevar las armas al laboratorio, a ver si, con un poco de suerte, no tardan en decirnos su procedencia y rematamos la misión. Después pasaré por el Moulin Rouge... —dice Marc.

—Voy a necesitarte para algo gordo. Estate pendiente —le pido a Marc antes de que se marche.

Miro el reloj; ya son cerca de las seis de la mañana, así que decido quedarme en el despacho para hacer algunas investigaciones. Necesito averiguar el paradero de Val, pero, si hago rastreos desde aquí, Bricout lo sabrá. Mucha gente le es fiel. Subo en el ascensor a la planta tercera del módulo de oficinas y camino hacia mi puesto. Me encuentro con algunos agentes que todavía están trabajando y los saludo.

—¿Qué tal estás, Mendes? Tienes mala cara. ¿Una noche dura? —me pregunta Jason, un joven recién licenciado que no para de decirme lo mucho que le gustaría estar en mi equipo.

—La más dura —respondo. Oigo mi voz seca y lenta.

Cuando llego a mi mesa, enciendo el ordenador y comienzo a redactar el informe. Sin darme cuenta, ya han pasado dos horas. No quiero relacionar a Bricout con el tema de las armas. Quiero cogerlo yo, mirarlo a los ojos y... Jamás pensé una traición como esta de él. Siempre ha sido como un hermano. Nos hemos protegido, hemos disfrutado juntos de muchos privilegios que nos ha traído este trabajo... De pronto, siento que alguien se para a mi lado, me vuelvo y veo que es Cassandra, que me está mirando con su sonrisa angelical que no soporto:

—Hola, amor. Me alegra verte. ¿Qué te pasa? Conozco esa cara. Alguien te la ha jugado.

Se inclina y rodea mi cuello con sus brazos. Se los retiro sin más y continúo escribiendo mi documento. No soporto que me toque, y precisamente hoy estoy fuera de control. Siento cómo se retira y escucho el sonido de los tacones alejarse. Cuando termino de escribir el documento, lo imprimo y voy al despacho de Paul, mi superior, para entregárselo en mano. Llamo a la puerta y escucho que me pide que pase. Abro y veo a Cassandra a su lado, de pie junto a su mesa. Parece que estén viendo algo en la pantalla del ordenador.

—Paul, aquí tienes el informe con todo ocurrido esta noche. —Espero que

no me entretenga mucho. Estoy sintiendo una fuerte presión en la cabeza, son las malditas migrañas.

—Ya han llegado los cadáveres, están en el depósito. Espero que me llegue el informe forense en unas horas para poder sacar la noticia a la luz. Duerme un poco, te espero aquí a las trece cero cero para la rueda de prensa.

—Cassandra, déjanos solos un momento. —Paul se levanta y se asegura de que la puerta está cerrada.

Salgo de la oficina y bajo por las escaleras de emergencia. Paro en la primera planta, en el Departamento de Antiterrorismo. Observo los movimientos del personal, de la gente de Bricout. Hago un gran esfuerzo por ver algún tipo de anomalía, alguien que corra de un lugar a otro, o que salga de algún laboratorio. Espero un rato mientras miro, pero hay poca gente y todos parecen aletargados. Pasaré por el Moulin Rouge para localizar a Marc.

—Gracias por venir, tío —me saluda Marc, que estaba esperándome en el vestíbulo. Tiene el pelo mojado, la ropa limpia y huele a colonia—. ¿Qué ha pasado?

—Es Bricout... Él es la mano negra. Por suerte, no conoce a Lynn. El día que llegó de España al EMEX, Paul y Cassandra vinieron a llevarlo a París, ¿te acuerdas? —Marc asiente—. Pues, al parecer, Paul ya sospechaba de Bricout y quiso proteger a Lynn. Ni Cassandra ni yo sabíamos de sus planes, y

no lo culpo. Odio a ese cabrón, pero, en cuestión de trabajo, reconozco que siempre va un paso por delante. Me lo acaba de decir ahora.

Le cuento a Marc lo ocurrido en el *tubo* y las pruebas que tiene Val.

—¿Qué vas a querer hacer? Por lo legal se va a librar. Tiene muchos amigos y todavía no tienes las pruebas que lo vinculan directamente con la distribución de la armas —discurre Marc.

—Lo sé. No quiero que sea nada legal... Quiero encargarme yo de pillarlo.

—Bien, puedes contar conmigo. ¿Dónde está Val?

—No lo sé. Matthew le pidió que se marchara lejos de la ciudad. Voy a estar fuera unas horas, necesito comprobar algo. Bricout también salió de Francia. Me contó que tenía planeado un viaje. Te necesito en la rueda de prensa hoy a las trece cero cero, yo tengo que ir a buscar a Val. Si me necesitas, llámame al móvil de tarjeta.

XXIV

Jueves, 7 de diciembre de 2017

Salgo de la ciudad intentando no llamar la atención. Cada vez que me cruzo con una patrulla de policía, giro la cabeza para ocultar los golpes de la cara. El ojo derecho está bastante hinchado y la visión que tengo por ese lado es borrosa. Llevo puesto un forro polar y cubro mi cabeza con una gorra que tenía Lynn en el coche. Me dirijo a Sens por la N-4 para evitar los peajes. Necesito ver al doctor que me recomendó Lynn. Siento un tremendo fuego en mi interior y un fuerte pinchazo en las costillas. Tardo aproximadamente una hora hasta que llego a la dirección del mensaje. La calle es estrecha, de una sola dirección, y hay casas bajas a ambos lados con blancos muros que limitan las parcelas, me dan la sensación de limpieza y serenidad. Dejo aparcado el coche en el medio de la calle, enfrente de la casa del doctor, y llamo a la puerta. Tengo que apoyarme con medio cuerpo sobre la pared porque no me tengo en pie. Una mujer rubia, de unos cincuenta y tantos años, abre la puerta. Veo su cara de espanto al verme:

—¡Oh, Dios mío! ¡Henri! ¡Henri...!—grita mientras se echa hacia mí para sujetarme. Pasa su brazo por mi cintura y me ayuda a entrar hasta el recibidor. Un hombre de pelo blanco, de unos setenta años, aparece por el estrecho y largo pasillo colocándose las gafas y atándose un batín de color burdeos.

—Llévala a la consulta. Debe ser Valerie.

Asiento con la cabeza. Camino con torpeza apoyada sobre esta encantadora mujer. Entro en la habitación y, con gran esfuerzo, me tumbo en una camilla. Necesito tomar algo urgentemente que me quite este dolor. Llevo rato sudando y con temblores. Los pinchazos agudos e intermitentes en mis costillas son insufribles.

—Soy el doctor Henri Moreau y ella es mi esposa, Amélie —el doctor me va desvistiendo a la vez que habla—, te estábamos esperando. Lynn me llamó para avisarme de que llegarías.

—Iré a meter el coche en el patio de atrás —le dice Amélie al doctor.

—Siento mucho molestarles a estas horas, ya deben ser cerca de las seis... —la situación me avergüenza y pedir ayuda me duele más que los golpes que llevo en mi cuerpo.

—Ssshhh, no hables, encanto. Mi mujer y yo llevamos muchos años dando apoyo a los agentes. Puedes estar tranquila, no haremos preguntas.

Amélie entra apresuradamente por la puerta, se pone una bata blanca, se lava las manos y se coloca unos guantes de látex.

—Pásame las tijeras y las gasas, querida.

La amabilidad de esta familia hace que me acuerde de mis padres y de mi hermana. Cierro los ojos humedecidos y me vienen a la cabeza las palabras de Lynn: «Controla tus sentimientos». Joder, no sé cómo pueden hacerlo. Noto una sensación fría sobre mi cuerpo y veo que Amélie me está tapando con una sábana. El dolor que siento es tan grande que tan solo el roce del tejido hace que se me erice la piel y resbale una lágrima por mi mejilla. Mientras, el doctor me pregunta por las zonas doloridas. Le cuento por encima lo ocurrido, omitiendo muchos detalles.

—No soy ginecólogo —me dice— no puedo examinarte, pero, por lo que me cuentas, debes tener desgarros vaginales. Te daré algunos antibióticos y

antiinflamatorios. Sería conveniente que te hicieras distintas pruebas para saber si has contraído alguna enfermedad de transmisión sexual o algún tipo de hongo o virus. Si con este tratamiento no sientes que mejoras en unos tres días, deberás ir de inmediato al hospital. Ahora voy a palpar las costillas.

Gimo de dolor cuando presiona sobre los huesos.

—Creo que tienes una fisura, pero, para asegurarlo, debería llevarte al hospital y hacerte una radiografía.

—Eso no es posible —le digo asustada.

—Lo sé. Tranquila. Creo que la costilla no está rota. Amélie te limpiará el resto de heridas. Hemos preparado una habitación para que pases aquí lo que queda de día. Después podrás marcharte. Lo más seguro es que esperes a la noche. Amélie sacará un billete de tren a donde tú quieras. Me dijo Lynn que dejaras el coche aquí.

El fuerte movimiento del ferrocarril me hace contener la respiración y así soportar el dolor del costado. Lo último que me apetecía coger era un tren, pero no había ningún autobús a esta hora. Miro a mi alrededor. No hay mucha gente. Un hombre mayor que tiene una gran hogaza de pan me ofrece un pedazo que rechazo con una sonrisa y un ligero movimiento de cabeza. Debe ser extraño ver a alguien con gafas de sol a las diez de la noche. Reviso el móvil que me entregó el doctor, no tiene cobertura, pero está repleto de carga. El mío se lo llevó Amélie, supongo que lo destruyó. Me tranquiliza saber que este no podrán rastrearlo. Ya han pasado algunas tensas horas hasta que llegamos a la estación de Les Houches. Cuando piso el andén, me viene a la cabeza el recuerdo del EMEX. Jamás pensé que fuera a regresar aquí en estas

condiciones. El pueblo está cubierto de un blanco manto de nieve, es realmente precioso, y los bloques de hielo se amontonan a los lados de la calle. Camino con cuidado y busco un hostel donde pasar la noche. Sé que hay uno enfrente de la montaña que sube al centro de formación. Su estructura es completamente de madera y piedra. Recuerdo que me llamó mucho la atención la primera vez que lo vi cuando vine al centro. Subía con el coche por la carretera de la montaña y pasé justo por delante del hostel: se podía ver la gran chimenea del salón a través del ventanal. Aunque era agosto, la lumbre estaba encendida. Me pareció acogedor y familiar. Intentaré alojarme allí esta noche, a ver si puedo recuperarme y coger fuerzas para atravesar la montaña.

A las siete de la mañana suena el despertador. Mi cuerpo parece anclado al colchón. No veo la manera de hacer que se muevan mis brazos. Los párpados me pesan como plomos. El ojo izquierdo no puedo abrirlo y el derecho me cuesta despegarlo. Las gotas que me dio el doctor son pringosas y espesas. Espero un rato hasta que consigo levantarme con gran esfuerzo. Me ducho y preparo la mochila para salir. Amélie me dio algo de ropa de su hija. Bajo a la cafetería y, desde el gran ventanal del salón, observo el denso bosque. Por lo menos, puedo ver desde aquí que el camino está marcado, aunque lo cubra la nieve. Hace tan solo cuatro meses que estaba ahí con un grupo de hombres, haciendo un entrenamiento de asalto a uno de los pelotones que organizó Mendes. Recuerdo que él me regaló todo tipo de material de defensa y unas chapas de identificación donde estaba inscrito mi grupo sanguíneo.

—Lo vas a necesitar en el metro —me dijo—. El material que entrega la empresa no vale para nada. Con esto irás más segura; tengo que protegerte.

—Pero ¿cómo sabes mi grupo sanguíneo?

—¿No es este? —sacó la placa de mi escote.

—Sí.

—Amor, relájate y disfruta. Tienes que descansar, esta noche te necesitare

con energía —volvió a colocar la chapa donde estaba y después reposó su mano y continuó bajando, acariciándome y besándome.

—Te veo a las veintidós treinta en la Boca del Lobo. Será una noche que no olvidarás.

—No podré olvidar ninguna de las noches que pasamos juntos, te lo aseguro.

—Eso está bien...

Me despido de la encantadora dueña y me ajusto el gorro para adentrarme en el sendero que sube hacia la cabaña. Después de un rato, el día comienza a aclarar. Ya no se ven nubes, pero el frío tiene congelada mi nariz. Cuanto más subo, más nieve hay en el camino y cada vez me cuesta más caminar. Voy despacio sin dejar de prestar atención a los ruidos. Meto la mano en el bolsillo y acaricio el táser que saqué del coche de Lynn junto con el machete. Cierta intranquilidad me hace temer encontrarme con algún indeseable. Mendes me comentó en uno de nuestros encuentros que la cabaña era uno de los lugares más seguros que él conocía. Espero no encontrarme a Bricout allí, el EMEX no queda lejos. Me apoyo en un árbol para descansar un momento. Echo un vistazo hacia atrás y lo único que veo es un frondoso bosque y un serpenteante camino que se pierde en él.

Continúo la marcha hasta pasadas dos horas, cuando vuelvo a desviarme por otro de los senderos siguiendo la brújula y el mapa que compré en el hostel: mi destino es el lago. Descanso un rato antes de continuar. Calculo que todavía me queda una subida de unas dos horas más. Bebo un poco de agua, como algo de fruta y continúo con la marcha. Me encuentro un gran tronco en

el medio del camino que prefiero rodear antes que pasar por encima de él. Unos pocos metros más y ya puedo distinguir, entre la frondosidad, la gran masa de agua. Salgo a la pradera y justo ahí, escondido entre los árboles, está el gran muro de piedra de la cabaña. Me emociono al verla. No hay ningún coche cerca. Rodeo la casa antes de entrar, tampoco veo rastro de pisadas entre la nieve. Cojo una gran rama y voy borrando todas las huellas que dejo mientras camino a la entrada. Me agacho con gran esfuerzo y busco la llave debajo de una tablilla de madera del suelo. Después abro la puerta y conecto los interruptores de la luz. Está todo como lo recordaba. Me tumbo sobre la cama, tal cual la encuentro, para intentar descansar un poco. Estoy derrotada y dolorida.

Cuando despierto sobresalta, miro el reloj. Ya han pasado tres horas. No puedo creerlo, me siento como si estuviera perdiendo el tiempo cuando en realidad tengo que estar aquí metida, por lo menos hasta que me recupere. Paseo por las estancias y veo polvo y pelusas acumulados en cada rincón, incluso del techo se desprenden las telas de araña, así que decido abrir todas las ventanas y limpiar algo, lo justo para poder descansar durante unos días. Después vuelvo a cerrar las ventanas y deshago el poco equipaje que traigo. Saco la comida que compré en Les Houches y la dejo en la cocina. Me siento en una silla, respiro profundamente y aguanto el dolor que no quiero olvidar. Mi mano me tiembla cuando cojo un cuaderno de mi bolsa y vuelco todo mi odio en trazar un plan.

Comienzo a sentir un hormigueo que recorre mi cuerpo. Hace diez minutos que me tomé una de las pastillas que me dio el doctor y siento cómo el sueño

empieza a apoderarse de mí. Me tumbo sobre la cama, que huele a naftalina. Diría que nadie más ha estado sobre esta cama. Los párpados caen por voluntad propia e intento descansar...

Floto en el aire, siento cómo me mezo en el vacío. Mi cuerpo está suspendido y relajado. Abro los ojos y veo una gran lechuza blanca sobre mí. Bate las alas de forma muy lenta, como si fuera a cámara lenta, mientras fija su mirada en mis pupilas. De pronto, me siento caer sobre la cima de una montaña cubierta de nieve que me congela el aliento. El manto de hielo que cubre la ladera, ahora se tiñe de rojo y comienzo a deslizarme. Cada vez voy más rápido. El paisaje cambia de repente y me introduzco en un estrecho cañón formado por las paredes de dos montañas de piedra oscura, casi negra. No puedo frenar la caída, mis intentos de sujetarme no sirven para nada. No sé cómo hacerlo, no sé cómo parar, hasta que vuelvo a sentir que caigo en el vacío.

Me incorporo de un salto, agitada por el inquietante sueño, y siento que las costillas me dan un latigazo de dolor. Vuelvo a caer sobre mi espalda y me recupero hasta que puedo incorporarme. Los calmantes no son capaces de tapar el dolor que aparece en cada movimiento que hago. Respiro profundamente cuando escucho cómo alguien golpea la puerta con fuerza. Cojo la linterna que está sobre la mesilla y la enciendo. Apago el candil de aceite. Meto el cuchillo en el bolsillo exterior del pantalón y el táser lo sujeto con la otra mano. Me acerco hacia la ventana andando sobre la punta de mis botas para no hacer crujir la madera del suelo. Abro muy despacio el postigo de la contraventana. Una rendija de luz entra de golpe y se proyecta sobre el pasillo que lleva a las habitaciones. Intento mirar, pero me cuesta adaptarme a tanta claridad y los ojos, todavía hinchados, me duelen cuando intento entrecerrarlos. Veo a un persona en el porche y se me acelera el corazón. No sé quién es porque solo puedo verlo de costado. Aprieto con fuerza el táser y

mi respiración se acelera. Vamos, date la vuelta. Se retira un poco y lo veo. Tomo aire y me dejo caer sobre el suelo. Vuelve a golpear con fuerza y escucho que me llama:

—Val, ¿estás ahí?

Sí, aquí estoy, pero no puedo dejar de llorar desde que lo he visto. Me incorporo e intento recomponerme un poco antes de abrir. Cuando lo hago, entra un aire gélido que se pega a mi camisa. Al verme, dibuja una sonrisa que ocupa toda su cara y se echa sobre mí. Sus brazos me rodean con fuerza y aguanto el dolor de los golpes que me visten de morado. No podemos separarnos y yo no puedo parar de llorar.

—Lo siento, cielo. Lo siento...

Por fin consigo calmarme después de un rato. Mendes cierra la puerta de un golpe con el pie y pulsa el interruptor de la luz. Cuando me ve, aprieta los labios y, por un momento, cierra los ojos. Vuelve a abrazarme y nos quedamos así durante un largo rato.

—Te prometo —me dice con la voz entrecortada— que yo, personalmente, voy a encargarme de las personas que te han hecho esto. —Para y coge aire—. Te lo prometo, Val. —me susurra al oído, de forma pausada.

—¿Cómo me has encontrado? —le pregunto entre sollozos intentando evitar sus ojos.

Escucho rechinar sus dientes en un largo silencio. Me levanta la cara y me mira directamente a los ojos.

—Porque confié en que ibas a hacer lo que yo te dije la primera vez que estuvimos aquí. Porque siempre haces lo que te digo. Dime, ¿cómo te encuentras?

—Puff. He estado mejor, la verdad. —Me tiembla la voz cuando hablo. Odio parecer débil.

—Te enviaré un médico amigo mío...

—No, no envíes a nadie. Ya me atendió un doctor amigo de Lynn.

—Vale. Como quieras. Ahora tienes que escucharme, Val: el cadáver que Lynn tiró al río ya ha sido identificado. Mañana saldrá a la prensa la noticia. Bricout ya debe saber que no eres tú.

—¿Dónde está él?

—Salió del país. Mis hombres están intentando localizarlo. El caso es que no puede regresar, pero hay mucha gente que le es fiel y que harán lo que les pida. Eso lo sé, así que no salgas de aquí, es el único lugar en el que estarás segura.

—Mendes, Lynn se portó muy bien conmigo. Es un buen tío, me salvó la vida. Tienes que protegerlo. Cuando se sepa que no soy yo la mujer del río, también irán a por él.

—Lo sé, pero ahora no pienses en eso. Lynn también está fuera del país, en un programa de protección. Ni siquiera yo sé dónde se encuentra. Él eligió el destino.

—¿Por qué?

—Bueno, terminó su misión, su relación con el *tubo* y los *skins*. Ahora se tiene que desintoxicar y recuperar, después, si él quiere, podrá volver a mi equipo. Tienes que saber que se encargó del enano antes de dejarnos. Yo le vi hacerlo —dice mientras me acaricia la mejilla con su áspero pulgar.

Seguimos de pie en el recibidor y Mendes comienza a bajar sus manos acariciando mis brazos y, de un impulso, lo rechazo sin más. Los dos nos sorprendemos con mi reacción, pero continuamos callados.

—Ven, vamos a la cocina, prepararé un té. Necesito que me ayudes en algo —le digo.

Mendes se sienta alrededor de la mesa mientras yo pongo a calentar un cazo con agua.

—¡Dime!, cómo puedo ayudarte.

Me siento a su lado y sujeta mis manos.

—En una ocasión, me propusiste que hiciera las pruebas para entrar como militar —le recuerdo.

—Sí.

—¿Sigue siendo posible? ¿Estarías tú conmigo?

—Sí. —Me sonrío y se pasa su gran mano por la cara, hacia abajo.

—Pues quiero hacerlo.

—¡Bien! —grita emocionado. Se lleva mis manos hacia su boca y me las besa. Se levanta de un salto y acerca su silla hasta mí tocando mis piernas—. Entrar como militar será la única forma de que pueda protegerte. Te enviaré la documentación al hostel de María, aquí, en el pueblo. La carta la enviaré a nombre de Jennifer, así será como María te conocerá. Cumplimenta la solicitud y fírmala. Después se la entregas a ella en un sobre cerrado; me lo hará llegar.

—¿María es un agente?

—No, solo es una colaboradora. Como tú. Siento mucho no haber podido protegerte... Siento que te he fallado y...

—No, Álex, tú no me has fallado. Han sido otros los que lo han hecho. —Me sujeta la cara y besa la parte del labio que no tiene puntos—. Jon tenía fotos de...

—Lo sé, Lynn me lo contó. Hay abierta una operación en el metro para el tráfico de armas y para controlar la revuelta de los *skins* que hay en el *tubo*. Tenemos agentes infiltrados. Jean es uno de ellos. —Lo miro con asombro.

—Jamás lo habría adivinado. Tiene pinta de ser un pardillo. ¿Lo sabe Lynn?

—No, los agentes no tienen ese tipo de información. Val, has conseguido hacer lo que ninguno de mis hombres ha podido. Has descubierto algo totalmente nuevo en una investigación que se ha llevado a muchas personas

por delante. Mi departamento no ha tenido ni una sola misión exitosa en los últimos años. Cada soplo era una farsa, todo manipulado por Bricout. Hasta la última en la que estuve en Bogotá. Joder, tú has desenmascarado a ese hijo de puta, y lo mejor es que nos has dado las pruebas que necesitábamos para poder demostrar la relación de Bricout con la distribución de armas en la ciudad y ese ejército que están preparando. Ese es un gran golpe que te abrirá muchas puertas para pasar a la Dirección General de Seguridad Exterior. A ese cabrón ya lo está buscando la Interpol.

—Pero también este golpe hará mucho daño.

—Tienes razón, Val. Ahora las cosas están bastante revueltas y necesitamos recabar todas las pruebas para poder encerrar a los cabecillas, recuperar el respeto y que la gente sepa que no hay nadie por encima de la ley.

—¿Sabes si Lynn consiguió sacar el portátil de mi taquilla?

—Sí, ya me lo entregó. Mis hombres están sacando la información. También conseguí el móvil de Jon. —Me guiña un ojo y acaricia mi mejilla. Me avergüenza que me vea en esta situación.

—Mendes, en el portátil hay mensajes nuestros...

—No te preocupes por eso, está bien custodiado. Toma —se mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y saca varios billetes—, compra todo lo que necesites.

—No necesito nada. Lynn me dio dinero, y aquí...

—¡Cógelo, Val! Vamos, déjame ayudarte en lo que puedo.

—¿Cuándo enviarás los documentos?

—Mañana por la tarde los tendrás en el hotel. Todos los martes recibirás correspondencia con instrucciones. No creo que estés aquí mucho tiempo. Utiliza únicamente el teléfono público, pero llámame a este otro número. —Apunta el teléfono en una libreta que saca del bolsillo y me da el papel—. Yo no volveré a visitarte, así que no abras la puerta a nadie.

Mendes me besa en la mejilla, me abraza y se marcha.

Apago la luz y enciendo la linterna. Me acerco hasta la mesa de la cocina, saco el cuaderno en el que he comenzado a trazar mi plan y tacho el primer paso: «ECM», entrar como militar. También tacho uno de los objetivos: «Enano». Lo vuelvo a revisar, recreándome en mi odio: Bricout encabeza la lista. Lo sigue Pere, el hombre de la cara picada, aunque no sé si estará vivo después del golpe que Lynn le dio, y el grupo de vigilantes del *tubo* que estuvo allí esa noche.

XXV

Sábado, 9 de diciembre de 2017

Las últimas horas las he pasado en el laboratorio, donde los informáticos están volcando todos los datos del ordenador de Val y del teléfono de Jon. Los muestran a través de una serie de algoritmos y rutas de color azul sobre un plano alzado en la vertical del teclado que hace de pantalla fantasma. Los están guardando en memorias externas y en archivos que han colgado del servidor de la central. Jean y Paul también están con nosotros. Espero que nadie manipule los datos y que Bricout tenga su castigo. Esta ya no es su casa.

Siento la cabeza como si me fuera a estallar y, encima, esta luz tan azul e intensa no ayuda mucho. Las migrañas siguen tan inoportunas como siempre, al igual que el maldito teléfono, que no ha parado de sonar en toda la mañana.

—No tengo tiempo, Cassandra.

—Es importante, Álex.

—Ahora no.

Cuelgo y me acerco a Marc, necesito moverme. No sé las horas que llevo sin dormir. Del campamento vine a la base y de aquí fui a ver a Val. Todavía no he pasado por casa y, como me quede sentado en esta silla, me dará el bajón.

—¿Cuánto queda, tío? —le pregunto después de bostezar—. Estoy que me

caigo.

—Ya casi está —interrumpe el técnico—. Dame un segundo y comenzaremos la presentación. Ahí va.

Sobre la pantalla sale un listado de carpetas y archivos, a continuación aparecen las primeras imágenes. Son de tipo personal, hasta que empieza a verse a Jon con algunos vigilantes en el *tubo*, en el famoso cuarto. En una de ellas aparece rodeando a Val por la cintura. Me estremezco cuando la veo sonreír. Continúan las fotos en lo que parece una fiesta en algún cuarto. Hay un vigilante inclinado sobre una mesa que está llena de rayas de coca y pastillas. Parece que está esnifando, aunque está de espaldas y no se le ve.

—Eso es Petram, ahí es donde hacemos las fiestas. Es posible que salga yo por ahí —dice Jean. Tú y Lynn, pienso. Jean no sabe que Lynn es de los nuestros—. Ah, mira. Ese es Lynn. Menudo hijo de puta. Es la mano derecha de Gilbert, el líder de los White Power, además del compañero de Jon. No lo descarto como autor de los asesinatos del Boulogne. Joder, vamos a ir a por esos cabrones. Los conozco a todos ellos.

Marc y yo permanecemos en silencio viendo el resto de fotos. Ahora se ven algunas imágenes borrosas. Una mano cubriéndose la cara. En la siguiente se ve solo la cara, pero está borrosa.

—Bricout —decimos Paul y yo en voz alta y a la vez.

—Sí —vuelvo a afirmarlo—. Está muy claro. ¿Podéis ajustar la imagen para verlo con más claridad? —les pido a los informáticos.

—Sí, claro. Lo voy a pasar por el programa de reconocimiento facial, a ver qué nos dice —nos informa el técnico.

Al momento, vemos cómo se empieza a perfilar el rostro de Bricout. Jean se levanta de un impulso de la silla.

—¿Cómo lo sabíais? Acabáis de decir que es Bricout. Los dos a la vez. ¿Cuánto hace que lo sabéis? —dice Jean mirándome fijamente.

—A mí me dieron un soplo ayer. Ahora lo puedo confirmar —respondo. Esto es muy fuerte, sobre todo para mí. Aunque ese es otro tema.

—También hay algunos videos: mirad —dice el informático mientras pulsa el botón de *play*.

El vídeo comienza con la pantalla en negro. Solo se escucha saludarse a dos personas. Por el acento, uno de ellos parece Bricout. Después va apareciendo la imagen, lentamente, como si sacara el móvil del bolsillo, hasta que se les ve a los dos. Están sentados a la mesa de una cafetería. Hay mucha luz que entra por la cristalera, pero no hay demasiadas personas. A la distancia que está grabado, no podría ser Jon el que sostuviera el móvil, Pere se habría dado cuenta. Debe de haber otra persona implicada y no puede ser un vigilante, Pere los conoce a todos. La imagen está grabada desde detrás de la barra de una cafetería, se ven los grifos de cerveza. Se les escucha hablar de una entrega, después Bricout recoge una bolsa de deporte negra que Pere le ha pasado con el pie por debajo de la mesa. En un movimiento del cámara, aparece un ventanal con el nombre del bar al revés, como si fuera la imagen de un espejo.

—Joder. Es Angelo, el camarero de la cafetería que hay en Châtelet. —Jean no duda y mueve la cabeza de un lado a otro, incrédulo.

—¿Quién ha visto este vídeo? —nos pregunta Paul.

—Solo los que estamos aquí y..., bueno, tal vez Val. Cuando la vi, no hablamos de esto.

—Tenemos que enviarlos a Interior —nos dice—. Hay que informarlos de todo esto, no podremos mover un dedo sin su consentimiento.

—Perfecto, me pondré con ello. También tenemos que localizar a Bricout, ya debe de estar lejos de aquí, pero que nadie se olvide de quién es. Tiene muchos aliados aquí dentro —digo, y todos asienten.

—Miraré en estaciones de tren, autobús, aeropuerto, helipuerto... —me

interrumpe Marc.

—Podría estar en Alemania. Los *skins* le darán protección si la pide...

—Otra cosa, Mendes, nosotros no fuimos los primeros en llegar al apartamento de Val. La casa ya estaba destrozada cuando entramos —dice Marc, que se gira y mira a Jean—. Y hay algo más... Jean me dijo que su taquilla estaba reventada.

—Sí, cuando supe que Val no había regresado a recoger sus cosas después de su turno, me acerqué a los vestuarios y vi su taquilla abierta —ratifica Jean.

—Lo sé. Lo de la taquilla está controlado. Y supongo que Bricout envió a alguien a buscar precisamente esto, el móvil.

—Bueno, vamos a terminar esta misión como se nos pidió. Mendes, quiero que me mantengas informado de cada paso que se dé —concluye Paul.

—Así será.

No me puedo creer que Val no me contara lo de su apartamento, me imagino el susto que debió llevarse. Miro a Marc y le pido que salgamos del laboratorio. Necesito coger fuerzas, no soporto el dolor de cabeza. Nos acercamos a la máquina de bebidas. Sacamos dos Coca-Colas Zero. Me tomo un antiinflamatorio y le doy un trago largo para que pase.

—Esto es muy gordo, tío. El cabrón de Jon los tenía bien cogidos a estos dos. Lo extraño es que no se lo hubieran cargado antes. El vídeo es una prueba irrefutable. El juicio va a ser inevitable, y nada podrá librar al cabrón —me comenta Marc.

—Bueno, tan solo con alegar que todo forma parte de una maniobra de la misión o algo parecido, será suficiente para salir airoso. No te olvides de quién es Bricout. Ya lo he visto escapar de muchas. No se mete si no lo tiene todo bien atado. La que me preocupa es Val. No solo su seguridad física, sino también su mente. No sé cómo va a quedar después de esto.

—Busca venganza...

—Sí —le digo a Marc—. Ella nunca a disparado a nadie. Bricout la matará como la tenga delante.

—Limpiaremos el máximo para que no tenga que hacerlo ella.

—Marc, no quiero que llegue a ningún juicio.

—Entendido. Haré todo lo que me pidas. ¿Quieres que me encargue yo de Pere?

—No. Yo me ocuparé de él.

Volvemos a la sala y los informáticos nos dicen que ya está todo volcado y se marchan.

—Jean, necesito un favor —le digo.

Camino hacia la oficina de Paul cuando me asalta Cassandra y me mete en su despacho.

—No vuelvas a colgarme. No vuelvas a hacerlo...

—Qué coño te pasa, Cassandra. No tengo tiempo de gilipolleces.

—Joder, hay una orden de detención contra ti. ¿Te parece eso una gilipollez?

—¿De qué estás hablando?

—Viene de arriba...

—¿De Paul?

—No, es del Ministerio de Defensa. Si entras en la oficina de Paul, no vas a poder salir de aquí. ¿En qué coño andas metido?

Cojo el móvil y llamo a Marc.

—Envía los documentos a Interior ya.

—Roger.

—Quieren detenerme. Tal vez el cabrón no haya salido todavía de la ciudad.

—¿Era Marc? También lo buscan a él —me dice Cassandra nada más colgar.

—Bricout no es trigo limpio, Cassandra.

—Vaya, y me lo dices ahora. Tú sabes perfectamente lo que es. No creo que te sorprenda...

—Está metido en la red de distribución de armas y está formando grupos de ultraderecha, y para todo eso se está abriendo camino a través del *tubo*. Marc ha enviado los vídeos y fotos con su portátil...

—No lo creo, Álex, os han intervenido las cuentas. No podéis pasar información. Tienes que salir de aquí. Bricout ha movido sus hilos para bloquearte. Voy a salir del recinto. Si eres capaz de llegar al aparcamiento, te sacaré en el maletero...

—Te veo abajo. Dame diez minutos —le digo.

Quando salgo, veo tres soldados en la sala de administración, están en mi mesa. Uno de ellos se vuelve y me ve.

—¡Ahí está! —grita.

Corro hacia las escaleras de emergencia y bajo hasta la planta primera, donde otros dos soldados están dándome el alto y encañonándome. Es imposible retroceder, me tienen acorralado. En ese momento, aparece Marc y se echa sobre ellos, los tira al suelo y los desarma. Ahora los está encañonando a ellos.

—¡Corre! —me grita.

—Ve con cuidado, hermano —le digo cuando paso por su lado.

Marc me entrega una tarjeta de memoria con toda la información y salgo corriendo escaleras abajo mientras escucho cómo lo golpean. Llego al aparcamiento y voy hasta el coche de Cassandra. Me meto en el maletero y salimos. Siento que el coche para de golpe. La escucho hablar con los hombres del acceso. Conozco a los dos perfectamente... Uno de ellos abre el maletero y me mira:

—Todo ok. Déjala salir.

Cassandra continúa y me saca de la base. Después de un buen rato, detiene el coche en un área de descanso y salgo.

—¿Qué ha pasado, Álex?

—Toma —le entrego la tarjeta—, aquí está toda la información que hemos volcado del móvil de Jon, también la hemos pasado a los servidores. Paul ya la ha visto, pero, por lo que veo, no va a poder presentarla. Hasta que todo se solucione, tendremos que estar preparados para lo que pueda pasar. Reúnete con él fuera de la base y entrégaselo. Hace tiempo que Paul va a por Bricout.

—No te preocupes por eso, se lo entregaré esta noche.

—Escúchame, aquí hay pruebas para enterrar a Bricout, pero solo funcionarán si Paul las utiliza bien. Él sabrá qué hacer, siempre va por delante y conoce muy bien lo que hay dentro de los departamentos. ¿Me entiendes?

—Sí, entendido. Tendré cuidado. Dime dónde quieres que te lleve.

—Déjame cerca de la avenida de la Paz, necesito descansar un poco y prepararme.

Aprovecho que una mujer sale del portal para entrar. Subo por las

escaleras hasta el quinto piso. Reviso el marco de la puerta, pero no veo ninguna señal de que el piso esté ocupado. Acercó la cara a la puerta y no escucho nada, así que meto la llave y abro. Entro con mucha cautela e inspecciono el piso. No hay nadie, ni rastro de que lo estén utilizando. Me meto en la ducha y después me derrumbo en la cama, creo que estoy a punto de quedar inconsciente.

XXVI

Martes, 12 de diciembre de 2017

Las magdalenas de María ya no están humeantes, pero siguen calientes. Me acerco a la lumbre a preparar té y saco una de la bolsa. La cabaña ya no tiene ese olor a humedad del primer día que llegué. Me siento en la mesa de la cocina a leer la prensa que acabo de subir del pueblo. Echo un rápido vistazo por encima en busca de algo que me llame la atención. Leo los reportajes sobre los repetidos disturbios que se producen en la ciudad en pro de la justicia y de la paz, por contradictorio que sea. Paso a las páginas centrales, que hablan de la misma noticia. Una gran foto de un grupo de chicos ocupa buena parte de las dos páginas.

«Adiós a los White Power. Los cabecillas que dirigían el grupo radical *skin* White Power han aparecido asesinados en el interior del bosque, en La Boisse. Un grupo de senderistas alertaron a las autoridades de la terrible barbarie. Desde Seguridad Nacional apuntan, en un primer momento, a que se trata de un ajuste de cuentas».

Vuelvo a mirar la foto y veo al enano. Lynn está a su derecha, rodeando con el brazo su cuello. Sonrío y parto la magdalena y la muerdo, sintiendo su cuerpo esponjoso y su intenso sabor a limón. Lleno mis pulmones de aire, me encanta el olor a leña. Por fin he dejado de sentir el frío pegado a mis huesos.

XXVII

Martes, 12 de diciembre de 2017

Son las doce y la noche es cerrada. Hoy en especial me gusta sentir el frío en mis manos, en mi cara, me hace estar todavía más alerta y despejado. Miro a mi alrededor y espero a que el coche patrulla de seguridad privada se aleje de la zona. Ya no queda nadie y, después de un rato, ajusto la peluca a mi cabeza y me decido a bajar por la gran pendiente de la ladera de la montaña hasta llegar a la parte de atrás del edificio. Tiene una espectacular cúpula de cristal, desde arriba se veía impresionante. Llevo una gorra negra y un mono de trabajo, siento que estoy impaciente por llegar abajo y entrar. Salgo a la carretera y la sigo hacia el recinto. Me fijo en las cámaras de seguridad; según dijo Lynn, todavía no funcionan. Empujo la puerta de servicio y se abre. Me alegra saber que Jean también quiere justicia y ha podido cumplir con el favor que le pedí cuando estuvimos en el laboratorio informático.

Entro con cuidado, empuñando mi Glock y la linterna. Todo está oscuro. Sigo un largo pasillo que me conduce hasta otra pesada puerta de hierro. También la empujo y se abre. Aparezco en el andén de Petram. El ambiente clausurado tiene un fuerte olor a polvo. Camino y me guío por las luces de emergencia, que son las únicas que están encendidas. Son suficientes para poder ver la silueta de la montaña y una fuente en la mitad del andén. Lynn ya

me lo había descrito con todo lujo de detalle en uno de los informes que me envió. Aunque ahora no se ve, sé que en el fondo hay un parque al que, por la mañana, lo ilumina la luz del sol a través de la cúpula.

Me dirijo hacia el interior siguiendo la pared del andén que simula la fachada de las tiendas y llego hasta la puerta de acceso al cuarto. En principio, no debería haber nadie a estas horas, pero abro con cuidado y enfoco con mi linterna la estancia. Hay algunos tableros amontonados en la derecha y a la izquierda encuentro una montaña de tela negra. Le doy una patada y sale una rata corriendo. Me acerco y tiro de uno de los bultos. Son todo bolsas de deporte negras: están vacías. Son bolsas como las del vídeo que vimos del móvil de Jon. Se ve que es aquí donde meten las armas y las llevan de un lado a otro de la ciudad. Continúo enfocando buscando otra puerta, que está justo al final de la habitación. Ahí está, con la cantidad de fotos que he visto y todo lo que he leído, tengo la sensación de que ya haya estado aquí antes. Me encamino hacia ella y vuelvo a abrir lentamente. Un colchón en el suelo y unos grilletes empotrados en la pared me provocan una arcada. Me pego al muro y comienzo a sudar. Mi cuerpo se tensa, mi mandíbula se encaja con fuerza. Siento mis ojos inyectados de odio que no quiero controlar, ahora no.

Espero veinticinco minutos soportando el nauseabundo olor y las imágenes que no paran de asaltar mi mente. La habitación no tendrá más diez metros cuadrados. Camino como un lobo enjaulado mientras pienso en la manera en la que acabaré con él. Nunca dudo cuando sé que tengo que hacerlo. Por lo general, cada víctima ha sido estudiada minuciosamente por mí. Pero de él no conozco nada, solo sé que hoy será su último día en la tierra y que después el mundo será más feliz. Mi corazón se acelera cuando escucho que entra un tren. Llega diez minutos más tarde de lo acordado con Jean. Espero en la oscuridad hasta que la luz de fuera se cuele por debajo de la puerta. Aseguro el silenciador y vuelvo a comprobar el cargador. Espero, son segundos, largos

segundos. Escucho pasos en la habitación de al lado. La puerta se abre y aparece delante de mí. No expresa ninguna sorpresa cuando me ve. Lo encañono mientras lo miro.

—Mira por dónde. No me digas que Jean también es de los tuyos, Mendes.

—Cállate y haz todo lo que te diga. Te aseguro que a esta distancia no voy a fallar, pero puedo hacer que sea doloroso.

—Lo entiendo. —Cuando Pere levanta las manos para pegarse a la pared, veo que parpadea la luz roja de su *walkie*. Le pego un tiro al emisor—. Ya no podrán rastrear tu señal.

—Es una verdadera pena que no hayas estado de nuestro lado, hemos hecho un gran avance, ni te imaginas cuánto. Aunque hoy muera, moriré con orgullo de *skinhead*, sabiendo que mi paso por la vida no fue en vano.

—Bueno, que vas a morir hoy, te lo aseguro, y también te aseguro que no dejaré respirar a eso de lo que te enorgulleces, aunque tú ya no podrás verlo.

—Todavía no te has enterado, no es solo París, es Europa entera la que saldrá a reclamar lo que es nuestro, y es nuestra gente la que frenará lo que ningún Gobierno ha podido. Todos los países han sido dañados por una guerra que no nos pertenecía, una guerra que nadie ha querido y que, con la sangre de inocentes, ha hecho que los pura sangre volvamos a resurgir. Éramos una raza que estaba prácticamente extinguida, pero que ahora nos hemos hecho grandes y lucharemos juntos. Vas a tener mucho trabajo con nosotros, por muchos agentes que quieras infiltrarnos. No estamos solos, muchos de los que trabajan a tu lado y al lado de Bricout también están con nosotros.

—Bueno, reconozco que os estáis tomando muchas molestias para organizaros, no puedo negar el trabajo que estáis haciendo, sobre todo teniendo en cuenta el estado mental tuyo y de tus camaradas.

—No vayas a creer que todos somos como Gilbert y el grupo que te cargaste, los utilizamos para identificar a tus infiltrados y ni mucho menos

pienses que Gilbert es el auténtico líder de los White Power.

Sé que no es un farol de Pere porque llevo tiempo sospechándolo, pero no creo que me diga mucho, más bien está intentando ganar tiempo.

—Bueno, de eso me encargaré más tarde, por el momento empezaré por ti. Has tocado algo que no te pertenecía.

Sin dudar, aprieto el gatillo y le disparo entre las piernas, acordándome de Lynn en La Boisse. Cae al suelo, apenas puede respirar. Disfruto viéndolo sufrir. Se retuerce mientras intenta sacar su treinta y ocho de la funda. Piso su mano.

—Soy Alexander Mendes Pereira y contigo empieza mi venganza.

Le disparo en la cabeza y salgo a la otra habitación.

—Vamos, Pere. ¿Qué coño haces ahí? Jean nos está esperando en el andén, quiere que nos vayamos ya.

Un vigilante abre la puerta y entra. Al verme, se echa sobre mí y le pego un tiro. Recuerdo haberlo visto en las fotos del móvil de Jon. Escucho a un tren alejarse de la estación. Jean me pidió que saliera cuando las luces se apagaran. Espero unos diez minutos hasta que vuelvo a estar a oscuras. Enciendo la linterna y me marchó.

Entro en un locutorio cerca de Vaugirard. Mi corazón todavía late rápido. Desde un ordenador, escribo un mensaje anónimo a una amiga que es periodista del *Paris Daily News*:

«Pere Martel, vigilante del metro de París, murió como consecuencia de un ajuste de cuentas entre bandas por tráfico de armas».

XXVIII

Martes, 19 de diciembre de 2017

El sonido de unas latas que coloqué cerca de todas las ventanas y de la entrada principal me hacen rodar de un salto al suelo. Me arrastro por el suelo, a pesar de que todavía siento dolor en algunas partes de mi cuerpo, sobre todo en las costillas. Cojo el táser y abro la puerta con cuidado. Reviso minuciosamente la nieve, pero no veo ningún rastro de huellas en la parte principal. Salgo, cierro la puerta y rodeo la casa, ocultándome detrás de cada esquina y asomando la cabeza con cuidado para no ser descubierta. Veo escapar a un conejo de una de las latas. Cojo aire aliviada y vuelvo a examinar el terreno cubierto de nieve. No hay más que pisadas de animales. Regreso a la cabaña y me encierro. Ya llevo una semana sin salir de aquí desde la última vez que bajé al pueblo. Sigo esperando a que salgan las listas de los admitidos para hacer la oposición para poder regresar a París. El jueves volveré a bajar para ver a María, a ver si, con un poco de suerte, hay noticias.

El camino que baja de la montaña al pueblo termina en una bonita granja delimitada por un cercado blanco. El aire frío me acerca el fuerte olor a animales y el recuerdo al hedor de aquel cuarto. Paso lo más rápido posible hasta el hotel que hay dos calles más abajo y veo en el aparcamiento el todoterreno que utilizaba Mendes en el EMEX, con el que salíamos del centro. Un escalofrío recorre mi cuerpo y me quedo esperando detrás del quiosco de prensa para ver si reconozco a la persona que lo ha dejado ahí. Mi mandíbula se tensa cuando pienso en él y sujeto con fuerza el táser. Después de un rato, sale un chico joven al que no había visto antes. Se sube y arranca.

Con gran alivio, espero un rato para entrar al hotel. María, tan amable como siempre, me entrega la correspondencia y me lleva a una sala para que pueda revisarla. Al rato, entra con café y algunos pasteles.

—Mmmmm, qué bien huele —le digo agradecida.

—Están recién hechos. Mi hija llevará varias hornadas a la *pâtisserie* para venderlos. Te aseguro que no duran mucho.

—No lo dudo.

—Hoy tienes mejor aspecto, Jennifer. Espero que tengas buenas noticias.

María me guiña un ojo y se marcha. Abro los sobres y uno de ellos contiene el listado de admitidos. Bajo el índice por la página a gran velocidad buscando mi nombre hasta que llego a Allen. Sigo leyendo y lo encuentro casi al final de la hoja. La emoción estalla dentro de mí. Los ojos se me humedecen de ira al pensar que cada vez me acerco más a mi objetivo. Debo presentarme en una semana para comenzar la formación.

XXIX

Martes, 19 de diciembre de 2017

Me quedo a pasar algunos días en uno de los pisos franco que tenemos en el centro hasta que sepa que han levantado la orden de búsqueda y captura que hay sobre mí. Aquí no hay más que un colchón en el suelo, una vieja cafetera y el resonar de mis pasos. De lo único que me he echo eco es de la muerte de Pere, vigilante de seguridad del metro de París. Ayer por la mañana, gracias a los informativos, la noticia se propagaba a nivel mundial. Desde los asesinatos del Boulogne, todo lo que sucede en el *tubo* de París trasciende más allá de las fronteras. No me ha sorprendido que situaran el cadáver en un parque, fuera del *tubo*. La estación de Petram es un importante proyecto del Gobierno como para que se vea salpicado de sangre antes de la inauguración. Al parecer, su muerte ha puesto nerviosos a muchos de sus hombres. Pienso joderte los planes. Jean ya me está poniendo al corriente, a pesar de no ser uno de mis hombres. Reconozco su noble gesto conmigo. Por suerte, no todos los vigilantes del *tubo* son seguidores de Pere. Escucho cómo alguien está intentando abrir la puerta de la calle y corro hacia el baño para ocultarme detrás de la puerta que da al pasillo. Por la rendija, veo entrar a un hombre con una cazadora negra. No puedo verle la cara, tal vez sea otro agente. Cojo el arma del tobillo y espero a que entre un poco más. Salgo y lo pego contra la

pared de un fuerte empujón. Siento que no opone resistencia y, cuando lo encañono en la cabeza, veo que es Marc.

—Joder, tío. Estás un poquito tenso —me dice.

Nos reímos mientras nos damos un fuerte abrazo.

—Además que sí. ¿Ya te han soltado esos cabrones?

—Sí. Cassandra no ha podido avisarte, no puede salir de la base. Está preparando, junto con Paul, la orden de búsqueda internacional contra Bricout, la misma que habían revocado. La primera vez que lo localizaron estaba cogiendo un vuelo privado en Alemania. Por cierto, también han levantado la orden contra ti.

—Bien. Para otra cosa no, pero, para cuestiones de trabajo, todavía puedo contar con ella. Dime, ¿sabemos el nuevo destino?

—África.

—¡África!, vaya. Veo que está recuperando viejas amistades. Cuando estábamos con los cascos azules estuvimos en África. Tenía negocios, ya sabes..., con un tío del que no recuerdo el nombre. Era un político de Johannesburgo. Vamos a la base, a ver si puedo localizarlo: probaremos por ahí. Otra cosa, Marc. He hablado hace un rato con María, me ha dicho que le ha entregado la lista de admitidos a Val. En unos días tendría que presentarse en la academia militar. Gracias por tu ayuda en esto. No quería intervenir yo. Ya sabes, cuando Cassandra se entere de esto, ya no habrá nada que hacer.

—Lo que necesites, tío. Oye, en esa base no está esta...

—Anna Reichie. Sí, lo sé. Le he pedido que instruya a Val de forma especial. Anna cuidará de ella, todavía nos tenemos bastante afecto, la verdad.

—Ya, no sé cómo es posible, con lo capullo que fuiste con ella.

—Las mujeres siempre me traen por la mala vida. —Marc y yo nos reímos un rato sabiendo perfectamente de lo que estamos hablando—. Un par de meses y la tendré en mi equipo. Cuando eso pase, me será más difícil

controlarla, ya tendrá una placa y un arma... Entonces no deberé perderla de vista.

XXX

Lunes, 26 de febrero de 2018

Leo la ficha de Bricout desde la pantalla de mi ordenador. Nació en Le Mans hace ya cincuenta y ocho años. Su padre también sirvió en el ejército y se licenció con honores, y su madre es del departamento de Sarthe. Unos pura raza franceses. Sé que su educación fue dura; por extraño que parezca, su madre fue la encargada de ello. Tanto su padre como él funcionaban bajo el mando de ella. Lo sé porque en más de una ocasión ha hecho referencia a esa severidad, sobre todo cuando teníamos que presionar a algún detenido. Nos hemos reído bastante con este tema. Miro su foto, la del archivo. Está perfectamente afeitado, peinado con el pelo engominado hacia atrás y con el traje de gala. Yo calculo que la foto será de hace unos veinte años, me extraña que no la hayan renovado. En el ejército lo conocí como el Perro. A pesar de su antipatía hacia los canes, es un apodo bien merecido. Siempre ha alardeado de su olfato a la hora de salir airoso en las misiones en las que nos veíamos envueltos. Miro la foto con cierta tristeza y no veo al hombre que salvó cientos y cientos de vidas, entre ellas, la mía. Por desgracia, el hombre que consiguió una gran reputación en este país a base de esfuerzo ahora se ha convertido en un auténtico monstruo. Espero que su estela esté limitada a los hechos del *tubo*, aunque lo dudo.

—Dos meses. Ya han pasado más de dos meses y no lo hemos encontrado. Menudo hijo de puta... Dónde se habrá metido. —Marc me sobresalta por detrás de mi silla y estrella su puño sobre la mesa—. Hoy se incorpora Val.

Sigue detrás de mí, hablándome al oído, y sabe lo mucho que me molesta que haga eso. Retiro la silla hacia atrás con fuerza y me levanto. Me muevo por la oficina de un lado a otro. Me siento impotente, atado de pies y manos.

—Lo sé —le digo mientras paso mis manos por mi cabeza rapada.

—¿Has hablado con ella?

—No. A las dos semanas de ingresar en la academia militar, fui a verla. Tenía que hacer su primer salto con paracaídas y salté justo detrás de ella, aunque no sabía que era yo. Anna me dijo que no quería verme. Valerie le dijo a Anna que no fuera a visitarla, increíble. —Mi voz se apaga y vuelvo a sentarme frente al ordenador para revisar la ruta de escape de Bricout paso por paso.

—Lo siento, tío. No sabía nada...

—Se nos escapa algo. Hay un paso que no estamos teniendo en cuenta —corto a Marc, no quiero seguir hablando con él de Val.

Repasamos juntos cada uno de los movimientos que hemos dado. El trabajo ha sido duro para intentar acercarnos a él, yendo detrás de las pocas pistas que hemos conseguido. Formamos un grupo de búsqueda internacional, independiente de los organismos oficiales, pero con el apoyo de nuestro Gobierno. Primero fuimos a África, después, a Egipto. Conseguir una identidad nueva no es ningún problema para nosotros, y menos para Bricout. En todos los países, sobre todo en los más conflictivos, siempre tenemos algún apoyo. Salam Abdul Karim fue la última identidad utilizada por él. Una identidad árabe que lo mantendría oculto, por lo menos en esos países. Las elecciones están cerca y nos presionan cada vez más. Capturar a Bricout supondrá una liberación para los ciudadanos de París. Caerá uno de los

principales organizadores del falso movimiento por la libertad que se levantó desde el *tubo* de París y que pretendían propagar por toda Europa. Esta detención supondrá muchos votos para el actual presidente.

Me avisan desde el acceso de la llegada de Val. El estómago se me encoge y una tensa sonrisa aparece en mi cara. La veo reflejada en las puertas del ascensor. Dos soldados corren hacia mí y les mantengo la puerta abierta para que entren.

—Teniente.

—Cabos.

Nos saludamos y bajamos a la entreplanta. Ha pasado mucho tiempo sin tenerla conmigo y todavía hace que se me acelere el corazón. Salgo del ascensor y la veo frente al mostrador de registros. Le están entregando su acreditación. Lleva un pantalón negro que le llega hasta los tobillos, unos zapatos de tacón negros y una camisa blanca que cubre con la americana negra. El pelo lo lleva recogido en una coleta baja: le ha crecido mucho. Desde que la conozco, no ha pasado ni un solo día en que no me acuerde de ella. Está todavía más bonita de lo que recordaba. Se gira y me mira. Una pequeña sonrisa se escapa de su boca. La abrazo con fuerza y siento que apoya sus manos en mi cintura, pero con distancia. No siento su calor, ni su abrazo, pero no la suelto.

—Mendes... —me dice en un susurro mientras intenta separarse de mí. Cojo la mano que opone resistencia y hago que me rodee la cintura—. Por favor...

—Ssshhh..., tranquila. ¿Cómo estás, amor? —le digo al oído. Respiro profundamente el aroma a colonia que desprende. Hace que me pierda durante unos segundos.

—Bien, deseando empezar la instrucción contigo.

—Mmmm, qué bien. Eso me gusta, que estés deseando estar conmigo... —

Doy un paso hacia atrás y me retiro sin soltarle la mano—. Te llevaré a tu mesa, pero antes debes saber que yo no hago esto con nadie.

—No haces el qué —me dice con una dulce sonrisa.

—Nunca acompaño a nadie a su mesa, ni formo a los nuevos ingresos. En tu mesa tienes el horario de las clases. Te darán un curso informático para que tengas acceso a todos los archivos. Recuerda que has firmado un contrato de confidencialidad con el Gobierno.

—Sí, no te preocupes por eso.

—Vamos a la cafetería, tomaremos un café y me pondrás al día con tu instrucción en la base. ¿Qué tal te fue con Anna Reichie?

—Fue muy amable y estuvo bastante atenta conmigo. Sentí un trato especial y lo agradecí.

—Me alegro. Anna es una buena amiga. Le pedí que cuidara de ti.

—Pues lo ha hecho muy bien.

Cuando entramos en la cafetería, veo que Val se detiene frente al televisor y se queda ahí un rato. Yo voy a la barra a pedir dos cafés y los llevo a una mesa. Me giro para avisar a Val y veo la noticia.

«Inauguración de la estación de Petram.

»El presidente se encuentra en la ya famosa estación de metro de Petram y se dispone a cortar la cinta para dejar inaugurada la que es la estación de metro más grande del mundo. Juzguen ustedes mismos las imágenes que les mostramos».

Una cascada se abre cuando un tren aparece en la estación. Ni me di cuenta el día que estuve allí de lo espectacular que es. Tampoco había luz, pero sí se intuía el macizo montañoso y la fuente que ahora, iluminada, hace caer el agua a través de una esfera que va girando en lo alto. El parque, la cúpula, los ascensores con puertas de pantalla de plasma, las escaleras metálicas...

Cojo a Val del brazo, pero se suelta de un giro brusco. Me mira con cara de

pánico y veo que le cuesta respirar, empieza a sudar y se echa la mano al corazón.

—Tranquila, controla. Tranquila. Coge aire. Llena tus pulmones de aire. Vamos, Val. Estás bien, todo está bien, todo está bien. Voy a acercarme a ti y te voy a abrazar, ¿vale?

No me responde y lentamente me acerco a ella, la abrazo y retiro su mirada del televisor. Reconozco un ataque de pánico, ya he sufrido algunos de ellos. La saco de la cafetería y la llevo fuera del edificio a tomar un poco de aire hasta que se le pasa.

Después de una hora, me aseguro de que Val está recuperada y entramos en el edificio. Paul viene hacia nosotros.

—Mendes, ¿todo bien?

—Sí, señor.

—Me dijiste que hoy se incorporaba el nuevo miembro de tu equipo y todavía no me la has presentado.

—Sí, lo sé. Hemos estado...

—Tú debes de ser Valerie.

—Soldado Allen, señor.

Me quedo sin palabras cuando veo a Val cuadrarse ante Paul.

—Comandante Cooper. El teniente Mendes estará a cargo de usted en las misiones, pero, para cualquier otra cuestión laboral, deberá hablar con Cassandra. Ella no está aquí, llegará en unos días. Bienvenida al equipo, soldado.

Paul se marcha y los tres nos cuadrarnos para despedirnos.

—No sabes lo feliz que estoy de verte aquí —le confieso a Val.

Llevo a Val a su puesto y la dejo con Lui, el informático, que ya está toqueteando su ordenador. Tendrá unos treinta años, pero sigue manteniendo una estética, yo diría, inmadura aunque envidiable: para mí es un auténtico

signo de libertad. Lleva la cabeza rapada por un lado y, por el otro, su pelo negro y lacio cae hasta su hombro. Lleva las orejas perforadas, al igual que la nariz y las cejas. Siempre nos reímos con él cuando tiene que pasar el arco de seguridad. El puesto de Val todavía tiene cosas empaquetadas del anterior empleado. Le hago hueco e intento que se sienta lo más cómoda y segura posible.

—Val, este es Lui. Aunque lo veas con esta pinta, no debes temer por tu seguridad. Conozco la pegada que tienes y Lui no podría ni rozarte. —Lui y yo nos reímos.

—Bueno, Val. Me alegro mucho de tu incorporación. Hoy vamos a ver bastantes cosas, así que voy a empezar por el programa con el que podrás consultar todos los archivos e informes, que, por cierto, estoy terminando de configurar.

Lui ha comenzado la formación, lo que no sabe es hasta dónde quiere llegar Val. Pronto lo descubrirá, porque le pedí personalmente algunos favores.

—¿Yo puedo acceder a todo?

—Sí —le dice el técnico—. Además de ver nuestro sistema, te enseñaré la Black Internet. La llamamos la Internet del Inframundo. Desde esta red puedes acceder para contactar con distintos asesinos, violadores, sicarios, yihadistas... En resumen, con lo mejor de la humanidad.

Me marchó y los dejo solos. Desde mi ordenador estoy conectado al equipo de Val, es uno de los favores que le pedí a Lui. Empieza buscando el informe de Bricout: «Inaccesible». Se lo bloqueé hace unos días. Vamos, nena..., olvídate de él.

Ya son cerca de las doce de la mañana y me bajo a la galería para pegar algunos tiros con Val. Nos vendrá bien para relajarnos un poco. La tengo que volver a traer hacia mí, ahora mismo la siento lejos de aquí.

—¿Has aprendido mucho con Lui?

—No tengo acceso al informe de Bricout —la veo más directa que antes, menos contenida.

—No voy a dejar que ese cabrón te mate.

—Quiero hacerlo yo. Te ayudaré con la investigación, pero deja que sea yo.

—No. Y no te lo voy a repetir.

—He buscado el nombre de Pere. Murió hace unos meses.

—También debes saber que su novia, Therese Barraud, la persona que controlaba las cámaras de seguridad, ha sido despedida.

—Me alegra oír eso. El caso es que las noticias decían que el asesinato de Pere fue por un ajuste de cuentas entre bandas. Ya sabes que en la cabaña y en la base estuve aislada de las noticias y tampoco tuve acceso a Internet, por lo que no tenía ni idea.

—Bueno..., lo merecía.

Me mira a los ojos y se acerca a unos pocos centímetros de mí.

—No lo creo... —me susurra al oído—. No creo que fuera un ajuste de cuentas entre bandas.

—Eso no importa. Él está donde merece estar. —Me excita saber lo bien que me conoce y cómo juega conmigo—. Si no te separas ahora mismo, voy a tumbarte sobre el suelo y...

—Déjame estar en el grupo de investigación para encontrar a Bricout...

Se hecha hacia atrás y coge el arma. Descarga el primer cargador sobre la silueta. Los disparos se agrupan en el centro del blanco, en un círculo casi perfecto. Ahora dudo si no sería ella quien disparara primero si se encontrara con Bricout.

XXXI

Lunes, 26 de marzo de 2018

Busco a Mendes en el aparcamiento exterior, un compañero me ha dicho que acaba de salir. Necesito contarle algo importante. Le veo saludar a Cassandra con dos besos en la cara. Después, Mendes abre la puerta de atrás y se baja Dilan, que tiene la nariz respingona y los ojos iguales a los de él. De un salto, el niño se le echa encima gritando «papá».

Mendes lo coge y lo abraza. Sus fuertes brazos tapan casi todo el cuerpo del pequeño. Se toma un tiempo con él para hacerle caricias y bromas. Un fuerte deseo de poseer lo que veo se apodera de mí. Mi corazón se dispara y espero un poco más antes de irme. Habla con Cassandra. Parece una situación un poco tensa, los dos están bastante serios. Ella tiene los brazos cruzados y se muestra distante. Un par de días después de mi llegada a la base, cuando subí a mi puesto de trabajo, me encontré con ella. Recuerdo la sensación que me causó porque estaba esperándome, de hecho, vino a buscarme a mi mesa:

—Valerie, ¿verdad?

—Sí, señora —le tendí la mano y nos saludamos.

—Soy Cassandra —dijo, como si yo no lo supiera—. He estado fuera unos días y no he podido venir antes. —Su sonrisa era de lo más forzada, me dio la sensación de que no me lo pondría nada fácil—. Nos conocimos en el EMEX,

¿te acuerdas? Mendes nos presentó. Es increíble hasta dónde has llegado desde entonces. Solo quiero que sepas que atenderé cualquier cuestión de trabajo que no comprenda las misiones a las que te destinen, para eso tendrás que contactar con tu superior, Mendes.

—Sí, por supuesto. —No acabé de decir la frase cuando Cassandra ya se había dado la vuelta y caminaba hacia el ascensor.

Subo a la primera planta y regreso a mi mesa. Desde que ocurrió lo de Petram, no he vuelto a mantener relaciones con Mendes. Supongo que tampoco debe de estar esperando. Reviso el *e-mail* que recibí esta mañana. Ahora no estoy segura de querer mostrárselo a Mendes. No sé hasta dónde puede alcanzar el despotismo de Cassandra. Sé que me conoce y que sabe de mí, pero todavía no hemos coincidido.

Me pongo mi *blazer* negro y me ajusto la semiautomática del veintidós que llevo en el tobillo. Me apuro para salir lo antes posible cuando recibo una llamada de Mendes:

—¿Dónde estás?

—Iba a salir a comer...

—Te recojo. Nos vamos en mi coche.

No me lo puedo creer, ahora no. Voy al aparcamiento, me subo en el vehículo que está en marcha y salimos de la base.

—Voy a estar unos días fuera.

Es lo primero que me dice, sin más. Lleva una camiseta de algodón negra, se le ajusta perfectamente al cuerpo. Lleva la barba recortada y el pelo, algo largo, peinado hacia atrás. Normalmente, Mendes cambia a menudo de estilo y

reconozco que no importa el corte de pelo que elija o la manera en que deje su barba o bigote, siempre está de lo más atractivo.

—¿Cuándo sales? —le pregunto.

—Esta noche. Cassandra ha traído a mi hijo para poder despedirme de él. Te veré en París cuando regrese, ¿sí?

—Claro.

—Y ahora cambia esa cara y no olvides nunca que tú eres mía. Pórtate bien, ya sabes que tengo contactos en todas partes.

—No digas gilipolleces, Mendes.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que me llames Álex? —Coge mi mano y la lleva a su entrepierna.

—¿Voy a poder llamarte?

—Claro que sí. No voy a estar disponible siempre, pero envíame mensajes al móvil o al *e-mail*, los contestaré tan pronto como pueda. Estaré bien. El día que me pase algo, te aseguro que no van a encontrar mi cadáver.

Se desvía de la carretera y entra en el aparcamiento de un motel. Mi corazón se dispara sin más y mis pensamientos se bloquean por un momento.

—Vamos. —Se pega a mí cuando habla y siento el movimiento de sus labios junto a los míos. Después me muerde el labio—. Voy a estar muchos días sin verte y esto será lo único bueno que voy a llevarme.

Me bajo y lo sigo. Mendes tira de mí y me rodea el cuello con su brazo. La velocidad de mis latidos no baja. Subimos a la habitación sin parar por recepción, saca la llave de su bolsillo y entramos. Cierra la puerta de un golpe, como suele hacer, y después me sujeta por la cintura y me pega a la pared. Me besa, me toca, me quita el *blazer* y lo tira al suelo. Se quita la camiseta, coge mis manos y las pasa por su torso. Siento sus músculos, siento su fuerza y me abrazo a él para refugiarme durante un momento entre la seguridad que me ofrecen sus brazos. Él me sigue y espera paciente mientras

acaricia mi cabeza y me calma. Después continúa besándome. Me quito los zapatos y desabrocho su pantalón.

XXXII

Miércoles, 28 de marzo de 2018

Camino por el estrecho y pestilente pasillo. El suelo está cubierto con un viejo linóleo agujereado y agrietado. Un niño, de no más de doce años, me mira:

—Señora, conmigo pasarlo bien. Poco dinero.

Habla en un inglés apenas inteligible. Trago saliva ante la profunda tristeza que me produce y aparto su frágil mano de mi brazo mientras continúo andando hasta la habitación 63. Las paredes están mohosas y pintadas con frases en camboyano y alguna en francés. Miro por la ventana de la galería que da a la habitación y lo veo: está con una niña de unos catorce años. Le da una bofetada en la cara y esta cae al suelo. La chica, sin dejar de sonreír, limpia sus lágrimas y se levanta. Está desnuda y su delgado cuerpo hace que se le noten todos los huesos de las costillas. Cierro los ojos un segundo mientras saco el silenciador de mi bolsillo y lo coloco con mucho cuidado en el cañón, asegurándome de que queda bien encajado. Con sumo cuidado, abro la puerta y encaño mi arma mientras me dirijo hacia él. La niña se gira y me ve. Con un movimiento rápido de cabeza, le indico que salga de la habitación y, cuando pasa por mi lado, pongo mi mano sobre su boca para evitar que hable.

—Pero ¿quién coño eres tú? —grita Bricout.

Sigo andando y me paro justo delante de Bricout. Está desnudo, tumbado sobre la cama. Sujeto con fuerza la nueve milímetros sin poder fijarla en el aire. No pensé que volver a verlo fuera a afectarme de esta manera. Le oigo hablar, pero solo es ruido, porque no soy capaz de centrarme en sus palabras. Espero un rato, solo son segundos, y me quito la peluca. Su cara se ilumina al verme.

—Pero mira quién a venido a verme. —Comienza a bajar el brazo hacia el suelo—. ¿Te quedaste con ganas de más? Seguro que no puedes olvidar mi po...

Escucho un disparo y un tremendo dolor atraviesa mi brazo. Mi instinto me hace dar una vuelta en el aire, me tiro al suelo y disparo por debajo de la cama. Otra bala rebota al lado de mi cabeza y, mientras me muevo hacia él, descargo todo el cargador en el punto donde lo he visto ocultarse, justo entre la cama y la mesilla. Me quedo sin balas y presto atención, pero lo único que escucho es mi propia respiración entrecortada. Me doy toda la prisa que puedo en cambiar el cargador que llevo en el interior de la chaqueta y me acerco con desconfianza hasta que puedo verlo. Lleva el arma en la mano y yo no dejo de apuntarle, no comprendo por qué no me dispara. Está tumbado y sangrando por el costado.

—Vamos, Val, dime, ¿que fue lo que no te gustó?

Mientras habla, se lleva la mano en la entrepierna. Entonces le atravieso el cráneo de un solo tiro. Respiro profundamente y lo vuelvo a mirar, me sorprendo al descubrir que su arma está desmontada. Tan solo me ha disparado tres veces y su arma está desmontada. Quito el silenciador y guardo el otro cargador. Vuelvo a colocarme la peluca antes de salir y, con un trozo de camisa, tapo el rasguño que me ha hecho la bala. La verdad es que el dolor me hizo pensar que la herida era algo más. Salgo del motel y me paro un segundo delante de la puerta para coger aire. Aunque el calor es fuerte y pegajoso, es

suficiente para recuperar las fuerzas. Por suerte, justo en la cera de enfrente hay parado un *tuk-tuk*, es bastante difícil encontrar uno libre. Cruzo la calle sorteando motos y coches, me subo con gran alivio y le pido al conductor que me lleve al aeropuerto. El hombre, que aparenta unos cuarenta y tantos, lleva unas gafas de ver cuadradas, de pasta negra y cristal oscuro. Tiene el pelo canoso y liso y cubre la cabeza con una gorra. Cuando llegamos, me abre la puerta y, muy amable, acaricia la parte baja de mi espalda con delicadeza después de ayudarme a salir. Rápidamente me giro, pero ya se ha subido al vehículo y se marcha.

No puedo dejar de sonreír cuando abro la taquilla 63 del aeropuerto y dejo la bolsa tal cual la encontré. Subo al avión, orgullosa de haber salvado al mundo de un pedófilo, entre otras cosas, y saco el *e-mail* que imprimí en casa:

«El miércoles de esta semana podrás encontrar a Bricout en la habitación 63 del motel El Templo, en Phnom Penh, Camboya. Dejaré ropa y un arma en la taquilla 63 del aeropuerto».

La nota es anónima y tuve que investigar las últimas entradas de turistas en la ciudad para asegurarme de que no fuera información falsa. Entonces lo vi. Las cámaras de seguridad del aeropuerto recogían la entrada en el país del monstruo que llevaba buscando desde hacía casi tres meses. Rápidamente me puse en contacto con el doctor Henri Moreau, que me trató de mis lesiones. Le pedí una identidad de hombre y en cuestión horas la tenía en mi bolsillo. Cuando entré en el equipo de Mendes, me entregó tres identidades diferentes, pero todas ellas estaban fichadas por él. El doctor Moreau me dio un pasaporte con el nombre de Claude Vorona y funcionó. Antes de pasarme por la base, lo guardé en una caja de seguridad del Banco Internacional, son costumbres que he cogido de mi maestro.

XXXIII

Viernes, 30 de marzo de 2018

Hoy me incorporo a mi puesto y voy a tener que enfrentarme a Mendes, no lo informé de mi ausencia y ahora me tocará discutir con él. Sé que he mejorado mucho a la hora de ocultar mis sentimientos y ahora tendré la ocasión de ponerme a prueba. Entro en la sala y lo veo, está sentado en mi silla, serio y con el ceño fruncido:

—¿Dónde coño te has metido? Llevo llamándote dos días y no me coges el teléfono.

—Pedí unos días de permiso.

—No me informaste.

—Te envié un *e-mail*...

—¡Val, no juegues conmigo! —me grita—. Tengo que saber en todo momento dónde andas. —Los empleados que hay en la sala nos miran un momento y luego vuelven a su trabajo, o por lo menos eso tratan de aparentar.

—Eran asuntos personales.

—¿Qué tipo de asuntos, Val? Marc y yo empezamos a encajar algunas piezas y nos dimos cuenta de que Bricout era un pedófilo. Aunque no te lo creas, en todos estos años jamás lo sospeché. El caso es que enlazamos algunos episodios que tuvimos en Kósovo con los cascos azules y nos dimos

cuenta de que no habíamos visto la posibilidad de que tal vez pudiera refugiarse en algún país asiático. Entonces buscamos en las cámaras del aeropuerto internacional de Phnom Penh y nos dijeron que esas grabaciones ya las habían enviado a la policía de Camboya. El caso es que conseguimos unas copias y, cuando fuimos a por él, alguien se nos había adelantado. Ya estaba muerto... Joder, Val te quería llevar conmigo, íbamos a coger a este hijo de puta y alguien se nos adelantó y terminó con él antes que nosotros.

—Bien... Me alegra mucho esa noticia.

—Lo mataron con una veintidós, como la tuya.

—Toma —desarmo el arma y se la entrego—, si quieres saber si fue mi arma, llévala al laboratorio.

—Lo que quiero saber es dónde estuviste. No me vale con que me digas que te fuiste por «asuntos personales».

—Estuve haciendo unas gestiones personales, ya te lo he dicho. En el contrato no pone nada de que te tenga que informar sobre mis asuntos personales. —Me asombra la tranquilidad con la que le hablo.

—Bien, Val, ¿es así como quieres que sean las cosas?

—¿Lo que quiero yo, Mendes? Lo que quiero yo es un imposible, te lo aseguro. Llevo meses intentando pillar al hijo de puta que me violó y ahora me dices que está muerto. Si no lo hice yo, entonces bravo por el que lo hizo.

—Estás diferente, Val. Ya hablaremos. Te enviaré un mensaje.

Mendes se marcha bastante cabreado, pero yo estoy de lo más tranquila. El teléfono de mi puesto suena:

—Soy Cassandra. Necesito que subas a mi despacho.

Ahora sí que me pongo nerviosa, es posible que alguna cámara me haya reconocido en el aeropuerto. Subo a la tercera planta, es la última de todo el edificio. Las puertas se abren y veo a Mendes en un puesto parecido al mío, pero está separado del resto por módulos acristalados. Cuando me ve, se

levanta y viene hacia mí, pero Cassandra se le adelanta. Es como si estuviera esperándome en la máquina de café que hay cerca del ascensor.

—Tranquilo, amor —le dice a Mendes—, ahora la necesito yo.

Retiro la mirada de Mendes, que vuelve a su sitio, y sigo a Cassandra hasta su oficina. Lleva tacones y, aun así, es más baja que yo. Entramos en el despacho. Está enmoquetado y no tiene cortinas. Hay una gran cristalera desde la que se controla prácticamente toda la entrada principal de la base.

—Siéntate —me pide con una ácida sonrisa.

Cassandra se apoya sobre la mesa, enfrente de mí.

—Mira, Val —da la vuelta a una foto que hay sobre el escritorio, sale Mendes con el niño y con ella—, esta es mi familia, y no importa si somos como el resto o no, lo único que importa es que Álex es mi marido. Sé que, el mismo día que Álex tenía que partir para llevar a cabo una misión, estuviste con él en un hotel que hay cerca de aquí...

Yo no contesto y espero a que continúe.

—Bueno..., si te crees que lo tienes para ti sola, te equivocas. Pregúntale con quién se acostó anoche, porque yo lo sé muy bien. Estaba pensando en solicitarte un traslado a otro departamento. Te lo gestionaré lo antes posible, pero necesito que lo firmes. Te aseguro que, si te opones o si le dices a Álex algo de este asunto, os joderé a los dos.

Me mira con una forzada sonrisa y me pide que me marche. Camino hacia el ascensor y veo a Mendes apoyado sobre su mesa, con los brazos y las piernas cruzadas. Me sigue hasta el ascensor y no dice nada hasta que entramos.

—¿Qué quería esa zorra?

—¿Estuviste con ella anoche?

—¡Joder!, ¿será hija de puta?

—¡Dímelo!

—Sí.

—Le he pedido el traslado...

—¿Que has hecho qué? No puedes irte de aquí, eres mía y estás en mi equipo.

Me acorrala contra la pared y lo aparto con los brazos. El ascensor se detiene y entra gente. Permanecemos callados hasta el aparcamiento, donde me subo a mi coche. Mendes abre la puerta del copiloto y entra.

—Bájate, joder. ¿No te das cuenta? Yo no quiero esto, no quiero saber si estás con tu mujer o con otras mujeres mientras yo no estoy. No quiero no disponer de ti. Me pides, me exiges dedicación exclusiva a ti. Quieres saber hasta mis asuntos personales, pero la información sobre ti me viene disfrazada. No me cuentas las cosas, me manejas sabiendo que confío en ti y que te soy fiel. Así no funciona yo. Así no lo quiero.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Lo mismo que te doy: sinceridad y respeto. Tú no puedes comprometerte a tanto. Te escudas en no saber de tu destino en las próximas horas para hacer lo que te place. No te juzgo, ni te culpo. Tu vida es de lo más estresante. Estás siempre expuesto a todos los peligros, pero no creo que seamos compatibles. Tú y yo... Quiero que esto se acabe ahora.

—No. Piénsatelo, Val. No puedes dejarme. Cassandra está liada con Paul y lo que quiere es joderme. Anoche estuvo detrás de mí para que me la tirara. Solo fue sexo. Contigo...

—No quiero saber nada más. Bájate del coche, por favor. No me lo hagas más difícil.

XXXIV

Lunes, 2 de abril de 2018

Tomo aire, cierro los ojos y reposo mi cabeza sobre las manos antes de firmar la solicitud de traslado. Después la dejo en la bandeja de correo interno. Esta misma tarde, Cassandra la estará tramitando. Terminar mi relación con Mendes ha sido demasiado duro y necesito tomar un respiro, toda la tensión de estos días me ha dejado agotada y tengo que reservar mis fuerzas para cerrar el último asunto que me queda pendiente. Busco en los archivos clasificados como *top secret* el expediente de Lynn Gilen y me aparece como el agente infiltrado en el metro de París, pero no pone su nombre real. Al parecer, Lynn estuvo controlando a los White Power. Aparecen algunos datos sobre su investigación y una declaración que hizo ante el tribunal, pero está tachado su nombre real y los datos personales. Me emociono al saber que fue Pere el que mató a Jon y no Lynn. Sonrío al ver que me menciona, junto a Jon; hicimos un buen equipo, a pesar de todo. Desconecto el ordenador, salgo de la base y me subo en el taxi que está esperando fuera.

Pido al conductor que me acerque al aeropuerto Charles de Gaulle y, cuando estoy llegando, el móvil suena y veo que es Mendes. No estoy segura de querer hablar con él ahora, pero contesto:

—¿Cómo estás, amor? —me pregunta. Un nudo se me forma en la garganta

al escuchar su voz—. He visto tus cosas metidas en cajas. Cassandra me ha dicho que hace un par de días autorizó tu traslado al Departamento de Antiterrorismo y también me ha hablado del mes de vacaciones que le solicitaste. Deberías haber reservado algunos días para pasarlos conmigo, pero bueno, ya veremos cómo lo hacemos. Quiero verte hoy en El Torreón.

—Mendes...

—Álex.

—Puff, me lo estás poniendo tan difícil... —Pago al taxista y me bajo—. Tú y yo ya no estamos juntos.

—Sí, bueno, pero no te vas a librar de mí. Me tienes loco y voy a querer tenerte siempre. Vayamos esta noche a El Torreón, dame una última noche. —Suelto con desgana una pequeña risa al ver que no se da por vencido—. Vamos, amor, por los viejos tiempos.

—Nunca cambiarás —le digo mientras sonrío—. Me voy de viaje. Voy a ver a un amigo y estaré fuera todo el mes. Ya hablamos cuando regrese.

—Pásalo bien y coge energía para cuando vuelvas a París.

La megafonía anuncia el próximo vuelo con destino a Canadá. Cuando visité al doctor Moreau para recoger mi nueva identidad y poder viajar a Camboya, me facilitó la dirección de Lynn, o mejor dicho, de Matthew de Bruyn. Necesito respuestas, Lynn.

XXXV

Miércoles, 11 de abril de 2018

Tacho el décimo día del calendario que tengo encima de mi mesa, concretamente el 11 de abril, después miro el día 30 de abril, que está marcado con un círculo de rotulador rojo.

—¿Un día importante, Mendes? —me pregunta Marc.

—¿Qué?

—El 30 de abril, ¿es un día importante?

—Sí. Es el día en el que Val se incorpora a mi unidad, al nuevo departamento.

—Y dime, ¿sabe ella que tú vas a ser su nuevo jefe? —Marc entrecomilla con los dedos cuando dice *nuevo*.

—No. Bricout y Paul lo arreglaron para que yo fuera trasladado al Departamento de Antiterrorismo antes de que saltara todo el escándalo de Bricout, pero mi nombramiento se ha retrasado hasta que no ha quedado cerrado el caso de los *skins* del *tubo*, con lo que Cassandra, ya sabes, no lo ha sabido hasta que lo hicieron oficial. —Marc suelta una carcajada que me contagia.

—En serio, tienes que contarme la cara que se le quedó a Cassandra cuando te quitó a Val de tu unidad y la metió en Antiterrorismo y después se

enteró de que tú también te cambiabas.

Marc y yo nos reímos un buen rato.

—La verdad es que no estuve presente —le digo mientras limpio mis lágrimas—, pero, cuando llegué a casa, me lió una bronca que ni te imaginas.

Marc y yo no podemos parar de reír.

—Sinceramente, creo que Bricout te eligió porque en realidad quiere la paz y sabía que tú estarías a la altura de estas circunstancias. Pero, bueno, ¿sabes dónde está Val ahora?

Su pregunta apaga mi risa de golpe.

—No lo sé. Solicitó vacaciones a Cassandra. Estos últimos meses han sido una auténtica tortura para ella, necesita desconectar.

—Ya, entiendo.

—Marc, gracias por venir tú también a esta unidad. Necesito a mi gente a mi lado.

—No te pongas tierno conmigo. Lo que no logro comprender es por qué llevas tú la cuenta. Nunca te he visto marcar en el calendario las incorporaciones de tus agentes. ¿Has marcado también la mía? Porque no veo mi nombre en el calendario...

Lo miro de reojo y veo su típica mueca chulesca y le doy un empujón con el hombro.

Me acerco a la pantalla y me quedo mirando fijamente en la profundidad de los ojos del hombre que tengo en la pantalla, Abdul Kafar, líder del nuevo grupo yihadista ALY, Aliados de la Lucha de la Yihad. Él es nuestro nuevo objetivo y las últimas noticias lo sitúan en Siria. A través del ALY se están formando lobos solitarios. Los ataques son cada vez más frecuentes y no podemos dejar pasar ni una sola pista, aunque las operaciones culminen en fracaso.

—Marc, os quiero a todos en la sala de reuniones —ordeno.

Sobre una mesa que tenemos en el centro de la sala, repaso la ruta marcada sobre el mapa y la sigo con el índice. Muestro a mi equipo el camino a seguir y revisamos las estrategias.

XXXVI

Jueves, 19 de abril de 2018

Pegó el cinturón a su cuerpo y le pidió a su esposa que lo sujetase con fuerza para poder asegurarlo al torso. Era más pesado de lo que imaginaba. Después, con un beso en los labios, se despidió de ella. Caminó hacia la puerta, se agachó y acarició la cabeza de su hijo de un año, que estaba jugando en mitad del pasillo. Sabía que Rami se encargaría de contarle la hazaña que su padre estaba a punto de acometer hoy, y también sabía del orgullo que toda su familia sentiría.

Caminó con paso decidido. Bajó las escaleras del edificio y continuó hasta la boca de metro de Havre-Caumartin. La correa del cinturón era demasiado larga y la sentía golpear contra la pierna por debajo del *thobe*. Los rezos lo acompañaban en todo momento. Llegó hasta las escaleras y, bajando hacia el vestíbulo, se cruzó con muchísima gente que salía a la calle. Dio las gracias porque iba a ser un gran golpe. Por un momento, se paró en uno de los escalones y levantó su cabeza con las manos abiertas hacia el cielo agradeciendo esta oportunidad. Continuó bajando sin dejar de rezar. Metió el billete y entró en la estación. La emoción lo invadía y sus rezos apuntalaban sus creencias. Entonces, al pasar junto a la máquina de refrescos y comida, volvió a mirar... Sorprendido, se fijó en que en ese mismo lugar no había

nadie, ni una sola persona. Se giró sobre sí mismo y echó a correr cuando fue derribado.

—Enhorabuena, Carla.

El teniente Mendes felicitó a su agente, que estaba apostada en la esquina del pasillo. El cuerpo de este lobo cayó fulminado y ahora le tocaba intervenir a la unidad de explosivos. El robot que enviaron junto al cadáver escaneó a la víctima y devolvió a su controlador la imagen que todos esperaban ver: un cinturón de explosivos rodeando su torso.

Mendes levantó su puño en señal de victoria y todos se felicitaron por este gran golpe. Mendes recordó su dedo señalando esta estación sobre el mapa y también la coordinación de todos los agentes que se cruzaron en las escaleras cuando el terrorista bajaba. «Espero que en la próxima estés a mi lado», se dijo.